David Abram

DEVENIR ANIMAL

Una cosmología terrestre

Traducción de Virginia Higa

Sigilo

Este es un libro acerca de cómo devenir un animal de dos patas, parte íntegra del mundo animado cuya vida crece dentro de nosotros y se despliega a nuestro alrededor. Es un libro que busca una nueva manera de hablar, una que promulgue nuestro involucramiento con la tierra en lugar de cegarnos a ella. Un lenguaje que incite una nueva humildad en relación con otros seres terrestres, ya sean arañas o salientes de obsidiana o ramas de abeto combadas por el peso de la nieve. Una manera de hablar que abra nuestros sentidos a lo sensorial en toda su multiforme extrañeza.

David Abram

«Un libro salvaje en todos los sentidos de la palabra, lleno de historias que te dejarán temblando y de ideas que te harán salir a recorrer el mundo con otros ojos».

Bill McKibben

«*Devenir animal* es como una caverna prehistórica. Si tienes el coraje de entrar y acostumbrarte a la oscuridad, descubrirás cosas sobre la narración de historias que son sorprendentes, urgentes y profundamente verdaderas. Cosas que cada uno de nosotros alguna vez supo, pero que olvidó al nacer en los siglos XIX y XX. ¡Redescubrimientos extraordinarios!».

John Berger

«Un libro alquímico. Muy bienvenido para quienes todavía tenemos esperanzas en poder generar un cambio revolucionario en nuestra relación con los animales, la tierra viva y la crisis climática. Abram es un pensador audaz, un verdadero visionario y un formidable escritor de literatura sobre la naturaleza».

San Francisco Book Review

«Uno de los libros más emocionantes e importantes sobre ecología en décadas».

Rex Weyler,
cofundador de Greenpeace International

David Abram

Devenir animal

Una cosmología terrestre

Traducción de Virginia Higa

Sigilo

Para Hannah y Leander,
criaturas salvajes y luminosas

La voz: el diente del aliento.
El pensamiento: el hueso del cerebro.
El canto de las aves: una extensión
del pico. El habla:
el asta de la mente.

Robert Bringhurst

Nota al lector

La palabra *tierra* aparece muchas veces en las páginas que siguen. Hoy en día muchos escritores eligen poner este término en mayúscula cada vez que aparece. Es un gesto que me resulta por demás superficial, ya que nos lleva a imaginar que estamos respetando este planeta salvaje y rindiéndole los honores adecuados solo porque escribimos su nombre con mayúscula. Por lo general en esta obra he elegido dejar la palabra en minúscula para recordar que la tierra no es solo la esfera en toda su extensión, sino también, y sobre todo, la modesta tierra que tenemos debajo de los pies, los vientos que soplan a nuestro alrededor y las aguas que nos atraviesan.

Sin embargo, en algunas ocasiones me ha parecido necesario escribir Tierra con mayúscula. Ese uso de las mayúsculas indica no tanto un cambio de sentido como de tono, y ocurre solo en los momentos en que es necesario cierto énfasis, o cuando una especie de asombro se abre paso a través de la superficie calma del texto. En un punto de este libro, incluso se altera la grafía y el nombre se convierte en *Tierraire*.[1] Si esa variación los desconcierta y no logran discernir detrás una lógica clara, les pido disculpas: sepan que responde a una rima y una razón perfectamente evidentes para el autor.

1 N. de la T.: *Eairth*, en el original.

Introducción

Entre el cuerpo y la tierra viva

Aceptar que somos animales, criaturas de la tierra. Sintonizar nuestros sentidos animales con el terreno sensible: fundir nuestra piel con la superficie de los ríos ondulada por la lluvia, unir nuestros oídos con el trueno y el croar de las ranas y nuestros ojos con el cielo fundido. Sentir el pulso polirrítmico de este lugar, este cuerpo de agua y roca azotado por el viento. Este ser trepidante en cuya carne estamos insertos.

Devenir tierra. Devenir animal. Devenir así plenamente humanos.

Este es un libro acerca de cómo devenir un animal de dos patas, parte íntegra del mundo animado cuya vida crece dentro de nosotros y se despliega a nuestro alrededor. Es un libro que busca una nueva manera de hablar, una que promulgue nuestro involucramiento con la tierra en lugar de cegarnos a ella. Un lenguaje que incite una nueva humildad en relación con otros seres terrestres, ya sean arañas o salientes de obsidiana o ramas de abeto combadas por el peso de la nieve. Una manera de hablar que abra nuestros sentidos a lo sensorial en toda su multiforme extrañeza.

Los capítulos que siguen buscan discernir y tal vez practicar un tipo de pensamiento curioso, una forma cuidadosa de reflexión que no nos arranque ya del mundo de la experiencia directa para representarla sino que nos meta cada vez más en la espesura de ese mundo. Una forma de pensar encarnada tanto en el cuerpo como en la mente, influenciada por el aire húmedo, el suelo y la cualidad de nuestra respiración, y por la intensidad de nuestro contacto con los otros cuerpos que nos rodean.

Sin embargo, las palabras son artefactos humanos, ¿no es así? Para hablar o pensar con palabras es necesario apartarse un poco de la presencia del mundo hacia una esfera de reflexión puramente humana… Ese ha sido, en efecto, nuestro supuesto civilizado. Pero ¿y si el habla significativa no fuera una posesión exclusiva de los humanos? ¿Y si el lenguaje que hoy hablamos hubiera surgido en un principio como respuesta a un mundo animado, expresivo, una respuesta titubeante no solo a otros individuos de nuestra especie sino a un cosmos enigmático que ya nos hablaba en una miríada de lenguas?

¿Y si el pensamiento no nace en el cráneo humano sino que es una creatividad propia del cuerpo como un todo y surge espontáneamente del deslizamiento entre un organismo y el terreno sobre el cual camina? ¿Y si lo que engendra la curva curiosa del pensamiento es la complejidad de la tensión y el eros entre nuestra carne y la carne de la tierra?

¿Es posible cultivar una cosmología valiosa prestando atención a nuestros encuentros con otras criaturas y con las texturas y contornos elementales de nuestro espacio más cercano? Estamos tan acostumbrados al culto de la pericia que la noción misma de honrar y prestar atención a nuestra experiencia directa de las cosas –los insectos y los suelos de madera, los coches destartalados y las manzanas picadas por los pájaros, los aromas que suben desde la tierra fértil– nos parece una manera extraña y errónea de descubrir lo que vale la pena ser conocido. De acuerdo con los supuestos que desde hace mucho tiempo sostiene la civilización en la que me crie, la verdad más profunda de las cosas está oculta detrás de las apariencias en dimensiones inaccesibles a nuestros sentidos. Hace mil años, estas dimensiones eran consideradas en términos espirituales: el mundo sensorial era una realidad baja, secundaria, que podía entenderse solo a partir de la referencia a los reinos celestiales que se escondían más allá de los astros. Dado que los poderes que residían en esos reinos estaban ocultos a la percepción común, tenían que ser mediados para el pueblo por los sacerdotes, que intercedían por nosotros ante las agencias celestiales.

En siglos más recientes, una cantidad de descubrimientos e invenciones notables han transformado la concepción general de las cosas que tiene esta cultura, y sin embargo se mantiene un menosprecio elemental por la realidad sensorial. Como un viejo hábito colectivo difícil de erradicar, el mundo de la experiencia directa todavía se sigue explicando a partir de la referencia a ciertos reinos ocultos que están más allá de nuestra experiencia inmediata. Uno de esos reinos es, por ejemplo, el dominio microscópico de los axones, las dendritas y los neurotransmisores que liberan las sinapsis neuronales: una dimensión del todo oculta a la comprensión directa y que, sin embargo, probablemente provoca o da origen a todos los aspectos de nuestra experiencia. Otra de esas dimensiones es el terreno recóndito escondido dentro del núcleo de nuestras células, donde residen las hebras intrincadamente plegadas del ADN y el ARN, que al parecer codifican y quizás también «causan» el comportamiento de los seres vivos. O bien a veces se dice que el origen y la verdad más profunda del mundo aparente existe en el reino subatómico de los quarks, mesones y gluones (o en el mundo aún más hipotético de las cuerdas que vibran en diez dimensiones); o quizás en la ruptura inicial de las simetrías del Big Bang cosmológico, un evento cuya distancia en tiempo y espacio resulta casi inconcebible.

Cada una de estas dimensiones secretas trasciende de modo radical el alcance de nuestros sentidos desnudos. Como no tenemos una experiencia común y corriente de estos reinos, las verdades esenciales que se encuentran allí deben llegarnos mediadas por expertos, por aquellos que tienen acceso a los poderosos instrumentos y las onerosas tecnologías (microscopios electrónicos, resonadores magnéticos, radiotelescopios y supercolisionadores)

que pueden ofrecer un atisbo momentáneo de esas dimensiones. Hoy, como antes, se supone que el mundo sensorial –el mundo de las criaturas, con el que se topan nuestros sentidos animales de modo directo– es una realidad secundaria, derivada, que se entiende solo en relación con dominios más primarios que existen en otra parte, detrás de escena.

No niego la importancia de esas otras escalas y dimensiones ni el valor de las múltiples verdades que allí podemos encontrar. Solo niego que este mundo ensombrecido, terrenal, de huellas de ciervos y musgo, sea algo menos valioso, menos REAL que esas dimensiones abstractas. Es más palpable para mi piel, más esencial para mi nariz enardecida e infinitamente más valioso para el corazón que late en mi pecho.

Este terreno de la experiencia directa, que vibra al ritmo de los grillos y es arrasado por las mareas, es el reino más devastado por las consecuencias de nuestro desprecio. Muchos hábitos longevos y abominables han permitido el trato cruel hacia la naturaleza circundante y nos han dado el poder para talar de modo indiscriminado, hacer represas, minar, transformar, envenenar o simplemente destruir gran parte de lo que discretamente nos mantiene con vida. Y sin embargo, pocas cosas están más arraigadas o son más dañinas que la habitual tendencia a considerar la tierra sensible como un espacio subordinado, ya sea como un plano pecaminoso, plagado de tentaciones, que hay que trascender y superar, o como una región amenazante que debe ser derrotada y sometida a nuestra voluntad, o simplemente como una dimensión un tanto perturbadora que debemos evitar, sustituir y explicar.

La vida corpórea es difícil, en efecto. Identificarse con la pura cualidad física de la propia carne puede parecer algo delirante. El cuerpo es una entidad imperfecta y frágil, vulnerable a mil y un agravios: heridas y desprecios de terceros, enfermedad, decadencia y muerte. Y el mundo material en el que habita nuestro cuerpo está lejos de ser un lugar amable. La belleza trémula de esta biósfera está plagada de espinas: la generosidad y la abundancia muchas veces parecen escasas en comparación con la prevalencia de la depredación, el dolor repentino y la pérdida devastadora. Vivimos encarnados en las profundidades de esta abundancia cacofónica de formas, y en general no podemos predecir lo que acecha detrás de la roca más cercana y mucho menos tomar la distancia suficiente como para sopesar y comprender el funcionamiento de este mundo. No podemos controlarlo. Perdemos la audición en un oído y el otro repica como una cuchara que cae. Nuestra pareja se enamora de otra persona mientras nuestro hijo contrae una fiebre virulenta que ningún médico es capaz de diagnosticar. Hay cosas ahí afuera que pueden devorarnos, y en última instancia lo harán. No es de extrañar que prefiramos abstraernos cada vez que podemos, que nos imaginemos en espacios hipotéticos menos poblados de inseguridades y evoquemos dimensiones más dispuestas al cálculo y al control. Nos entregamos dichosos a escenarios mediados por máquinas, nos ofrecemos como víctimas sacrificiales a cualquier tecnología que prometa mejorar la anodina capacidad de nuestra carne. Y sí,

cada tanto nos involucramos también con este mundo terrenal, siempre y cuando sepamos que no es definitivo, siempre y cuando estemos convencidos de que no estamos atrapados en él.

Incluso entre ecologistas y activistas ambientales existe la opinión tácita de que es mejor no dejar que nuestra conciencia se acerque demasiado a nuestras sensaciones, que es mejor que nuestros argumentos estén ceñidos a la estadística y nuestros pensamientos respaldados por abstracciones, no sea el caso de que sucumbamos a una pena abrumadora, a un dolor surgido de la empatía instintiva que nuestro organismo tiene con la tierra viva y sus pérdidas continuas. No sea que quedemos derribados y vencidos por nuestra consternación ante la implacable devastación de la biósfera.

Así es como nos protegemos de la vulnerabilidad desgarradora de la existencia corporal. Pero con el mismo gesto nos volvemos también impermeables a las fuentes más profundas de alegría. Eliminamos de nuestra vida el nutriente necesario que implican el contacto y el intercambio con otras formas de vida, ya sean los seres con astas, colas rizadas y ojos de ámbar cuya extrañeza ensancha nuestra imaginación, o las abejas zumbantes y el borboteo de los coros nocturnos de las ranas, o la niebla matutina que se alza como una horda de fantasmas sobre la hierba. Nos cerramos al erotismo cálido de la voz del violonchelo o a la danza basculante de las grúas que se recortan sobre el cielo de la ciudad, saturado de azul. Nos cerramos al picaflor errante que palpita en el hueco de la mano mientras lo llevamos afuera y al destello carmesí cuando se aleja revoloteando de nuestros dedos.

Durante demasiado tiempo nos hemos cerrado a la vida participativa de nuestros sentidos, nos hemos vuelto insensibles a la inteligencia de nuestros músculos y sus múltiples solidaridades. Hemos tomado nuestras verdades primarias de tecnologías que mantienen el mundo a distancia. Tales herramientas pueden ser muy útiles y beneficiosas, siempre y cuando el conocimiento que aportan sea devuelto con cuidado al mundo viviente y se ponga al servicio de la matriz más que humana de encuentro y experiencia corporal. Pero es fácil que la tecnología también se use como una manera de evitar el encuentro directo, como un escudo –grabado con líneas de código o jerga críptica– para protegernos de todo lo que asusta, como un refugio o un paraíso sintético en el que escondernos de la angustiante ambigüedad de lo real.

Solo podemos aclimatarnos al mundo devastador que nos rodea si nos abrimos a la incertidumbre desde el principio. Este cuerpo animal, con su vértigo y susceptibilidad, sigue siendo el instrumento principal de todo nuestro conocimiento, y la tierra caprichosa, nuestro cosmos primordial.

Con este libro no tengo intención de brindar una exposición definitiva, y mucho menos completa. Los problemas que están surgiendo en este momento del desarrollo de la tierra, complejos y muchas veces aterradores, requieren un

rango de reacciones lo más amplio posible, al que cada uno de nosotros debe ofrecer sus talentos específicos. He escrito este libro, una serie espiralada de incursiones experimentales e improvisadas, con la esperanza de que otros contrasten mis hallazgos con su propia experiencia, de que corrijan o refuten mis descubrimientos con los propios.

Esta empresa comenzará lento e irá juntando energía a medida que se ponga en movimiento. Encuentros simples de mi propia vida –encuentros inesperados y afortunados– le dan un marco y una estructura flexible a cada una de las investigaciones que siguen. Los primeros capítulos toman algunos aspectos comunes del mundo de la percepción que solemos dar por sentados (sombras, casas, gravedad, piedras, profundidad visual) y se acercan a cada fenómeno para percibir la manera en que se relacionan no con nuestro intelecto sino con nuestro cuerpo sensible y sentiente. Los capítulos posteriores se abocan a poderes más complejos (la mente, el estado de ánimo, el lenguaje) que influencian y organizan de formas diversas nuestra experiencia del campo perceptible. Los capítulos finales se meten directamente con la magia natural de la percepción misma, explorando la alteración voluntaria de los sentidos y la transformación salvaje de lo sensible, y abordan la magia y los cambios de forma y la metamorfosis de la cultura.

Muchos de nuestros conceptos heredados (las definiciones y explicaciones disponibles) sirven para aislar a nuestra inteligencia de la intimidad del encuentro que tenemos como criaturas con la extrañeza de las cosas. En estas páginas escucharemos de cerca a las cosas, dejaremos que el clima, los alces y los acantilados manifiesten su propia alteridad. Prestaremos atención a la manera única que tienen de revelarse, y entraremos así en sintonía con las facetas que los estilos aceptados de pensamiento han eclipsado. ¿Podemos encontrar formas nuevas de dilucidar estos fenómenos terrenales, formas de articulación que liberen a las cosas de sus camisas de fuerza conceptuales y les permitan estirar los brazos y empezar a respirar?

Las primeras exploraciones de este libro pronto nos llevarán a enfrentarnos con algunos supuestos culturales básicos y nos obligarán a rumiar una serie de preguntas reflexivas acerca de la materialidad, los cuerpos y el lenguaje de las ciencias, y también acerca de la manera en que nuestras palabras afectan la vida en curso de nuestros sentidos animales. Estas discusiones nos dejarán más libres para bailar en los capítulos siguientes, más capaces de seguir nuestras investigaciones hacia donde sea que nos conduzcan.

Hay quienes dirán que este es un libro de soledades. Es cierto que he elegido concentrarme en esos momentos del día o de la vida en que durante unos instantes uno se desliza por debajo del oleaje de las fuerzas sociales; esas ocasiones (por lo general no verbalizadas y por ende desestimadas) en las que uno entra de manera directa en una relación sentida con la comunidad más amplia, más que humana, de seres que nos rodean y que sostienen el alboroto

de lo humano. No obstante, despertar a una ciudadanía en esta comunidad más amplia tiene ramificaciones concretas en el modo en que los humanos nos relacionamos entre nosotros. Tiene consecuencias sustanciales para la manera en que toma forma una democracia genuina, para la manera en que *respira* nuestra política del cuerpo.

¿Por qué, entonces, se les presta tan poca atención a las esferas política o social en estas páginas? Porque hay que lograr un trabajo necesario de recuperación (o al menos iniciarlo y ponerlo en marcha) antes de que esas esferas puedan iluminarse de una manera nueva, y este libro está dedicado a eso. Una participación renovada en el colectivo humano, que forje nuevos modos de comunidad local y solidaridad planetaria, junto con un compromiso por la justicia y por el trabajo muchas veces exasperante de la política: estos también son elementos necesarios en el proceso, y suponen una parte vital de mi propia práctica. Pero no son el foco principal de este libro.[2]

Escribir es una empresa curiosa, que alterna entre raptos de delirio y momentos de perplejidad y que de ahí puede pasar a tramos de labor tranquila y enfocada. La escritura de palabras es una práctica relativamente reciente para el animal humano. Claro que nosotros, seres bípedos, hemos sido criaturas de lenguaje durante mucho tiempo, pero el lenguaje verbal vivió primero en el aliento moldeado por el habla; reía y tartamudeaba en la lengua antes de posarse sobre la página, y mucho antes aun de disponerse en filas a lo largo de la pantalla luminosa.

Las personas que han sido criadas en culturas letradas suelen hablar *sobre* el mundo natural, pero los indígenas o los pueblos orales a veces le hablan directamente *a* ese mundo y reconocen a ciertos animales, plantas e incluso accidentes geográficos como sujetos expresivos con los que es posible entablar una conversación. Desde ya que estos otros seres no hablan en lenguas humanas, no hablan con palabras. Tal vez hablan con música, como muchos pájaros, o con ritmos, como los grillos o las olas del mar. Tal vez hablan un lenguaje de movimientos y gestos, o se expresan a través de sombras cambiantes. En muchos pueblos originarios se presume que tales formas de discurso expresivo son, a su modo, tan comunicativas como el discurso más verbal de nuestra especie (que, al fin y al cabo, puede pensarse como un tipo de gesticulación vocal, o incluso una especie de canto). Para los pueblos de tradición oral, el lenguaje no es una posesión específica del humano sino una propiedad de la tierra animada de la que los humanos participamos.

El lenguaje oral fluye a través de nosotros: nuestras frases sonoras son transportadas por el mismo aire que nutre los cedros e hincha los cúmulos de nubes. Inmóviles, dispuestas sobre la superficie plana, nuestras palabras tienden a olvidar que su sostén es esta tierra azotada por el viento y empiezan a imaginar que su principal tarea es proporcionar una *representación* del mundo (como si estuvieran afuera y no fueran realmente parte de él). No

obstante, el poder del lenguaje sigue siendo, antes que nada, una manera de entrar cantando en contacto con los otros y con el cosmos, una forma de superar el silencio que hay entre uno mismo y los demás, o entre uno mismo y un oso pardo o la luna creciente que se eleva como una vela inflada sobre el tejado. El don principal del lenguaje, ya sea que suene en la punta de la lengua, esté impreso en la página o brille en la pantalla, no es *re*-presentar el mundo que nos rodea sino llamarnos a la *presencia* vital de ese mundo y a una presencia profunda y atenta entre nosotros.

Esta capacidad ancestral del habla subyace y sostiene necesariamente todos los otros roles que ha adquirido el lenguaje. Tanto si usamos nuestras palabras para describir un paisaje, analizar un problema o explicar cómo funciona algún dispositivo, ninguno de esos roles sería posible sin el poder primordial del habla para hacer que nuestros cuerpos resuenen unos con otros y con los demás ritmos que nos rodean. La llamada otoñal de los alces hace eso mismo, al igual que el eco de los graznidos de los gansos que en el invierno vuelan hacia el sur. Esas capas tonales de sentido –el estrato de expresión espontánea, corporal, que las culturas orales utilizan constantemente y las culturas letradas olvidan con demasiada facilidad– es la misma dimensión del lenguaje que nosotros, los bípedos, compartimos con otros animales. La compartimos, además, con el murmullo y el gemido del viento invernal entre las ramas afuera de mi estudio. En primavera, los capullos de esas ramas se abrirán con hojas nuevas, y en verano el viento hablará con mil lenguas verdes cuando corra entre esos mismos árboles liberando un coro de susurros, crujidos y repiqueteos intensos, muy diferentes de los suspiros graves y quejumbrosos del invierno. Y todas esas hojas parlanchinas alimentarán mis pensamientos cuando el próximo verano me siente junto a la puerta abierta a escribir y reflexionar.

Incluso estas páginas no son más que hojas que hablan: sus ideas se mecen con el viento, su vitalidad depende de la periodicidad de la luz del sol y del agua fresca y oscura que se filtra desde el suelo. Entren en su sombra. Escuchen con atención. Aquí está en juego algo más que la mente humana.

2 La frase que da título a este libro, «devenir animal», conlleva una gama de significados posibles. En esta obra, la frase se refiere, primero que nada, a la cuestión de volvernos más profundamente humanos al reconocer, afirmar y crecer en nuestra animalidad. Otros significados se harán evidentes poco a poco para diferentes lectores. La frase suele asociarse con los escritos del filósofo francés de finales del siglo xx, Gilles Deleuze (1925-1995), y su colaborador, el psicoanalista Félix Guattari (1930-1992). Como muchos otros filósofos, he obtenido mucho placer de los escritos infinitamente fecundos de Deleuze, que rebosan de trayectorias novedosas para el pensamiento. Compartimos varias metas, entre ellas el deseo de socavar una serie de suposiciones inadvertidas, sobrenaturales, que estructuran gran parte del pensamiento contemporáneo, y el consiguiente compromiso con una especie de inmanencia radical e incluso con el materialismo (o lo que yo tal vez llamaría «realismo de la materia») en un sentido dramáticamente reimaginado del término. Mi obra también comparte con la suya una resistencia apasionada a cualquier cosa que impida de modo innecesario la creatividad

erótica de la materia.

Sin embargo, a pesar de algunas metas compartidas, nuestras estrategias son drásticamente diferentes. (Alguna de mis caminatas por el campo por momentos se cruzará de manera oblicua con las líneas de vuelo de Deleuze, pero pocas veces, o casi nunca, son paralelas nuestras improvisadas trayectorias). Como fenomenólogo estoy demasiado cautivado por la experiencia vivida, por el encuentro entre nuestro cuerpo sensible y la tierra animada como para adaptarme a su gusto filosófico. Como metafísico, Deleuze está demasiado abocado a la producción de conceptos abstractos como para adaptarse al mío. No obstante, al haber elegido para mi título una frase que suele asociarse con los escritos de Deleuze, le rindo homenaje a la creatividad exuberante de su obra, aun si guardo la esperanza de abrir la frase a nuevos sentidos y asociaciones.

Sombra

(Ecología profunda I)

Caminas hacia el sur, rozando las ramas de las píceas y esquivando los brazos bajos y quebradizos de los abetos, por un sendero de ciervos apenas visible que se interna en un bosquecillo de álamos susurrantes: troncos altos, moteados de sol, como elegantes cuellos de jirafa que se inclinan hacia un lado y hacia el otro con la cabeza oculta entre las hojas. Las piernas te llevan cuesta arriba entre ramas más oscuras y puntiagudas y luego hacia abajo, donde el sendero se abre abruptamente hacia la orilla oriental de un lago de montaña. Sigue caminando. A tu derecha, un destello de luz hace ondular la piel del lago y baña el aire con rayos que se reflejan como un ejército de espadas desenvainadas; su fulgor pasa de una a otra surcando la profundidad que hay entre el lugar donde estás y las pendientes rocosas que se elevan en la orilla opuesta. Así que es difícil ver bien la gran montaña hacia la que suben esas pendientes o los árboles amontonados en las cuestas; tus ojos solo sienten un vago asomo de verde detrás de ese regocijo de luz.

El grito de un gavilán de monte hace eco en la cara de las rocas, luego nada más que el silencio resplandeciente. El silencio no es perfecto, cada tanto el arrullo de una libélula, fino como el papel, suena cerca de la superficie del lago. También sospechas que hay hojas desparramadas que se mecen en el agua aunque tus ojos no logran enfocarlas entre los rayos movedizos.

Del lado izquierdo, sin embargo, tu mirada se orienta con facilidad; allí los troncos de las píceas están grabados por el sol que pasa a través de las agujas, la corteza iluminada con tanta nitidez que puedes sentir la textura de las costras y grietas de la superficie, y así tus ojos se mueven sobre los troncos traduciendo los patrones de la luz a sensaciones táctiles que suben por tu piel.

La luz de la tarde, como las hojas de los álamos temblones, se va volviendo dorada, y pronto la hierba y las piedras debajo de tus pies adquieren un borde de oro. Los mosquitos bailan sobre el agua y las abejas pasan volando a tu lado atraídas por el color de tu camisa o el aroma de tu transpiración mientras te abres camino entre rocas anchas que han estado toda la tarde bebiendo el sol. Sigue tu caminata. Este aire denso de luz es un hechizo envolvente, un trance en el que todo el lugar ha caído, un estado mental viscoso que compartes con las píceas y las abejas en este momento ambarino.

Y entonces algo cambia: una brisa fría en la cara te lleva a un estado de conciencia diferente. Un vistazo alrededor revela que el sol se ha posado, como un martín pescador, en la cresta más alta de la montaña. Quietud en todas partes, como si el mundo mismo vacilara en el borde; una gran transformación se avecina. La brisa se agita… y se calla. Todos –las libélulas, las agujas colgantes, las piedras y las rocas dispersas a lo largo de la orilla–, cada entidad parece contener el aliento. El ojo radiante del martín pescador todavía mira,

pero su mirada se va volviendo menos intensa. Todo espera la metamorfosis silenciosa que va acercándose desde el otro lado del lago. La mirada del sol se vuelve aún más tenue; pronto, cuando se deslice poco a poco detrás de la cresta, será posible contemplarlo sin un gesto de dolor. Un resplandor final, un brillo deslumbrante entre dos árboles que se recortan en esa cresta... y entonces el sol desaparece.

Ha refrescado, sin duda. Pero no solo está más fresco, hay una nueva textura en el aire, una humedad: el agua suspendida en el medio, invisible, aunque puedes sentir su presencia cuando la brisa te baña en oleadas el rostro. Y sobre esas olas, primero vagamente seductores y después demasiado deleitosos como para resistirse: ¡olores! Olores oscuros, estigios, que se deslizan sobre el vidrio ondulado del lago para mezclarse con la humedad aromática del suelo y el perfume chillón de las agujas verdes, y una fragancia levemente fermentada te entra con fuerza por la nariz (las deposiciones recientes, todavía humeantes, de alguna criatura en el bosque vecino). También está la putrefacción mohosa de un tronco caído y el aroma risueño del agua fresca que lame la orilla (embebido con la química de los renacuajos, las truchas y los taninos de las hojas hundidas) y el montón de otros tufillos, a veces mezclados, a veces nítidos, que burbujean como el vino en alguna parte de tu cerebro antes adormecido por el resplandor soporífero de los rayos de sol, pero que ahora, por esta magia carnal, despierta a una vida atenta, como si tu inteligencia mamífera hubiese fondeado de repente para encontrarse de veras aquí, de pie y en persona en estos bosques húmedos.

El aturdimiento celestial en el que antes flotabas se ha retraído hacia la periferia de tu conciencia, el último rastro de esos fantasmas etéreos se disipó frente al aliento robusto de los colores profundos y los olores obscenos, poderes telúricos de una acritud que refleja el sudor y la fuerza de tus piernas mientras presionan una después de la otra contra el suelo. En compañía de las matas de pasto y las ranas has cruzado un umbral cuya influencia, aunque no reconocida en la era actual, sigue siendo tan potente como siempre. Y así has entrado en un reino diferente, en un paisaje mental diferente.

Has entrado en el país de la sombra. Y una presencia vasta e inquietante, que momentos antes se ocultaba detrás de la gasa de luz, ahora camina despacio hacia ti por el aire depurado. Es el cuerpo vivo de la montaña.

Una de las marcas de nuestro olvido, uno de los innumerables signos de que nuestras mentes pensantes se han distanciado de la inteligencia de nuestros cuerpos sensibles, es que hoy en día muchas personas parecen creer que las sombras son planas. Si voy paseando por la calle en una tarde despejada y noto un parche de oscuridad que cambia de forma y me acompaña mientras camino, extendido sobre la calle y perpendicular a mi yo erguido, con apéndices que se estiran y se acortan con el balanceo de mis extremidades, enseguida identifico a esta franja horizontal como mi sombra. Como si una

sombra fuera solo una cosa plana, un panqueque cinético, una criatura bidimensional que uno pudiera despegar de la calle y colgarla del cable telefónico más cercano.

En otras palabras, identificamos a nuestra sombra con esa silueta visible que vemos proyectada en el pavimento o la pared blanca. Como lo que vemos ahí es un ser sin profundidad, suponemos desde luego que las sombras son básicamente planas, y si un niño curioso nos pregunta sobre la vida de las sombras tendemos a responder que existen solo en dos dimensiones.

Pero supongamos que, esa misma tarde, un abejorro va desde una fronda de tréboles hasta un cúmulo de flores en un matorral al otro lado de la calle, y que al hacerlo pasa entre mí y la forma plana que proyecta mi cuerpo sobre el pavimento. El abejorro iluminado por el sol viene zumbando hacia mí como un cohete errático y ebrio contra el cielo de asfalto, y entonces cruza en el aire la frontera invisible. Su fulgor se apaga al instante, el sol ya no lo cubre: se ha metido en la zona de oscuridad claramente delimitada que flota entre mi piel opaca y la silueta humanoide que yace sobre la acera… hasta que, un momento después, el abejorro sale zumbando por el lado opuesto de esa zona y emerge de nuevo al resplandor del día.

Aunque no estaba volando nada cerca del suelo, el abejorro entró y salió de mi sombra real. Su trayectoria visible –iluminado, apagado y otra vez iluminado– muestra que mi sombra real es un enigma más sustancial que esa figura plana sobre el pavimento. Esa silueta es solo la superficie exterior de mi sombra. La sombra real no reside principalmente en el suelo; es un ser voluminoso de espesor y profundidad, una presencia casi invisible que habita en el aire *entre* mi cuerpo y el suelo. La figura oscura del asfalto me toca solo en los pies y por eso parece estar separada de mí o incluso ser independiente de mí, una especie de doble. El hueco aparente entre esa franja plana de oscuridad y yo es lo que me impulsa de vez en cuando a aceptar su invitación a bailar, y así nos contoneamos y nos esquivamos en un *pas de deux* improvisado en el que nunca queda claro cuál de los dos marca el paso y cuál lo sigue. Sin embargo, ahora es obvio que esa forma que se escabulle sobre el pavimento no es más que el borde exterior de un grueso volumen de sombra, una profundidad umbría que se extiende desde el suelo y que sube hasta mis rodillas, mi torso y mi cabeza; una sombra que me toca no solo en los pies sino en cada punto de mi persona.

Esta sombra viva renace cada amanecer, o, mejor dicho, la sombra es lo que queda de la noche a medida que la oscuridad nocturna huye ante el avance del sol naciente. Estoy de visita en casa de un amigo en los suburbios de una gran ciudad, de pie en su jardín, paciente y quieto, como los árboles al otro lado de la calle. De espaldas al amanecer veo que, mientras se escabulle, la noche va dejando detrás una parte delgada de sí misma, una astilla de anochecer que va desde mi cuerpo al horizonte occidental; un pedazo de noche que de a poco se despega de la madre oscuridad y se agrupa en el lugar donde yo estoy parado. Esta esquirla de noche residual se acerca cada vez más

a mí a lo largo de la mañana –su borde visible en el suelo se va solidificando poco a poco mientras sus extremidades se ensanchan– hasta que, por sus proporciones, veo que es un eco claro de mí mismo. Cada uno imita los movimientos del otro en el reino sombrío que se abre entre los dos. A mi alrededor entreveo otras tajadas sobrantes de noche que se agrupan en dirección a otros cuerpos erguidos, hacia árboles y postes de teléfono, casas y tomas de agua y una ardilla que se detiene un momento a pensar. Sigo de pie mientras pasan los coches y los niños juegan. Una bandada de estorninos se posa en un cable de teléfono, silbando y sacudiendo las alas, luego se van. Hacia el mediodía noto que mi sombra parece estar infiltrándose en mi cuerpo; a las doce en punto ya ha sido casi completamente absorbida por los poros de mi piel y –aparte de una pizca de sombra en mi costado norte– no se la ve por ningún lado. Los insectos alados no pierden nada de su brillo cuando zumban o pasan revoloteando en el aire radiante. La sombra, mi noche personal, se ha abrazado a mí, nos hemos vuelto indistinguibles.

¿Notamos esto? ¿Nos sentimos diferentes en el mediodía pleno, cuando la oscuridad se ha metido en nosotros? ¿Sentimos el peso de nuestra propia sombra, la presión de sus conocimientos complejos contra el interior de nuestro torso y nuestro cráneo? ¿Es la sombra misma la que al mediodía mira hacia afuera por nuestros ojos? No es de extrañar que muchos pueblos tradicionales se entreguen a la siesta y al sueño por una o dos horas en ese momento del día, dejando que sus tejidos y sus órganos respondan a esta visita interior de la noche, dejando que las múltiples células o almas en su interior sean guiadas por la oscuridad que ha tomado refugio temporario en su carne. Pero no voy a sucumbir; no todavía, porque estoy esperando para poder entrever los fragmentos de noche que empiezan a filtrarse de los árboles y de la moto del vecino a medio arreglar, dada vuelta sobre el suelo. Estoy esperando la liberación silenciosa, quiero sentir cuando mi sombra se escape de los confines de mi piel y estire los dedos suavemente hacia el aire de la tarde.

Ahhh, allí está. Siento más fresca una mejilla. Miro hacia abajo. De ese mismo lado, mi cuerpo ahora da sombra a ocho o nueve briznas de pasto y a un escarabajo que se bambolea cerca de la punta de una de ellas con las antenas atentas a la brisa, saboreando el microclima. Poco después, cuatro briznas más alejadas se han metido en la sombra. Luego varias más.

Ya no estoy bajo el exclusivo escrutinio del sol. Libre de la mirada insistente que se derrama desde el cielo, mi mano izquierda se flexiona y rasca la piel de mi rodilla. El reflejo oscuro en el suelo –al que llamaré mi sombraflejo– no registra este intercambio que tiene lugar dentro del volumen contenido en mi sombra total. Lenta, casi imperceptible, la sombraflejo se extiende por el suelo a medida que se hace más profunda la zona triangular de refugio que emana de mi cuerpo, sin transgredir nunca sus proporciones pitagóricas, y se expande imperceptible hacia el horizonte oriental.

Entro en la casa para prepararme algo de comer: corto un tomate maduro, intercalo las rodajas con queso mozzarella fresco y vierto unas gotas de aceite

de oliva para que sostengan la pimienta negra que cae al final como nieve oscurecida. Los sabores se intersecan, estallan y se mezclan entre sí. Luego registro los resultados de mi experimento matutino. Varias horas después, salgo para observar a mi sombraflejo: un gigante delgado, afilado como una espada, yace boca abajo en la luz dorada. Se elonga aún más mientras el sol se pone a mis espaldas, sus hombros se encogen, su cabeza trepa por la pared de una casa lejana. Entonces se convierte en la luz de los pájaros: todos los seres alados gritan y parlotean mientras los contornos del gigante se hacen borrosos, indistintos, y le otorgan sus poderes de penumbra al ocaso y a la noche que se avecina.

¿Se ha disuelto y disipado mi sombra o está todavía presente pero oculta, tragada por la oscuridad más grande de la noche? ¿O es la noche misma nada más que una prenda tejida con nuestras sombras dispares, todas esas tinieblas separadas que durante el día caminan solas y que sin embargo se juntan en un espesor común en cuanto el sol se desliza detrás de las colinas? ¿Es nuestra sombra individual, como decíamos, nuestro pedazo privado de noche, arrancada del manto negro cada mañana cuando salimos a recibir el día?

Por ahora, digamos solo esto: la sombra, ese enigma elegante, está siempre con nosotros. Ya sea a mediodía o a medianoche, ya sea que esté quieta dentro de nuestra piel o nos envuelva como un hábitat, la sombra es una consecuencia ineludible de nuestra naturaleza física: una interrupción al dominio del sol, un poder perturbador que tenemos en común con las rocas y las nubes de tormenta y los cadáveres de aviones estrellados. Existen, sin embargo, algunos miembros de la comunidad corpórea que viven sin la compañía oscura de las sombras: los vientos, por ejemplo, o los paneles de vidrio que recién se han colocado en el marco de una ventana. Pero para la mayoría de nosotros, seres materiales, la sombra es parte de lo que nos constituye. Nuestros pensamientos más claros son los que saben esto, los que recuerdan su parentesco verdadero con la luz y la sombra, con el fuego y el sueño.

¡Glup! La boca de una trucha se abre cerca de la superficie del estanque, atrapa una mosca y vuelve a hundirse en las profundidades verdes. Esa intersección de mundos irradia olas concéntricas que empujan a los zancudos y algunas hojas que flotan. Al acercarte a la orilla, miras a través de la oscuridad para vislumbrar algún pez que esté al alcance de la vista. Una ramita se quiebra debajo de tu pie, seguida de un leve traqueteo de pezuñas que se internan en la lejanía cubierta de agujas. Es una vibración que tu torso percibe más que tus oídos. Ahora caminas con más cuidado, mirando hacia abajo para evitar las raíces expuestas y las piedras angulosas aquí y allá, salpicadas de negro y de líquenes crujientes y anaranjados que se extienden sobre sus superficies moteadas. Aire fresco entrelazado con exhalaciones anfibias se desliza por tu garganta; el aroma de los retoños mordisqueados por los castores se filtra en tu cerebro. Otra trucha salta, rompiendo la superficie. Los zancudos se balancean

hacia adelante y hacia atrás sobre las ondas.

Más temprano, el sol miraba el mundo desde arriba, su calor se encontraba con la llama interior de los pastos, sus rayos rebotaban en las pendientes y en el espejo vacilante del lago. Todo aquí estaba en relación con ese fuego blanco mientras caminabas en su resplandor, tus pensamientos atraídos hacia lo alto por la llamada regia que fluía desde el cielo. Pero ahora ese imperativo celeste se ha retirado detrás de la montaña, y la atención de cada cosa parece tomada por completo por la vida que la rodea: una araña descubre el viento que infla su red y se prepara para un tirón más abrupto; las piedras se acomodan cerca de la tierra; el viento lame el agua al pasar sobre el lago y se desliza debajo de las raíces y a través de los surcos estriados en la corteza de los troncos mientras las agujas peinan la ráfaga invisible. Los ojos inhalan colores y tu cuerpo responde a los pigmentos del liquen y los hongos y el barranco con tus propios colores rojizos, con el tono de tu piel, de tu camiseta manchada de sudor y los matices oscuros de tu pelo opaco. Y es que aquí hay una intimidad que te incluye. Es una convergencia que notas solo cuando elevas la vista al cielo: allá en lo alto, dos patos aletean hacia el sur; sus plumas, radiantes en la luz dorada, son sin duda de otro mundo. Vuelan bajo la mirada plena del sol. Te das cuenta entonces de que la intimidad alegre de este mundo ensombrecido no se extiende infinitamente hacia arriba. Es un reino delimitado, una zona que se interrumpe en algún punto en las alturas, donde la luz del sol se derrama sobre la cresta de la montaña e ilumina el aire que está más arriba.

Sin embargo, aquí abajo habitamos en un medio diferente: la frescura y la claridad de la sombra. Es evidente que hay una influencia compartida entre los muchos seres de este reino delimitado. El modo por el cual los colores, sonidos y sabores se presentan ante ti, el modo en que estas cualidades sólidas deliberan y conversan con tu cuerpo –informando a tus extremidades, por ejemplo, sobre las ramas hundidas que sueñan en el fondo del lago–, todo eso es un don otorgado por la sombra protectora de la montaña. Es esa presencia descomunal, la montaña de muchos pliegues que se eleva en laderas boscosas y crestas de acantilados desde la orilla más alejada del lago, arañada por los glaciares y erosionada por los vientos, cargada de hielo en sus concavidades más altas y cubierta de historias en cada deslizamiento rocoso y en cada precipicio… es *la montaña* la que otorga su poder gregario a los múltiples elementos de este lugar. Sin importar que notes o no su influencia activa, es la montaña la que define el humor de este momento en el que estás.

Entrar en la sombra de esta montaña es entrar directamente en su influencia, dejar que aclare tus sentidos a medida que el ritmo de tu respiración se ajusta al suyo, al estilo de su clima. Entrar en la sombra es volverse parte, aunque solo sea por un momento, de la vida de la montaña. Así como las sombras no son solo formas planas proyectadas sobre el piso (sino más bien espacios densos y voluminosos), tampoco son cantidades mensurables, meras consecuencias del sol y su interrupción. Las sombras son atributos cualitativos de los cuerpos que las secretan. Son reinos dependientes

del tiempo, que cambian sus contornos con la hora y la estación, zonas de vida momentáneas donde la montaña o la roca o el cuerpo que proyecta sombra envuelve y reúne silenciosamente una variedad de otros cuerpos bajo su dominio. La sombra es un espacio y un tiempo delimitados donde la montaña es libre para dispersarse, hacerse sentir en toda su franqueza y atraer a un grupo de otras entidades y elementos a un vecindario común: una zona de alianzas y reciprocidades habilitada por el refugio silencioso de su sombra. El poder de la montaña es como un monarca benévolo que se quita la túnica dorada que usa a diario ante los ojos del mundo, se pone unas ropas discretas y se escabulle por la puerta trasera del palacio para vagar por el vecindario cercano nada menos que como él mismo. A pesar de su atuendo humilde, los plebeyos perciben su carisma y caen bajo la órbita de su porte real, y así surge entre ellos una nueva camaradería aunque más no sea por algunas horas. Hallarse bajo la sombra de una montaña es hallarse expuesto de repente a la vida privada de la montaña, sentir su enorme y múltiple influencia sobre el mundo que yace debajo, entrar en el poder gravitacional de su inteligencia, una sagacidad que ya no se disuelve en el resplandor deslumbrante del sol.

Sin embargo, las sombras de la tarde son muy diferentes de las de la mañana; el estado de ánimo, el modo de conciencia, las cualidades que imparten son de una riqueza diferente. Ahora, por ejemplo, la brisa empieza a decaer y una bruma efímera se junta sobre la superficie del lago: volutas de vapor sobrevuelan y flotan como espíritus. El silencio es más grande, más profundo; cada tanto se oye el sonido de una salpicadura pero ya no el frufrú de las alas de las libélulas o los chillidos de las ardillas. Los troncos y los peñascos se oscurecen, las agujas pierden su nitidez. La sombra de la montaña, esa zona de vida vibrante, está dando lugar a un poder más vasto, más oscuro, más profundo. La miríada de flujos entre insectos y hierba, entre suelo y piedra, entre halcón y agua y peñascos parece disiparse; las reciprocidades y negociaciones entre vecinos disminuyen gradualmente. Claro, todavía hay encuentros e intercambios, pero ya no forman una red de tejido apretado. Los encuentros parecen más esporádicos, más azarosos, los habitantes de este lugar junto a la montaña ya no están tan involucrados entre sí. La sombra de la montaña se abre hacia afuera y pierde sus límites. Cuando el sol, oculto hace tiempo, retira su luz residual y dispersa del cielo, la montaña se ve tomada por la noche que se aproxima y su sombra, tragada por la sombra más oscura de la tierra.

Noche es el nombre que le damos a la sombra de la tierra. La sombra que se come todas las otras sombras. Poco a poco, el ancho planeta se interpone entre nuestros cuerpos animales y el sol; los contornos se difuminan, las formas y los colores se vuelven inciertos, el mundo cercano pierde su realidad tajante y una nueva profundidad, al principio suave y atractiva, empieza a extenderse sobre los árboles. Unas pocas motas de luz aparecen en el azul cada vez más intenso, como fogatas en un valle lejano. El fondo de ese valle pronto da paso a un cañón más profundo, luego a un desfiladero, luego a un abismo

insondable; mil o diez mil estrellas brillantes iluminan sus distancias inmensas.

Y así como la sombra que proyecta la montaña nos abre a su inteligencia taciturna cuando entramos dentro de sus confines, del mismo modo la sombra gigantesca de la tierra se apodera de nosotros y nos saca de nosotros mismos para llevarnos a la conciencia de la Tierra. Nos abre a esos seres que de día están oscurecidos por la atmósfera bañada de sol y que sin embargo pueblan la misma extensión vasta en la que habita nuestra Tierra: los planetas hermanos con los que comparte la casa del sol y también las otras casas innumerables, algunas cercanas y la mayoría terriblemente lejanas, que componen junto con nosotros el vecindario local del infinito. O tal vez deberíamos hablar de esas luces titilantes como de cuerpos, vidas solitarias pero exuberantes que se comunican con pulsos electromagnéticos a través de las hondas profundidades, curvando el tejido del espacio-tiempo a su alrededor.

¿O es que nuestros propios cuerpos se han encogido hasta ser granos de polvo y esas estrellas son gotas de rocío sobre una mata de redes hiladas por un nido de arañas?

La inmensidad sin límites a la que están expuestos nuestros ojos nos marea; nos embriaga de placer que nuestras mentes se confundan y nuestra lógica heredada explote en una miríada de chispas desperdigadas en el océano de la noche. No nos resulta fácil soportar un éxtasis como ese por mucho tiempo; nuestros hábitos de pensamiento nos traen de vuelta a puertos más familiares. Tal vez si fuésemos aves y el espacio fuera nuestro medio, esta inmensidad no nos desconcertaría. O si fuésemos un mamífero diferente –por ejemplo, un zorro, con la nariz sintonizada a los olores que se extienden en cintas a lo largo del suelo– casi no notaríamos la amplitud fascinante allá en lo alto, y la noche sería nuestra amiga. Pero como nos paramos en solo dos patas, nuestras cabezas ya están en el cielo y no podemos evitar el acertijo pasmoso que plantean las estrellas. Más allá de cierto asombro boquiabierto, nos empieza a doler el cuello, las piernas se nos doblan; nuestros cuerpos ansían yacer horizontales en la tierra. Nos entregamos a la gravedad, nos volvemos apéndices del suelo. Solo al renunciar a la postura vertical –al soltar nuestra individualidad erguida y recostarnos en la tierra, al dejar que nuestra mirada se vuelva la mirada misma de la Tierra– logramos dar algún sentido a las profundidades sin fin en las que la Tierra mora.

Pues esas profundidades no son nuestro hábitat, son el hábitat de la Tierra. Y así, al desplegar los brazos y recostarnos en el cuerpo de la Tierra, el cielo nocturno se vuelve para nosotros un consuelo firme y un útero. Ese es el hechizo que la sombra de este planeta ejerce sobre nuestra carne. Tarde o temprano, nos acostamos. Al fin se nos cierran los ojos. Devolvemos nuestras vidas individuales a la vida más amplia del suelo mismo. Y dormimos.

Dormimos, y permitimos que la gravedad nos sostenga, dejamos que la Tierra –nuestro Cuerpo mayor– recalibre nuestras neuronas y use como abono los encuentros apasionados de nuestras horas de vigilia (las tensiones y los terrores de nuestros días individuales), para devolverlos, como sueños, a la

sustancia durmiente de nuestros músculos. Nos rendimos a la influencia de la tierra viva. Podríamos decir que el sueño es un hábito que nace en nuestros cuerpos cuando la tierra se interpone entre estos y el sol. El sueño es la sombra de la tierra que cae sobre nuestra conciencia. Sí. Para el animal humano, el sueño es la sombra de la tierra que se mete bajo nuestra piel y se extiende por nuestras extremidades, que disuelve así nuestra voluntad individual en los mil y un seres que la componen –células, tejido y órganos, que ahora reciben sus directivas principales de la gravedad y el viento– como pedacitos residuales de luz solar atrapados en la maraña de los nervios, que vagan por el paisaje de nuestros cuerpos terrestres como ciervos que se mueven por los valles boscosos.

Casa

(Materialidad I)

Mi mano derecha se estira para alcanzar un libro. Los dedos se abren, se alargan hacia el volumen encuadernado, y de repente el tomo se trepa a mi mano. Se me desliza de entre los dedos y se acomoda otra vez entre la muñeca y la base del pulgar. Mi otra mano ahora husmea la cubierta. El libro cae abierto al medio entre dos páginas. Al parecer, en este punto de la historia todo está lleno de caracoles. Las páginas se llenan de caracoles: grandes, con caparazones en espiral, marrones y rosados y castaños con manchas; lentamente se deslizan por mi muñeca, algunos caen sobre la pálida madera de arce del escritorio. Ahora el libro entero está lleno de estas criaturas lentas y mi escritorio parece rebosante de ellas…

Me despierto y me siento, el olor penetrante del lodo poco a poco da paso a la luz que se filtra por las ventanas y las sábanas bañadas de sol que se me enredan entre las piernas. Sonrío confundido ante la imagen, que enseguida se disipa, de todas esas espirales translúcidas de calcita; giro las piernas hacia afuera de la cama y las apoyo en el piso. La camiseta de ayer está colgada en la silla de la esquina; me la pongo, me meto con dificultad en unos jeans nuevos y rígidos, me salpico la cara con agua de la canilla y bajo a la cocina tratando de decidir si quiero cereales o huevos revueltos. Entonces pierdo el hilo de mis pensamientos –me distraigo con un grillo negro que camina por las baldosas– pero mis brazos deciden por mí, y sacan la avena de la alacena y la leche de cabra de la heladera. Pronto estoy otra vez caminando por la casa hacia mi pequeño estudio con el dedo índice enganchado en el asa de una taza de porcelana, tratando de que el té no se derrame sobre el piso. Ya en la habitación a la que llamo mi estudio, apoyo el té en el escritorio, me doy vuelta y cierro la puerta.

Esta habitación al final de la casa está excavada en la ladera de la colina, de modo que tres de sus cuatro paredes tienen tierra sólida detrás de ellas, lo cual le da al lugar una sensación como de caverna. Dos claraboyas y una única ventana en la pared exterior invitan a la luz a entrar en la recámara. En días despejados, largos trozos rectilíneos de luz reptan lentamente por las paredes interiores.

Nos instalamos en esta casa con mi compañera Grietje y nuestra hijita hace solo unos meses, y sin embargo mis dedos ya conocen bien estas paredes pintadas de cal, manchadas aquí y allá donde tal vez colgaba un calendario o donde alguien pegó un dibujo que quitó al marcharse. A la derecha de mi silla, allí donde la temporada anterior la humedad se filtró desde la tierra compacta, la pared está moteada y descolorida. Los últimos meses han sido demasiado escasos de humedad; las nevadas breves del invierno se derritieron pronto y dejaron la tierra roja seca y resquebrajada y los peñascos de arenisca sedientos,

expectantes.

En esta habitación de barro, la temperatura nunca sube demasiado; paso mis manos por las paredes frescas y añado mis propios manchones. Mi silla cruje: quiere un cambio de posición, estirar sus huesos metálicos. Me inclino hacia atrás sobre las patas traseras hasta que su espalda toca la pared y la silla me acuna. Armé esta silla con unas patas de metal, puntales y tornillos, un listón de madera terciada para el asiento y un cuadrado acolchado sujeto en su lugar por una cubierta de tela cosida que coloqué sobre el torso de la cosa. Se estira y gira conforme mi cuerpo gira dentro de ella; incluso respira de modo sutil cuando el día se hincha de calor y se relaja hacia la noche. Es una compañera amable para mi espalda y mi trasero huesudo, así que trato de responder a sus súplicas chirriantes lo mejor que puedo, flexiono sus piernas, me inclino hacia un lado y hacia el otro y doy alivio a sus junturas y sus tornillos para que ella haga lo mismo por mí cuando me siento allí a pensar.

Esto de sentarse en sillas es algo nuevo y extraño para el cuerpo primate: tener nuestros cuartos traseros lejos del suelo y nuestra espina flexible suspendida en el aire. Civilizado, desde luego. Sin embargo, cuánto más se nutrían nuestras espinas dorsales de su amistad frecuente con el suelo, de plantarse en él como árboles cuando preparábamos la comida y tallábamos nuestros instrumentos en cuclillas, mientras tejíamos patrones en telas brillantes y charlábamos con nuestros parientes. Pero ahora despreciamos el suelo. Pensamos que la gravedad es un lastre para nuestras aspiraciones: nos tira hacia abajo, nos retiene, hace que la vida sea un peso y una carga.

Sin embargo, esta atracción gravitacional que nos mantiene pegados al suelo fue alguna vez conocida como Eros –¡como Deseo!–, el anhelo embelesado de nuestro cuerpo por el Cuerpo mayor de la Tierra, y de la tierra por el nuestro. La antigua afinidad entre gravedad y deseo se mantiene evidente, tal vez, cuando decimos que hemos *caído* perdidamente enamorados, como si fuera el tirón constante del planeta lo que de algún modo está detrás del eros que sentimos hacia la otra persona. En este sentido, la gravedad –la atracción mutua entre nuestro cuerpo y la tierra– es la fuente profunda de ese delirio más consciente que nos compele a la presencia del otro. Como el magnetismo que sienten dos amantes, o una madre y su hijo, la atracción poderosa entre el cuerpo y la tierra ofrece sustento y reabastecimiento físico cuando se consuma en el contacto. Aunque en los últimos tiempos hemos llegado a asociar la gravedad con la pesadez y por ende a pensar que tiene un vector estrictamente descendente, algo sube hacia nosotros desde la tierra sólida cuando estamos en contacto con ella.

Nos damos pocas oportunidades para saborear ese nutriente que sube hacia nosotros cada vez que tocamos el suelo, y por eso no es sorprendente que hayamos olvidado la naturaleza erótica de la gravedad y el placer vigorizante del contacto con la tierra. Pasamos nuestros días caminando no sobre la tierra sino sobre bloques artificiales suspendidos en pisos de oficinas y sótanos; en nuestros escritorios nos encaramamos en sillas; por las noches nos dormimos

sobre el lomo de camas prolijamente elevadas para no estar demasiado cerca del suelo. Si nos aventuramos a salir, por lo general no vamos a pie sino que nos entregamos a la alquimia fogosa de los automóviles, cuyos cilindros afiebrados y llantas rodantes nos transportan con premura hacia nuestro destino sin que haya necesidad de atravesar el terreno intermedio.

Pero aunque nuestros artefactos nos mantengan en alto y alejados de la tierra sólida, ellos mismos participan de esa solidez y de esa terrenidad; algo del suelo pasa hacia los puntales y las vigas de nuestros edificios y se propaga hacia las tablas de madera y los listones de arce y pino que se apoyan sobre ella, y también hacia las baldosas de cerámica del suelo, a veces un poco bloqueada y sofocada si es que las baldosas son de plástico. Y aun así, en esa condición disminuida, algo se filtra hacia arriba por las patas de nuestros escritorios y se propaga por la superficie para besarnos las puntas de los dedos que rozan las vetas, y fortifica nuestros codos huesudos cuando descansamos la cabeza entre las manos abiertas. Es una especie de pulso, una resonancia oscura que sostiene y alimenta las cosas. Podemos saborearla en la espesura del colchón o en la felicidad mullida de las almohadas cuando nos recostamos por la noche. Las llantas de goma de nuestra bicicleta pueden parecer insensibles a tal alimento, sin embargo, cuando ruedan sobre el asfalto masajean la canción para hacerla salir de su estupor pavimentado, allí donde la vitalidad de las piedras y el vigor del suelo y los tallos yacen atontados y luchan para levantarse a través de la coraza negra y bituminosa.

Ciertas construcciones pueden invitar y agrandar el pulso erótico del suelo (como muchos adobes hechos de tierra y techos cubiertos de paja, o incluso algunos rascacielos de inusual elocuencia); otras sofocan y silencian ese pulso, pero creo que no pueden inmovilizarlo por completo. Todas las cosas sólidas, ya sea un escarbadientes o una trompeta, un plato de porcelana o un helicóptero, están hechas de materiales que alguna vez nacieron de la tierra. Sin importar cuán profunda haya sido la alquimia del laboratorio, la materia que reluce o dormita en nuestras creaciones –la materia que presta su densidad opaca o su extravagancia porosa a herramientas y máquinas, sillas y pantallas de computadoras– retiene algún rastro de su antiguo linaje con la tierra uterina, alguna memoria de una era en que no estaba modelada según una voluntad exterior sino por la tensión y la exuberancia.

En esta habitación, una faja de luz con la forma de la ventana ha reptado por el piso y se ha doblado, y empieza a escalar la pared que da al este. Alrededor de la ventana de la pared opuesta hay un marco rústico de pino teñido de un tono ámbar profundo. Cada nudo ovalado de la madera parece un ojo abierto, un vórtice o un remolino entre las líneas que fluyen en ondas a lo largo de cada listón de corte transversal hasta que uno de esos nudos corneales y oscuros obliga a las vetas fluidas a curvarse a su alrededor, como el espacio-tiempo alrededor de una estrella.

Las vetas ondulantes y las irregularidades de la madera le resultan atractivas a mi piel animal pues repiten las líneas alrededor de mis nudillos,

que son como olas, y los nudos en mis hombros musculosos, y evocan así la naturaleza imperfecta e improvisada de todos los seres terrestres. Es una naturaleza que también está presente en la piedra y en las corrientes invisibles que arremolinan las nubes al otro lado de la ventana, en las grietas que poco a poco se extienden en el revoque pintado de las paredes (a medida que la gravedad invita lentamente a esta casa a asentarse con más intimidad en el suelo). Hay una afinidad entre mi cuerpo y las presencias sensibles que me rodean, una vieja solidaridad que hace caso omiso de nuestra distinción sobreeducada entre materia animada e inanimada. Su influencia constante en mi vida yace muy por debajo de mi percepción consciente, debajo de las sensaciones animales que recorren mis neuronas, más abajo incluso de las sensibilidades vegetales que suben como savia por mis venas. Se despliega en una dimensión silenciosa, en esa capa muda de *existencia desnuda* que este cuerpo material comparte con las montañas y los bosques agazapados y con el tronco cortado de un viejo pino, con el agua de los arroyos que fluye a borbotones y los lechos secos de los ríos, e incluso con la piedrita –esquisto rosa mezclado con mica– que atrae mi mirada en uno de esos lechos fluviales y me lleva a tomarla entre los dedos. La amistad entre mi mano y esa piedra vuelve a poner en acto un eros antiguo e irrefutable, la afinidad de la materia consigo misma.

Antes de mudarnos a esta casa entre los álamos del gran desierto al norte de Nuevo México, vivimos por un tiempo en un amplio valle en las montañas, bien al norte de aquí. Allí los bosques eran más densos, las nieves del invierno más insistentes y más constantes las lluvias de verano. La casa a la que pertenecíamos en ese entonces tenía fardos de paja dentro de las paredes como aislación, suelo de ladrillos y muchas vigas toscas de abeto de corte cuadrado que se extendían a lo largo y se elevaban perpendiculares desde el centro del suelo hacia las paredes interiores para sostener las vigas que cortaban horizontales el espacio de arriba, y que a su vez sostenían varias vigas inclinadas a cuarenta y cinco grados en la parte más alta del techo abovedado.

Esa casa extraordinaria parecía más bien pequeña desde afuera, pero como consistía principalmente en una sola habitación grande (con varios rinconcitos y recovecos), por dentro daba una sensación de gran amplitud. Un loft separado ocultaba el alto cielorraso en uno de los extremos de la casa: allí dormíamos, y allí fue donde Grietje, con mi ayuda y la de una admirable comadrona de la zona rural de Idaho, dio luz a Hannah, nuestra pequeña hija, una semana antes del solsticio de invierno. La noche del solsticio arropamos a Hannah y la sacamos afuera por primera vez, y se la presentamos a las estrellas y las montañas cubiertas de nieve.

En dos semanas, Hannah nos acompañaba en nuestros paseos diarios de esquí por los campos de cultivo y los cañones arbolados, por lo general arropada debajo de la campera de polar de su mamá, con solo sus ojitos azules

asomando debajo de la bufanda de Grietje mientras nos deslizábamos bajo las coníferas y los álamos. Poco a poco, a lo largo de varias lunas, Hannah aprendió a enfocar los ojos en formas cercanas y lejanas; en la casa le gustaba rodar por el suelo con nosotros y disfrutaba de acariciar las paredes, los armarios y las vigas cada vez que la acercábamos a ellos. La vivienda se transformó con su llegada y con la curiosidad constante que prodigaba incluso a sus facetas más sencillas: un ladrillo en el suelo, un pedazo de pared pintada. La gran habitación se acostumbró a sus chillidos de placer y consternación, y a las risas efervescentes que brotaban como burbujas cada vez que bailábamos con ella en brazos, girando y saltando al ritmo de la música de Baba Maal o Salif Keita que palpitaba en los altoparlantes baratos.

Un día, dieciséis semanas después de la llegada de Hannah, las llevé a ella y a su madre por rutas secundarias y autopistas hasta el aeropuerto de Idaho Falls, desde donde volarían a Bélgica para visitar a los padres de Grietje por diez días. Luego de varios abrazos de despedida y de saludarlas desde lejos mientras subían al avión, me compré el almuerzo en un restaurante local y emprendí el regreso hacia nuestro valle tranquilo, pasando junto a granjas de papas y a las extrañas estructuras móviles de riego que parecen esqueletos de dinosaurios en descomposición sobre los campos nevados. Me alegraba la perspectiva de pasar unos días solo, una oportunidad para recobrar el aliento y escribir sin las demandas constantes y el bullicio de la vida familiar. Detuve el coche junto al buzón, al final del camino de entrada, y miré adentro: algunas cartas y varias publicidades coloridas e inútiles del supermercado del pueblo. Ya nos habíamos quejado de esos volantes en la tienda y en el correo, pero sin resultado alguno. Manejé por el camino congelado y bajé del coche a la nieve. Recuerdo bien la euforia al estirar los músculos, la feliz anticipación de un tiempo para mí solo. Caminé hacia la casa tratando de pisar sobre las mismas huellas de nieve que habían hecho mis botas esa mañana y luego entré por la puerta a nuestra casa, agradecido por el calor de sus paredes y la familiaridad del lugar.

Pero cuando me quité las botas y dejé la mochila en la mesada, noté que algo no andaba bien. Había cierta angustia, cierta perturbación en la casa. Volví a abrir la puerta de par en par, preguntándome si había dejado algo afuera, pero no había nada. Cerré la puerta, agarré la correspondencia y me dirigí al sillón. Y entonces me detuve. Las paredes, el techo, las mesas bajas e incluso las paredes me fulminaron con la mirada. El sillón, con sus gruesos almohadones tapizados, me mantenía a distancia. «La pequeña se ha ido», mascullé en voz baja.

Mis palabras parecieron inducir un sutil cambio en el comportamiento de las escaleras, y las paredes se empezaron a combar. Todo el interior parecía pesado, opresivo: la acusación se había convertido en abatimiento. «Pero la bebé volverá –dije, a nadie en particular, y luego más fuerte–: ¡Escuchen! Hannah volverá. ¡En diez días estará en casa!».

La habitación se iluminó de inmediato. Los muebles se relajaron, el

cielorraso dejó de parecer amenazante. La estructura de la casa se aflojó y se suavizó, y las vigas de madera se acomodaron en lo que parecía una espera paciente y resuelta. El espacio ya no se sentía acusatorio; de hecho, ya no parecía prestarme ninguna atención. Me hundí en el sillón con la correspondencia.

Fueron diez días fructíferos, y cuando Hannah y su mamá regresaron a casa, la rueda de la vida volvió a girar como antes: aparecieron nuevos descubrimientos, se forjaron nuevas intimidades entre los miembros de Hannah y el ritmo reiterado de las escaleras, entre su mirada inquisitiva y el interior de algunos armarios.

Pero fue esa extraña confrontación con la casa al regresar solo ese día desde el aeropuerto lo que me alertó de la manera en que las cosas aparentemente inertes de una casa adquieren una nueva vida con la curiosidad y el placer de un niño, el modo en que sus formas son recibidas y bienvenidas por una criatura, que las disfruta en su peculiaridad y maravilla mucho antes de que esos objetos sean nombrados, antes de que sus límites se vuelvan precisos o se defina su rigurosa utilidad y su propósito. Los nuevos amigos a quienes les relaté el extraño encuentro asumieron, desde luego, que mi experiencia de la casa acusatoria y abatida era el resultado de una distorsión de la imaginación, una proyección de mi propio humor interior sobre las paredes de cal y la estructura de madera del edificio. Sin embargo, esa interpretación me pareció demasiado simple, demasiado fácil. Después de todo, el encuentro me tomó totalmente por sorpresa; mi propio humor, antes de entrar en la casa, era de júbilo y confianza, un humor idílico que se vio interrumpido por la consternación de las paredes. E incluso suponiendo que hubiera en mí alguna profundidad que ya de alguna manera se sentía decaída, ¿por qué fue solo la casa la que captó ese humor, y no el automóvil en el que manejé de vuelta, o los campos nevados? La idea de «proyección» no explica lo que hay en ciertos objetos que despiertan nuestra imaginación. Implica que los objetos que percibimos son meros fenómenos pasivos, del todo neutrales e inertes, y nos habilita así a pasar por alto el modo en que esos objetos afectan activamente el espacio a su alrededor, el hecho de que las cosas materiales también son cuerpos que influencian a los otros cuerpos que están dentro de su ámbito, y a su vez son influenciados por estos.

La relación de uno mismo con su casa, en otras palabras, no es una relación entre un puro sujeto y un puro objeto; entre una inteligencia, o mente, activa, y un pedazo de materia puramente pasiva. Antes quizás yo también pensaba la relación en esos términos, y puede incluso que haya vuelto a esa arrogancia cuando retomé la vida ajetreada de un padre primerizo. Pero medio año después de ese evento, otro encuentro con el edificio me sacó de mi postura distante de una vez y para siempre.

Hannah, de casi un año de edad, había estado gateando por varios meses y estaba aprendiendo a caminar y a mantener el equilibrio sujetándose del borde de una mesa baja mientras daba pasos a su alrededor, para luego lanzarse hacia

el espacio abierto de la gran habitación tambaleándose de un lado al otro. En una de esas travesías, sonó el teléfono. Era el dueño de la casa que nos informaba que había decidido regresar al valle y mudarse otra vez allí, de modo que tendríamos que mudarnos en cuestión de unas pocas semanas.

Cabizbajos, Grietje y yo empezamos a empacar nuestra ropa, nuestras ollas y sartenes, y nos tomó más de una semana juntar y ordenar los varios papeles dispersos y los montones de facturas sin clasificar mientras las cajas se amontonaban en el suelo. Yo quité el polvo, barrí y desmonté varios electrodomésticos, y volví a barrer después de que Hannah volcara otro contenedor con artículos diversos. Todo el tiempo me preguntaba cómo nuestra partida de la casa afectaría el cosmos de nuestra pequeña hija.

No me detuve a pensar en el efecto que nuestra partida tendría sobre la casa misma (hacía tiempo que había olvidado mi experiencia de seis meses atrás, cuando regresaba del aeropuerto). Sin embargo, a pesar de todas mis preocupaciones por Hannah, a medida que se acercaba el día de nuestra partida –el día en que cargaríamos el camión de mudanza con cajas y mesas y lámparas– no fue mi hija sino yo el que se empezó a poner ansioso. Esta era una buena casa para nosotros; irse no parecía lo correcto. No importaba que planeáramos asentarnos en el valle del Río Grande al norte de Nuevo México, donde teníamos un puñado de viejos amigos: esta casa, en la que habíamos vivido solo por un año y medio, se sentía más familiar que esos amigos. Se sentía como una familia. Era el lugar donde Grietje y yo nos habíamos multiplicado y nos habíamos convertido en una familia. La perspectiva de dejar el lugar me disgustaba; me parecía un error.

Unas noches antes del día previsto para nuestra partida, me desperté sobresaltado en medio de la oscuridad. Había alguien en la casa.

Bajé del loft y me quedé escuchando desde lo alto de las escaleras. Silencio. Bajé en puntas de pie a una habitación que refulgía con una luz pálida: la luna llena miraba fijo por las ventanas y hacía rebotar su resplandor en las paredes. La superficie de la mesada brillaba, ebria de luz de luna. Pero había algo más: todas esas vigas de madera talladas de manera tosca, fuertes como tendones, que se elevaban desde el suelo hasta el techo, o que descendían desde el techo hasta el suelo, y las otras, que se estiraban horizontalmente a lo largo del espacio superior de una pared a la otra para sostener los aleros exteriores, y los puntales angulosos que unían las vigas transversales con las que sostenían el techo abovedado sobre su lomo inclinado, todas esas vigas que se precipitaban de aquí para allá por el aire invisible brillaban más que ninguna otra cosa en la habitación iluminada por la luna, y sus superficies agrietadas relucían con un fuego lúgubre.

Individuos robustos, musculosos, cada uno con su vector y su estilo único –vetas ondulantes como el jazz entre un cúmulo de nudos, o que orbitaban en torno a un nudo enorme allí donde alguna vez había crecido una larga rama que sobresalía del tronco, o quizás vetas lisas y suaves de una punta a la otra– cada uno de los postes de madera estaba imbuido de un carácter particular. Y

me di cuenta, con cierta sorpresa, de que yo ya *conocía* esos poderes, que las líneas fluidas que atravesaban cada viga, los remolinos y las ondas en la fibra de cada poste se habían convertido de algún modo en algo familiar para mis sentidos, aunque nunca les había prestado atención consciente a sus patrones sinuosos. Las vigas de esta casa habían estado conversando en silencio con mi cuerpo de criatura en el transcurso del año, persuadiendo a mis ojos y a mis dedos errantes en innumerables momentos de distracción, y ahora noté que ya los conocía como individuos, es decir, que los conocía sin conocerlos, hasta esa noche, cuando de repente rompieron el callo frío de mis suposiciones y me obligaron a reconocer el intercambio silencioso, ese lenguaje más viejo que las palabras que mis extremidades musculosas hablaban con total fluidez. Hacer ese descubrimiento, de pie entre todas esas vigas de madera y las sombras de luz de luna que proyectaban en las paredes y el suelo, me trajo de vuelta a mí mismo, enraizó mi mente en el suelo fértil de mi cuerpo vivo, y así pude saborear los ladrillos con los pies y las corrientes de aire que me lamían la cara, pude incluso sentir el viento que se arremolinaba afuera bajo los aleros y soplaba sobre el tejado.

No era de extrañar, por lo tanto, que me hubiera puesto más y más ansioso a medida que se acercaba el día de nuestra partida. Era como si hubiésemos estado viviendo un año y medio en un bosquecillo de viejos árboles, un cúmulo de abetos, cada uno con su ritmo y su personalidad, que habían sido para nuestros cuerpos no solo refugio sino quizás también una especie de guía mientras nos convertíamos en una familia. Mis sentidos animales se habían acostumbrado a esas vigas, a esas vidas rectilíneas cuyas disposiciones sutilmente diferentes le habían otorgado una calidez comunal a la estructura y habían infundido la camaradería insólita que yo venía sintiendo por el lugar. Me acerqué por turnos a cada una, apoyándome o siguiendo el trazado de sus vetas con los dedos, y por último les di unos golpecitos con los nudillos: un gesto torpe, sí, pero lo suficientemente instintivo como para entablar un contacto agradecido con el interior de una pieza de madera.

Y luego subí las escaleras y volví a la cama.

A la mañana siguiente me desperté más renovado de lo que había estado en varias semanas. Mis extremidades estaban ávidas de empacar las últimas cajas y cargar el camión de mudanza. Salimos a la ruta al otro día, aunque el camión quedó atrapado en la nieve antes de llegar a la autopista. Dos vecinos que iban de camino al trabajo se detuvieron y nos ayudaron a desatascar los neumáticos. Compramos un café barato en la cafetería del pueblo y dejamos atrás el valle mientras discutíamos qué ruta convenía tomar y saludábamos y nos despedíamos de las montañas.

Madera y piedra

(Materialidad II)

Una noche, mientras enjuagaba los platos, los coyotes empezaron a aullar en las cercanías; al principio eran unos pocos haciendo unos ladridos agudos, luego replicaron un par de aullidos de soprano y luego todo un coro demente de voces chillonas que se tapaban entre sí. Cerré la canilla y miré a Hannah; tenía los ojos muy abiertos y miraba hacia la gran ventana de la esquina, donde había estado arrancando las páginas de un nuevo libro de cuentos. La tomé en brazos y salimos por la puerta de entrada hacia la oscuridad, las piernas de Hannah se aferraban a mi torso con temor. El coro enloquecido había empezado a menguar. Para cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, los aullidos habían cesado, pero podíamos sentir que varios espíritus se deslizaban entre los piñones y los cedros bajos. La mañana siguiente, cuando fuimos a investigar, encontramos varios montoncitos de excremento justo afuera de la gran ventana de la cocina. Los coyotes debían haber estado mirándonos a través del vidrio.

Para un niño pequeño, la conciencia es una cualidad ubicua del mundo. Nos equivocamos al suponer que la conciencia es un rasgo interno del ser humano que primero se despliega en el niño, quien luego aprende a atribuir la misma cualidad a otras personas y quizás la «proyecta» sobre el mundo circundante de cosas y seres. Más bien, el recién nacido emerge a la conciencia como a un nuevo medio. Lo que más tarde objetivamos como «conciencia» es al principio una especie de elemento anónimo que define la sustancia misma de la existencia y que resplandece de extraños placeres, deseos y dolores. Solo gradualmente empieza a aparecer una especie de lugar dentro de ese campo flotante de sentimientos, una sensación incipiente de «aquidad» [*here-ness*] que emerge de la plenitud anónima y omnidimensional. Ese sentido cristalizado del propio cuerpo como lugar general de la conciencia no surge por sí solo sino acompañado por un sentido incipiente de la *otredad* rudimentaria del resto del campo de los sentimientos. En otras palabras, la experiencia más temprana de individualidad surge junto con la experiencia más temprana de la otredad. La conciencia propia nace de una ruptura en el marco de un anonimato más primordial, cuando uno comienza a localizar las propias sensaciones en relación con las sensaciones y sentimientos que están, de algún modo, en otra parte, y por lo tanto en relación con una conciencia que no es la propia sino del resto del mundo.

Durante un largo tiempo, el cuerpo suave de nuestra madre, con sus pechos complacientes y su vientre cálido, sus ojos profundos y su voz amable, tiene la misma extensión que el resto del mundo. Pero de a poco esa presencia nutricia se diversifica en una pluralidad de dimensiones interconectadas, roce de madre y roce del suelo, brillo diurno y nocturno (hierba áspera, baño y

canto de papá), y todo ello se refleja en una diferenciación cada vez más profunda dentro de uno mismo a medida que el cuerpo aprende a coordinar las acciones de sus extremidades y a moverse en el cosmos.

El yo empieza como una extensión de la carne viva del mundo, y las cosas a nuestro alrededor, a su vez, se originan como reverberaciones que hacen eco de los dolores y placeres de nuestro cuerpo.

Así, los grupos de árboles, los ladrillos en el suelo y la luz solar no son presencias inertes o carentes de sensibilidad sobre las que más tarde el niño proyecta su propia conciencia. Más bien, la sentiencia interior del niño es un correlato de lo que se percibe en el exterior: la cualidad despierta del cielo, el soporte firme del suelo y la voluntad del viento que acaricia; es concomitante con el entorno animado.

Solo mucho después, cuando el niño se sumerge en el torbellino del lenguaje verbal –ese flujo de frases que antes lo rodeaban solo como un juego llamativo de sonidos melodiosos en continuidad con los gritos de los cuervos y el retumbar del trueno–, solo en ese momento el niño contemporáneo tiende a aprender que ni el pájaro ni el trueno son de verdad conscientes, que el viento no tiene voluntad ni el cielo está despierto, y que las personas humanas son en este mundo las únicas portadoras de conciencia.

Esa lección equivale a una negación de gran parte de la experiencia sentida por el niño, y suele precipitar una ruptura entre su yo verbal y el resto de su cuerpo sensible y sentiente. Sin embargo, el yo verbal olvida rápido el dolor de esta ruptura. Hay descubrimientos y distracciones más que suficientes para compensar el trauma de esa alienación, ya que aceptar y obedecer esa lección extraña destraba las puertas al universo curioso que parecen habitar todos los adultos.

Pero el cuerpo vivo, ese animal ferozmente atento, aún recuerda.

El pie recuerda cuando siente la presión que el suelo ejerce desde abajo. La piel de la cara recuerda, y se vuelve hacia la miríada de facetas, o caras, del mundo. Las puntas de los dedos recuerdan bien que cada superficie que puede sentirse es también, a su modo, sensible. Los oídos, cuando escuchan, saben que todas las cosas hablan, deambulan y navegan en las conversaciones íntimas del mundo y a veces motivan a la lengua a responder.

Incluso los ojos saben que *todo* está vivo: que las superficies brillantes u opacas que miran también los están mirando, que los colores que beben o en los que se sumergen estaban deseando tragarlos y probar su tono avellana, sus atisbos de verde.

Nuestro pecho que sube y baja sabe que el extraño verbo *ser* significa, más simplemente, «respirar»; sabe que los arces y los abedules también respiran, que el estanque del castor inhala y exhala a su manera, lo mismo que las piedras y las montañas y las cañerías que llevan el agua por la tierra debajo de la ciudad. Los pulmones conocen ese secreto tan bien como cualquiera: que las

profundidades interiores y exteriores participan del mismo misterio, que cuando el viento invisible se arremolina *dentro* de nosotros, también lo hace a nuestro alrededor, doblando los pastos y empujando hacia arriba las nubes e iluminando a su vez nuestras propias sensaciones. Las cuerdas vocales, agitadas por ese aliento, vibran como telarañas o cables de teléfono en la brisa, y la voz misma que se ríe o murmura une su canto con el agua que borbotea bajo la rejilla.

Solo nuestras palabras, a veces, parecen olvidar… ¿o es el que habla y escribe el que olvida? La persona contemporánea está envuelta en una nube de palabras aladas que le revolotean en la boca, y se deleita con sus patrones coloridos y con el modo en que se juntan y se persiguen unas a otras, convencida de que es la única que está en flor, que es su cráneo el que lleva el polen que fertilizará el terreno yermo, que las cosas permanecen mudas e inertes hasta que se decida a hablar de ellas.

Pero las cosas tienen otros planes. Privadas de nuestra atención, con sus rutas migratorias cercenadas por la tala indiscriminada y las represas, con sus tejidos atestados de toxinas sintéticas que se filtran en los suelos y las aguas, así y todo, siguen adelante. Las temperaturas en aumento parecen chamuscar sus superficies cada vez con más frecuencia, y sin embargo las cosas del mundo todavía nos hacen señas desde detrás de la nube de palabras, nos hablan con gestos y rimas sutiles, llaman a nuestros cuerpos animales, tientan a nuestra piel con sus variadas texturas y persuaden a nuestros músculos con su gracia, invitan a nuestros pensamientos a recordar y a reunirse con la comunidad más amplia de la inteligencia.

Es un placer observar la afinidad espontánea del niño con los objetos y entes que lo rodean, pero esto es solo una solidaridad amorfa y tentativa. Si se le permitiera desarrollarse a lo largo de la niñez, intensificarse y complejizarse a medida que el mismo niño se desarrolla en la adolescencia, esa temprana complicidad con las cosas se profundizaría y maduraría silenciosamente hacia un respeto matizado por la vida múltiple del mundo, un placer constante en la profusión de formas corporales y los innumerables estilos de conciencia que componen el cosmos terrenal.

Para la pequeña Hannah, que se tropieza atolondradamente por el suelo, cada piedra que llama su atención, cada pájaro que pasa volando o cada árbol que se eleva frente a sus ojos es un homólogo de ella misma. Si por una tarde elige a cierto árbol como amigo, el árbol parecerá expresar varios sentimientos que ella siente dentro de sí, demostrar la misma clase de conciencia que ella conoce bien. Plantas, accidentes geográficos específicos y en especial otros animales parecen encarnar y hacer visible para el niño algunos impulsos particulares que él también siente dentro de sí, dan poder al pequeño humano para empezar a notar y a diferenciar entre varias formas elementales del sentimiento y le permiten empezar a navegar el mar de los humores ambiguos,

las emociones y los impulsos, cuyo poder rebelde pueden fácilmente abrumar al niño. De ahí la centralidad de los demás animales en los juegos infantiles de todas las culturas (incluyendo, en la mía, un despliegue atroz de conejos de peluche y ositos y ratones que hablan), y todos los animales que protagonizan los cuentos y las canciones con rimas, que son lo primero que escuchamos y contamos en la infancia.[3]

Si se alienta la fascinación y la amistad de Hannah con un manzano que crece silencioso en el viejo huerto, si se le permite desarrollarse, entonces la reciprocidad espontánea de sus primeros años, en los que al principio ella asume que la experiencia del árbol es análoga a la suya, poco a poco se profundizará para descubrir que lo enraizado del árbol –su incapacidad para moverse sobre el suelo– debe proveerle un rango de sensaciones muy *diferentes* de las que ella experimenta. Más tarde, al entender el modo en que sus raíces toman agua del suelo y las hojas metabolizan la luz solar, comprenderá la diferencia aún mayor que hay entre el árbol y ella misma, y ampliará su imaginación sensorial para poder comprender la extraña sensación de beber la luz del aire. Tal vez sospeche que el placer del calor del sol sobre la piel de sus hombros provee un acercamiento distante a las sensaciones que experimentan esas hojas, o que la sensualidad de hundir los dedos de los pies en el lodo se aproxima a algo de lo que esas raíces escondidas sienten cuando la lluvia empapa el valle sediento. En cada paso de su desarrollo interior descubrirá diferencias más grandes entre ella y el manzano, sin embargo, considerará cada diferencia como una diferencia de *sentimiento*, como una manera extrañamente distinta de experimentar el mismo cielo, el mismo suelo, la misma lluvia. Y así, por último, en la adultez, cada árbol, en toda su extraña e insalvable otredad, será para ella una presencia animada y con experiencias propias, otro ser, otra forma de sensibilidad y de vida radiante.

Ese es, en todo caso, el fruto maduro de la afinidad espontánea del niño humano con los árboles, las arañas, las piedras y las nubes de tormenta, cada vez que se permite que esa semilla crezca y florezca. Solo después de una niñez sin obstáculos una mujer adulta sabe en los huesos que habita un cosmos viviente, que su vida está inmersa en una comunidad salvaje de vidas interconectadas de manera dinámica y aun así raramente diferentes. Es un cosmos no menos desconcertante, no menos cargado de incertidumbre y confusión que el mundo complejo de objetos inertes y procesos mecánicos en el que muchos de nosotros parecemos habitar y, sin embargo, está vivo: es un juego vibrante de relaciones del que participan nuestras propias vidas.

Pero en una civilización que ha caído hace tiempo bajo el hechizo de sus propios signos, la cordialidad entre el niño y la tierra animada se cercena pronto, se interrumpe por la insistencia adulta (expresada en incontables modos de hablar y comportamientos) en que la verdadera sentiencia, la subjetividad, es una posesión exclusiva de los seres humanos. Esa insistencia colectiva no sería capaz de desplazar la persuasiva evidencia de la experiencia directa del niño si no fuera por todas las tecnologías que muy pronto lo

envuelven en un reino puramente humano al interponerse entre sus sentidos en desarrollo y la sensualidad de la tierra. El lazo cortado entre el niño y la tierra viva luego se certificará, y se volverá permanente, cuando se produzca su entrada activa en una economía que considera la tierra antes que nada como un suministro de recursos de los que apropiarse para nuestros propósitos exclusivamente humanos.

Cercenada en su etapa más temprana, reprimida cerca de su origen, nuestra empatía instintiva con el entorno terrenal permanece atrofiada en la mayoría de las personas contemporáneas. Así, cada vez que nosotros, los modernos, oímos hablar de los pueblos tradicionales, para quienes todas las cosas están vivas en potencia –culturas indígenas que asumen que hay algún grado de espontaneidad y sentiencia en cada aspecto del entorno perceptible–, esas nociones nos parecen el resultado de un tipo de pensamiento mágico e inmaduro, en el mejor de los casos, una especie de ingenuidad infantil. No importa cuán interesante sea experimentar la tierra como animada y viva, sabemos que esas fantasías son ilusorias y que, en última instancia, se chocarán contra el duro muro de la realidad. No podemos sino interpretar todo lo que oímos sobre esas creencias participativas de acuerdo con nuestra propia capacidad atrofiada para el compromiso empático con el entorno percibido; se trata de una capacidad que fue reprimida en nosotros antes de que pudiera florecer y que por lo tanto permanece inmóvil en nuestro interior, congelada en su forma más inmadura. Cuando nos enfrentamos a estilos animistas de discurso, la mayoría de los modernos solo podemos imaginarlos como una especie de ignorancia infantil, una proyección crédula de sentimientos humanos sobre montañas y ríos, lo cual, para cualquier alma adulta, solo puede equivaler a la locura. ¿Rocas vivas? ¡Sí, cómo no!

No nos damos cuenta de que ese modo participativo de percepción, cuando se desarrolla y se perfecciona a lo largo de los difíciles descubrimientos de la adolescencia y luego de la adultez, inevitablemente cede el paso al acercamiento a un mundo de matices complejos y múltiples capas. No nos damos cuenta de que, en el transcurso de varios cientos de generaciones, esa participación con la tierra circundante se ha afinado de manera minuciosa gracias a las serendipias y las adversidades de este mundo, sus bondades y sus venenos, sus aliados vivificantes y sus poderes depredadores, y ha llegado a convertirse en algo que está mucho más allá de cualquier acercamiento ingenuo o sentimental a las cosas. Después de todo, nuestros ancestros indígenas tuvieron que sobrevivir y prosperar sin ninguna de las tecnologías de las que dependemos nosotros, los modernos. Parece poco probable que nuestros linajes ancestrales hubiesen sobrevivido si la sensibilidad animística fuera una mera ilusión, si esa experiencia del entorno percibido como sensible e incluso consciente fuera una fantasía inmadura en total conflicto con la verdadera naturaleza de ese entorno. La larga supervivencia de nuestra especie sugiere que la expectativa instintiva de la animación, de una espontaneidad interior propia de todas las cosas, era un modo muy práctico de ir al encuentro

de nuestro entorno: en efecto, quizás el modo más efectivo de alinear nuestro organismo humano con las vicisitudes cambiantes de un cosmos difícil, peligroso y caprichoso.

Y es que no se puede entrar en una relación sentida con otra entidad si se asume que esa otra entidad es completamente inanimada. *Es difícil, si no imposible, empatizar con un objeto inerte*. No se puede sentir o intuir la intención de otra criatura si negamos que esa criatura *tenga* intenciones, no se puede anticipar el ánimo cambiante de un cielo invernal si uno niega que el cielo tenga estados de ánimo, si privamos a las cosas de su propia espontaneidad inherente, de su apertura.

Cuando damos una conciencia plena a la simple actividad de la percepción, tal vez notemos que lo que nos hace prestar atención a las cosas –lo que les permite a nuestros sentidos involucrarse y participar de ellas– es ni más ni menos que el carácter abierto e incierto de esas cosas. Una entidad que atrae mi mirada nunca se me revela en su totalidad; siempre que me presenta alguna faceta de sí misma, esconde al mismo tiempo otros aspectos a mi capacidad de aprehensión directa. Nunca he visto un pino ponderosa en su totalidad: solo veo uno de los lados de su ancho tronco de corteza fisurada mientras que el otro permanece oculto. Cuando camino a su alrededor para ver el otro lado, el primero queda escondido. Ahora tengo una idea más clara del tronco, aunque la estructura interior permanece oculta. Los surcos corrugados en su corteza parecen retraerse hacia ese interior; me atraen para que me acerque a tocar sus capas y mirar detenidamente sus grietas profundas. Mmmm… de ese surco en particular emana un leve aroma a vainilla. Mi nariz persigue el perfume y una telaraña se me engancha en la cara y se deshace cuando la aparto; ahora la araña corre hacia arriba por el tronco justo delante de mí, escalando hacia las alturas. Inclino la cabeza, siguiendo a la araña con los ojos. Solo alcanzo a ver algunos destellos esporádicos de las ramas superiores; la mayoría están ocultas tras las matas de espinas, al igual que las raíces de este pino, que están tapadas por el suelo. Si me poseyera la necesidad incontrolable de conocer a este ser en su totalidad y trajera una pala y me pusiera a desenterrar esas raíces, estaría poniendo en peligro la vitalidad y la belleza del pino, interrumpiría el misterio que hace que vuelva día tras día a este inmenso árbol.

Aunque algún aspecto de cualquier presencia percibida esté expuesto ante mis ojos, o mis fosas nasales, o al tacto de mis dedos, siempre hay alguna otra dimensión que permanece oculta. Esa tensión entre las dimensiones visibles y ocultas de cada ser es una atracción constante para mi cuerpo perceptor y provoca la curiosidad exploratoria de mis sentidos. La percepción no es más que esa relación abierta: la atracción activa de mi cuerpo por un retoño, o un tramo de río, o la pared derrumbada de un antiguo molino fluvial, y la consiguiente respuesta de mis extremidades y mis sentidos alertas, a los que el otro ser responde a su vez develando algún otro aspecto de sí mismo a mis ojos o mis oídos atentos. Cuando dirijo mi atención hacia otra parte, no me

alejo de un objeto inerte sino de un ser único e inacabado, una presencia expresiva, enigmática, con la que he estado coqueteando, aunque sea brevemente.

No importa cuánto tiempo permanezca con cada ser, no puedo agotar el enigma dinámico de su presencia. Es esa reticencia, la alteridad inagotable de las cosas, lo que les permite sostener mi mirada, sostenerse en mi conciencia. No puedo sondear todos los secretos de una brizna de hierba: no puedo comprender cada aspecto de su composición interna ni la totalidad de las relaciones que mantiene con el suelo y el aire. No puedo experimentarla desde todos los ángulos a la vez. ¿Y por qué no? Porque no soy un espíritu puro que pueda penetrar de forma instantánea cada rincón y recoveco de la cosa, porque no soy una mente incorpórea para la cual el mundo no presenta obstáculos ni secretos, porque yo mismo soy un cuerpo, un ser material de peso y densidad como este árbol o esa piedra, y por lo tanto tengo mis propias facetas visibles y mis oscuridades (mi piel suave, por ejemplo, y mis huesos cálcicos escondidos debajo de una matriz de músculos), por eso puedo explorar el mundo solo desde el lugar en el que estoy parado y encontrarme con las cosas solo desde mi posición de una cosa más entre las cosas. En fin, porque yo mismo soy una cosa y por ende tengo solo un acceso finito a las cosas que me rodean.

De hecho, es difícil imaginar cómo una mente pura e inmaterial podría conocer las verdades más simples sobre un roble castaño o un pedazo de mármol, ya que, sin un cuerpo –sin una presencia densa o fluida, sin ojos o piel o superficie sutil–, nunca podría entrar en contacto con la piedra. Sin sensaciones corporales no podría sentir el sabor de las hojas del roble ni oír el viento que se escurre entre ellas, no podría sentir la tensión de las ramas vigorosas ni «sentir» nada en absoluto. Podemos sentir los árboles y las rocas debajo de los pies porque no somos tan diferentes de ellos, porque tenemos nuestros propios miembros bifurcados y nuestra propia composición mineral, porque –contrariamente a nuestras concepciones heredadas– no somos solo materia mental sino cuerpos tangibles de peso y densidad, y por eso tenemos mucho en común con las cosas palpables con las que nos topamos.

Eso significa, por supuesto, que las cosas del mundo tienen mucho más en común con *nosotros* de lo que solemos admitir. La afinidad es obvia en nuestra relación con otros mamíferos, cuyas piernas, orejas, ojos y simetría bilateral hacen evidente, desde el comienzo, nuestro parentesco fundamental. Con los árboles y arbustos la relación parece más distante, y sin embargo el hecho de que consideremos a esos seres como seres vivos mitiga ya esa distancia. Pero bien: ¿qué hay de las piedras, las rocas y los peñascos de montaña? Es evidente que un bloque de granito no está vivo en ningún sentido obvio, y es difícil entender cómo alguien podría atribuirle esa amplitud e indeterminación, o por qué querría hacerlo.

Sin embargo, la aparente fijeza e inercia de las rocas se mantiene así más por una serie de conceptos heredados que por una experiencia sensorial directa del mundo mineral. Uno de esos conceptos (tan familiar en la era moderna como en la Edad Media) es el que opone la inercia de la pura materia a la vibración del espíritu puro, y sostiene que la materia sensible es vacía y carente de vida sin el influjo del espíritu, sin el fuego brillante que desciende desde un reino divino que está más allá del cosmos físico para inspirar y animar la materia apagada del mundo. Esa vieja noción, muy enraizada en nuestro lenguaje occidental, ordena prolijamente las cosas del mundo experimentado en una jerarquía escalonada –«la gran cadena del ser»– en la cual los fenómenos compuestos solo de materia están más alejados de lo divino, mientras que los que poseen mayor grado de espíritu están más cerca de la libertad absoluta de Dios. Según la distribución del espíritu, las piedras no tienen voluntad ni experiencia alguna; los líquenes tienen solo un grado mínimo de vida; las plantas tienen un poco más de vida, con un grado rudimentario de sensibilidad; los animales «bajos» son más conscientes aunque están atrapados en sus instintos; los animales «altos» tienen una conciencia más real, mientras que los humanos, solos en este mundo material, son inteligentes y están verdaderamente *despiertos*.

Ese modo de ordenar la existencia, que depende de una distinción absoluta entre materia y espíritu, ha hecho mucho por avalar nuestro dominio humano sobre el resto de la naturaleza. Aunque se originó en el antiguo Mediterráneo y alcanzó su punto más alto en la cristiandad medieval, esta vieja noción nunca fue desplazada por la revolución científica. En vez de eso, fue traducida a una forma nueva y actualizada por una ciencia que de modo tácito todavía se apoya en el supuesto de que existe una mente humana (o espíritu) sin límites que investiga un mundo natural básicamente determinado (o materia).

Sin embargo, tan pronto como cuestionamos la distinción aceptada entre espíritu y materia, esa jerarquía cuidadosamente ordenada empieza a tambalear y desintegrarse. Si admitimos desde un principio que la materia no es inerte sino animada (o que se organiza a sí misma), entonces la jerarquía colapsa y lo que nos queda es un campo diverso de seres animados, donde cada uno de ellos posee dones en relación con los demás. Y nos encontramos con que nosotros mismos no estamos encima sino en medio de ese campo vivo, y nuestra propia sentiencia es parte integral del paisaje sensorial.

Consideren una roca grande, de alrededor de un metro de diámetro, con su masa irregular en reposo sobre el suelo. Ya sea que haya o no una piedra así en la tierra cerca de donde estén leyendo estas palabras, sí hay una justo afuera del estudio donde yo estoy sentado escribiendo. No estoy muy seguro acerca de su composición. Aunque tiene un color muy parecido a las piedras de arenisca que hay desparramadas a su alrededor, sé, tras una inspección más atenta, que no tiene la misma textura granulada sino una solidez más densa y

continua, hendida y con bordes dentados a lo largo de su superficie. Aquí y allá se ven trozos de cuarzo, pálidos y translúcidos, incrustados en la matriz rosada. La miro ahora desde la ventana mientras ofrece su sombra a las matas de pastos, implacable en su solidez, una presencia familiar y estable en medio de mis pensamientos tumultuosos.

¿Conocen alguna piedra como esa? No importa su composición o su color, ¿no hay alguna piedra similar con la que estén familiarizados, cuya presencia estable ofrezca una especie de ancla cuando las preocupaciones o los sueños amenazan con arrastrarlos? ¿Una presencia confiable que les provea, como mínimo, un lugar donde apoyarse y descansar las piernas?

Luego de haber estado a la deriva en medio de palabras y oraciones por un largo rato, alzo la vista y me encuentro una vez más con la piedra, serena en la misma posición, que mantiene su forma familiar contra los árboles y el cielo azul, aunque la sombra que proyecta sobre el suelo ha cambiado. Vuelvo a mi trabajo. Luego de una hora más o menos, vuelve a atraer mi mirada; el cielo detrás de la roca ahora está cubierto de espesas nubes y su sombra se ha incorporado a la sombra general, pero aun así la piedra mantiene la misma posición. De pronto me sorprende la sensación del inmenso esfuerzo que haría falta para mantenerme en una postura tan estable durante tanto tiempo sin moverme ni un ápice. Mantenerse en una posición constante, de modo de seguir portando esa misma forma, y así una y otra vez, hora tras hora, día tras día… ¡debe llevar mucho esfuerzo! Claro que la roca no tiene que lidiar con la inquietud loca que aqueja a un ser hecho de músculos como yo. Pero mantener la cohesión en un cosmos que se separa constantemente, prevalecer año tras año contra la succión de la entropía parece ya implicar una cierta terquedad, una obstinada persistencia que pasamos por alto cuando pensamos en el «ser» o en la pura existencia como un acto puramente pasivo. Y así me encuentro mirando esa roca con un nuevo asombro, una nueva apreciación por su energía compacta, la actividad salvaje que demuestra con su simple presencia.

La antigua bifurcación entre espíritu y materia nos lleva a dar por sentada la existencia, a asumir que una simple presencia material –como una piedra o una montaña– es del todo pasiva e inerte. Decimos que la roca «está» aquí, que las montañas «están» más allá; usamos este verbo, «estar», innumerables veces por día, y sin embargo olvidamos que es un verbo y que nombra un acto: que el solo hecho de existir es una cosa muy activa. Al suprimir esa actividad, al dar por sentados el «ser» y el «estar» como estados puramente pasivos, aplanamos la salvaje contingencia de la existencia, la incertidumbre y el riesgo del momento presente. Encerramos en el armario la vaga perplejidad de encontrarnos aquí, en este lugar, en este preciso momento del desarrollo del mundo.

«¿Por qué existe algo en lugar de la nada?» es la pregunta que los filósofos han usado para perturbar nuestro exceso de confianza en torno a la extrañeza de la existencia, para sacudirnos el olvido, volver a despertar nuestro sentido del asombro. Sin embargo, es suficiente con notar el dinamismo inherente del

momento presente –notar que la mera «existencia» ya es un auge y no un flotar pasivo y vacío– para recuperar el mundo sensorial del olvido al que muchas veces lo condenan nuestros conceptos. Una roca solitaria o un tocón cortado son inanimados solo en tanto se considere que el «ser» es estático e inerte. Nuestros sentidos animales, sin embargo, no conocen esa realidad pasiva: ya hemos visto cómo perciben las cosas solo al interactuar con ellas, al entrar en relación con sus ritmos de revelación y ocultamiento, su seducción y su reticencia. Para mi cuerpo animal, la roca es antes que nada otro cuerpo en relación con el mundo: cuando dirijo mi vista hacia ella, me encuentro no con un pedazo inanimado de materia sino con una superficie boca arriba que disfruta del calor del sol, o una estructura rosada y puntiaguda que sobresale del suelo como el hueso quebrado de la colina, o un viejo y atento guardián de la tierra, una presencia firme y protectora que me invita a ponerme en cuclillas y a apoyar contra ella la espalda.

Cada cosa organiza el espacio a su alrededor, se aleja o se acerca furtivamente a otras cosas; las llama, les hace gestos y señales o lucha contra ellas por nuestra atención; las cosas se exponen al sol o se retraen a las sombras, gritan con sus colores chillones o susurran con sus semillas; las rocas toman esporas de líquenes del aire y cobijan arañas debajo de sus flancos; las nubes conversan con el azul insondable y se metamorfosean entre sí, vierten sobre el suelo la lluvia que se acumula en riachuelos y talla los cañones; los rascacielos rebanan los vientos y discuten sobre los techos de las casas; el ritmo percusivo del subterráneo debajo de la calle obliga a cantar a dúo a las retroexcavadoras y las aves cantoras. Las cosas «atraen nuestra mirada» y a veces no la sueltan; «captan nuestra atención» y nos hacen fijar la vista, y al fin nos dejan ir para volver a disolverse en el mundo superabundante. Ya sean eufóricas o taciturnas, exuberantes o exhaustas, todo gira y tiembla; la angustia, la ecuanimidad y el placer no son primero estados de ánimo internos sino pasiones que nos otorga el terreno caprichoso.

Ese es el terreno que esbozó y pintó un intenso y solitario joven holandés, nacido de una larga línea de pastores en 1853. Aunque su primera carrera fue la de predicador, la pasión de Vincent no podía contenerse en esa instancia que negaba el cuerpo mientras se esforzaba por alcanzar una belleza más allá de lo visible; su pasión recaía en el mundo. Y cuando su fe intelectual en una verdad más allá de lo sensorial empezaba a menguar, se encontró de golpe inmerso y arrastrado por una fe más implacable que la de cualquier creencia: la fe antigua e inagotable del cuerpo humano en la tierra viva, las hojas que susurran, el río que serpentea y la noche y la bondad del sol. Sus sentidos se abrieron de par en par como girasoles que esparcen sus semillas y así empezó a pintar el mundo que emergía.

En las pinturas de Vincent van Gogh no hay nada que no esté vivo. No hay ningún punto en el cielo pleno de luz que no tenga su propio dinamismo

temporal, su propio ritmo, su pulso. El paisaje respira. Y cada presencia, cada terrón del suelo, cada piedra y cada tallo de trigo están en diálogo vibrante con los seres que lo rodean.

Cipreses de color negro esmeralda bailan con el cielo que se oscurece, sus hojas crean ondas en el aire nocturno.

Una mesa de billar se mantiene apartada de las otras mesas y sillas dispersas, todas en buenos términos con los listones de madera del suelo y las lámparas que proyectan su brillo tartamudeante sobre la habitación.

Guijarros tumbados unos sobre otros conversan con las mil briznas de hierba; rumores que corren entre los pastos y se dispersan luego hacia las montañas azules y los álamos que se mecen. Una nube blanca se inclina sobre las montañas y escucha.

Un río fluye a través de un barranco, llevando su flujo arremolinado a los acantilados turbulentos y los arbustos que parecen llamas, y a los viajeros que cargan sus mochilas junto a su curso. Cada cosa, cada ser, está en relación constante con las entidades y elementos que lo rodean; negocia su paso y ejerce su participación en la emergencia permanente de lo que es.

Las estrellas hacen que la noche gire y se tambalee a su alrededor, se llaman unas a otras y a la luna creciente; las estrellas de Vincent no están situadas en el espacio sino que despliegan y secretan activamente el espacio que hay entre ellas. Pues no hay espacio *a priori*, no hay un mundo inerte ni un fondo contra el cual las cosas empiezan a existir; el cosmos no es más que ese intercambio abierto y en desarrollo entre las fuerzas que lo componen. No hay piedra o nube que quede absuelta de esta actividad pasional, no hay ladrillo ni pincelada que no participe en la cocreación del momento presente.

Incluso en sus llamadas *naturalezas muertas*, no hay nada que sea inerte o inanimado. La pipa del artista, un plato, dos cebollas, una caja de fósforos: cada ser se irradia al mundo que lo rodea, y cada uno es afectado (incluso infectado) por los otros, del mismo modo en que una botella vacía, transparente como un ojo, da cohesión a la sala.

En otra pintura, un par de zapatos gastados, vacíos sin los pies de su dueño, hablan elocuentemente –con sus arrugas suaves, sus raspones verdes y la oscuridad que contienen– de esa otra vida que los posee en silencio y de la tierra ondulante sobre la que caminan juntos. Y así, ese lienzo discreto imparte una sensación de amistad sencilla: la reciprocidad respetuosa entre una comunidad y el suelo que la sostiene, la cordialidad entre dos vecinos, incluso la amistad entre dos zapatos que descansan sobre el suelo de baldosas.

De una inteligencia feroz, pero con una sensibilidad muchísimo más porosa que la mayoría de las personas, Van Gogh no pudo, o no quiso, abstraer su intelecto de su realidad corporal, no estaba dispuesto a abandonar la miríada de cosas, a domesticar sus sentidos y reprimir el eros ininterrumpido entre su carne y la carne de la tierra.

Una y otra vez se sale de sí mismo por los ojos para sentir el silencio arrebujado de los olivares y probar el éxtasis de las hojas que se iluminan con

el sol naciente. Y una y otra vez se deja invadir a su vez por lo visible: por la languidez del mediodía en los campos de heno o el ánimo huraño de la cara de un vecino. Aunque le escribe seguido a su hermano y a algunos amigos (cartas de una franqueza y bondad luminosas), solo en el acto de dibujar o pintar es capaz de dar expresión a esa relación continua, al volver a ofrecer a lo visible un rastro de aquello que lo visible vierte todo el tiempo en su pecho.

Es así como sus pinturas son ventanas a través de las que vemos una tierra no menos viva e inteligente que nosotros.

De vez en cuando se reúne con esmero un puñado de lienzos de Van Gogh y se los coloca en la pared de algún eminente museo. Multitudes de personas de diversos orígenes viajan entonces a ese lugar, mes tras mes, para mirar a través de esas ventanas hacia un cosmos que muchas veces los asusta con su intensidad, pero en el que, sin embargo, se sienten misteriosamente en casa. Muchos vuelven a la exposición una y otra vez. El número de personas, viejas y jóvenes, ricas y pobres, que esperan para desplazarse por las salas del museo y mirar esos lienzos feroces, es siempre mayor al de las que llegan atraídas por cualquier otro pintor; esto ha sido así por muchas décadas.

Y sin embargo, en su propia época, las pinturas de Vincent suscitaron poco interés en los que se toparon con ellas; su hermano Theo fue incapaz de venderlas incluso por los precios más bajos. ¿Cómo explicamos entonces esta dramática metamorfosis en la estética colectiva de toda una cultura? ¿Cómo puede ser que un montón de lienzos vigorosos pintados a lo largo de solo ocho años (de 1883 hasta su muerte en 1890), lienzos que le parecieron extraños o desagradables a la mayoría de los que los vieron en ese entonces, se convirtieran, en el lapso de sesenta años, en algunas de las pinturas más queridas de un artista en la historia de Occidente? ¿Qué evento, qué magia pudo haber transformado con tanta rapidez nuestra visión, alterado tan radicalmente la manera en que vemos el mundo?

Es un verdadero acertijo, imposible de responder de manera definitiva. Aun así, podemos arriesgar una respuesta parcial. Si bien reconocemos una serie de factores que contribuyeron (desde los cambios económicos y demográficos hasta la influencia creciente de las nuevas tecnologías), es probable que un factor decisivo en este cambio drástico en nuestra visión colectiva haya sido la exposición cada vez mayor precisamente a esas pinturas…

Los lienzos de Vincent no habrían podido tener un efecto tan catalítico si ciertos supuestos religiosos acerca de la distancia entre la humanidad y la naturaleza terrenal no hubiesen empezado a derrumbarse, y si la moderna separación entre «sujetos» y «objetos» no hubiese empezado a resquebrajarse para dar lugar a que se hiciera sentir una posibilidad más primordial, si bien de manera sutil. Pero en las primeras décadas del siglo xx, los ojos humanos ya habían aprendido y habían sido transformados por esos curiosos lienzos de gruesas capas y pinceladas vehementes que recorrían el mundo y sacudían la visión de muchos artistas, provocando nuevos estilos e incitando nuevas

reacciones. Muy pronto las reproducciones de esas pinturas empezaron a diseminarse cada vez más en libros y en láminas y pósters en innumerables paredes. Y así, poco a poco, algo se abrió en nuestra visión. Los músculos diminutos de nuestros ojos se relajaron y dejaron su rígida postura habitual para responder al encanto irresistible de estos paisajes vivos, y aprendieron a darle la bienvenida a los objetos comunes, subestimados –chimeneas, yuyos, ramas agitadas por el viento– dotados ahora de espontaneidad y voluntad.

Ese sentido renovado de la vista, ese modo de recibir lo sensorial en toda su misteriosa y multiforme extravagancia, es el gran regalo de la obra de Van Gogh. Su visión, en virtud de su intensa compasión por cualquier cosa que tuviese enfrente, afloja la cerradura de nuestros propios sentidos. Es raro que una persona salga de una exposición de pinturas de Vincent y no note que los arces en fila en la calle, que flexionan las ramas y empujan sus raíces debajo del pavimento, son más verdaderos y vibrantes y también más *visibles* que antes, o que los antes plácidos edificios al otro lado de la avenida ahora se empujan y se atropellan unos a otros, compitiendo por el cielo.

Un cuervo se lanza desde uno de los pinos cercanos y nos sobresalta con el golpe seco y rítmico de las alas que chapotean en el aire azul. Si sigues su trayectoria con la vista, mirando cómo la figura negra se hace pequeña en la distancia, notarás a lo lejos una cinta de color verde vívido incrustada en el verde más oscuro de los árboles de agujas. Esa cinta está formada por las hojas brillantes de los álamos que crecen a lo largo del arroyo que serpentea por este valle. Por la sequía actual, en pleno verano el lecho del río estará seco, pero hoy –a mediados de la primavera– es probable que haya una buena corriente entre las rocas. Acerquémonos hasta allí: hay un lugar en particular, junto a la corriente, que tengo ganas de mostrarte.

¡Auch! ¡Maldito cactus! Ten cuidado de no tropezar con estas peras bajas y espinosas, sus agujas penetran fácilmente el cuero de mis viejas botas. Pero presta atención a esto: encontramos cada vez menos cactus a medida que descendemos hacia la parte más baja del valle.

Las lagartijas se escabullen por la periferia de nuestra visión y un ritmo de grillos sube desde las matas de hierba. El suelo está sediento. El agua de deshielo de las últimas nevadas y la corriente de las escasas lluvias han arrastrado una capa tras otra del mantillo de estas pendientes y han dejado pedestales de tierra aquí y allá, donde algún pedacito de hierba impidió que la tierra se escurriera colina abajo. En los lugares nivelados, el suelo seco se ha agrietado hasta formar un intenso mosaico rojo de baldosas pentagonales y hexagonales. Una hilera de huellas con apretadas marcas de dedos cruza este mosaico: un coyote que trotaba hacia el arroyo. Seguimos las huellas a través de un matorral de pinos piñoneros.

Muy pronto hay un cambio en el paisaje sonoro: la cadencia de los grillos ahora se entrelaza con los trinos fluidos de las ranas arbóreas. ¿Alcanzas a

sentir ese nuevo dulzor en el aire? Es el aroma de las hojas de los álamos.

Llegamos, por fin: el borboteo calmo del agua.

Caminamos corriente arriba junto a la orilla lo mejor que podemos, esquivando ramas, bordeando matas de sauces y charcos, arrullados por la voz líquida que fluye sobre las piedras. La densa maraña se engancha y se aferra a nuestra ropa, haciendo tropezar a nuestros pies. Una y otra vez los trinos de las ranas se callan cuando nos acercamos… aunque si esperamos en silencio unos instantes, el coro empieza otra vez, más intenso que antes. La vibración de un picaflor rasguea el aire cerca de mis oídos y luego se eleva sobre las ramas y se disuelve en las cercanías. Me aventuro hacia adelante, abriendo el camino torpemente a través de otra mata espesa de sauces. Arañado y rasguñado, doblo en un recodo del arroyo y me detengo.

Aquí está la presencia empática que quería visitar desde que se derritió la nieve. Me inclino un momento a modo de saludo y luego me doy vuelta para esperarte. Cuando apareces, te veo detenerte de golpe y dar unos pasos hacia atrás, tambaleante, y oigo la exhalación aguda y sobresaltada que sale de tus labios. Giro para que miremos juntos.

Al otro lado del arroyo se eleva un gran peñasco de arenisca, tallado con largas estrías laterales por siglos de flujos de agua. El peñasco se inclina sobre el arroyo y eclipsa gran parte del cielo. Mientras tus ojos suben por su cara, miro cómo se abre tu boca y veo cómo se doblan tus rodillas cuando te agachas. Te escucho decir «wow».

«Sí…». Miramos con atención la cara esculpida de esta roca, dejando que sus circunvoluciones guíen nuestra conciencia por las curvas y caídas de su superficie rubicunda. Después vadeamos el arroyo para apoyar las manos sobre ella.

Luego de un rato rompo el silencio.

–Es raro que tanta gente acepte la noción de que la piedra es inanimada, de que la roca no se mueve. O sea, *a mí* este peñasco me conmueve cada vez que lo veo.

Suspiras en voz alta:

–Ay, vamos, Abram, estás exagerando. Ese supuesto movimiento del que hablas cuando dices que «esta roca te conmueve» no es más que una metáfora. No es un movimiento real en el mundo material sino una sensación interna, una experiencia mental que no tiene nada que ver con este peñasco en particular.

–Bromeas –digo, exasperado–, ¿cómo puedes decir eso? ¡Acabo de ver cómo te tambaleabas hacia atrás al ver por primera vez la cara de esta roca! Fue un movimiento físico bastante obvio en el mundo material real, y cualquier pájaro que mirara desde su posición elevada en los álamos estaría de acuerdo conmigo. Tu movimiento fue bastante palpable. ¿O vas a hacer de cuenta que no fue así?

–Hmmm… Bueno. Supongo que en este caso fue un movimiento real y físico.

–¡Con más razón! ¿Todavía quieres que finja que la roca solo nos mueve de una manera mental, o podemos admitir que fue una acción física y corporal como consecuencia de la presencia potente de este otro ser? ¿Podemos admitir que tu cuerpo viviente fue movido de modo palpable por ese otro cuerpo, y por ende que tú y la roca no están relacionados como un «sujeto» mental y un «objeto» material sino como un tipo de dinamismo con otro, como dos maneras diferentes de ser seres animados, dos maneras diferentes de ser seres de la tierra…?

Te quedas en silencio, pensando. Te veo mirar hacia atrás, hacia la pared de roca, cuestionándola, sintiendo la superficie acechante de su masa dentro de tu torso, escuchando con tus músculos y la silenciosa composición de tus huesos lo que esta presencia antigua y esculpida quiera agregar a la conversación. Veo que te recuestas sobre el suelo pedregoso, entregándote al refugio de la arenisca que sobresale por encima de nosotros, invitando al abrazo fresco de su sombra. El agua gotea cerca de tu cara. La quietud, la calma de esta roca es su actividad misma, el gesto firme con el que entra y altera tu vida.

3 Aquí me baso en la lúcida investigación e ideas del ecólogo social Paul Shepard (1926-1996).

Reciprocidad

(Conocimiento I: ciencia y experiencia)

Consideren por un momento una de sus manos. Permitan que su mirada recorra el campo abierto de la palma siguiendo los pliegues que se cruzan o convergen; dejen que sus ojos escalen los troncos flexibles de los dedos. Cada uno de esos troncos tiene un pliegue único en la base y dos pliegues un poco más arriba (aparte del pulgar, cuya bisagra única lo convierte en un ser más torpe que los demás). Dejen que el pulgar se estire hasta tocar los otros dedos, que investigue sus texturas con la yema mientras se pliega al medio la extensión flexible de la palma. Ahora exploren esa mano con los dedos de la otra, dejando que se deslicen por los valles escarpados que separan los dedos de la primera. Saboreen el placer de ese contacto, la resonancia relajada entre dos criaturas extremadamente táctiles.

La mano, el órgano mismo con el que tocamos y exploramos las texturas y las superficies palpables del mundo, es a su vez una entidad absolutamente palpable y tocable. Tiene su propia superficie texturada, como la arena ondulada de una playa o la piel porosa de una fruta. Esta mano que toca las cosas es, por lo tanto, parte del campo táctil que ella misma explora. Es uno de los habitantes de ese campo, como el musgo aterciopelado, la superficie astillada de un poste de teléfono o la corteza escabrosa de un roble blanco próximo a casa.

Acérquense a ese roble, o a un arce, o a un plátano; estiren la mano para sentir entre el pulgar y el resto de los dedos la superficie de una hoja de múltiples puntas. Sientan la frescura de esa hoja contra la piel, la textura venosa que descubren las yemas de los dedos al deambular sobre ella. Pero noten además una sensación apenas diferente: que ustedes también están siendo tocados por el árbol. Que la hoja misma está explorando sus dedos, que sus poros prueban la química de su piel y sienten la textura suave y abultada del pulgar que se mueve sobre ella.

En cuanto reconocemos que nuestras manos están incluidas en el mundo táctil, nos vemos obligados a notar esa reciprocidad: cada vez que tocamos una entidad, también somos tocados por ella.

Y no solo el sentido táctil muestra esa curiosa reciprocidad. Los ojos, por ejemplo, esos órganos luminosos con los que cazamos las formas y los colores del mundo visible, también son parte del campo visual al que se abren. Nuestros ojos tienen una superficie brillante, como la piel reluciente de un estanque, y tienen sus colores, como el flanco cobrizo de un caballo o un pedazo de cielo de color gris peltre. Cuando salimos al jardín por la mañana, frotándonos los ojos para quitarnos de encima el sueño, y miramos hacia la colina arbolada al otro lado del valle, nuestros ojos no pueden evitar sentir su propia visibilidad y vulnerabilidad; por eso nuestro cuerpo animal se siente

expuesto a esa colina, se siente mirado por esas laderas boscosas.

Esa reciprocidad es la estructura misma de la percepción. Experimentamos el mundo sensorial solo volviéndonos vulnerables a ese mundo. La percepción sensorial es un entrecruzamiento constante: el terreno entra en nosotros solo en la medida en que dejamos que nos atraviese.

Algunas mañanas salgo de casa antes de ponerme las medias y deslizarme dentro de los zapatos. La tierra me presiona los pies descalzos y se amolda a ellos; las matas de hierba me masajean y despabilan las suelas. Piedras filosas se me clavan en la piel gruesa. A veces me pinchan unos pastos más secos y resistentes que se rompen bajo mi peso –¡auch!– y obligan a mis pies a volver a las piedras más suaves. Las piedras pálidas son frescas al contacto con los dedos, las piedras oscuras, más calientes. Mis pies reciben instrucciones del suelo y se alejan de los pastos marrones y quebradizos para buscar la presión de las briznas verdes que juegan con la piel callosa y le hacen cosquillas y vuelven a levantarse lentamente cuando paso. Me gusta poner mi vida en contacto con esas otras vidas, aunque solo sea por un momento.

¿Pero cómo sienten mi peso esas hierbas? ¿Cómo siente mis pasos el suelo cuando camino sobre él? A medida que surge esta pregunta empiezo a notar el descuido con el que suelo pisar, acumulando sensaciones de manera codiciosa. Mis piernas desaceleran el paso sin querer mientras la presencia sensible de la tierra parece reunirse debajo de los pies, y el suelo ya no es un soporte pasivo sino la superficie de una profundidad viva; de golpe, mis pies se sienten tocados, sienten que el suelo los está sintiendo. Mis pies van todavía más lento. Rocas planas y rocas rugosas, agujas que han soltado los pinos, arenilla que se junta entre los dedos flexionados sobre el terreno: cada zona de tierra requiere un tipo de pisada diferente que mis piernas solo descubren en el hacer. Los pies son como oídos que escuchan hacia abajo, y en ese contacto sube hacia mí un ritmo oscuro: un pulso que sosiega y profundiza el latido privado que está dentro de mi pecho.

Prueben esto cuando estén de humor: pisen la tierra sólida sin el intermediario de una suela de goma o de cuero, sin que la piel curtida de otra criatura se interponga entre su carne y la de la tierra. Noten el modo en que los pies, que presionan contra el suelo áspero, también son recibidos por ese suelo, y cómo la tierra y las briznas flexibles y erizadas indagan la piel. ¡Qué fácil es sentir que el terreno debajo de los pies es la superficie palpable de una presencia viva, y qué fácil dejar que esa profundidad sienta nuestros pasos cuando caminamos sobre ella! Miren de qué manera espontánea los pies relajan su andar para respetar a esa otredad extraña, para responder adecuadamente a la caricia y al soporte firme de esa profundidad, para evitar insultar a la tierra viva con su descuido. Una afinidad antigua, ancestral, entre el pie humano y la tierra sólida se repone en el simple acto de dar un paso afuera sin zapatos.

Claro que los zapatos son atavíos necesarios de la civilización, de una simpleza elocuente; varios de los lienzos de Vincent le rinden tributo a su humilde practicidad. Sin embargo, los usamos en exceso y así olvidamos que nuestros pies –esas manos vueltas hacia abajo en la punta de nuestras patas traseras– son órganos de percepción además de herramientas de transporte. Solo por la noche liberamos a nuestros apéndices inferiores de esas restricciones, cuando nos desatamos los cascos artificiales, los dejamos al lado de la cama y con un balanceo metemos las piernas debajo de las mantas. Solo entonces nuestros pies son libres de deambular e indagar, los dedos se regocijan entre las sábanas ondulantes, las suelas acarician la piel fresca del muslo de una pareja. Aun así, por más esencial que sea para el sustento de nuestros corazones y la perpetuación de nuestra especie, la atracción entre un cuerpo desnudo y otro no es más que el pequeño reflejo de un eros más regular e insistente entre nuestro cuerpo y la tierra.

El contacto más íntimo entre el cuerpo y la tierra se despliega no solo debajo de los pies sino a lo largo de toda la superficie porosa de la piel. La tierra no es meramente la presencia densa del suelo: es también el aire transparente que nos envuelve. El espacio entre uno mismo y un arbusto cercano no es en absoluto un vacío. Es un espacio denso de corrientes arremolinadas, cargado de polen y de las telas sedosas de las arañas, un medio inyectado de tufillos y feromonas sutiles y de otros mensajes que cabalgan el flujo invisible que compone la atmósfera de este mundo vivo. Y no solo estamos inmersos en ese medio invisible sino que participamos de él, inhalamos ese misterio por la nariz y lo llevamos a los pulmones, donde lo metamorfoseamos e intercambiamos elementos vitales por otros antes de devolverlo al mundo con el aliento. El aire que exhalamos, rico en carbono, proporciona alimento inmediato para las múltiples plantas que crecen a nuestro alrededor. Ellas, a su vez, transforman el aire a partir de la alquimia de la luz solar en materia, y lo avivan con el oxígeno del cual dependemos muchos animales. La atmósfera es un océano sutil que se genera y se rejuvenece de manera constante gracias a todas las entidades que habitan dentro de ella, un medio fluido de intercambios entre plantas y animales y rocas erosionadas.

Aunque el aire sea invisible, es bastante palpable: podemos sentir el viento que se mueve contra la cara y cabalga la curva de las orejas. Podemos sentir cómo nos tironea el pelo de la cabeza, o cómo el aire se corta alrededor de las muñecas cuando los brazos se abren camino a través de su espesor invisible. Y así como podemos sentir la velocidad relativa de su movimiento, la sequedad o humedad de su contacto, también podemos sentir que, al rozarnos, la brisa prueba nuestras cualidades, saborea la intensidad de nuestro sudor o la textura moteada de nuestra piel. Podemos sentirla centellear sobre nuestros hombros, la caricia de la brisa en los tobillos y su juego de cosquillas en la espalda cuando se desliza debajo de los faldones que se inflan. Podemos sentir cómo el aire nos envuelve y se asienta a nuestro alrededor mientras toma un molde de

nuestra forma cambiante. Si accedemos a sus inquietudes y respondemos a sus variadas expediciones a lo largo de nuestra superficie, entonces nuestras acciones adquieren una nueva elegancia: la gracia que fluye de una danza constante e improvisada con el medio sensorial que nos rodea.

Así como la respiración implica una oscilación continua entre exhalar e inhalar, ofrecernos al mundo en un instante y meterlo en nuestro interior al siguiente, la percepción sensorial conlleva una reciprocidad similar, explorar el musgo con los dedos mientras sentimos que el musgo también nos toca, mirar las montañas y un momento después sentir que somos mirados, o percibidos, desde aquella distancia…

La intensidad de la primavera brota por fin de las ramas. El aroma de las flores de damasco hace que mis fosas nasales se inflamen y provocan el recuerdo vago de algún vertiginoso trance infantil; me quedo quieto, con los ojos cerrados, sorbiendo el aire dulce con la nariz.

Pero entonces me invade otro olor más oscuro que toma por asalto mis neuronas indefensas y me hace estremecer. Hace poco empecé una nueva pila de compost detrás de un enebro cercano. Cáscaras de naranja, sobras que habían quedado demasiado tiempo en la heladera, hojas de lechuga amarronadas y pasadas, restos de esto y aquello se mezclan en un rumor acre y levemente ácido que se deja llevar por la brisa. Me dirijo colina arriba y el hedor susurrante se disuelve en el aroma especiado de las agujas verdes. Un mosquito vuela cerca y luego retrocede en círculos erráticos, siguiendo una cinta de olor que lo hace aterrizar en mi manga. Lo espanto con la mano y se aleja un poco, luego empieza a rebotar como si saltara sobre una soga. Después de algunos circuitos verticales se desvía hacia abajo y se posa en el mismo antebrazo, justo al lado de mi camisa arremangada. Levanto el brazo a la altura de los ojos para mirar a esta criatura de cerca. El mosquito parece indiferente a mi mirada: ya se está sujetando de mi brazo y me perfora la piel con su larga trompa. Resisto el impulso de aplastar a este visitante molesto, consciente –por una vez– de que aquí también hay reciprocidad.

Si puedo oler el aroma penetrante de los piñones y la fermentación intensa del compost es solo porque yo también soy parte del campo olfativo: porque tengo mi propio almizcle y efluvio, mis propias emanaciones químicas, que cualquier mosquito puede captar y rastrear hasta dar con mi piel. Y como también me deleito en probar los sabores del mundo –ya que puedo masticar y tragar las hojas de cilantro y perejil de nuestro jardín y saborear la corteza agria del pan de aceitunas que se enfría en la cocina– sé bien que yo también debo tener mis propios gustos, mis sabores deliciosos, mi acidez y mi amargor, mis regustos oscuros.

Como ser omnívoro, comedor de la carne de las plantas y los diversos animales, dispuesto a probar casi cualquier cosa –y de ese modo, hermanado en mi curiosidad cognitiva con la mayoría de los omnívoros: oso, cuervo y

mapache–, me encuentro implicado en una gran economía del don, en la que cada vida participa de otras vidas y se ofrece a sí misma a cambio. No importa el afán con el que los humanos nos esforcemos por librarnos de esa economía (ya sea que nos disociemos de nuestro cuerpo animal, o tratemos de erradicar cada enfermedad a la que somos susceptibles, o sellemos nuestros restos en ataúdes revestidos de plomo), no podemos escapar de nuestra participación en los ciclos de intercambio. Ingerimos el alimento de la tierra no solo a través de los ojos y los oídos sino también con nuestras bocas hambrientas, masticando hojas, semillas y músculos con los dientes, humedeciéndolos con la saliva y tragándolos para llevarlos hasta las profundidades, donde incorporamos la carne del mundo a la nuestra; y eso solo puede ser así porque nosotros también somos comestibles. Porque nosotros también somos comida.

Observo cómo el abdomen del mosquito se hincha con mi sangre. Innumerables veces he aplastado mosquitos sobre mi brazo o los he espantado con furia. Pero hoy simplemente miro, humilde, avergonzado de poder ofrecer solo este pequeño sorbo de mi sangre a cambio del abundante sustento que obtengo de la biósfera y, sin embargo, contento de confirmar mi pertenencia a la gran red de la interdependencia, como comensal y como comida.

Podemos percibir el mundo a nuestro alrededor solo porque somos una parte de ese mundo, porque –en virtud de nuestro dinamismo y densidad carnal– estamos inmersos por completo en las profundidades de la sensorialidad terrestre. Podemos sentir las texturas tangibles, los sonidos y las formas de la biósfera porque somos tangibles, resonantes, formas audibles por derecho propio. Nacemos de esas mismas aguas, de ese mismo aire, de ese terreno arcilloso, de esa luz del sol. Nutridos y alimentados por la sustancia de la tierra viva, somos carne de su carne. No somos ni puro espíritu ni pura mente, sino cuerpos sensibles y sentientes capaces de ser vistos, oídos, saboreados y tocados por los seres que nos rodean.

Hay modos de hablar que honran esa consanguinidad, y así incentivan y aumentan la reciprocidad entre el animal humano y la tierra más que humana. Pero también hay modos de hablar que niegan esa cordialidad de manera implícita, estilos de habla que reprimen la participación espontánea y el intercambio entre nuestros sentidos y la topografía sensorial.

El discurso común acerca de los «objetos» y los procesos objetivos, por ejemplo, nos mantiene firmemente alejados de la tierra que nos sustenta. Nos obliga a desvincularnos de nuestros sentidos corporales y a ver este mundo salvaje y nutricio como si fuésemos espectadores distantes que lo observan desde afuera. Cuando, de manera acrítica, aludimos a la naturaleza material como una serie de objetos inertes, o incluso como un puñado de procesos determinados y mecánicos, bloqueamos la interacción perceptual entre nosotros y nuestro entorno. Negamos el encuentro con los arroyos, los bancos de niebla y las rocas que captan nuestra atención solo porque ocultan diversos

aspectos de sí mismos a nuestra comprensión inmediata, y llaman así a nuestros cuerpos a un intercambio fluido. Cuando hablo del álamo temblón o de la saliente de granito como de objetos determinados, empujo hacia mi inconsciente la experiencia directa de los árboles y las formaciones rocosas, y contradigo a la conciencia carnal que tengo de ellos en cuanto seres ambiguos, con sus propios modos de influenciar el espacio a su alrededor, y de influenciarme a mí. Contradigo la sensación que tengo de la luna como un poder viviente.

Así, hablar de la naturaleza circundante en términos deterministas y mecánicos, o incluso al escribir sobre el medioambiente de una manera puramente funcional, como el «sistema de soporte de la vida humana», quebranta y acorta la cordialidad entre nuestro cuerpo animal y la tierra animada. Suprime la vida espontánea de los sentidos. Nuestros ojos se vuelven opacos, nuestros oídos se vuelven sordos al lenguaje de las ranas arbóreas y las articulaciones de la lluvia. Lo que decimos tiene un efecto tan profundo sobre lo que vemos, oímos e incluso saboreamos del mundo…

Cuando era estudiante de secundaria, en los años setenta, el profesor de física me dejó muy impresionado. Era un tipo relajado que, sentado sobre el escritorio al frente de la clase, nos contó con los ojos muy abiertos que la aparente solidez y palpabilidad de ese escritorio no era más que una ilusión, ya que, en verdad, estaba constituido casi enteramente por espacio vacío: vastas extensiones de vacío atravesadas por diversas partículas infinitesimales que giraban enloquecidas. No pude evitar preguntarme cómo era entonces que ese mueble lo mantenía suspendido a un metro del suelo del aula. Levanté la mano y la moví de lado a lado para llamar su atención:

–¿Pero entonces cómo no se cae al suelo?

–Porque también mi cuerpo –anunció– es solo un montón de espacio vacío lleno de partículas.

Pero eso no explicaba nada acerca de por qué su aparente volumen igual parecía estar siendo sostenido por la mesa de madera, por qué, por ejemplo, su carne vacía e ilusoria no se hundía y se fundía con el vacío de esa mesa, o por qué él y la mesa no se fundían con el vacío del suelo. Lo único que explicaba era por qué yo tenía que dejar de confiar en mis sentidos y aceptar que la dimensión abstracta de las partículas subatómicas –el esotérico mundo de los electrones, gluones y quarks– era un mundo más real, más verdadero que el que revelaban mis sentidos corporales. Por varios días vagué en un estado de deslumbramiento intelectual, consciente por primera vez de que todo lo que veían mis ojos era solo una ilusión, entusiasmado por ser el único, entre todos los ciudadanos que caminaban conmigo por la vereda, que conocía esa verdad oculta. O al menos el único que conocía a alguien que la conocía.

O que decía conocerla. De a poco, en el curso de varias semanas, descubrí que una cierta confianza provisional en la evidencia de los sentidos era absolutamente necesaria para realizar las tareas más simples, como caminar a la escuela o moverse por las orillas cubiertas de vegetación del lecho del río

detrás del campo de béisbol. Sin embargo, la exploración de ese arroyo ya no me fascinaba tanto como unas semanas atrás. Si el mundo visible era de verdad un efecto ilusorio de eventos más reales que tenían lugar en el mundo subatómico, entonces no podía aprender nada significativo mirando a los insectos patinadores o escuchando el canturreo sincopado de las ranas. Si quería saber cualquier cosa que fuera *realmente* real tenía que volverme aprendiz de los científicos versados en esa dimensión oculta, cuyo acceso a los instrumentos de alta precisión los habilitaba a mirar detrás del mundo perceptible y vislumbrar su origen.

Empecé a leer frenéticamente sobre el arcano mundo de la física cuántica, tratando de averiguar todo lo que podía. Al principio estaba fascinado, pero enseguida me desanimé. Pasaba todo mi tiempo libre encorvado sobre artículos que fotocopiaba de revistas científicas en la Xerox chirriante del fondo de la biblioteca, y mis músculos no estaban contentos. Aumentó la prescripción de mis anteojos, y mi piel se preguntaba qué había pasado con el viento que solía explotarme junto a la cara cuando andaba en bicicleta por los callejones y los bosques angostos de los suburbios de Long Island. No cabía duda de que el viento seguía allí, pero yo no; yo estaba inmerso en mis libros, tratando de descifrar un lenguaje que no tenía nada que ver, que yo supiera, con el arroyo que borboteaba sobre las rocas o los ojos luminosos de una rana mugidora medio sumergida. Realmente extrañaba a esas ranas. ¿Y qué si no podía tener acceso al mundo subatómico y sus verdades últimas? Pronto me di cuenta de que era biología lo que yo tenía que estudiar.

Al año siguiente me entregué con entusiasmo a la biología. Esta era la ciencia para alguien como yo, un chico tímido y soñador que se sentía muy a gusto sobre una rama alta en el patio, escuchando el silbido líquido de los pájaros del lugar, tratando de entender de qué estaban hablando… Me gustaba estar otra vez en el mismo mundo que los arrendajos y las ardillas. Al principio me sorprendió que la biología se enseñara solo en interiores, en aulas de tipo laboratorio; pero me aseguré un asiento cerca de la ventana y, durante las clases, cuando mi atención divagaba, me sentía menos culpable que en las otras materias. Como esto era biología, me sentía más justificado mirando el abdomen de un escarabajo que escalaba al otro lado del vidrio, o a una pareja de golondrinas comunes que giraban y bajaban en picada detrás del reflejo del profesor.

Pero entonces, un mes y medio después de empezado el semestre, el señor Warasila anunció que la semana siguiente íbamos a diseccionar ranas.

–Mm, ¿de dónde van a salir las ranas? –le pregunté después de clase. Me dijo que las enviaban con el expreso propósito de ser diseccionadas.

–¿Está seguro de que no son de por aquí? –le pregunté.

–Segurísimo.

Muy bien. Ni bien terminó la clase corrí por el campo, esquivé algunos árboles bajos y me senté junto al arroyo menguante. Quería consultar a las ranas del lugar sobre esta nueva situación. Recuerdo que estuve ahí sentado un

largo tiempo, pero no apareció ninguna de esas criaturas de ojos grandes. Hasta que mucho más tarde, al anochecer, escuché primero una rana, después otra, pero no había luz suficiente como para localizarlas con la mirada. Así que me quedé ahí sentado y empecé a hablarles, les pregunté si les parecía bien que diseccionara a otras ranas en clase. Cada vez que empezaba a hablar, ellas se callaban, y cuando yo terminaba había una larga pausa, como si estuvieran pensando qué decir, y entonces empezaban a croar de nuevo. Sabía muy bien que no estaban respondiendo a lo que yo decía, pero tenía el ritmo de una conversación, así que escuchaba atento su clamor resonante y luego intervenía y trataba de justificar lo que iba a hacer la semana siguiente en el laboratorio; ellas se callaban una vez más ante el sonido de mi voz, y así estuvimos cuchicheando un buen rato. Supongo que terminé sintiendo que quizás estaba bien diseccionar a alguno de sus parientes lejanos ya que era necesario para poder aprender la Verdad acerca del mundo.

Sin embargo, el semestre siguiente, nuestra clase de biología se empezó a enfocar en la base molecular de la herencia. Fue entonces cuando aprendí una parte crucial de la Verdad: que no solo la estructura anatómica sino incluso el *comportamiento* de todos esos animales estaba «programado en sus genes».

¡Programado! A medida que decantaba, este conocimiento reverberó en mi propio organismo transformando mi experiencia del mundo orgánico. Esa primavera, cuando se derritieron las últimas nieves, muchas menos aves cantoras vinieron a posarse en las ramas del jardín trasero. Las primaveras anteriores habían traído una abundancia de voces de aves que burbujeaban de aquí para allá entre los árboles y los setos; ahora parecía haber poco y nada de esa cháchara. Hasta que un fin de semana, sentado en la escalera de entrada, mirando alrededor, me di cuenta de golpe de que había muchísimos pájaros dando vueltas, pero que yo ya no los *notaba*, y me costaba mucho oírlos o concentrarme en sus vocalizaciones. El canto de los zorzales, los chillidos locos de los cardenales y los mirlos y otros alados que antes me tenían absorto de fascinación habían empezado a desvanecerse de mi conciencia… Era como si mis oídos se estuviesen volviendo insensibles a todas esas voces no humanas. Mi atención auditiva ya no se relacionaba con esos sonidos diferentes, mi escucha no quedaba cautivada por lo que fuera que dijesen esos pájaros, precisamente porque, según mi nuevo y mejorado entendimiento, ya no *decían* nada en absoluto. Su habla no era más que sonido automático: «programado», por decirlo de algún modo. Claro que algunos de esos sonidos repetidos eran lo suficientemente agradables como para prestarles atención por un rato (como música de fondo que suena en la radio). Pero como yo había definido y así eliminado toda la creatividad y el significado de esas voces, como ya no había nada que fuera *dicho* de manera activa por esas aves, mis oídos encontraban poco agarre en esos sonidos; ninguna apertura enigmática, ninguna otredad cautivaba mi escucha. Y así, esos llamados aviares se desvanecieron muy pronto en el trasfondo de una vida cada vez más enfocada en preocupaciones puramente humanas.

Como ya no estaba envuelto en un mundo de múltiples voces, tan vivas y misteriosas como mi propio ser sensible, mis sentidos animales se empezaron a apagar. Mis ojos ya no quedaban deslumbrados por los escarabajos turquesas que escalaban los pastos al costado de las vías de tren, o por el aplomo de la garza en el pantano cercano. Ahora, cuando reflexiono sobre eso, siento como si mi piel se hubiese vuelto menos porosa, menos permeable a la vida abundante que me rodeaba a medida que mi ser consciente retiró poco a poco su participación de la naturaleza sensorial y empezó a vivir cada vez más en un cúmulo de embriagadoras abstracciones.

Esta retirada de la experiencia directa se aceleró en la universidad. Los sentidos humanos, tal como nos enseñaban en las clases de ciencias, eran engañosos. No había que confiar en ellos: la realidad genuina de las cosas era inaccesible a nuestros sentidos desnudos. La verdad real estaba siempre oculta detrás de escena, ya fuera encerrada dentro del cráneo (en esa dimensión de neuronas y neurotransmisores que al parecer determina toda nuestra experiencia) o escondida dentro del núcleo de nuestras células (en el reino molecular de las secuencias de nucleótidos, o genes, que por lo visto generan todos nuestros extraños comportamientos), o bien dentro del pequeñísimo mundo de los electrones, neutrones y quarks, o en esa dimensión –cuya distancia en tiempo y espacio es inconcebible– en la que el cosmos emergió del Big Bang primordial. El mundo accesible a nuestros sentidos, el mundo visible de las colinas y la lluvia y las bandadas de pájaros empezó a parecer una dimensión secundaria, un gran campo ilusorio de apariencias a la espera de que la mente humana las penetre y disipe. La naturaleza animada que revelaban nuestros sentidos ya no era fundamental; de ahí que muy pocas personas parecieran preocupadas por la rápida destrucción de las selvas y los humedales, o la extinción acelerada de las diversas criaturas. La naturaleza observable era una realidad derivada, un reino útil por sus recursos extraíbles o un vertedero para los residuos tóxicos del progreso humano, pero no valía la pena preocuparse por eso ya que podíamos replicar lo que quisiéramos de este campo con nuestras tecnologías virtuales, y pronto diseñaríamos el resto de la naturaleza usando empalmes genéticos y nanotecnología para satisfacer nuestros deseos.

Esa era la atmósfera embriagadora en la que mis compañeros estudiantes de medicina y yo estábamos inmersos. En aquel momento, pocos de nosotros entendíamos que todos esos sueños tecnológicos –al igual que las dimensiones abstractas que yacían detrás, más allá o debajo del entorno aparente– seguían estando secretamente arraigados en el mundo de la experiencia directa, y por ende dependían de nuestros encuentros cotidianos con la tierra cercana. No sospechábamos que nuestra conciencia instintiva de los vientos, las aguas y la tierra bajo los pies proveían la base necesaria para todas esas abstracciones y eran la única garantía de su coherencia. Solo ahora, cuando nos encontramos con que severas fluctuaciones del clima amenazan nuestras vidas y nuestros laboratorios de alta tecnología, cuando las costas desaparecen, colapsan las

redes de alimentos y nos damos cuenta de que nuestros hijos no estarán exentos de la violencia que nuestro «progreso» avasallante ha infligido sobre la tierra, solo ahora nos damos cuenta de que todas nuestras utopías y sueños tecnológicos de una inmortalidad mediada por máquinas quizás estimulen nuestras mentes pero no pueden alimentar nuestros cuerpos. De hecho, la mayoría de estas visiones tecnológicas trascendentes siguen estando motivadas por un miedo al cuerpo y sus múltiples susceptibilidades, por un miedo a nuestro involucramiento carnal en un mundo que, en última instancia, está más allá de nuestro control… por nuestro terror a la misma naturaleza salvaje que nos nutre y nos sustenta. Reconocer ese alimento, despertar al don constante de ese sustento salvaje, implica que nos ofrezcamos a nosotros mismos a cambio. Implica que aceptemos el difícil misterio de nuestra mortalidad carnal, que aceptemos que somos criaturas corporales que tienen que morir para que otros se alimenten. Pero es eso lo que no podemos tolerar. Las sombras nos asustan demasiado. No podemos soportar nuestra vulnerabilidad, nuestra dependencia total de un mundo que puede devorarnos. La humanidad moderna, con todo su vasto poder analítico e inventivo, está paralizada por el miedo a su propia animalidad y a la tierra animada que nos sustenta.

Es así como esas maneras de hablar que se refieren a la naturaleza solo como un conjunto de objetos determinados y procesos aleatorios o mecánicos nos aíslan gradualmente de nuestros sentidos y del entorno sensorial. Profundizan la distancia y la oposición entre nosotros y los pastos, entre nuestras reflexiones conscientes y las ráfagas de viento que doblan esos pastos y a veces los quiebran.

Y sin embargo hay otros estilos de discurso que estimulan los sentidos y los sacan de su letargo, otros modos de hablar que pueden resucitar la solidaridad olvidada entre el animal humano y la tierra animada. Palabras y frases que respetan la gran incognoscibilidad de las cosas, es decir, no solo de las otras personas sino también de las tortugas, del polen de enebro y el desarrollo mutable de una tormenta; modos de hablar que atribuyen una cierta enigmática otredad, o incerteza, incluso a las astas perdidas, a las sillas mecedoras y a las bombitas de luz encendidas que nos sobresaltan con su parpadeo; a la luna, por supuesto, pero también a los ríos menguantes, a las bicicletas bien hechas, e incluso a las palabras mismas. Ese es el tipo de habla que despierta nuestra piel y nos llama a entrar de nuevo en el cuerpo del mundo.

Pueden trazarse infinitas distinciones entre los fenómenos palpables de este mundo; aun así, cada presencia particular participa del mismo misterio común: el inconmensurable surgimiento de la existencia misma. Cada cosa expresa este misterio a su manera y estilo, pero cada cosa es igualmente escandalosa, un puñado de tierra no lo es menos que un oso pardo con sus

intimidantes rugidos: cada uno lleva adelante su propio camino tenue e improvisado en el mundo, cada uno brinda sus propios ritmos al tumulto de la vida que lo rodea. Cada soplo de viento, cada nota que resuena en la campana de la torre, cada paso desarticulado de un insecto patinador sobre la superficie de la corriente obra su propia y sutil influencia sobre los seres que lo rodean. Solo existir, o seguir existiendo, es ya algo activo –es un hacer– y por ende ningún fenómeno es del todo pasivo, carente de eficacia o influencia. Dejar que esa influencia entre en nuestra habla, afirmar el dinamismo único de las diversas entidades que encontramos a lo largo del día, reconocer que cualquier cosa que capta nuestra atención tiene su propia agencia, o vida: ese modo de hablar empieza inevitablemente a abrir nuestros sentidos reprimidos.

¿Por qué es así? ¿Por qué ese modo animista de hablar –que presupone cierta módica creatividad incluso en el más obstinado de los fenómenos, y por lo tanto habla de las cosas no como meros objetos sino como sujetos animados, como poderes vivos por derecho propio–, por qué ese modo de hablar renueva y rejuvenece nuestros sentidos corporales?

Primero, porque abre la posibilidad de interacción e intercambio, permitiendo que empiece a circular una reciprocidad entre nuestros cuerpos y la tierra viva. Si hablamos de las cosas como objetos inertes o inanimados, negamos su habilidad para relacionarse de modo activo e interactuar con nosotros; clausuramos su capacidad para corresponder a nuestras atenciones, para suscitar en nosotros un diálogo silencioso, para informarnos e instruirnos. Tan pronto como les concedemos a las cosas su propia apertura y otredad enigmática, nuestros cuerpos que sienten se ven abordados, confrontados, masajeados y atrapados por una hueste de carismáticos poderes que compiten entre sí por nuestra atención. De pronto nos vemos rodeados por una multitud de seres seductores, algunos tímidos y otros desvergonzados, y cada uno incita la imaginación de nuestros ojos o la curiosidad de nuestros oídos, y así persuaden a nuestros sentidos a participar de una nueva cordialidad con la tierra cercana.

Segundo, ese lenguaje hace evidente la consanguinidad entre nosotros y el terreno circundante al invocar la continuidad entre nuestras vidas y la vitalidad de la tierra misma. Implica que la creatividad que encontramos dentro de nosotros tiene su correlato en el cosmos que nos rodea, y, también, que la relativa obstinación y solidez que asociamos con las cosas tiene su correlato en el peso y la inercia de nuestras propias vidas, en la densidad de nuestra carne y la intransigencia de nuestros hábitos. Al insinuar que cada montaña, cada nube, cada lobo o roble o panal de abejas es una variante distante de nuestro propio pulso y textura y, a la inversa, que nuestro organismo sentiente es en sí mismo una variante de esas cosas –una intensificación o fluctuación dentro de la carne sensible del mundo–, ese modo de hablar vuelve a situar al intelecto humano dentro del cosmos sensorial. Subvierte el largo aislamiento del ser pensante con respecto al mundo de la percepción sobre el cual reflexiona, y sugiere que nosotros y el entorno

sensorial estamos hechos de la misma trama, que estamos, en efecto, entrelazados de manera palpable con todo lo que vemos, oímos y tocamos: que somos por completo una parte de la biósfera viva.

Tercero, al describir las infinitas cosas como seres en desarrollo, seres animados, volvemos a alinear nuestro lenguaje con la naturaleza ambigua y provisoria de la experiencia sensorial, con el hecho de que nunca percibimos ninguna entidad entera sino que solo nos topamos con aspectos parciales de acuerdo al ángulo o al ánimo con el que nos acercamos a ellas. Podemos *conceptualizar* los acantilados erosionados y los hongos políporos como fenómenos determinados, como presencias fijas y acabadas que descansan completas en sí mismas, pero nunca podemos *percibirlas* en efecto como tales. No podemos experimentar ninguna entidad en su totalidad porque no somos mentes puras e incorpóreas sino cuerpos palpables con nuestros propios límites y opacidades. Estamos en el mundo y somos *parte* del mundo, estamos materialmente incrustados en el mismo campo mojado por la lluvia que habitan las rocas y los cuervos, y por eso podemos llegar al conocimiento solo de modo lateral, cruzándonos en el camino con otras entidades y a veces permaneciendo, respondiendo al brillo de alguna cosa o a su frialdad distante, familiarizándonos poco a poco con su tenor y estilo característico, con la manera única que tiene de resistir nuestras suposiciones. En ese sentido, todo nuestro conocimiento es conocimiento carnal, nacido del encuentro entre nuestra carne y el paisaje cacofónico que habitamos. En verdad conocemos las cosas de este mundo no como objetos determinados sino más bien como personas cercanas y extrañas, como familiares de confianza y como vecinos fastidiosos, como aliados, ovejas negras y camaradas temperamentales y peligrosos. Algunas, como el cielo nocturno, incitan en mí un asombro y un silencio estupefacto. A otras, como mi casa, suelo subestimarlas, aunque me da cobijo y guarda mi cepillo de dientes. E incluso hay otras, como las páginas del manuscrito que voy escribiendo lentamente, que son a la vez atractivas e inescrutables: no sé si su aparente frialdad se debe a que me desprecian o a que son tímidas, si tengo que acercarme a ellas o mantener la distancia. Todos estos seres participan, al igual que yo, de la emergencia continua de lo real. Ninguno de ellos, en mi experiencia directa, es del todo inerte o inanimado.

¿O sí? ¿Qué pasa con la espátula de plástico en la pileta de la cocina, o el formulario anual de impuestos que todavía nos falta llenar, o la computadora que descansa, desenchufada, junto a la pared? Es decir, aceptémoslo: esa computadora no está durmiendo realmente, solo está apagada y, por lo tanto, no está computando; por el momento no funciona en absoluto salvo como un pisapapeles caro, con todos sus circuitos complejos y compactos inmovilizados y… bueno, inertes. Solo está ahí, una masa de ingenioso diseño de plástico y silicona que nunca podría haber sido construida de no ser por el frío desapego de la mente analítica con su propensión a alejarse del mundo, a buscar

mecanismos subyacentes, a objetivar y componer las cosas. Una comprensión del mundo en términos analíticos y objetivos es parte integral de nuestra realidad; hoy ha llegado a ser parte de muchos de los artefactos que usamos y muchas de las instituciones de las que dependemos. Por lo tanto, parece poco probable que la actitud desapegada, objetiva, hacia las cosas y los procesos de este planeta vaya a disiparse pronto.

Y en cualquier caso, ¿por qué habría de disiparse? Pensemos en todos los asombrosos conocimientos y capacidades que esta actitud nos ha brindado: la tabla periódica de los elementos, el poder de transportarnos rápido e incluso de volar, las comunicaciones instantáneas con casi cualquier sitio del planeta… No solo se trata de tecnologías que atontan la mente o agotan la tierra sino de muchas otras que nos sostienen: la conquista de enfermedades debilitantes, la biorremediación de toxinas, sofisticados motores solares o eólicos, mi bicicleta de dieciocho cambios… ¿No hay entonces algo bueno y valioso en nuestra comprensión objetiva de la naturaleza y en los muchos conocimientos que hemos obtenido con esa perspectiva, en los múltiples eventos y explicaciones que cosechamos gracias a la práctica cuidadosa de nuestras ciencias?

¡Claro que sí! Nada de lo que escribo en estas páginas tiene la intención de desdeñar los elegantes descubrimientos revelados por nuestras ciencias, ni los estados mentales objetivos necesarios para llegar a esos conocimientos. Solo quiero señalar que la actitud desapegada propia de la ciencia depende de una reciprocidad más visceral entre el organismo humano y su mundo. Es esa participación primordial y continua la que poco a poco ha ido moldeando los ojos brillantes con los que hoy vemos las luces y las sombras de esta esfera, y también nuestros oídos, capaces de detectar un amplio rango de sonidos vitales para la vida humana mientras permanecen, a la vez, indiferentes a muchos otros. Ese coito inmemorial entre el cuerpo y la tierra –esa *coevolución*– ha dado forma a los órganos y tejidos de cada organismo terrestre, ha profundizado el color de nuestras plumas y el poder de nuestras garras, intensificado el amargor de nuestras hojas y vestido nuestras semillas con velas de algodón para que puedan volar lejos con los vientos del verano.

Quizás la práctica de la ciencia puede permitirnos a nosotros, los humanos, salirnos de vez en cuando de nuestra implicación en el intercambio coevolucionario, pero nuestra participación en el resto del paisaje animado ha dado forma a los ojos con los que ahora miramos nuestros microscopios, a la inteligencia misma que hoy analiza los datos.

Las intrépidas investigaciones de nuestras ciencias han producido una serie de conocimientos que, si se interpretan de manera correcta, pueden ser beneficiosos no solo para la humanidad sino para toda la biósfera. Para alcanzar esos conocimientos, sin embargo, nuestros científicos han tenido que simular una visión del mundo desde la perspectiva de Dios, asumir una perspectiva desapegada y distante, hacer de cuenta, durante el transcurso de su investigación, que ellos mismos no estaban involucrados en la misma naturaleza que estudiaban. En el curso de cada experimento, el científico

acepta necesariamente esa ficción útil, hace de cuenta que su intelecto observador puede, de alguna manera, liberarse de su arraigo carnal coevolucionado dentro del meollo de la vida terrenal. Asume que su intelecto puede liberarse de los sesgos físicos y de las propensiones inconscientes de su especie particular para observar lo que sucede como un espectador no comprometido, como una racionalidad objetiva, una mente pura.

Como postura temporal y provisoria, la suposición de una objetividad pura ha sido inmensamente fructífera; ha dado como resultado una enorme cantidad de evidencias útiles. Pero mientras que el practicante individual de una ciencia debe a fin de cuentas volver a su vida cotidiana como participante en el mundo terrestre que estudia, la jerga en la que se expresan sus descubrimientos permanece en el modo desapegado y distante. Es decir, los conocimientos que se derivaron de la experimentación quedan preservados en el discurso abstracto necesario para comunicar esos conocimientos a otros investigadores que fingen el mismo estado mental separado o cercenado. Rara vez se hace alguna traducción clara desde esa pose de racionalidad pura e incorpórea a un lenguaje apropiado para nuestro compromiso vivo y nuestra relación con la vida que nos rodea.

Cualquier traducción de ese tipo necesitaría expresar los conocimientos de una manera accesible a la experiencia sensible, corporal. Y, más importante aún, necesitaría corregir las distorsiones que la pretensión de una perspectiva desencarnada, o un punto de vista desde ningún lugar, induce en la interpretación de los datos en bruto.

Como esa traducción no está disponible (cada investigación científica se construye sobre la base de investigaciones previas sin traducir los resultados de esos estudios al lenguaje de la experiencia directa), nuestras diversas ciencias van construyendo una multitud de mundos abstractos, una multiplicidad de dimensiones arcanas ocultas detrás o más allá o debajo del mundo de la experiencia. Son las dimensiones cuánticas exploradas por la física de altas energías, o el reino de las secuencias de genes que se marcan a lo largo de las hebras de ADN, plegadas y acurrucadas dentro de los núcleos de nuestras células, y también los embrollados bosques de axones y dendritas que están detrás de nuestra frente, o incluso los precintos supervastos de agujeros negros y cúmulos galácticos. Estos reinos recónditos están en gran parte ocultos a nuestra experiencia directa, y por eso tenemos que confiar en los expertos para que medien e interpreten las materias profundas que se encuentran allí. Se supone cada vez más que esas dimensiones trascendentes contienen las verdades fundamentales que al parecer causan, «codifican» o explican el mundo ambiguo e incierto de nuestra experiencia directa. La búsqueda de la verdad última permanece enfocada en estas dimensiones teóricas inaccesibles a nuestros sentidos desnudos; como resultado, muchos de nosotros asumimos que esos reinos teóricos son más verdaderos, más fundamentales, más reales que este mundo palpable que experimentamos con nuestros cuerpos vivos.

Pero esa suposición –esa tendencia a explicar el mundo vivido a partir de

referencias a dimensiones ocultas debajo, detrás o más allá del mundo– en realidad invierte el estado demostrable de las cosas. Ni siquiera los científicos más brillantes tienen una experiencia continua de esas otras dimensiones; de hecho, la experiencia directa acerca de esos reinos es necesariamente fragmentaria e incompleta. La ciencia se topa con esas escalas extrañas de existencia solo por medio de instrumentos especializados y, en general, por unos breves instantes –durante experimentos muy estructurados–, cuando tales instrumentos registran reacciones particulares o mediciones específicas. Es así como nuestros científicos tienen que llenar los blancos entre vistazos fragmentarios para iluminar algún sentido de cómo funcionan realmente esos mundos escondidos: cómo están contenidos los «quarks» dentro de un protón o un neutrón; cómo influyen los tramos particulares de ADN en otros tramos del mismo cromosoma; cómo la red neuronal de axones y dendritas interactúa todo el tiempo consigo misma; cómo los agujeros negros retuercen el tejido del espacio-tiempo. Nuestros expertos construyen una imagen hipotética de lo que se despliega en esas otras escalas extrapolando sus descubrimientos fragmentarios y llenando con creatividad los huecos entre ellos. Sin embargo, la manera que tienen de llenar esas vastas lagunas en los datos empíricos está inevitablemente moldeada por intuiciones, expectativas, inclinaciones y hábitos perceptivos tomados de su relación continua (y subestimada) con el único terreno que habitan con sus cuerpos animales: este cosmos terrenal y enigmático de tierra, viento y lluvia con el que sus sentidos se topan en el día a día de su vida cotidiana.

Cada imagen coherente que tenemos de esas otras dimensiones de la realidad, en apariencia más objetivas, está entonces secretamente enraizada en el terreno ambiguo y siempre cambiante de nuestra experiencia ordinaria. Todo lo que hemos llegado a creer acerca de esas escalas de la realidad, al parecer, más fundamentales, depende de manera tácita de nuestra relación diaria con el mundo en *esta* escala: la escala de la existencia a la que están sintonizados nuestros sentidos animales. En la amplitud de nuestra experiencia corporal, las entidades con las que se encuentran nuestros sentidos no son quarks y protones sino zarzas y hongos y laderas que se van erosionando poco a poco; no son pares de ADN ni sinapsis neuronales sino niños, pájaros carpinteros y el sonido distante de un trueno. Aunque a menudo tratamos de explicar este mundo ambiguo apelando a esos reinos más matemáticos que se esconden detrás del entorno perceptible, en última instancia es nuestra relación continua con la tierra caprichosa lo que contiene la clave de todos esos otros mundos, abstractos y provisorios.

Reformulemos esta reflexión desde otro ángulo, apoyándonos por un momento en la obra de uno de los más lúcidos observadores de ese mundo con el que se topan nuestros sentidos desnudos, un científico que rara vez dejaba que sus reflexiones se desviaran demasiado de la tierra de su

experiencia directa. Por más de dos milenios, la civilización alfabetizada se jactó del origen especial de la humanidad y afirmó que los humanos habíamos sido creados para ser los representantes de Dios en la tierra. Esa afirmación fue cuestionada y en gran parte derrocada por Charles Darwin, cuyas minuciosas observaciones proporcionaron evidencia convincente de que, por el contrario, la humanidad había tomado forma del mismo modo que otras especies en el lento curso de la evolución. La teoría de la evolución por selección natural dejó en evidencia que nosotros también éramos animales, no seres creados por una divinidad exterior sino evolucionados a partir de un grupo de ancestros primates y, más atrás todavía, de un linaje de mamíferos pequeños derivados a su vez, mucho antes, de una larga línea de peces inmersos en las profundidades del océano.

Darwin había redescubierto la verdad profunda del totemismo: la suposición animista, común a múltiples culturas indígenas aunque desterrada hacía tiempo de la buena sociedad, de que los seres humanos somos parientes cercanos de otras criaturas y que de hecho varios animales son nuestros ancestros directos. Se trataba de una forma de totemismo trasladada al mundo moderno: el conocimiento totémico se traducía ahora al lenguaje de la «descendencia por selección natural desde un ancestro común». Esta versión moderna ya no veía a las personas como descendientes de diferentes animales totémicos, sino que reconocía que toda la humanidad derivaba de un linaje común de criaturas. A raíz de las audaces ideas de Darwin, hemos aprendido a considerar a todos los humanos como miembros de una misma familia. Pero la implicancia salvaje, animista, de la visión de Darwin ha tardado mucho más en emerger a nuestra conciencia, sin duda porque supone una enorme amenaza a nuestra preciada creencia en la trascendencia humana. Sin embargo, es una consecuencia ineludible de la idea de la evolución: los humanos estamos corporalmente relacionados, por redes de filiación directa e indirecta, con *todos* los otros organismos con que nos encontramos.

Por otra parte, en el curso de la evolución, no son solo los otros animales, plantas y organismos simples los que han contribuido a formar el carácter único de la criatura humana, sino también el océano fluido, las múltiples rocas que componen los suelos y el modo en que las montañas reúnen las nubes en sus altas cumbres. Estas estructuras planetarias no son extrínsecas a la vida humana, no son aspectos arbitrarios o azarosos de un mundo que simplemente habitamos. Son, más bien, los poderes constitutivos que nos han convocado a la existencia, y por ende los aliados secretos, los guías totémicos de todas nuestras acciones. Están dentro de nosotros y a nuestro alrededor; componen esa vida más amplia y más profunda de la que nuestros cuerpos forman parte.

Si aceptamos los descubrimientos de Darwin y admitimos que la especie humana ha sido moldeada por el flujo creativo de la evolución, entonces tenemos que reconocer que la biósfera circundante es la matriz en la que nuestro organismo llegó a adquirir su forma actual. Nuestros sentidos han

coevolucionado junto a la química de estas aguas y este aire, se han moldeado según los patrones particulares de la tierra animada. Nuestros ojos humanos han evolucionado en sutil interacción con los demás ojos no humanos; al igual que nuestros oídos, gracias a su misma estructura, se han afinado para oír el aullido de los lobos y el canturreo de las ranas. Cuando nos deslizábamos por las enormes escuelas ondulantes de las profundidades de los océanos amnióticos, o más tarde, cuando nos arrastrábamos sobre la barriga de un charco a otro con la piel escamosa brillando al sol, o cuando corríamos bajo los pastos en forma de diminutos mamíferos nocturnos, o saltábamos de rama en rama como primates de cola larga, nuestros cuerpos inteligentes se fueron formando en una interacción dinámica con las texturas y ritmos de la naturaleza terrestre.

Nuestro sistema nervioso está totalmente influenciado por la gravedad particular de esta esfera, por el modo en que la luz del sol se filtra a través de la atmósfera terrestre y por el tirón cíclico de la luna. En un sentido plenamente palpable, nacemos de este planeta: nuestros cuerpos atentos han coevolucionado en relación rica e íntima con las otras formas corpóreas –animales, plantas, montañas, ríos– que componen la carne cambiante de este mundo vivo.

De modo que la Tierra elemental nos ha dado nuestras propensiones y dones particulares, nuestros estilos de comportamiento específicos. Nuestras maneras de movernos, nuestros modos de percepción, nuestros hábitos singulares de pensamiento y contemplación, todos ellos han sido influenciados por la variopinta naturaleza de este mundo floreciente. Así, la biósfera circundante proporciona el *modelo ineludible* para nuestra experiencia de cualquier otro reino que descubramos o inventemos. Ya sea que reflexionemos sobre los insondables cúmulos galácticos revelados por una nueva generación de radiotelescopios, o que exploremos matemáticamente los reinos submicroscópicos de cuerdas vibrantes y supersimétricas, no podemos evitar interpretar todo lo que vislumbramos de esos mundos de acuerdo con las predilecciones que derivan del único reino en el que vivimos sin interrupción: predisposiciones necesariamente inculcadas, a lo largo del curso maratónico de la evolución, por las formas, los patrones y los demás habitantes de nuestro medioambiente terrestre.

Por ejemplo, nuestras conjeturas sobre las sutiles funciones de los procesos neuronales dentro del cerebro están en gran medida limitadas por el hecho de que el cerebro no evolucionó para comprenderse a sí mismo. La compleja organización del cerebro evolucionó como consecuencia de nuestra relación sensorial y muscular con el paisaje que nos rodeaba: intrincado, peligroso y cambiante. Es así como el cerebro tiene una propensión natural a ayudarnos a orientarnos e interactuar con ese entorno enigmático. Cada vez que intentamos enfocar el cerebro pensante sobre sí mismo, sobre su estructura neuronal y su funcionamiento u otras dimensiones igualmente ocultas a nuestra experiencia común, ya sean cosmológicas o subatómicas, este no

puede evitar aplicar esas predisposiciones y anticipar la gravedad, el suelo y el cielo donde no necesariamente se encuentran, o interpretar los datos según las limitaciones elementales comunes a nuestra especie bípeda, y producir así una imagen de las cosas que acusa una profunda influencia de nuestro cuerpo animal y su hábitat acostumbrado.

Hay mucho para rescatar de nuestras investigaciones en otras escalas y dimensiones. Sin embargo, nos equivocamos al suponer que nuestros estudios proveen una evaluación objetiva de lo que esas otras escalas *de verdad* son, independientemente de la perspectiva parcial que nosotros, primates curiosos, tenemos de ellas. Los espacios que exploran las ciencias, ya sean pequeñísimos o inmensos, no pueden explicar nunca este mundo encantador y lleno de problemas que habitamos a diario, dado que esos espacios abstractos se tejen en gran medida con la trama perceptual de este mismo mundo. Claro que nuestras incursiones a esas dimensiones abstractas pueden brindarnos pistas, nuevos acercamientos a la tierra que nos rodea, nuevas maneras de mirar el bosque o de sentir un temblor volcánico. Pueden despertar nuevas perspectivas acerca de las vidas que nos rodean, nuevos modos de entendernos a nosotros mismos o –si así lo queremos– de modificarnos. Sin embargo, en última instancia, solo las relaciones vividas y sentidas que mantenemos a diario unos con otros, con las demás criaturas que nos rodean y con el terreno que nos sostiene, pueden enseñarnos a dar un uso bueno o malo a todas nuestras abstracciones.

A pesar de nuestros vertiginosos sueños tecnológicos, esta tierra vasta e inescrutable, inundada por las lluvias y reseca por el sol del verano, sigue siendo el terreno último y el horizonte final de toda nuestra ciencia. Esta tierra viva no es ante todo un conjunto de mecanismos que están ahí para ser descifrados. No es una reserva de recursos que esperan ser utilizados o un depósito de materias primas esperando ser desarrolladas. No es un objeto.

Es, más bien, el cuerpo mismo del asombro: un campo vibrante de inteligencia de cuya vida circular participamos. Y si hoy en día esta tierra de sueños ha quedado olvidada tras una nidada de pantallas luminosas que interceptan la fascinación de nuestros ojos atentos, si ha sido eclipsada por modos de hablar que adormecen nuestros sentidos y por modos mecánicos de actividad que reprimen el eros que hay entre nuestro cuerpo y los bosques frondosos, entonces es momento de escuchar, debajo de todas esas palabras, las sensaciones animales que se mueven en nuestros miembros y nuestros torsos que se hinchan. Es momento de desconectar la mirada de las pantallas que zumban y salir de casa para pestañear y hacer pis bajo el río de estrellas. Hay nuevas historias esperando en la hierba fresca, y nuevas canciones...

Profundidad

(Ecología profunda II)

Nada más salí a caminar y al final decidí
quedarme afuera hasta el anochecer, pues al salir,
descubrí, en realidad estaba entrando.

Hay cierto azul del cielo que es tan azul que solo la sangre podría ser más roja. El poeta francés Paul Claudel en realidad hablaba del azul del *mar* cuando hizo esa extraña observación, pero, en estas alturas, el cielo mismo es el mar en el que nado. Un azul incansable llena cada hueco, se acurruca contra los bordes de las rocas y bebe la savia de los álamos temblones directo de las cortezas magulladas de esta arboleda, se presiona contra mis ojos, rodea mis fosas nasales y se filtra por mis poros sudorosos mientras bajo por la cuesta. Tal vez debería decir que estoy trotando en lugar de caminar, ya que la gravedad otorga a mis piernas un paso largo y fluido que nunca tienen en terreno llano. Píceas, abetos y álamos se deslizan a mi lado en dirección opuesta mientras desciendo. Pero les presto poca atención; voy mirando la danza cambiante de las colinas que están frente a mí.

Poco antes me había puesto de pie, había metido mi diario en la mochila, había echado un último vistazo a mi alrededor allá en la cima y empezado el descenso por esta pendiente cubierta de hierba. Todavía no podía ver las colinas danzantes o, mejor dicho, no las noté; parecían ser parte del suelo del valle plano y boscoso que se extiende hacia el oeste desde el pie de la montaña.

No llevaba mapa. No había querido gastar los dieciocho dólares que costaba un mapa topográfico aceptable de estas montañas ya que no sabía realmente qué parte de la zona iba a querer explorar. Entonces se averió mi coche. Impaciente por salir del camino de tierra y entrar en el bosque, tomé la avería como una señal para empezar en ese punto y ver hasta dónde llegaba.

Fue una decisión estúpida, pero el viejo Ford, exhausto, no respondió a mis torpes remiendos y no quise desperdiciar todo el día tratando de encontrar un mecánico más diestro. Además, en general disfruto de estar perdido: es la manera más rápida que conozco de estimular mis sentidos de criatura en su letargo y de persuadirme para entrar en ese estado mental llamado «salvaje», tan parecido a un elixir. En efecto, el sabor salvaje apareció ni bien me alejé lo suficiente como para no estar seguro de qué barranco me llevaba de vuelta a mi vehículo. A media tarde ya había subido y cruzado varias crestas; al arrastrar mis piernas hasta la cima del último cerro modesto pude ver que esa era la cumbre más occidental de esta parte de las montañas. Desde allí, la ladera occidental parecía descender precipitadamente hacia la llanura lejana de abajo; predije que pronto estaría caminando unos diez u once kilómetros hasta una autopista asfaltada cuyas líneas sinuosas apenas podía entrever desde la cima.

Pero ni cinco minutos después de comenzar el descenso, el valle que se extendía tan sereno y llano hasta el horizonte occidental empezó a ondular y a arrugarse. Como si lo hubiese motivado la intensidad de mi mirada, que oteaba los bosques para encontrar la mejor ruta, el valle empezó a elevar varias de sus partes hacia el cielo, a modo de grandes olas que crecían en la superficie verde de un mar. Cuanto más bajaba, más alto subían las olas y más profundos

se hacían los surcos entre ellas, hasta que me di cuenta de que estaba descendiendo hacia un laberinto intrincado de colinas y barrancos del que probablemente no saldría antes del anochecer. Una mezcla de inquietud y euforia se había extendido por mis músculos. Me quedaba todavía bastante agua y, aunque no había traído a esta excursión una bolsa de dormir, tenía una chaqueta de plumas en la mochila. Dos noches atrás había habido luna llena, así que si el cielo seguía despejado podría caminar durante gran parte de la noche y conseguir un aventón en la autopista cuando se hiciera de día.

Advertí que sonreía al pensar en la manera en que la topografía me había engañado. Mis ojos ahora parecían más sagaces y el azul del cielo, más penetrante; la aparente metamorfosis del paisaje había provocado una nueva lucidez en mi organismo. Y fue allí, en medio de la bajada, cuando noté el baile lento de las colinas.

Miren: ahora mismo la ladera empinada de ahí enfrente se divide en dos laderas de bosque denso, una viene hacia mí y la otra se desliza hacia atrás mientras que un amplio pantano –invisible hace un momento– se abre en el medio. Desde esa hondonada, o más bien a través de ella, llega ahora el llamado de un distante acantilado ocre. Este paisaje sigue metamorfoseándose; no detuvo su transformación luego de que emergieran los pies de las montañas en lo que antes parecía una planicie: ahora las colinas se mueven mientras camino. Alteran su relación mutua, algunas dan un paso al frente mientras que otras se ocultan (para reaparecer a veces un minuto después desde un ángulo nuevo, transfiguradas e irreconocibles). Este terreno mutable se ha tragado una vez más el risco ocre grisáceo que me llamaba hace un momento, mientras que una ladera cubierta de bosque extiende ahora su hombro musculoso en dirección a mí, y estira el brazo para sujetar la cuesta empinada por la que desciendo y fundirse con ella. Algunas coníferas que se asoman desde esa cresta me persuaden de ir hacia allá. Parece demasiado angosta como para cruzar sin riesgo, pero cuando me acerco, la cresta se hace más frondosa y ancha; hay un sendero apenas visible, marcado por cascos, a lo largo del borde superior. Una horda de cuervos aletea sobre mi cabeza, sus gritos estridentes llenan mi percepción hasta que por fortuna vuelven a disolverse en el silencio azul. Sigamos este sendero de ciervos para ver si nos ofrece un camino entre las colinas laberínticas.

Subo por la cresta y avanzo a lo largo de ella, ayudado por ramas fortuitas que ofrecen asidero, luego me meto en el bosque más tupido de la pendiente opuesta.

La profundidad es la dimensión de la cercanía y la distancia. Es la manera en que el mundo se extiende desde unas pocas hojas de álamo que cuelgan de una rama frente a nuestra cara, doradas y apagadas, hasta la cresta rocosa al otro lado del valle, y más allá, hasta las colinas distantes apiladas unas encima de otras sobre la última cadena montañosa que se recorta en zigzag contra el

cielo, y aún más allá, abriéndose a lo largo del desierto invisible a un horizonte borroso entre unos pocos picos de esa cadena. La profundidad es la distancia visceral entre la cercanía y la lejanía de las cosas: el continuo o el fluir entre lo conocido y lo desconocido. Es el modo por el cual las distancias más allá del horizonte –los reinos que podemos soñar, pero no ver– se abren de alguna manera a esas formas difusas y lejanas que podemos ver pero no tocar, el modo por el cual el mundo de la percepción limitado por esos bordes se desvía hacia nosotros desde la distancia visible y se hace cada vez más palpable hasta que podemos alcanzarlo con los dedos, sentir con las manos y con los ojos la textura suave de la rama, una dimensión que llega hasta nuestra cara y también la incluye.

La profundidad implica la totalidad de nuestro cuerpo animal (esta densidad carnal de músculos y piel y aliento) y nos sitúa físicamente dentro del paisaje animado. Cada vez que notamos que algún aspecto del mundo percibido está más cerca y nos resulta más accesible que otros, cada vez que reconocemos que ciertos fenómenos son claros y visibles mientras que otros están ocultos a la vista, afirmamos nuestra ubicación corporal *en medio* de esos fenómenos. A diferencia de las dimensiones de altura y ancho, que parecen ser atributos objetivos de las cosas que percibimos, la dimensión de la profundidad varía con cada cambio en nuestra propia posición. La altura total del bosquecillo de álamos al otro lado de la pradera es una propiedad bastante fija de ese cúmulo de árboles, e incluso el ancho del bosque parece una propiedad objetiva del lugar. Pero su *profundidad* depende claramente de mi posición corporal en relación con los árboles. Desde donde estoy, el bosque de álamos tiene una profundidad algo hueca; mi mirada puede atravesarlo hasta los árboles perennes, más oscuros, en el costado más alejado. Sin embargo, mientras camino por el bosquecillo, la profundidad cambia: desde aquí, la multitud de álamos tiene una profundidad más honda y de múltiples capas, y mis ojos no logran penetrarla. Y si me meto entre esos álamos hasta el centro de la arboleda, entonces su profundidad se abre y me envuelve, y tengo que describirla de nuevo.

Lector, compara esto con tu propia experiencia: a diferencia de la altura de una cadena montañosa y el ancho o extensión de un valle, la profundidad de un terreno –la relación entre los aspectos cercanos y lejanos de ese sitio– depende totalmente de dónde estés parado. A medida que te mueves con el cuerpo *dentro* de ese paisaje, la profundidad se altera a tu alrededor.

Tales alteraciones de la profundidad percibida son producto no solo de tus propios cambios de posición; también puede causarlas una actividad en la tierra misma. Cuando estoy explorando una zona desconocida y me encuentro contemplando el contorno de una colina cercana, quizás sucede que una bandada de pájaros dicharacheros pasa volando sobre mi cabeza en dirección a esa ladera y yo pienso que en cualquier momento van a aterrizar sobre ella… pero siguen volando, y pareciera que se elevan sobre la cima de esa colina y luego siguen más allá, volviéndose cada vez más pequeños en el cielo, y sus

gritos se hacen cada vez más tenues. Hasta que, entonces, apenas visibles, bajan en picada abrupta y, para mi sorpresa, ¡aterrizan sobre esa misma ladera! Mis ojos parpadean y escrutan: los pájaros no habían volado más allá de la colina… más bien, la cuesta estaba mucho más lejos de lo que yo pensaba y por eso a la bandada le llevó todo ese tiempo alcanzarla. Lo cual significa que la colina es mucho más grande de lo que yo suponía… Pero uno no emprende conscientemente estos pensamientos, mejor dicho, mi cuerpo animal, desequilibrado por el aterrizaje de la bandada distante, recalibra enseguida sus sensaciones y permite que una nueva experiencia de esa colina se asiente en mis ojos y mis músculos, y que la profundidad de este paisaje se dilate y se expanda a mi alrededor.

En otra ocasión, al caminar junto a un delgado arroyo en una zona rural desértica, las piernas nos llevarán detrás de una orilla elevada. Entonces, la amplia llanura por la que caminábamos, salpicada de cactus y enebros, desaparece por completo de la vista: hemos tropezado con un reino claustrofóbico, un mundo reducido a los estrechos confines del pasaje ceñido de este arroyo. Pero a medida que seguimos el arroyo río arriba, cruzándolo cuando hace falta, ese mundo angosto empieza a revelar de a poco sus múltiples secretos: recovecos escondidos llenos de piedras moteadas o sembrados de exoesqueletos translúcidos de algún tipo de insecto; aquí, las huellas de un zorro impresas en el barro donde se acercó a beber, allí, una lagartija brillante que hace flexiones sobre una roca cubierta de liquen… Así, enseguida nos vemos inmersos en la extraña interioridad del cosmos de este cañón y nuestros sentidos se afinan a las múltiples complejidades que se expanden y se expanden. Por eso nos toma por sorpresa que las paredes del cañón se contraigan de golpe y nuestras piernas emerjan al paisaje más amplio; al principio nos sentimos expuestos, visibles, vulnerables por todas partes. Nuestros ojos ensanchan gradualmente su foco para ajustarse a la profundidad más amplia a medida que nuestros pasos se alargan para caminar dentro de ella. Mientras tanto, la interioridad singular del cañón, su inmensidad intrincada e íntima, empieza a abandonar nuestra conciencia. En realidad, pensamos ahora, no era tanto un cañón sino una zanja y, en efecto, cuando miramos hacia atrás mientras nos alejamos del arroyo vemos ahora solo una interrupción lineal en la superficie del desierto, como la parte de arriba de una cuneta sinuosa, sin ningún indicio del cosmos que se esconde en su interior.

O al anochecer, en plena ciudad, caminando por una clase diferente de cañón, hecho de mármol lustroso y espejos que reflejan a innumerables peatones, taxis amarillos relucientes, limusinas brillantes y autobuses altos que silban con estrépito cuando se detienen y vuelven a arrancar… bóvedas verticales de piedra y vidrio que también reflejan el chirrido de neumáticos y el crujir de bolsas y el claqueteo de tacones sobre el pavimento sin fin, y las bocinas intermitentes de los coches que hacen eco incluso de nuestra propia voz cuando gritamos «¡yo también te quiero!» a un teléfono móvil que sostenemos al lado de la oreja y que luego cerramos con un golpe y nos

lanzamos hacia adelante, totalmente concentrados en nuestro destino lejano en la distancia rectilínea, cuando de golpe nuestros oídos nos dan la pista de una misteriosa amplitud a nuestra derecha, ya que el muro resonante junto al cual caminábamos no está más ahí. Llegamos a la esquina, y mientras bajamos el cordón de la vereda giramos la cabeza para mirar hacia la calle transversal, y allí, justo en medio de ese cañón lateral, está la luna llena, hinchada, que se eleva sobre los techos de los coches silenciando las bocinas y convirtiendo cientos de paneles de vidrio a ambos lados del cañón en facetas blancas y deslumbrantes, y nos quita el aliento y nos hace temblar las rodillas ante la visión de una ciudad estridente transformada en un cristal luminoso y mudo...

Hace muchos años viajé por el sudeste asiático ganándome la vida como mago prestidigitador ambulante, actuando en esquinas y pequeños alojamientos familiares. Una tarde, me encontré caminando solo entre dos pequeñas aldeas en lo alto de los Himalayas nepalíes, bajo una montaña imponente que los sherpas del pueblo llaman Ama Dablam. Todo el día había estado mirando la resplandeciente cara suroeste de esa montaña, de facciones marcadas por la nieve y el hielo, observando mientras subía por el sendero angosto cómo cambiaban sus expresiones con el ángulo del sol. A media tarde me saqué la mochila para descansar un rato, tomar un poco de agua y mirar hacia atrás. Vi entonces que las nubes del monzón ascendían lentas a mis espaldas, por los valles del sur. Levanté la mochila y apuré el paso, con la intención de alcanzar mi destino –el hogar aislado de un *jhākri* sherpa, o chamán– mientras todavía había buena visibilidad. Pero un apéndice de esa masa de nubes parecía avanzar más rápido que el resto, escalando las laderas de la base del Ama Dablam; poco después acariciaba el borde afilado de la pared montañosa. Me detuve a mirar y me incliné profundamente ante la montaña, agradeciéndole la indulgencia de su compañía y su protección (*Ama* significa «madre» en sherpa, al igual que en muchas otras lenguas) mientras la nube se interponía lentamente entre Ama Dablam y mis ojos. Por unos momentos tuve vistazos de la cara cautivante de la montaña a través de varias grietas y agujeros en la nube, pero entonces la masa blanca se hizo más densa y ya no pude verla. Ama Dablam se había ido. Mientras trataba de sentir su presencia implacable detrás del miasma gaseoso, me sorprendió descubrir que ya no podía sentir la montaña en absoluto. Ya no era capaz de sentir la presencia de ese pico acechante ni era capaz de verlo. La montaña, cuya masa majestuosa había dominado mi atención durante gran parte del día, solo se había esfumado.

Fue la desaparición más pura que presencié: sin duda porque la entidad que de golpe *no estaba allí* era un ser de poder inmutable, una gran ola de tierra cuya insistente elocuencia había estado conversando con mi cuerpo sudoroso durante muchas horas extenuantes. En ese momento, mirando el paso sembrado de rocas, se me ocurrió que ese era el arquetipo más verdadero para mi oficio como mago prestidigitador. Tengo que esforzarme para hacer

que mis monedas plateadas y mis bolas de billar se desvanezcan por completo, tal como esa nube ha hecho con la montaña: transformar un inmenso coloso de roca en un fantasma huidizo, un mero recuerdo. Hasta el día de hoy, cada vez que hago rodar un dólar de plata por mis nudillos y me preparo para hacerlo desaparecer, les hago una pequeña reverencia a la montaña de mi recuerdo y a las nubes del monzón… un aprendiz honrando a sus maestros.

La prestidigitación se basa por completo en la dimensión de la profundidad, ya que es la única dimensión que les da poder a las superficies cercanas para que oculten a otras lejanas, y permite que el dorso de una mano relajada pueda esconder una pelota que está suavemente sujeta en su palma. La misma profundidad que permite a las nubes disolver un cerro también permite que los pliegues colgantes de un pañuelo antes vacío oculten a un conejo paciente sujeto detrás. Sin embargo, la profundidad también puede obrar su magia a plena vista. Mientras paseamos descalzos por una playa, tal vez vislumbremos a poca distancia un neumático usado, medio enterrado en la arena, con sus bandas de rodadura expuestas al sol y a la brisa salina. Pero si nos acercamos más podremos ver que la llanta se metamorfosea de golpe en una foca medio dormida que se despereza y ladra con brusquedad cuando nos acercamos, para luego correr hacia el agua.

Unos meses antes de mi larga travesía por los Himalayas, me encontraba explorando una península salvaje que se adentra en el océano Índico desde la costa sur de Java. Era un día de calor sofocante, sin ninguna brisa que aliviara la pesadez; me había quitado la camiseta empapada de sudor y me la había atado en la cintura. Cuando salí de un bosque hacia una amplia pradera sobre el mar, vi que un viento movía las hojas y mecía las ramas de unos árboles al otro extremo del claro. Agradecido, me dirigí hacia esa arboleda para sentir el aire sobre la piel húmeda. Sin embargo, al acercarme a los árboles, lo que parecía ser un viento doblando las ramas se transformó de repente en una banda de monos que buscaban alimento entre las ramas. No había ninguna brisa, solo un puñado de primates mejor adaptados al calor que yo.

Esas transformaciones perceptuales son endémicas de una realidad que existe solo en la profundidad, una realidad que se nos revela a la vez que mantiene una parte de sí misma en la distancia incierta, un mundo que encontramos solo en la tensión entre lo cercano y lo que está más allá. La dimensión de la profundidad está gobernada por Proteo, el dios que cambia de forma, cuyo dominio sobre la experiencia sensorial nos enseña a permanecer libres, a invitar a la magia, a esperar la metamorfosis. Una tarde, echado boca abajo sobre la hierba con la cabeza apoyada en una mano mientras pasaba las páginas de una novela con la otra, noté vagamente un avión que volaba muy por encima de la periferia de mi visión, pero luego me alarmé cuando el motor se hizo más fuerte y sentí que comenzaba a caer en picada. Cuando giré el torso frenéticamente para mirar, el avión que caía a toda velocidad se transformó de golpe en una mosca verde que caminaba por el cristal derecho de mis anteojos.

Esos cambios de percepción, deslizamientos y correcciones suceden todo el tiempo en nuestra cotidianeidad. Si hoy casi no notamos esas transformaciones –si parece como si hubiésemos perdido el sentido de la magia audaz y metamórfica de la tierra– tal vez sea porque nuestra percepción de la profundidad se ha empobrecido. Después de todo, a lo largo del último medio siglo nuestra relación sensorial con la ambigua profundidad del mundo ha sido en gran medida conquistada por la relación continua que tenemos con *representaciones* planas de ese mundo. Tantos niños han sido criados, día tras día, frente a pantallas planas de televisores, monitores de video y computadoras portátiles… y del mismo modo los adultos pasan sus horas de vigilia enfocados en pantallas digitales. Esa sustitución de la ambigüedad visceral del mundo por representaciones planas es un hábito que comenzó hace siglos, cuando las élites culturales empezaron a devaluar la sabiduría participativa extraída directamente del contacto físico con la tierra viva en favor de un conocimiento extraído indirectamente de las páginas planas de los libros. Importa poco que las cosas escritas en esas páginas estén llenas de matices creativos, o que las pantallas luminosas transporten imágenes de perspectiva bien programada y profundidad simulada… es la superficie lo primero que intercede entre nosotros y esa profundidad. Nuestros sentidos animales ya no están en relación directa con el terreno sensual; nuestro cuerpo musculoso se sienta inmóvil frente a la superficie lisa y brillante que miramos embobados.

Mi laptop tiene incorporado un reproductor de DVD. Y entonces, para variar, miro una película en la computadora. En un momento crucial de la historia, un camión destartalado aparece en el fondo y se estaciona detrás del personaje principal. Pero mis ojos no alteran la profundidad del foco para hacer que ese camión distante se vea más nítido: la cámara que filmó la escena ya hizo ese foco por mí. Mientras dirijo la vista hacia el camión, mis ojos permanecen enfocados a la misma distancia que tenían cuando miraban al personaje principal en primer plano, una distancia que, en realidad, no está a cuatro metros y medio de mí, donde parece estar parado el tipo, sino solo a los setenta y cinco centímetros que separan la pantalla de mi cara. Si el habilidoso camarógrafo hubiese dejado ese camión lejano fuera de foco, mi sistema visual sería incapaz de enfocarlo de todas maneras, por más que tensara los pequeños músculos alrededor de las retinas o cambiara el ángulo en que convergen mis ojos. Habiendo visto ya muchas películas, hace tiempo que mis ojos dejaron de intentar enfocar las imágenes individuales y solo se entregan a la pantalla.

Cuanto más y más tiempo de nuestras vidas pasamos mirando pantallas, ajustando nuestros sentidos a las distancias ficticias que vemos allí, la participación instintiva de nuestros ojos en el mundo cercano y lejano se suspende por períodos cada vez más largos. La capacidad de interactuar activamente con la variedad y la profundidad cambiante de la tierra –cambiar

el foco desde una mata cercana de pasto hasta los cerros distantes y luego fijarlos de nuevo en un pájaro carpintero que picotea un árbol muerto a una distancia intermedia– se desarticula y se disuelve frente a este nuevo trance con un mundo que se despliega a una distancia fija de nuestro rostro.

Si miramos en la televisión un programa sobre la naturaleza –donde se ve quizás a una leona tumbada con sus cachorros bajo la sombra de una acacia– y resulta que nos ponemos de pie y caminamos por la habitación, fijémonos en esto: nuestros movimientos no alteran nada en la pantalla. Por supuesto que la profundidad de la habitación cambia a nuestro alrededor mientras nos movemos –la biblioteca se acerca y luego retrocede cuando pasamos a su lado, el atril se interpone por un momento entre uno y el televisor–; sin embargo, la posición espacial de los cachorros no cambia entre ellos, ni con respecto a la acacia que está detrás de ellos. Porque nosotros y esos leones no habitamos el mismo espacio. No hay profundidad entre esas criaturas y uno porque las miramos desde una posición completamente externa a su mundo.

Claro que tal vez aprendamos mucho sobre leones mirando un programa como ese. Pero la lección primera que aprende nuestro organismo de ese programa es que la naturaleza es algo que se mira, no algo en lo que uno está inmerso y de lo cual forma parte.

A veces las pantallas que captan nuestra atención no tienen ninguna imagen, solo ecuaciones numéricas, listas u oraciones escritas con esmero. Estoy sentado otra vez frente a mi laptop, mirando la gran extensión blanca, tecleando mientras las letras se despliegan sobre la superficie como hormigas. Observar cómo se forman las filas de hormigas es una actividad bastante absorbente, pero cuando alzo la vista para mirar por la ventana no veo el álamo frondoso de invitante profundidad ni siento sus ramas cercanas tocando el vidrio de la ventana. No siento la distancia entre esta cabaña y las colinas gemelas al otro lado del valle, aunque ellas también son visibles a través del cristal. No siento la pesada masa de las colinas ni la relativa ligereza de las nubes que se agolpan sobre ellas. Y es que mis ojos, fascinados con la pantalla, no se enfocan en las ramas bajas ni en las colinas distantes; solo ven unas formas borrosas y algo aplastadas que se yuxtaponen en un único plano y forman, por así decirlo, una especie de telón de fondo para mis cavilaciones. Lo que experimento, en otras palabras, no es ni el álamo ni las nubes, sino simplemente «el paisaje». Solo cuando me tomo un descanso de la escritura y me levanto del escritorio, camino hacia la puerta, la abro y el aire frío me sacude el cerebro librándolo de sus esfuerzos verbales, solo entonces el paisaje empieza a respirar; el ladrido de varios perros abre el panorama visible mientras mis oídos registran el contraste entre su proximidad o distancia, las colinas se elevan una delante de la otra y las ramas cuelgan cerca de mi cabeza, y así mi cuerpo al fin recuerda que está dentro de la vida circular de la tierra.

Cuanto más tiempo pasamos mirando pantallas, tomando nuestros sueños y directivas de las señales y formas que juegan en sus superficies planas, más difícil se vuelve esta transición y más fácil permanecer cómodos dentro de un

universo de imágenes diseñadas con afán de satisfacer nuestras necesidades. Aun cuando nos aventuramos más allá de las paredes de nuestras oficinas o ciudades, a menudo nos encontramos simplemente mirando el paisaje. Acostumbrados a mirar representaciones planas, hemos empezado a considerar el mundo palpable como una especie de representación: ya no un campo infinito de cuya vida ardiente formamos parte, sino un conjunto de hechos determinados dispuestos frente a nosotros, que miramos como espectadores desapegados e imparciales. Ya no observamos las profundidades enigmáticas de un terreno que nos incluye y nos excede; la tierra ahora se ha vuelto algo que mirar.

Hoy en día, por ejemplo, mucha gente educada ha dejado de experimentar la tierra como el suelo irregular que sostiene sus pasos y el fluir del viento que roza sus oídos; para ellos la tierra se ha convertido, antes que nada, en esa esfera azul moteada de nubes que han visto en varias fotos de la NASA, imágenes que fueron reproducidas infinidad de veces y se convirtieron en la base de miles de logos corporativos. Para una gran cantidad de personas, en otras palabras, la tierra ahora equivale a la tierra *vista desde afuera*, a nuestro planeta tal como podría verlo un dios trascendente o un satélite de vigilancia. Esta visión «objetiva» de la tierra condiciona y reemplaza nuestra experiencia inmediata de la tierra mojada de lluvia, esa que nos envuelve y nos baña la camisa cuando vamos de una corrida a revisar el buzón. Hoy pensamos que esas experiencias húmedas y temblorosas son secundarias, meras distorsiones «subjetivas» de una realidad fáctica que ya ha sido mapeada, medida y monitoreada. Puede ser que esté lloviendo, pero mejor lo comprobamos prendiendo el noticiero.

Para nuestra conciencia animal, la tierra permanece ambigua, abierta y siempre propensa (como vimos antes) a metamorfosis inesperadas. Pero esas experiencias viscerales parecen arbitrarias y efímeras comparadas con los «datos» duros que arrojan los instrumentos impersonales que hoy examinan lo real. La mayoría de nosotros, gente moderna, prestamos poca atención a nuestras impresiones directas del mundo. Ya casi no las notamos o directamente traducimos esas sensaciones cualitativas al mundo cuantitativo de los datos y la información, que es el principal objeto de fe de nuestra era.

Lo que sugiero es que se trata de una fe que se sostiene en parte gracias a nuestra relación cada vez mayor con pantallas de todo tipo, a nuestra continua sujeción a representaciones y espectáculos planos. La creencia en una comprensión completamente objetiva de la naturaleza, nuestra aspiración a un conocimiento claro y completo de cómo funciona el mundo, es precisamente la creencia en un mundo plano visto desde arriba, un mundo sin profundidad, una naturaleza de la cual no formamos parte sino que miramos desde afuera, como una mente incorpórea o una persona que mira un modelo hecho por computadora.

Cuando consideramos las cosas desde una posición desencarnada por fuera del mundo que estas habitan, los efectos ambiguos de la profundidad se

disipan: pareciera que nos encontramos con las cosas como son en realidad, desnudas y expuestas a una conciencia que todo lo ve y que, libre de perspectivas limitantes, es capaz de penetrar cada opacidad, de registrar cada aspecto de lo real. Al renunciar a nuestra corporalidad animal –al hacer de cuenta que somos mentes desencarnadas que miran la naturaleza sin estar situadas dentro de ella– ahuyentamos la magia engañosa del mundo. Disipamos sus misterios ocultos y sus transfiguraciones y disolvemos las limitaciones frustrantes que la dimensión de la profundidad le había impuesto a nuestro conocimiento.

Y, sin embargo, eso sigue siendo una simulación. Cada vez que miramos el mundo natural como una serie de objetos, siempre que percibimos el terreno a nuestro alrededor como una serie clara y determinada de datos, no estamos percibiendo realmente el terreno sino una representación –un concepto proyectado– de ese terreno. Podemos *concebir* la realidad terrenal como si no fuésemos parte de ella, pero nunca podemos *percibirla* realmente como tal.

Aunque anhelaba la pura materia de la realidad, Henry Thoreau, como el animal ejemplar que era, sabía bien que el cuerpo vivo, el cuerpo que respira, nunca puede toparse con un objeto del todo determinado y definido, y que por lo tanto nunca nos encontramos de veras con un hecho desnudo: Si uno se enfrenta cara a cara con un hecho, verá resplandecer el sol sobre sus dos superficies, como si se tratara de una cimitarra, y percibirá que su suave filo lo divide a uno por el corazón y la médula, y así concluirá felizmente su carrera mortal.[4]

Sin embargo, nos hemos convencido de que la tierra que nos rodea –algunas veces generosa y abundante, otras feroz e inclemente– es en realidad una serie de puros hechos; nos mantenemos alejados del mundo para poder subyugar su naturaleza salvaje.

La naturaleza mecánica e inmotivada que consideramos bajo el disfraz de una objetividad desafectada ha demostrado ser en extremo útil, es un modelo que ha permitido llevar a cabo las manipulaciones más audaces en nombre del progreso y el adelanto: desde el encauzamiento de los ríos y su transformación en electricidad hasta la minería de genes y su transformación en prestigio y ganancia. Asimismo, hoy en día queda claro que el modelo objetivista de la naturaleza será necesario para la reparación cuidadosa de las muchas heridas globales causadas por este progreso. No saldremos adelante sin él. Y, sin embargo, sigue siendo un modelo, una representación plana de la naturaleza. No es el mundo salvaje en su realidad viva, no es el misterio con el que entramos en contacto a través de nuestra respiración y nuestros cuerpos sangrantes. No es la rama del álamo que ahora se me enreda en el pelo alborotado por el viento, o la bandada de cigüeñas que se arremolinan allá en lo alto, en medio del vuelo migratorio, con el traqueteo de sus graznidos que se filtran por el tumulto del cielo. Libero mi pelo de la rama, mechón a mechón. Cerca de la base del árbol, una piedrita plateada brilla contra el suelo oscuro. No es la piedra, ni es el sol sobre la piedra.

La densidad de estos bosques debe amortiguar el paisaje sonoro: hace rato que no escucho a las aves ni el viento, solo el sonido de mis pisadas que crujen por el sendero de los ciervos. El sol está mucho más bajo que cuando noté que las colinas bailaban frente a mí; ahora estoy en la espesura de las colinas, siguiendo este sendero, apenas visible y cubierto de agujas, entre los pinos y los abetos. Me ha llevado por grandes salientes rocosas y arroyos llenos de piedras donde pierdo el camino y tengo que vagar de un lado al otro del barranco con la esperanza de volver a encontrarlo. Las sombras de la tarde me confunden pues revelan pasajes aparentes debajo del follaje que ni bien me adentro se vuelven caminos sin salida. Solo tras equivocarme una y otra vez llego al fin al ángulo correcto desde el cual puedo divisar el camino, y así mis pies se reúnen al fin con la multitud de pezuñas y patas que han pasado por esta ruta.

Este camino animal, por borroso que sea, me tienta más que la alternativa: seguir por alguno de los barrancos hasta donde se una con un lecho más grande. Los cortes empinados están demasiado abarrotados de raíces y piedras apiladas como para permitir un paso fácil. De modo que sigo cortando camino a través de los barrancos, moviéndome lateralmente por las laderas arboladas, confiando en el sendero. Sé que estoy caminando hacia el oeste, pues el sol brilla y destella a través del dosel que tengo delante, y sus largos rayos caen oblicuos entre los árboles. Troncos delgados y gruesos –retoños y árboles viejos, y también troncos de mediana edad– pasan a mi lado mientras camino, pero a velocidades diferentes. Los que están más cerca del sendero pasan rápido y sus ramas me rozan los hombros o me azotan las piernas, mientras que los que están a unos metros se mueven con menos prisa. Un poco más lejos del sendero están los árboles de paso lento, incluso señorial. Y aún más allá están los árboles grandiosos pero distantes que parecen permanecer a mi lado cuando camino; cada tanto uno de ellos atrae mi mirada, y lo vislumbro una y otra vez entre la síncopa rápida de los troncos cercanos.

Más lejos, a mi izquierda, con su verde oscuro detrás de todas estas verticales que se deslizan, están los árboles de agujas que cubren como un manto la ladera de enfrente. El bosque de esa vertiente parece seguirme el ritmo, mientras que las coníferas cercanas se deslizan a mi lado a velocidades diferentes. Es como si todos los árboles de esa ladera se inclinaran hacia adelante… ¿o es solo el contraste con el bosque cercano que se mueve hacia atrás lo que hace que la cuesta lejana parezca avanzar en dirección opuesta?

¡Pero esperen! ¿Qué estoy diciendo? La verdad es que ninguno de esos árboles se mueve. Soy el único, entre todos estos cuerpos erguidos, que se desplaza sobre el suelo. Sus movimientos aparentes, rápidos y lentos, son meras consecuencias de mi propio movimiento físico, el efecto ilusorio de mi propia actividad en medio de lo que es en realidad una topografía bastante inmóvil y pasiva. «Paralaje de movimiento» es el término técnico para el dinamismo que parece inducir en el paisaje mi propio movimiento, esa

itinerancia aparente de las cosas en relación conmigo mientras me muevo.

Ni bien me pongo a reflexionar sobre ello, la actividad del terreno parece aquietarse. Una cierta vitalidad que percibía en el bosque ahora se ha desvanecido. El dinamismo se retiró del entorno y se concentró en sí mismo, dentro de mi cráneo, donde ahora se agitan todos esos pensamientos (que calculan cómo se ven las colinas y los barrancos para un ojo situado por encima del paisaje y reflexionan sobre cómo esa visión más objetiva se distorsiona cuando se mira el terreno desde una posición particular, dentro de él, moviéndose a esta velocidad precisa). Me pierdo en mis cavilaciones. Mis sentidos corporales se aplacan, la tierra a mi alrededor se ha vuelto un campo pasivo de formas, algunas de ellas muy definidas («abeto de Douglas», «pícea azul»), otras, inciertas e inadvertidas, pasan junto a mi yo pensante. Miro el reloj, preocupado por el coche averiado. Me pregunto cuándo saldré de estos valles boscosos y encontraré el camino hasta la autopista…

Se me pega una telaraña en la cara, viscosa y extraña como el globo del chicle Bazooka que solía inflar hasta hacerlo explotar y que luego tenía que despegarme de las mejillas, fino como un papel. Me quito la telaraña de la nariz y el borde de la gorra, pero antes de volver a ponerme la gorra noto la araña: está tan cerca que tengo que bizquear los ojos para ver con claridad su cuerpo marrón que cuelga de la visera de una única hebra. Suspendida boca abajo con las patas dobladas hacia adentro, la araña se aleja de la gorra por la hebra que se hace cada vez más larga. «Hola, ¿qué tal?», digo, optimista, levantando la gorra para que la araña cuelgue otra vez a la altura de mis ojos, pero ella sigue bajando y alejándose, montada en la punta de la hebra. Llevo la gorra hasta un encinillo cercano y traspaso la punta de la hebra a una hoja alta. Las venas de esas hojas se articulan claras y nítidas ante mi mirada, al igual que los nódulos minúsculos en el borde de la rama, donde ya se preparan los brotes del año próximo. Al captar mi mirada por unos instantes, la araña ha llevado mis sentidos a otra escala de la experiencia. Otra escala que se abre sin fin. En un arbusto cercano las hojas son diferentes, de lóbulos más redondeados; aquí hay varias ramas cuyas puntas se han quebrado, o más bien –viendo los bordes dentados– han sido masticadas. Ciervos, supongo, que pasaron a comienzos del verano cuando los brotes todavía estaban verdes. Miro hacia el suelo apartando las agujas caídas para buscar algunas deposiciones secas, pero no encuentro nada… solo una fila de hormigas negras que se desordenan por un instante como consecuencia de mi movimiento. Con las antenas paradas e inquisitivas, tres hormigas se esfuerzan para volver a encontrar el rastro. Y lo consiguen de inmediato; dos de ellas se chocan y se frotan las antenas brevemente antes de unirse otra vez a la fila.

Yo continúo por mi camino, no voy siguiendo un olor sino una vaga ausencia de obstáculos; a esta altura el camino es más una corazonada visual que un pasaje claro, aunque se vuelve más obvio a medida que avanzo y mis sentidos se sintonizan con el sendero. Enseguida mi atención periférica se encarga de mantenerme encaminado y mi mirada se abre hasta tocar las

sombras punzantes, el cielo sobre las ramas como balcones y la ladera a mi izquierda, que reluce entre los troncos. Esa pendiente cercana, que ahora es más empinada, vuelve a inclinarse hacia adelante y me acompaña, mientras que aquí y allá los troncos se mueven hacia atrás en sus respectivos andares, los más lejanos van más lento y los más cercanos, más deprisa, los más cercanos me agarran el abrigo al pasar y entonces me doy cuenta de que todo este movimiento no es una ilusión: es el modo en que vive el mundo, el modo en que el mundo se muestra a sí mismo… pues ¡NO HAY vista desde el exterior! El dinamismo estratificado de todas esas trayectorias ha superado un umbral en mi ser; mis pensamientos se disuelven en mi cuerpo vivo y despierto bajo esta forma caminante, carne sensible inmersa en lo sensorial.

Las fosas nasales se dilatan y siento mi solidez y mi gracia animal mientras bajo a zancadas por el sendero.

El modo en que todos los otros cuerpos –árboles, arbustos, laderas– cambian su relación mutua cuando yo paso caminando me *obliga* a incluirme de verdad en el paisaje; cuando percibo y presto atención a sus transformaciones me veo forzado a descubrir que estoy realmente dentro del mundo físico. Las cuestas y los ángulos de alineación cambiantes –los muchos corredores bordeados de árboles que parecen abrirse a mi alrededor mientras me muevo– convergen y se cruzan aquí, en mí, esta criatura animada que deambula por el bosque. Hay de veras un mundo enorme que funciona de modo independiente de mí, y aun así estoy dentro de él, ¡vivo en sus pliegues!

Por encima de mi cabeza, las ramas superiores se empujan y se doblan en ráfagas que aquí abajo no alcanzo a percibir, mientras la masa enorme de las colinas se mueve a mi alrededor y yo siento entre ellas mi propia pequeñez. Pero aun siendo minúsculo, percibo también mi propia agencia, mi propia autonomía dentro de este mundo tremendamente real. Estoy inserto en este mundo, sí… pero no estoy atado, no estoy preso. Siento una nueva libertad, una soltura, una apertura de carácter improvisatorio entre mi ser y los seres que me rodean. Como si solo disolviendo la distancia entre mi mente y mi cuerpo pudiera experimentarse esa otra distancia, más intensa: el espacio que me separa de una roca lejana o la tensión entre mi mano y la cicatriz negra que dejó un relámpago sobre la corteza de un pino ponderosa. Hay un dinamismo en esas distancias, un magnetismo palpable entre mi torso y la pendiente pronunciada de más allá; una seducción que es posible gracias a la distancia entre las cosas. La profundidad no es una relación determinada entre objetos inertes dispuestos dentro de un espacio estático sino una tensión dinámica entre los cuerpos, entre seres que se atraen y se repelen a lo largo de una extensión que nunca puede mapearse por completo, a lo largo de un espacio que fluctúa según el humor que recorre nuestras extremidades o las del bosque, según el zumbido del viento que pasa a través de las agujas de los pinos o la manera en que el sol vierte su calor sobre el suelo.

O en este mismo instante: el modo en que el sol se desliza detrás de los árboles que tengo enfrente, sumiendo estos bosques en una ola más espesa de

sombra ahora que sus rayos ya no se filtran como oro blanco por el techo espinoso. Se altera suavemente el humor de este lugar. A mi derecha chilla una ardilla rojiza, afligida por algo. Tal vez por mí. También se mueven por el bosque varios animales que durante el día no se sienten tan cómodos. No puedo verlos, pero hay una nueva vigilia en el bosque que chispea en la superficie de mi piel.

A medida que se desvanece el staccato de la ardilla, queda un chillido agudo que llega a mis oídos desde las copas de los árboles. ¿Pájaros trepadores? No estoy seguro, el sonido que crece y se apaga es tan efímero… Por entre los troncos, frente a mí, destella un brillo como de joyas y luego desaparece, y otra vez vuelve a brillar el sol, esta vez más firme: el bosque está raleando. O, mejor dicho, estoy llegando a uno de sus bordes. Cuando los últimos árboles se abren a mis costados, entro en un prado de matas de pasto y grandes franjas de roca estéril. Aquí la brisa es más fuerte y sube colina arriba desde el suroeste; el sol bajo me pega en la cara. Pero es el cielo abierto lo que me hace detener el paso, ese océano de azul que se choca contra las rocas y los pastos y también contra mis hombros, me levanta por encima de las copas de los pinos, me hace volar y rodar en su enorme extensión y luego me deposita aquí, en el sitio en el que estoy parado, casi flotando, mirando hacia arriba.

El cielo no está tan despejado como cuando entré en el sendero, hace dos o tres horas. Algunas nubes se ciernen sobre mi cabeza con sus bordes occidentales iluminados, otras interrumpen el azul del cielo hacia el sur. Mientras miro su lenta transformación en el silencio de las últimas horas de la tarde, sintiendo el flujo y el balanceo de esos seres porosos como el aliento, hechos de niebla y luz amarilla, me doy cuenta del error que supone creer que vivimos *sobre* la tierra. La roca de piel áspera que está debajo de mis pies es la tierra, sí, pero ¿qué hay de esas nubes y el mar invisible en el que flotan a la deriva? ¿No son ellos también parte de la tierra? Y si lo son, ¿no sería más verdadero decir que vivimos *dentro* de la tierra y no *sobre* ella?

La afirmación de que vivimos «sobre la superficie de la tierra» implica que las nubes de allá arriba no son poderes terrenales, que la profundidad invisible en la que nadan es un vacío, un vacío continuo con el espacio que está entre los planetas. Si vivimos «sobre la tierra», entonces esas nubes no son más que una parte de los restos flotantes del espacio, unidas solo de forma muy débil con la superficie que pisamos. Sin embargo, eso no parece ser del todo correcto. Hemos oído decir que este planeta gira como loco sobre su eje. En esta latitud, la superficie del planeta gira a toda velocidad a aproximadamente 1300 km por hora. Sabemos que esa rotación explica el curso aparente del sol en el cielo y el recorrido nocturno de las estrellas a través de la oscuridad. Claro que, parado aquí, sobre la tierra que gira, es difícil creer que estoy pasando junto al sol con esa rapidez, y por la noche, ni el sol ni las estrellas parecen moverse a una velocidad tan temeraria. Sin embargo, esa tarde, mientras atravesaba el bosque, vi que los árboles más lejanos se movían mucho más despacio que los que estaban cerca del camino, así que tiene mucho

sentido para mí que el sol y las estrellas, que están tan lejos de esta tierra, parezcan moverse sin prisa por los cielos. Pero las nubes están justo ahí, sobre mi cabeza, mucho más cerca que el sol o las demás estrellas, solo un poco más arriba que la cadena montañosa. Al igual que los arbustos y los árboles cercanos que pasaban a toda velocidad y me azotaban las piernas mientras caminaba, debería ver que esas nubes se precipitan hacia el oeste a medida que la superficie de la tierra gira hacia el este a velocidad vertiginosa. Y eso es lo extraño: ¡esas nubes enormes casi no se mueven! Es más, su deriva holgazana no es hacia el oeste sino hacia el noreste, lo cual desbarata toda noción de paralaje y confunde todo lo que observé hoy acerca del modo en que se mueve el mundo en relación conmigo cuando camino. Si la superficie de la tierra realmente se mueve hacia el este, entonces debería ver que esas nubes se precipitan imprudentes hacia el oeste…

A menos, claro, que las nubes sean *parte* de la tierra que gira, en cuyo caso no estoy parado sobre la *superficie* del mundo sino sumergido en una capa transparente de este planeta, un estrato invisible de la tierra que se extiende mucho más allá de las nubes. A no ser que la sustancia que cabalga sobre las cuestas, acariciando las agujas de los pinos y frotando las ramas entre sí –ese elemento palpable pero inasible que se arremolina entre mis piernas y entra y sale de mis fosas nasales, el medio fluido en el que flotan las nubes y de cuya liviandad forman parte, que condensan y cristalizan– no sea un continuo con el espacio que alberga el sol y las estrellas sino un elemento de esta tierra, una sustancia amniótica totalmente propia de este lugar.

De hecho, lo es. El aire no es un rejunte aleatorio de gases atraído hacia la tierra por la gravedad del planeta sino un elixir generado por los suelos, los océanos y los incontables organismos que habitan este mundo; cada criatura intercambia ciertos ingredientes por otros al inhalar y exhalar, al beber con sus hojas la luz del sol o al filtrar el agua con sus branquias; todos contribuimos a la composición de esa infusión fantasmagórica, la hacemos circular sin pausa entre nosotros, nos nutrimos de su magia y nos generamos con su sustancia. Es tan endémica de la tierra como la arenisca que pisan mis botas. Tal vez deberíamos añadirle algunas letras al nombre de nuestro planeta: llamarlo *Tierraire* para recordarnos que el «aire» es parte integral de la tierraire, y el sujeto, el yo, está completamente inmerso en ese elemento fluido.

Las nubes de bordes dorados allá en lo alto no se precipitan hacia el oeste con la rotación del planeta que está debajo porque ellas mismas forman parte de la Tierraire rodante. Criaturas del aire envolvente, de una capa invisible pero aun así material de este planeta, las nubes acompañan a la Tierraire mientras gira, y sus cuerpos cambiantes se mueven de un lado al otro con los vientos. Y nosotros, que absorbemos y caminamos por ese mismo aire, no vivimos *sobre* la tierraire sino *en* ella. Estamos envueltos en ella, atravesados, carnalmente inmersos en las profundidades de este planeta viviente.

4 Henry David Thoreau, *Walden,* Nueva York, Longmans, Green and Co., 1910, p. 82.

Mente

(Conocimiento II: la ecología de la conciencia)

En el siglo XVII, como es bien sabido, cierto filósofo francés dividió conceptualmente el mundo en dos sustancias diferentes: la materia (*res extensa* o «sustancia extensa») y la mente (*res cogitans* o «sustancia pensante»). La materia, tal como la describió René Descartes, tenía extensión en el espacio, era determinada y mecánica; la mente, por el contrario, no tenía presencia espacial alguna: era puro pensamiento y estaba libre de toda restricción y limitación física. Mientras que los animales, las plantas y la naturaleza en su conjunto estaban compuestos exclusivamente de materia mecánica y Dios era solo mente, según Descartes, solo los humanos eran una mezcla de las dos sustancias. El cuerpo humano, al igual que los otros cuerpos animales, tenía una configuración completamente mecánica y la mente inmaterial interactuaba de algún modo con ese cuerpo físico desde su ubicación dentro del cerebro humano.

El firme dualismo filosófico de Descartes formalizó de manera clara una escisión entre los dominios mental y material que había estado implícita durante mucho tiempo en el pensamiento europeo. En los siglos siguientes, muchos teóricos intentaron reconciliar esos dos reinos en apariencia opuestos. En particular en los últimos cien años, varios científicos y filósofos de la naturaleza han intentado volver a analizar la conciencia en términos puramente materiales, especulando que la mente podría ser un producto del cerebro físico, o incluso ser idéntica al cerebro material. La más sutil de esas teorías sugería que la mente tal vez debería ser entendida no tanto como una sustancia sino como un proceso material, como la actividad dinámica del cerebro físico. En efecto, a medida que la organización del sistema nervioso se iba revelando poco a poco a lo largo del siglo XX, muchos científicos empezaron a preguntarse si sus pensamientos no eran más que la experiencia provocada por la actividad neural y neuroquímica que tenía lugar dentro de sus cabezas.

Algunos de esos investigadores sospecharon que al fin habían logrado superar varios siglos de dualismo innecesario solo eliminando la noción de inteligencia inmaterial o alma. Sin embargo, esa nueva identificación de la mente con las dinámicas del cerebro físico muy pronto derivó en otro dualismo, más subrepticio, que se propagó por la cultura secular de Occidente. Era el dualismo entre el cerebro –considerado ahora como el órgano mismo de la conciencia– y el resto del cuerpo humano. Ya no se trataba de una oposición entre una conciencia inmaterial y un cuerpo material; la nueva oposición, más sutil, era entre el cerebro consciente, concebido como una masa mágica de materia viva, y un cuerpo físico concebido todavía en términos absolutamente mecánicos y determinísticos.

En última instancia, la dicotomía tácita entre el cuerpo mecánico y el cerebro sentiente no era menos problemática que aquella entre el espíritu y la carne; seguía dejándonos incapaces de explicar la interpenetración entre esos dos tipos tan diferentes de materia. Tal dicotomía tampoco estaba justificada por la evidencia. Es difícil que el cerebro pueda ser considerado un órgano autónomo separado del cuerpo, pues el sistema nervioso central es plenamente integral al funcionamiento del cuerpo entero. Es difícil, si no imposible, concebir cómo podría haber surgido un cerebro consciente más que como atributo de un organismo muscular y sensorial, cómo un cerebro podría evolucionar de modo independiente de un cuerpo vivo que se abre paso en la biósfera.

Tampoco puede entenderse un cuerpo vivo solo en términos mecánicos. Muchas de nuestras acciones corporales inconscientes exhiben una creatividad que no puede explicarse en base a una fisiología estrictamente mecánica. El modo en que los músculos de nuestras piernas se adaptan al contorno cambiante de una ladera montañosa durante el descenso, por ejemplo, sin que los pensamientos estén al tanto del proceso. O el modo en que mi mano interrumpe por un momento su tecleo y navega deprisa la distancia entre el teclado y un paquete que está en la repisa detrás de mí para llevar un chip de maíz crocante a mi boca antes de que mi yo consciente se percate de la acción… Esas relaciones irreflexivas pero de una armonía notable entre nuestras extremidades y el espacio que las rodea sugieren que incluso las acciones más «automáticas» del cuerpo a veces involucran una inteligencia que tiene que ver con la improvisación y que desafía cualquier distinción clara entre el cerebro consciente y una fisiología inconsciente o mecánica.

Impulsados por un interés cada vez mayor en tales contradicciones, en las últimas décadas del siglo xx, un grupo diverso de teóricos empezó a llamar la atención sobre la profunda importancia del cuerpo en la constitución de la mente. Un pequeño pero influyente conjunto de investigadores de diversas disciplinas empezó a reunir evidencia para demostrar que la experiencia mental no dependía solo del funcionamiento del cerebro sino de todo el organismo animado: que la mente no es tanto un atributo del cerebro sino del cuerpo vivo como un todo, del cual el cerebro no es más que un componente necesario.

En el campo de las humanidades, algunos de los teóricos principales se inspiraron en el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty, quien en sus escritos de mediados de siglo había analizado con asombrosa lucidez la influencia del cuerpo incluso sobre nuestras cogniciones más enrarecidas. Otras investigadoras se inspiraron en la profundización del movimiento feminista y su incisiva crítica a los modos patriarcales de pensamiento: cuestionaron el privilegio que se otorgaba a los estilos de reflexión abstractos y separados del cuerpo, y empezaron a revelar la inteligencia oculta y menospreciada del cuerpo humano, atribuyendo un nuevo valor a las formas de conocimiento basadas en él. Mientras tanto, en las ciencias empezaron a surgir

investigaciones afines a partir de estudios diversos y divergentes. El biólogo Francisco Varela y sus colegas utilizaron sus experimentos para mostrar que la experiencia perceptual está totalmente condicionada por la organización activa y continua del cuerpo como un todo. Científicos cognitivos como George Lakoff y Mark Johnson rastrearon el desarrollo de las categorías y conceptos mentales hasta sus orígenes en las experiencias corporales más básicas y subestimadas. En el campo de la medicina, el neurofisiólogo Antonio Damasio demostró la profunda dependencia que tiene el pensamiento racional respecto de las emociones y sentimientos más inmediatos del cuerpo humano. Según Damasio, la mente, en su aspecto más básico, no es más que la experiencia de las perturbaciones que suceden en la superficie de contacto entre el cuerpo y el mundo.[5]

Podrían mencionarse muchos otros teóricos. Desde luego que los diversos propulsores de este giro reciente hacia la corporalidad muchas veces les han parecido radicales, incluso iconoclastas, a los investigadores más convencionales de su entorno. Pero en muchos sentidos sus afirmaciones no hicieron más que resucitar un enfoque centenario y olvidado del problema de la mente y el cuerpo: el enfoque desarrollado en el siglo XVII por un joven pulidor de lentes y filósofo llamado Baruch Spinoza.

Nacido en 1632, Spinoza creció en la gran comunidad judía sefaradí de la Ámsterdam del siglo XVII. La comunidad estaba conformada en su mayoría por marranos, judíos ibéricos que habían sido obligados a convertirse al cristianismo durante la Inquisición pero que habían continuado la práctica de su fe en secreto. Muchos marranos habían escapado poco antes de Portugal hacia Ámsterdam, que en ese entonces era la ciudad más tolerante de Europa en materia religiosa. En su adolescencia, cuando ya era un joven brillante que estudiaba las escrituras judías, Spinoza comenzó a cuestionar las creencias recibidas de los rabinos y de otros sabios de la comunidad. Cuando dio con los escritos filosóficos de su contemporáneo, Descartes, Spinoza quedó cautivado por la forma cuidadosamente razonada de la argumentación del pensador francés. A pesar de que la claridad del análisis lo impresionó, Spinoza se sintió consternado por ciertas inconsistencias en las conclusiones de Descartes. Pronto comenzó a adaptar el estilo racional de Descartes a sus propios propósitos, más sutiles.

Spinoza desafió la antigua segregación filosófica entre sustancia mental y sustancia material arguyendo que la mente y la materia no eran dos sustancias separadas sino dos atributos o aspectos diferentes de la misma y única sustancia a la que llamó *Deus, sive Natura*: «Dios o Naturaleza». Esa sustancia unitaria podía aparecer tanto como materia o como mente, dependiendo del punto de vista desde el cual se la mirara. Del mismo modo, según Spinoza, el poder vasto y creador que sus contemporáneos llamaban «Dios» no era más que el dinamismo y la inteligencia creativos de la Naturaleza misma, de modo

que la mente humana era una sensibilidad y una sentiencia específica de esa parte de la naturaleza que reconocemos como cuerpo humano. Para Spinoza, *cada* cuerpo o cosa material tenía su aspecto mental: todo poseía un alma. El cuerpo humano era el aspecto externo y material de la mente humana, y la mente no era más que la experiencia interna y sensorial del cuerpo: «el alma y el cuerpo son una sola y misma cosa».[6]

Fueron esas afirmaciones heréticas, articuladas en numerosas conversaciones con sus contemporáneos, las que le valieron a Spinoza, a sus veinticuatro años, el castigo más duro posible por parte de los ancianos de la floreciente sinagoga de Ámsterdam: fue excomulgado, maldecido formalmente y expulsado de la comunidad judía. Spinoza aceptó el exilio sin la más mínima objeción, señalando solo que lo dejaba en libertad para dedicarse a sus investigaciones sin distracciones. Spinoza, que era a la vez muy racional y profundamente espiritual, poseía una notable capacidad de empatizar con la vida emocional de los otros. Su identificación radical de Dios con la naturaleza (y su insistencia en la separación necesaria entre iglesia y Estado, muy original para su época) le valió numerosos escarnios a lo ancho de la Europa cristiana, razón por la cual muy pocas de sus obras fueron publicadas en vida. Sin embargo, era tal la originalidad de sus ideas que muchos de los teóricos más innovadores de nuestra era reconocen a Spinoza como su antepasado y su inspiración.

Pero hay un aspecto importante en el cual Spinoza sigue estando incluso más adelantado que los investigadores que hoy en día reconocen como propias sus ideas herejes. Muchos de los que hoy afirman la centralidad del cuerpo para cualquier intento de comprensión de la mente –los que sostienen que el *locus* real de la conciencia es en realidad el cuerpo en su totalidad y no el cerebro aislado– siguen atrapados en los confines de una suposición innecesaria. Es una suposición que perdura como la herencia más profunda de la tradición cartesiana: la suposición de que la conciencia, o la mente, es una posesión especial de nuestra especie, una propiedad que aísla a la humanidad del resto de la naturaleza material.

Después de todo, la principal dicotomía en la filosofía de Descartes no era la división entre mente y cuerpo, sino más bien la división entre la mente y *la totalidad del mundo material*. Fue esa profunda bifurcación entre mente y materia lo que aseguró el rápido ascenso de la visión cartesiana del mundo y su éxito de larga data en Occidente. Al concebirse como algo separado de la naturaleza palpable, la mente racional de la Ilustración se facultó para perseguir su sueño vertiginoso de comprender y dominar todos los aspectos del cosmos material. En otras palabras, la separación cartesiana entre mente y cuerpo no fue sino un medio para un fin más grande: autorizó a la mente moderna a reflexionar sobre el mundo material como si ella no fuese parte de ese mundo, a mirar la naturaleza desde una posición desapegada, imparcial, aparentemente fuera de ella.

Pero hoy en día, cuando la antigua distinción entre nuestra mente y

nuestro cuerpo se está desintegrando a la luz de investigaciones provenientes de un amplio rango de disciplinas, podemos preguntarnos si esta otra segregación, más profunda –entre mente y materialidad, o entre sentiencia y cosmos sensorial–, no está también empezando a desmoronarse.

Muy pocos de los participantes del actual «giro hacia el cuerpo» parecen notar las implicancias mayores y más revolucionarias de su obra. Si bien afirman que el cuerpo entero es parte integral de la mente, no cabe duda (suponen) de que solo el cuerpo *humano* tiene este privilegio, y no el cuerpo de un alce o una alameda, o la densa carne de la tierra misma. ¡Claro que el cuerpo torrentoso de un río o el fluir de la brisa no tienen participación real en la inteligencia!

Es en este punto donde su tibieza contrasta con la audacia visionaria de Spinoza. Solo él supo ver que la mente humana nunca podría reconciliarse con el mundo a menos que se reconociera la inteligencia como un atributo de la naturaleza en su totalidad. Para Spinoza, cada fenómeno sensible tenía su aspecto mental; cada cuerpo tangible dentro del mundo material era también una idea dentro de la inteligencia inmensa y abarcadora que hacia adentro era reconocida (por algunos) como Dios, y hacia afuera (por todos) como naturaleza.

A pesar de su metodología obsoleta, cargada de términos geométricos (con definiciones, axiomas, proposiciones y corolarios numerados), el corazón de las intuiciones de Spinoza sigue siendo profético. Una vez que reconocemos que nuestra conciencia es inseparable –incluso, en cierto sentido, indistinguible– de nuestra fisiología material, ¿podemos seguir afirmando que la mente es ajena al resto de la naturaleza material? Consideremos hasta qué punto nuestro cuerpo sentiente está involucrado con la multitud de criaturas y fuerzas elementales que nos rodean. Pensemos hasta qué punto nuestro organismo depende de esas otras vidas: cómo nuestra carne obtiene alimento y sustento de las hojas o frutas que ingerimos, de los otros animales cuyos músculos o leche consumimos o cuyos preciados huevos usamos para dar forma a nuestros pasteles de chocolate. Y consideremos, también, cómo nuestra vida sustenta a su vez a otras. Pensemos cómo nuestra respiración es absorbida por la química verde de los pastos y las coníferas susurrantes, y cómo sus exhalaciones se suman a los vientos arremolinados que nos rodean, de los cuales deben beber una y otra vez nuestros pulmones para que se enciendan los gestos y el fluir del pensamiento. Notemos el placer que encuentran las puntas de los dedos en ciertas piedras pulidas por las olas, la emoción vertiginosa que la palma abierta que emerge de la ventanilla del coche obtiene con la ráfaga de viento que la golpea. Notemos el modo en que los oídos se vacían al percibir el canto de un zorzal en el bosque o la manera en que los ojos se sienten atraídos, como abejas, hacia el interior celeste de ciertas flores. El cuerpo humano no es un objeto cerrado o estático sino una entidad inacabada, interconectada con los suelos, las aguas y los vientos que lo atraviesan: una criatura salvaje cuya vida depende de la multiplicidad de vidas

que la rodean y las mareas cambiantes que la recorren.

Claro que los intercambios que mantenemos con otros de nuestra propia especie influyen enormemente en nuestra conciencia. Desde luego. Sin embargo, la astucia única de la criatura humana –la gracia torpe de nuestros gestos y a veces de nuestros pensamientos– también ha sido moldeada por nuestra relación con la miríada de los demás poderes terrenales, tanto familiares como aterradores, con los que hemos coevolucionado. A lo largo de los eones desconocidos en los que se desarrolló nuestra especie, fueron esos entornos oscuros, peligrosos y plagados de voces los que necesariamente despertaron la curiosidad y el deseo de nuestro cuerpo, planteando enigmas perturbadores para nuestros sentidos, obligando a la criatura humana a detenerse, a pensar y, en última instancia, a reflexionar. De modo que es engañoso que hoy los científicos cognitivos se centren solo en el cuerpo humano aislado de esa matriz mayor, como si nuestra capacidad para la reflexión consciente hubiese nacido solo de la interacción con nosotros mismos más que con el mundo.

Los audaces investigadores de hoy todavía no han notado que el cuerpo humano en sí mismo no es más autónomo –ni más consciente– que un cerebro aislado. La sentiencia no es un atributo de un cuerpo en soledad: emerge del encuentro continuo entre nuestra carne y el bosque de ritmos en los que esta se encuentra, nace de la interacción y la tensión entre el hambre voraz del mundo y la nuestra. El impulso hacia el pensamiento surge del espacio entre nuestra sed y el inesperado cauce seco de un arroyo, cuando nuestra curiosidad se consuma en el magnetismo que hay entre la lengua y un seto espinoso cargado de moras. La conciencia humana no podría existir sin un cuerpo humano, es cierto, pero mucho menos podría existir en ausencia de suelo, hojas y cauces de agua. La mente surge y mora entre el cuerpo y la Tierra, y por ende es un atributo tanto de este mundo frondoso como de nuestra propia especie arrogante.

Mis primeros dos años en la universidad me dejaron atrapado entre palabras, fragmentos de texto y enredos argumentales que fascinaron a mis pensamientos pero asfixiaron mi habilidad para sentir el mundo de modos menos verbales. Después del segundo año dejé y pasé el siguiente deambulando como mago callejero por ciudades de la vieja Europa, empapándome del gangueo y el murmullo de otras lenguas, dejando que esos modos extraños de hablar me aflojaran los gestos y sacudieran mis percepciones. ¡Qué grande me empezaba a parecer el mundo! Al regresar a la universidad volví a sentirme oprimido por una trama muy apretada de textos y taxonomías, y me encontré añorando salir una vez más de las palabras para alcanzar el estado salvaje de las cosas. Ese año, cuando terminaron las clases, me paré en una autopista de Nueva Inglaterra con el pulgar levantado y conseguí una serie de aventones hacia el oeste, a lo largo del continente.

Cuando las crestas nevadas de las Montañas Rocosas se elevaron en el horizonte, las observé con feliz asombro y me bajé del último camión, le agradecí al conductor y me dirigí hacia un pueblo en el que empecé a hacer magia en bares locales por la propina. Luego de dos semanas había ganado lo suficiente como para comprarme una carpa decente y una bolsa de dormir; me colgué la mochila y caminé hacia las montañas.

De joven había acampado muchas veces con amigos y familia, pero nunca había armado una carpa solo en una zona rural. A medida que mis piernas me llevaban, pasando el último poste de teléfono, hacia la espesura del bosque, conforme las sombras se hacían más profundas y el mundo exclusivo de los humanos desaparecía detrás de mí, un gran recuerdo hizo temblar mis músculos, como si un alma largamente enterrada estuviese saliendo a la superficie. Por fin mi vida real de criatura olía esos aromas húmedos y oía los pinos que se frotaban unos con otros. Durante los días y noches que siguieron, mientras acampaba debajo de los altos pasos en campos nevados iluminados por la luna o caminaba entre prados tachonados de rocas y articulados con arroyos borboteantes, me hallé deslizándome entre una amplia gama de sentimientos y estados de ánimo, siguiendo pensamientos que serpenteaban y alimentaban otros descubrimientos e ideas… aunque muy pocos de esos pensamientos se materializaban en palabras. Pensaba, sí, pero en formas y ritmos cambiantes y vectores de colores tenues, pensaba con los sentidos, llegaba a través de las sensaciones a conocimientos y saberes cuya forma se parecía más a sentimientos que florecían en mi estómago que a declaraciones pronunciadas en el cráneo. Se había roto una especie de hechizo: la madeja de palabras, endurecida por la educación, se había ablandado, se había suavizado, me había dejado infiltrarme y dejarla atrás como había dejado atrás la red eléctrica en el borde de esa tierra salvaje. Y allí estaba, solo con mi respiración, mientras a mi alrededor crujían los bosques y los escarabajos turquesas trepaban por las briznas de hierba y las lechuzas se agazapaban y esperaban el anochecer.

Fue allí, en esa soledad, donde noté por primera vez cómo las sutiles alteraciones del paisaje influenciaban y guiaban el rumbo de mis pensamientos. Caminar por el bosque mantenía juntos a mis pensamientos, formando complejos patrones, mientras que las amplias praderas me abrían las reflexiones en vistas anchas de sentimiento, me brindaban ideas sobre el arco extenso de mi vida y el desarrollo del mundo. Cuando el sol naciente trepaba por los cerros, podía ver cómo su luz rodaba hacia mí por el campo y encendía los pastos y las florcitas silvestres desperdigadas; el aire se cargaba con su calor a medida que se acercaba y al fin estallaba también sobre mí, hacía relucir mis superficies desnudas y me envolvía en la sonrisa de la mañana que se desplegaba sobre el valle rocoso, y yo podía sentir cómo los pétalos de mi cerebro se abrían poco a poco para recibir ese calor. La luz del sol era un estado de ánimo que coloreaba todos mis pensamientos mientras caminaba, aunque si no había nubes que cortaran el calor notaba que, a media tarde, mis

reflexiones se fundían entre sí. Entonces se filtraba por mis músculos una especie de sopor que borroneaba los bordes de mis pensamientos y una lógica de ensueño empezaba a infectar las ideas que una hora antes habían sido perfectamente precisas.

Aquí, los modos de la mente parecían ser mucho más variados y misteriosos de lo que jamás había notado. Empezaba a vislumbrar un complejo conjunto de imágenes para la misma mente, patrones visibles de procesos mentales mucho más adecuados que las categorías neurológicas y descripciones mecánicas con las que me habían inundado en las clases de psicología. Aquí, a mi alrededor, había todo un campo de metáforas texturadas sumamente precisas para la vida dinámica de la psique.

Siempre me había sorprendido el modo en que ciertos pensamientos pueden surgir de manera espontánea, entrar en la conciencia y llamar nuestra atención; ahora notaba lo mucho que esos pensamientos se parecen a las aves que se meten en el campo de visión: algunas aletean por el cielo de camino a otra parte, otras vuelan en espiral y en círculos tratando de divisar a su presa, otras descienden en picada para posarse en una rama cercana y observar la escena. También hay pensamientos alados que están del todo ocultos entre los árboles; aunque oigo sus cantos a intervalos regulares, casi no los noto, y los percibo solo como una vaga perturbación en los matorrales.

Otras nociones se mueven más que nada por debajo de mi conciencia, como corrientes subterráneas que salen a la superficie aquí y allá entre las matas de hierba, corrientes silenciosas de pensamiento que cada tanto encuentran su camino hacia la visibilidad y luego vuelven a sumergirse en las profundidades rocosas y liberan mi foco para vagar por otros lugares. Pero esas aguas ocultas siguen fluyendo, alimentando el suelo debajo de los pies.

Muchos conocimientos que damos por sentados están enraizados y firmemente sujetos en la mente, como los abetos y las píceas de Engelmann que se intercalan en los bordes de la pradera o los álamos temblones que se agrupan en bosquecillos; necesito la fuerza resistente de esos poderes para apoyarme o trepar, o a la hora de estructurar ciertos argumentos o afirmaciones públicas. Incontables ideas, simples, pequeñas y obvias, se reponen a sí mismas sin pausa, como las innumerables briznas de pasto que brotan de la tierra; entre ellas yace una miríada de conocimientos viejos y cimentados, rotos y desparramados, con superficies brillantes de feldespato y cuarzo.

También hay un pulso estival en mi conciencia: un latido interno inseparable, ahora que lo noto, del canto de los grillos.

Aquí, en este valle alto suspendido en medio del azul, la mente parece una cosa vasta, abierta y calma. Los pensamientos que suben a la vista, los saberes cimentados, las flores brillantes de la sensación, todo está aquí, en un equilibrio envolvente, permeado por un silencio que se hincha y respira con los ciclos de la luz.

Cuando la tarde cae y las sombras se alargan entre los árboles, la cara

escarpada del cerro en el borde sureste del valle empieza a brillar con una luz rojiza y se vuelven visibles diferentes estratos en la piedra, capas que se inclinan suaves hacia arriba, hacia el cielo del sur, hasta un punto en que los estratos dan un vuelco y se doblan hacia arriba y hacia abajo, un gran pliegue en la larga historia de este cerro gigante. ¿De qué evento es esa huella? No sé si ese doblez visible de las capas indica un cataclismo repentino o una lenta y prolongada presión. Solo sé que la cara de la roca les habla a mis sentidos de manera vívida, atestiguando una profundidad inconmensurable de tiempo, una densidad de la experiencia atravesada por la materia misma en eras remotas, una densidad que hoy subyace y silenciosamente sostiene nuestra vida breve en este momento abierto. Esas capas dobladas también hablan de una maleabilidad sorprendente, incluso en las acumulaciones más estables de la experiencia pasada. Es como si el pasado solidificado de un continente, o la estructura asentada de una persona particular, todavía pudieran ser dados vuelta y remodelados por fuerzas enormes e implacables que se imponen de golpe desde fuera de cualquier marco de referencia conocido.

Del mismo modo que (en un sentido menos poderoso) una nube oscura se desliza de repente dentro de nuestro campo de visión desde detrás de la alta escarpadura en el perímetro occidental de este cuenco. Hace solo unos momentos, el borde de la nube parecía un cúmulo inocente flotando en el borde de un azul ininterrumpido, pero ahora esa misma nube va tragando deprisa lo poco que queda del cielo abierto. Todo montañista ha aprendido esta lección de sigilo de las alturas: la manera en que las nubes pueden agruparse estando ocultas a la vista, aglomerarse en secreto detrás de una cordillera alta que delimita engañosamente un cielo despejado. Entonces, de golpe, una mortaja plomiza se hace visible en lo alto y desata una cuchillada de relámpagos sobre los precipicios rocosos antes de abrirse y mojarnos los miembros, y nos inclinamos sobre la mochila abierta buscando desesperados en sus profundidades el impermeable que guardamos, como unos tontos, bien en el fondo.

Pero esta vez no me quito la mochila; me quedo inmóvil, inhalando la sombra que se oscurece, ansioso por recibir la lluvia, si es que llega, y dejar que lave el sudor de mi pecho. Los grillos siguen canturreando, pero su canto es más esporádico; el tenor del lugar cambió ahora que nos ocultamos del sol. El grito repetido de un arrendajo que antes no había notado ahora brilla por su ausencia. En la pradera, las rocas parecen agazapadas y expectantes, sus superficies cubiertas de liquen prueban el aire. En medio de ese estado de alerta, algo más se despierta, se agita y se mueve, y entonces me doy cuenta de que son las agujas del bosque, que hacen escaramuzas mientras la brisa empieza a soplar desde la ladera occidental y se derrama por la madeja de ramas y luego a lo largo del prado abierto; las hierbas se arremolinan en las ráfagas y cuando se levanta el viento, rebotan los lupinos violetas y las aquilegias.

¿No es también así como se altera la mente? Los pensamientos agradables

se transforman de repente por la intrusión inesperada de un recuerdo difícil, o la presión de una responsabilidad olvidada de golpe se hace notar… La química se altera, el estado de ánimo cambia; todo pensamiento nuevo queda ahora bajo la sombra de la manta gris que está en lo alto, o incluso se aviva ante la posibilidad de lluvia.

Si el techo oscuro se abre, entonces este campo pronto será un pantano imposible de atravesar caminando. Repaso mis opciones, me ajusto la mochila y sigo camino hacia el bosque por entre las rocas y las flores silvestres. Aquí el terreno es un poco más alto y más sólido, apuntalado por raíces cien veces más gruesas que las que se entrelazaban en matas debajo de la pradera. Cuando llego entre los árboles me quito la mochila de los hombros y la apoyo un momento en la rodilla mientras saco el brazo, luego la dejo en el suelo, contra un pino alto. Me despego la camiseta bañada en sudor y la cuelgo de una esquina de la mochila, luego me reclino sobre el otro lado del mismo tronco, y su corteza me raspa la columna. Arriba, las copas de los árboles se agitan con el viento; aquí abajo todo está extrañamente quieto e imperturbado, otro mundo. Después de respirar un rato siento que el grueso tronco del árbol en el que me apoyo hace que mi torso se balancee apenas de un lado al otro. ¿Será solo mi imaginación? No, ahora lo siento con bastante claridad. Miro los troncos cercanos que tengo al nivel de los ojos –abeto subalpino, pícea de Engelmann– y trato de discernir si ellos también se mueven. Si es así, no me doy cuenta.

El árbol sigue meciéndome con suavidad, arraigando mi columna en el suelo plano, va dejando que los pensamientos suban y bajen y se disipen. Me despierto con la extraña sensación de estar siendo observado. ¿Pero cómo, por quién? Entonces lo veo: justo detrás de un árbol cercano, un movimiento pequeño. Como el de una hoja que tiembla, pero no exactamente… y entonces reconozco, sí, una oreja que se sacude. Una oreja bastante grande. Y debajo de ella, un ojo redondo que me mira, aunque tal vez no me vea, pues ahora, cuando el ciervo baja la cabeza para seguir explorando, se interpone un asta. Me inclino hacia la derecha para ver mejor: el ciervo vuelve a levantar la vista. Luego de un momento largo, baja despacio la cabeza y entonces la sube otra vez de golpe, como para tomarme por sorpresa. Yo estoy *totalmente* quieto, mi respiración es tan tenue que no agitaría ni una telaraña. Al fin el ciervo parece convencido; sigue escudriñando el suelo, cambiando el peso de una a otra pata para masticar un nuevo montón de hojas. Ahora se mueve despacio hacia mi izquierda, y emerge de a poco desde detrás de los troncos, pero aún está oculto tras la ramada. Solo entonces mis ojos deducen el contorno de su cuerpo y reciben algo de esa gracia firme: el flanco pardo, el cuello que se extiende hacia adelante, que descansa y luego se desliza otra vez, mientras sus piernas se adelantan de a una por el aire. A menos de veinte metros de donde estoy, su cuerpo amarronado pasa con facilidad entre las ramas. Giro el torso para mirarlo más directamente, pero… el ciervo ha desaparecido. Miro estupefacto a través del enrejado de troncos, inclinando el cuerpo hacia un lado y hacia el

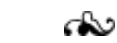
otro, atento al golpeteo de los cascos… pero solo oigo el oleaje de las ramas altas y enfrente un silencio absoluto. Me alejo de mi árbol dando zancadas por algunos metros y hago a un lado varias ramas, pero frente a mí no cambia ni suena nada. A mi derecha, un trino débil entre los árboles. Pero el ciervo se ha ido.

Imposible. ¿No había una criatura grande, de sangre caliente, caminando entre los árboles hace solo un instante? ¿Cómo pudo desaparecer como si fuese una mera fantasía? Aunque supongo que nunca llegué a verlo con claridad –miraba sus movimientos más que su presencia estable–, pero aun así… sí estaba presente, ¿o no? Ahh, miren esta hoja, y esa otra, las dos claramente mordisqueadas, y si miro hacia abajo… claro: ahí están las huellas, las lágrimas dobles y prolijas marcadas en la tierra. Y miren más de cerca: cada pata trasera, apenas más pequeña, aterriza en la misma huella que acaba de dejar la pata delantera. El rastro claro de ese paso silencioso.

Pero lo extraño es que el encuentro fugaz de ese día se sintió muy familiar para mí. Parecía ser, una vez más, la imagen precisa de un cierto estilo de pensamiento, una metáfora viva del modo en que se mueve la mente. Cuántas veces me ha sucedido, mientras estoy enfrascado en mi trabajo, que un pensamiento potente se hace sentir en el borde de mi conciencia –una idea cuya exactitud puedo percibir incluso antes de conocer su contenido– y, sin embargo, cuando dirijo hacia él mi atención encuentro que ya se desvaneció, sin dejar más que un vago rastro o sabor… Es esa clase de cosas que uno olvida fácilmente. Pero me ha sucedido tantas veces que ahora le presto atención. Siento a menudo que una idea va rebuscando en los matorrales de mi conciencia, y siento de algún modo su elegancia, su profundidad pulcra y su pertinencia mordisqueando la periferia de mi atención. Pero cuando trato de posar la vista en ella, se retrae a las profundidades oscuras y me deja con solo un curioso dejo de sentimiento –la huella de un fantasma–, incapaz de decir qué era esa idea, o incluso con qué tenía que ver.

La frustración que conllevan esos pensamientos espectrales había perturbado mi confianza juvenil en mi propia habilidad, como filósofo, para reflexionar con precisión sobre las cosas. Pero ahora empezaba a contemplar otra posibilidad: que las ideas tenían su propia vida, independiente de la mía. Que, de hecho, algunas ideas vitales eran como criaturas completamente desacostumbradas al contacto humano, nociones salvajes cuya elegancia robusta y vigor requerían que mantuvieran su distancia de aquellos que intentaran definirlas o domesticarlas, arrancarlas de su hábitat nativo. El espacio real de la mente ya no se parecía a una habitación cerrada –como un laboratorio o una sala de operaciones, donde los temas pueden ser inmovilizados y expuestos a la luz fría del análisis– sino más bien a un valle boscoso o a una pradera cubierta por una nube: un terreno abierto por el cual deambular.

Los ciervos, desde luego, son criaturas fundamentales para la cultura humana. Para gran parte de la humanidad civilizada, los ciervos son los animales más familiares de las tierras salvajes. Viven justo en el borde de las calles iluminadas, impertérritos ante nuestras maquinaciones; se escabullen en nuestros hogares cuando descansamos y asaltan nuestros jardines. El nombre inglés *deer* (en su ortografía original, *deor*) fue alguna vez la palabra del inglés antiguo para «animal» genérico (del mismo modo que el término *wilderness*, o *wild-deor-ness*, significó alguna vez «el lugar de los animales salvajes»). Mi incipiente sospecha de que ciertas ideas son como ciervos que visitan nuestra conciencia del mismo modo en que toman contacto con nosotros los ciervos salvajes –gráciles, tímidos, husmeando en los bordes de la conciencia y volviendo a meterse en el bosque si los miramos con demasiada insistencia– sugería que hay ideas que intersecan nuestra conciencia a la manera de *otros* animales. Algunas reptan por la hierba sin ser vistas, vistiendo tonos y camuflajes diferentes de acuerdo con sus lugares favoritos; otras disfrutan del sol sobre las rocas a media tarde y se escabullen cuando nos acercamos incautos. Algunos pensamientos livianos aletean en el aire que nos rodea, tan pequeños y erráticos que casi no los notamos, mientras que otras nociones más musculosas dan zancadas inesperadas en nuestras calles, marcando su paso con olores o excrementos. Intuiciones oscuras se agazapan en las ramas, a media altura, con los ojos cerrados, y escuchan con atención los susurros suaves de esos otros indicios minúsculos de los que se alimentan. Algunas de las ideas más versátiles son completamente múltiples, encarnadas por miles de vidas cantarinas que se lanzan por el aire y giran en concierto; otras son poderes solitarios, reticentes y furtivos, capaces de guardar silencio. A algunas percepciones las encontramos solo a orillas del mar, y a otras las vemos solo en alturas escarpadas. Algunas nociones espinosas son endémicas de los desiertos, mientras que otros pensamientos, demasiado escurridizos para asirlos, están más que nada en los pantanos. Muchos pensamientos nómades migran entre reinos diferentes, cambian sus hábitos para amoldarse al terreno, se orientan por el viento y las estrellas.



Esa manera de aflojar las concepciones convencionales de la mente, por más juguetona que parezca, adquiere nuevo sustento y sustancia cuando uno se entera de que la palabra *idea* y la palabra *especie* fueron alguna vez sinónimos –uno griego, el otro latino– para el mismo fenómeno enigmático. Tanto *idea* como *especie* derivan, en su significado actual, del uso antiguo de un mismo término griego: *eidos*, una palabra que en su origen significaba «la apariencia visible o externa» de una cosa. Fue esa palabra, *eidos*, la que Platón, el filósofo griego, usó para hablar de las «formas» inmateriales e inmutables que, según él, eran lo único que existía de verdad: las «ideas» eternas que pueden ser conocidas solo por la mente o el intelecto puro e impoluto. (En griego antiguo, *idea* era simplemente la versión femenina de *eidos*).

En la filosofía expuesta en los diálogos tardíos de Platón, los árboles, las nubes o los sapos palpables que percibimos con los sentidos corporales no son más que manifestaciones efímeras de arquetipos universales e incorpóreos, las ideas platónicas: el árbol ideal, la nube ideal, el sapo ideal. Según el Sócrates de los diálogos platónicos, cada vez que consideramos un roble individual, lo que es genuinamente cognoscible de ese roble no es el árbol sensorial sino la forma esencial, la idea, el roble ideal que cada roble individual nos recuerda. (La palabra *ideal* es simplemente el adjetivo de *idea*). El árbol palpable está sujeto al cambio, al crecimiento y al declive, y por ende solo tiene una existencia pasajera e insustancial. El roble ideal, incontaminado por la materialidad, es eterno e inmutable, y por eso, según Platón, es lo único que podemos de veras afirmar que existe. A medida que logramos reconocer esas esencias trascendentes, o ideas, detrás de las instancias materiales, y aprendemos a contemplar las ideas universales en toda su pureza, nuestra mente se va liberando de la prisión del cuerpo y alcanza el estado trascendente y eterno que es su verdadero hogar.

Fue así, mediante la filosofía de Platón, como la palabra *idea* se extendió por las lenguas europeas como el término principal para nombrar la sustancia inmaterial de la mente, y evolucionó poco a poco hacia los varios matices de sentido que tiene para nosotros hoy en día.

Mientras tanto, el estudiante más precoz de Platón, el protobiólogo Aristóteles, empezó a hacer uso del término de su maestro de una manera un poco diferente. Aristóteles desafió la afirmación de Platón de que las «ideas» universales (o formas) tuvieran una existencia separada de los seres particulares que encarnan materialmente esas ideas. En otras palabras, cuestionó la enseñanza platónica de que las formas «roble» o «sapo» tuvieran una existencia totalmente trascendente, previa e independiente de los sapos o los robes individuales. Para Aristóteles, la forma universal del roble era solo la cualidad que todos los robles tenían en común con los demás: lo que los hacía ser robles, y no arces o pinos. Según Aristóteles, cuando contemplamos con atención un árbol en particular, es esa forma universal lo que el intelecto racional recibe o reconoce. Pero ese universal no tiene una existencia trascendente separada de los árboles individuales que lo ejemplifican. De ahí que Aristóteles empezara a emplear la palabra de su maestro, *idea*, para hablar del grupo de individuos que comparten una forma común, aquellos individuos que constituyen una especie particular de árbol, de planta o animal. Y fue precisamente el uso que Aristóteles hizo del término de Platón, *idea*, lo que se tradujo al latín como la palabra *especie*: un término que en su origen significaba –al igual que *idea* en griego– la forma exterior o «apariencia» de una entidad.

Por lo tanto, en su uso aristotélico, primero el término griego *idea* y luego el término latino *especie* adquirieron el significado de un colectivo de individuos que comparten una forma común. Con el subsiguiente desarrollo de las lenguas europeas y la emergencia del inglés moderno, la palabra *especie*

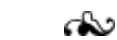
ha retenido mucho de su significado terrenal y aristotélico, mientras que la palabra *idea* ha regresado a su significado más efímero y platónico de imagen inmaterial o pensamiento de la mente.

Este vistazo rápido a la historia temprana de esos dos términos revela que las diversas formas que aletean, saltan y echan hojas, a las que hoy llamamos «especies», fueron alguna vez experimentadas (por algunos de nuestros ancestros más astutos) como presencias en todo semejantes a las «ideas». Claro que eso era así porque, en ese entonces, se consideraba que las «ideas» tenían una realidad mucho más independiente e impersonal que en nuestra época. Hoy en día, las «ideas» parecen haber perdido mucho de su carácter universal y trascendente: ya no parecen ser realidades que existen independientemente de nosotros. Como los pensamientos, las nociones o las percepciones, hoy se entiende que las «ideas» son las partes más privadas de una mente individual, habitantes de una zona interior de reflexión que es exclusiva de cada persona. Tú tienes tus ideas, y yo tengo las mías. Es probable que haya ideas que tengamos en común, pero eso es porque nos las han enseñado a ambos, o porque nos hemos puesto de acuerdo sobre ellas… no porque existan ahí afuera, independientes de la cultura humana y sus convenciones. Mientras tanto, «especie» ha perdido toda aparente asociación con el intelecto. En contraste con el carácter interno de mis pensamientos e ideas, las especies parecen ser aspectos objetivos del mundo externo material.

Y, sin embargo, ¡con qué fuerza esas formas de raíces y astas resuenan en las múltiples formas que se mueven dentro de nuestra mente! Es esa resonancia la que se comunicaba conmigo en el curso de mi deambular por las Montañas Rocosas, confundiendo de a poco la distinción clara entre el mundo interno y externo, mientras el ánimo delicado del ocaso borroneaba los límites entre día y noche, disolvía los bordes nítidos de los árboles y suavizaba las rocas.

Con las primeras señales del ocaso en los valles altos, varios insectos voladores se lanzaron al aire, entre ellos unas moscas grandes que me atormentaban cada vez que me sentaba de piernas cruzadas, por lo general sobre una roca, a mirar cómo desaparecía la luz en las crestas más altas. Fue durante las horas crepusculares cuando descubrí una técnica útil para deshacerme de esos seres zumbadores tan molestos que interrumpían mis contemplaciones. (Es una técnica que utilizo hasta el día de hoy, aunque solo cuando estoy en zonas rurales, ya que requiere de una concentración y precisión que es difícil de conseguir en medio de la ciudad). Cuando la órbita febril de una mosca alrededor de mi cabeza empieza a perturbar mi aplomo, rompiendo con su zumbido la calma serena de mis reflexiones de montaña, busco en mi conciencia interna cualquier pensamiento pequeño pero molesto cuyo fastidio coincida de alguna manera con ese zumbar monótono que da vueltas y vueltas junto a mis oídos indefensos. Curiosamente, en momentos así siempre me

resulta fácil encontrar un pensamiento irritante, como si el zumbido de la mosca ya hubiese pescado la noción fastidiosa del fondo de mi conciencia. Una vez que reconozco ese pensamiento, redirijo mi atención al aire que tengo frente a la cara y miro el espacio cercano por el que la mosca zigzaguea sin cesar, tratando de captar su trayectoria con la mirada y esperando paciente el momento fortuito en que podré, por un instante, enfocar en ella los ojos. Ni bien lo hago, en esa fracción de segundo de contacto visual, le ofrezco mi pensamiento irritante al insecto. Y en ese momento, para mi gran asombro… ¡la mosca se aleja zumbando! Varias veces mis ojos han sido capaces de seguir a la mosca mientras se alejaba de mí y se volvía cada vez más pequeña hasta disolverse. Yo me quedo sentado en la roca, despejado del bicho y del pensamiento molesto, libre en el silencio sonoro.



Supongo que fue el hecho de dejar atrás la compulsión a comunicarme con palabras durante esas semanas lo que me volvió tan vulnerable a los poderes expresivos de todos esos estilos no humanos de sensibilidad y sentiencia. No fue el mero juego polimorfo de ritmos, la síncopa de las formas que giran y brotan más allá de los confines de la ciudad, sino también lo enorme que se volvió la tierra cuando fui a su encuentro sin el filtro constante de las palabras y descubrí que estaba obviamente inmerso en un campo de eventos mucho más amplio que yo y mis intenciones. No eran solo las metáforas resonantes que me ofrecían las piedras y los pastos y las criaturas vigorosas sino también lo correcto de reconocer, de alguna manera, a la mente como un paisaje más grande dentro del cual yo vagaba, un campo profundo con aspectos cercanos, distancias y estados de ánimo que cambiaban como el clima. Pues no cabe duda de que la mente tiene sus profundidades: recuerdos enterrados debajo del suelo de nuestra conciencia actual, por ejemplo, o sensaciones recientes que por el momento están ocultas detrás de los asuntos cercanos en los que nos atascamos obsesivamente.

Aquí parecía haber algo que era más que metafórico, algo extrañamente verdadero acerca de esa resonancia entre pensamiento y terreno. Es evidente que hay cuestiones de la psique que nos exceden y sobrepasan nuestros conocimientos, que ponen patas para arriba toda noción de la mente como un espacio autocontenido dentro de nuestras cabezas. Desde luego, yo aún sentía que había una cualidad interior propia de la mente. Pero mis encuentros con otros estilos de sentiencia distendían la concepción de mi propia mente como una zona cerrada de reflexión, reavivaban recuerdos adormecidos de mis primeros años de vida y traían sutiles aires de una intimidad olvidada entre la conciencia y la tierra elemental. Era como si la entrada y la desaparición de un ciervo en el bosque o esos otros movimientos de sombras y pastos y lluvia no fueran meras metáforas sino parte de la constitución misma de la mente, de su estructura y arquitectura real. Y fue entonces cuando un pensamiento simple irrumpió en mi conciencia, pero no como un relámpago sino más bien como

una lluvia suave que empezaba a caer a mi alrededor, mojándome la cabeza y el pecho, humedeciendo el suelo y haciendo subir sus aromas mezclados hasta mis narices: ¿y si la mente no es nuestra sino de la Tierra? ¿Y si la mente, bien entendida, no es una propiedad especial de la humanidad sino una propiedad de la Tierra misma… un poder en el que estamos carnalmente inmersos?

¿Y si existe, en efecto, una cualidad de ser interna de la mente, pero no porque la mente esté localizada dentro de nosotros (en nuestro cuerpo o cerebro), sino porque nosotros estamos situados corpóreamente dentro de ella, porque nuestras vidas y pensamientos se desarrollan en las profundidades de una mente que no es en verdad nuestra sino de la Tierra? ¿Y si, al igual que la lechuza agazapada y la pícea que se inclina sobre ella y el escarabajo que se tambalea entre las agujas de la rama, todos formamos parte de la gran inteligencia de este mundo porque participamos materialmente, con nuestras acciones y pasiones, de la psique más amplia de esta esfera?

Fue un pensamiento que chispeó y onduló por la superficie entera de mi piel, como si todos los poros de esa suave membrana se abrieran a la vez, como si la misma piel se estuviese despertando. O como si yo mismo estuviese despertando como esa membrana brillante de la frontera más externa de mi cuerpo –esa forma luminosa que resonaba con las otras formas que me rodeaban: rocas, pastos, árboles–; cada contorno como una superficie efervescente de metamorfosis e intercambio entre ese ser y el aire cargado a su alrededor, como una especie de eros en juego entre nosotros, una tensión que nos unía a todos con el Cuerpo expansivo del lugar. Noté que las sensaciones de mi piel se alteraban levemente en tándem con los aromas cambiantes del suelo y la madera y el crepúsculo que subían hacia mi nariz, y mi propio tenor se transformaba con cada alteración de la brisa, mi rostro se despertaba ante los innumerables matices que flotaban en el aire arremolinado que me rodeaba. Y mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta de que un intercambio similar sucedía en todo el océano invisible de aire que ondulaba entre las agujas del bosque, doblaba los pastos y golpeaba las escarpaduras de roca; cada ráfaga llevaba percepciones químicas entre los insectos y las flores bamboleantes del valle, cada brisa intercambiaba polen entre los árboles. Yo estaba vivo en un campo vivo de experiencia.

El estado de alerta que ahora sentía en todo el cuerpo no parecía ser más mío que del valle: parecía una capacidad de la tierra misma que le había sido otorgada a mi cuerpo. Del mismo modo, la vida que latía en mi pecho y fluía por mis venas se alimentaba del aire de montaña de ese lugar (o de la atmósfera calma o bramante que nos rodea donde sea que estemos y que hemos absorbido sin cesar desde el momento de nacer). ¿No es también la conciencia una especie de medio o de atmósfera, una capacidad que florece en nuestro interior, que se hincha y se aquieta porque estamos atravesados, envueltos, permeados por ella? ¿Acaso no nacemos a la mente como a una capa invisible de la Tierra, y no nos vamos abriendo de a poco al alimento que nos da ese medio, adaptándonos a sus ritmos lunares, alineándonos con el

modo en que brilla y canta en nuestra especie particular?

La mente como medio, sí. Como una capa invisible de este mundo en incesante transformación, un medio fluido que permea nuestros cuerpos. ¡Como si el aire mismo fuese consciente! Como si el aire invisible que nos envuelve y circula entre nosotros fuese la materia misma de la conciencia. Pero no el aire considerado como una mera mezcla de gases… pues ¿no hay también una especie de chispa y zumbido en la conciencia, una cualidad eléctrica, como si estuviese cargada de alguna clase de tensión o chasquido? No solo el elemento aire, sino también el elemento fuego, mercurial… una llama sutil desperdigada a través del medio. Del mismo modo que la atmósfera de la Tierra amortigua y divide el fuego radiante del sol, lo dispersa y esparce entre innumerables moléculas de gas y así lo silencia y lo transmuta a un medio adecuado para abetos, osos y martines pescadores. No exactamente el aire de este mundo, entonces, sino el modo en que la luz solar vive en ese aire, ese medio invisible cargado de fuego. Esta atmósfera despierta. Esta conciencia en la que estamos inmersos junto con las montañas. Esta mente.

Poesía interesante, quizás. Pero ¿por qué deberíamos tomar una afirmación tan curiosa sobre la naturaleza de la mente como algo más que poesía, algo más que un uso pasajero de una serie de metáforas para expresar una experiencia puramente personal? Si una afirmación tal pretende tener más que solo un significado personal, entonces debe aplicarse la metodología de la ciencia, se debe probarla como una hipótesis sujeta a la demostración o la refutación. ¡Está claro que, en lo que respecta a la conciencia, es la ciencia la que debe establecer las reglas!

A menos que ese recurrir a la ciencia como único árbitro de la verdad colectiva esté completamente fuera de lugar cuando se trata de cuestiones de la mente y la conciencia. A fin de cuentas, la conciencia es un fenómeno en esencia impredecible, imposible de aislar y asir. En cuanto tratamos de reflexionar sobre el carácter de la conciencia, descubrimos que ya se nos ha escapado: pues en realidad vamos detrás de la reflexión misma, más que de la cosa sobre la cual reflexionamos. Nos damos cuenta de que somos incapaces de distanciarnos de la conciencia para examinarla de manera objetiva; no importa dónde vayamos, ella ya está ahí. Quizás podamos al menos decir con claridad lo que la conciencia no es, y así ir acercándonos a su verdadero carácter. Sin embargo, ahí también fallamos, pues, ay, cualquier entidad que percibamos o nombremos –con la esperanza de separarla de la sustancia de la conciencia– ya está imbricada en esa sustancia.

En ese sentido, la conciencia, o mente, se parece mucho a un medio en el que estamos situados y del cual no somos capaces de liberarnos sin dejar de existir. Todo lo que sabemos o sentimos de nosotros mismos está condicionado por esa atmósfera. Estamos íntimamente familiarizados con su carácter, la influencia que tiene sobre nosotros y dentro de nosotros nos

transforma sin cesar. Y sin embargo no somos capaces de caracterizar ese medio desde fuera. Estamos compuestos por este curioso elemento, permeados por él, y por ende no podemos distanciarnos de él. Por esa sola razón, la conciencia nunca estará del todo sujeta a los métodos de la ciencia empírica y objetiva. Si bien condiciona y hace posible toda empresa científica, la conciencia nunca se convertirá por completo en un objeto de la ciencia. Sigue siendo un enigma, una maravilla, no en virtud de alguna cualidad milagrosa, sino por el simple hecho de que estamos dentro y formamos parte de ella.

Al sugerir que todos habitamos una conciencia común no quiero decir que tus pensamientos y sueños sean iguales a los míos, o que mi conciencia sea la misma que la de una urraca o un coyote o una cicuta de montaña. Pues cada uno de nosotros se relaciona con la inteligencia más amplia desde su propio ángulo y lugar dentro de ella, cada uno de nosotros está entrelazado con la Tierra viva a través de su piel particular. Esa articulación ecológica de la mente produce así un *pluralismo radical e irreductible*. Participamos de la mente envolvente de este planeta solo en cuanto cuerpos palpables; tu cuerpo es diferente del mío en muchos aspectos, y nuestros miembros y sentidos son diferentes de los del pájaro carpintero o la mantis religiosa, y por lo tanto nuestras percepciones y deseos también son espléndidamente diferentes entre sí. La experiencia de cada criatura es diferente, sin duda, pero eso no es así porque haya una conciencia autónoma dentro de cada cuerpo o cerebro particular. La sentiencia nace del encuentro continuo, del contacto, la tensión y el entrelazamiento entre cada cuerpo y el mundo vivo que lo rodea. Aunque cada uno de nosotros se encuentra solamente con una esquina de este mundo, sigue siendo el mismo mundo escandaloso, la misma Tierra a la que se abren nuestros sentidos, la misma Tierra inescrutable con la cual cada uno se relaciona con sus dedos o alas emplumadas, con sus antenas enroscadas o raíces extendidas.

Ahora bien, si mi experiencia surge de la interacción entre este cuerpo y el campo elemental que lo rodea –si mi conciencia es producida por el mismo planeta vasto y circundante que hace surgir y sostiene tu conciencia–, entonces, ¿qué sentido tiene seguir diciendo que cada uno de nosotros tiene su propia mente autosuficiente metida con prolijidad dentro de la propia cabeza, y que la Tierra que nos rodea no es más que un objeto que carece por completo de inteligencia? ¿No es mucho más elegante admitir que la mente es tanto una propiedad de la Tierra azotada por los vientos como de los incontables cuerpos que se congregan en su suelo? ¿Prolongaremos la separación dolorosa entre mente y cuerpo, seguiremos renegando de nuestra implicación carnal con esta inmensa Presencia, o sanaremos por fin esa herida antigua reconociendo la participación implícita de la Tierra en toda nuestra experiencia, como el suelo sólido que sostiene nuestras certezas y el horizonte distante que incita todos nuestros sueños?

Mientras ignoremos nuestra relación con la Tierra estaremos obligados a

duplicar cada cuerpo humano con una mente separada, ya que la fluidez salvaje de la mente, su creatividad y apertura, parecen de un orden muy diferente al de nuestra estructura física y corpórea. Pero tan pronto como reconocemos que nuestros cuerpos siempre están entrelazados con el cuerpo más amplio de la Tierra y que nuestra experiencia consciente se sostiene y se funda en esa relación, la necesidad de una multitud de mentes individuales e inmateriales se desvanece… Hay una profusión de cuerpos individuales, está también la esfera envolvente del planeta y la relación abierta y continua entre estos. El campo fluido de la experiencia que llamamos «mente» no es más que el lugar de esa relación abierta, de carácter improvisatorio, que cada cuerpo individual experimenta por separado, y que la Tierra animada experimenta simultáneamente.

No es mi intención aquí minimizar el efecto que tienen las relaciones interpersonales en nuestra experiencia humana de la mente, o dejar de lado la influencia modeladora que tiene la cultura o el lenguaje sobre nuestra conciencia. Solo quiero señalar una verdad que suele olvidarse con facilidad en esta era tecnológica, a saber: que la cultura puede imponer sus patrones solo dentro de las limitaciones establecidas por la biósfera misma. Familiares y amigos dejan su huella en nosotros, al igual que nuestras diversas tradiciones de comportamiento y creencias, pero ninguno de ellos puede disolver la influencia inexorable que tiene el planeta sobre nuestra experiencia. Los idiomas que hablamos limitan de hecho nuestras concepciones conscientes del mundo, sin embargo, no hay palabras que puedan disipar el poder que tienen la lluvia y la necesidad constante del aire de la Tierra sobre la forma de nuestros cuerpos, sobre la forma y textura de nuestros pensamientos.[7]

Desde luego, podemos seguir hablando de la mente como de una peculiaridad exclusiva de nuestra especie, una capacidad que nos libera de nuestra inserción en la comunidad terrena de las formas animadas. Podemos seguir sosteniendo que el susurro de la experiencia –el júbilo y la pena, la compasión y la confusión– es algo solo propio del humano, y por lo tanto las sensaciones de otras criaturas son fantasmas mudos e inexpresivos, reflejos automáticos blindados a los matices creativos. Podemos persistir en la creencia moderna de que un río contenido en un dique no tiene impulso propio, o que el misterio de la mente no tiene importancia para una pradera o un bosque moribundo ni para una tormenta eléctrica que se empieza a formar sobre la llanura, agitada y chispeante de energía, antes de que el primer rayo parta en dos el aire.

Pero al hacer eso nos encerramos en una soledad entumecedora, una soledad que ya se instala a nuestro alrededor cuando la compleja creatividad de los bosques da paso a la productividad numerada de los viveros forestales, cuando los diversos cantos de los pájaros se desvanecen del paisaje sonoro y el canto salvaje y sincopado del coro de ranas que antes acunaba los campos cada primavera se reduce al zumbido monótono de una única farola. ¿De verdad

creemos que la imaginación humana puede sostenerse sola, sin que la sobresalten otras formas de sentiencia como secuoyas, orquídeas en flor y los cantos fantasmales de las ballenas jorobadas? ¿Confiamos de veras en que la mente humana pueda mantener su coherencia en un mundo hecho exclusivamente por humanos?

Tal vez la amplia esfera necesitaba de nuestro olvido. Tal vez un nuevo poder esperaba para nacer en el planeta, y nuestra especie fue llamada a incubar ese poder en el capullo oscuro de su soledad. Con los sentidos atontados y la atención separada del mundo, creamos en nuestra introspección una caverna silenciosa en la que pudiera tomar forma y nacer una nueva capa de la Tierra. Pero ya ha llegado el momento de dar a luz a ese nuevo estrato, de despertar a nuestros sentidos de su embeleso con las pantallas y de devolver ese poder al terreno más que humano. La extinción en cascada de otras especies hace evidente que ya ha llegado el momento. La pérdida abrupta de selvas tropicales y arrecifes de coral, la asfixia de los humedales, los venenos que se filtran en los suelos y las toxinas que se esparcen por nuestros músculos nos obligan a despertar de nuestro largo olvido, a escupir esta magia difícil que ha estado creciendo en nuestro interior, hinchándonos de orgullo incluso mientras se desintegra la tierra a nuestro alrededor. Ya nos hemos separado durante demasiado tiempo: ahora tenemos que abrir nuestras mentes hacia el afuera, devolver a la biósfera la inteligencia amplia que pensábamos que era solo nuestra.

La mente, entonces, como un sueño firme de esta Tierraire, la profundidad inadvertida de la cual todos los seres obtienen sustento. La mente como un viento, una fuerza voladora, el medio que se mueve entre todos los seres terrenales y los conecta unos con otros. Ese misterio invisible que entra y sale de los cuerpos vivientes: que sube desde el suelo y desciende por los pasos montañosos en vórtices y olas que rompen contra los pastos. Un receptáculo fluido, claro como el cristal, para el fuego vertido por la luz del sol; la diáfana lente nocturna a través de la cual nuestros ojos reciben las estrellas.

La sentiencia nunca fue nuestra posesión exclusiva. Vivimos inmersos en la inteligencia, envueltos e influenciados por una creatividad que no llegamos a comprender.

5 Ver, por ejemplo, Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción* (Barcelona, Planeta, 1994) y *Lo visible y lo invisible* (Barcelona, Seix Barral, 1970); Janet Price y Margrit Shildrick (eds.), *Feminist Theory and the Body. A Reader* (Londres, Routledge, 1999); Tamsin Lorraine, *Irigaray and Deleuze. Experiments in Visceral Philosophy* (Ithaca, Cornell University Press, 1999); Francisco Varela y Humberto Maturana, *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo* (Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1972); Francisco Varela, Evan Thompson y Eleanor Rosch, *The Embodied Mind. Cognitive Science and Human Experience* (Cambridge, Mass., The MIT Press, 1991);

George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana* (Madrid, Cátedra, 1986) y *Philosophy in the Flesh. The Embodied Mind and Its Challenge to Western Thought* (Nueva York, Basic Books, 1999); Antonio Damasio, *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano* (Barcelona, Crítica, 2016) y *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia* (Barcelona, Destino, 2018).

6 Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Buenos Aires, Orbis, 1983, parte III, prop. II, p. 171.

7 Desde esta perspectiva, podríamos decir que el cerebro mismo es una introyección de la tierra, un análogo o avatar del planeta montado felizmente en nuestra espina dorsal. (Una introyección es lo opuesto de una proyección: algo fuera de uno que se replica en su interior). El entorno sensorial (con su mezcla elemental de animales, plantas y accidentes geográficos, sus alimentos disponibles y sus depredadores acechantes) no solo ejerce de modo constante una presión selectiva sobre los patrones de asociaciones neuronales, sino que las estructuras a gran escala del cerebro (los tejidos cerebrales y los órganos que se encuentran en las distintas personas e incluso en distintas especies) se han formado en respuesta a las estructuras más estables del campo perceptual, a la apertura del horizonte y la densidad del suelo de un planeta con esta gravedad particular, al alimento fresco de la lluvia y el canto sostenido de las aves… El cerebro es una tierra introyectada.

Estado de ánimo

(Ecología profunda III)

Después de todo, uno es como su tierra y su aire.
Uno es como el cielo bajo o alto, el aire pesado o claro,
el viento o la falta de viento. Es eso lo que lo constituye, y las artes que crea y el
trabajo que hace y el modo en que come y el modo
en que bebe y el modo en que aprende y todo lo demás.

Gertrude Stein

Tan pronto como exhalamos y dejamos que la mente vuelva a fluir hacia el campo que la rodea, sentimos una nueva soltura y libertad. Ahora los otros animales, las plantas, los acantilados y las mareas son parte de los eventos que se despliegan y ya no recae solo sobre nosotros hacer que las cosas sucedan según nuestra voluntad. Como no somos los únicos portadores de conciencia, no estamos ya en la cima de las cosas, con la responsabilidad paralizante que eso implica. Ahora somos cómplices de un misterio vasto que se despliega de manera incesante y nuestras acciones tienen resonancia solo en la medida en que están atentas a los otros actores que nos rodean, en sintonía y receptivas a la creatividad emergente de la tierra misma.

Cuando admitimos que la mente es una cualidad luminosa de la tierra notamos enseguida esta consecuencia: cada región –cada topografía, cada ecosistema con su diseño particular– tiene su propia conciencia, su estilo singular de inteligencia. No hay duda de que la atmósfera, el medio translúcido de intercambio entre los cuerpos vivos de cualquier lugar, presenta diferencias sutiles en cada terreno. El aire costero del noroeste de Norteamérica, empapado de salitre y del olor de las píceas, cedros y agujas de abeto, se siente y sabe diferente del aire que reluce al calor del desierto del suroeste. Cada atmósfera imparte su vitalidad a quienes forman parte de ella, y por eso los cuervos de espalda negra y brillante que tallan bucles en el cielo del desierto hablan un dialecto diferente al de los graznidos y los gritos guturales de los cuervos que se posan en las ramas de cedro de la costa noroeste del Pacífico, cuyas discusiones están a menudo impregnadas de tonos líquidos. Del mismo modo, la atmósfera que se despliega sobre las Grandes Llanuras, y que se acumula cada tanto en tornados arremolinados, contrasta claramente con los vientos bramantes que descienden por los pasos de las Montañas Rocosas, y aún más con las nieblas que avanzan y retroceden a lo largo de la costa de California. La geología específica de un lugar produce un suelo rico en determinados minerales, y las lluvias y los ríos que alimentan esos suelos

invitan a enraizarse allí a una mezcla única de pastos, arbustos y árboles. Estos, a su vez, atraen a determinados animales a husmear entre sus hojas o a comer sus frutos y distribuir sus semillas, a polinizar sus flores o resguardarse entre sus raíces, y así comienza a emerger una comunidad de compleja interconexión, bulliciosa y ajetreada en sí misma. Cada una de esas comunidades filtra una química diferente para el aire que la anima, aportando aromas y feromonas sutiles al tamborileo de los pájaros carpinteros y los tonos entrecruzados de las piedras, hojas y plumas que resuenan a lo largo del terreno, mientras que el modo en que se mezclan los elementos se ve afectado por el calor del mediodía que azota ciertas regiones o el frío helado que endurece los suelos en otras.

Cada lugar tiene sus ritmos de cambio y metamorfosis, sus ciclos específicos de expansión y contracción en respuesta a las estaciones, y eso también moldea –y es moldeado por– la sentiencia de esa tierra. Ya sea que hablemos de una gran cadena montañosa o de un pequeño valle dentro de ese campo, en cada escala existe una inteligencia única que circula entre los diversos elementos del lugar, un estilo que se hace evidente en el modo en que se desarrollan los eventos en ese ecosistema, en cómo la extensión de la sombra de una montaña altera los enjambres de insectos sobre un arroyo fresco, o el modo en que una pendiente de montaña rejuvenece luego de un incendio. Pues la amalgama exacta de elementos que estructuran cada región no existe en ningún otro sitio. Es decir que cada lugar es un estado mental único, y los múltiples poderes que constituyen y habitan ese paraje –las arañas y las ranas arbóreas no menos que los humanos– participan y forman parte de la mente particular de ese lugar.

Claro que es difícil que esa inteligencia me permee si solo me detengo allí por poco tiempo, de paso hacia otro lugar. Solo viviendo durante muchas lunas en una región, durante las cuales los sentidos periféricos rastrean los cambios estacionales en las plantas locales al tiempo que los aromas del suelo se filtran sin cesar por los poros, solo con el tiempo la inteligencia de un lugar puede afirmarse en mí. Poco a poco, a medida que la ronda de las estaciones se repite una y otra vez, la cadencia y la melodía de los pájaros del lugar se convierte en algo que mis oídos esperan, y así la mente que llevaba en mi interior se asienta en la mente mayor que me envuelve. Los cambios en el terreno empiezan a liberarse y a reflejar mis propios cambios internos. La metamorfosis lenta de los colores en el paisaje; el modo en que migran los ratones hacia el interior de las paredes de mi casa cuando empieza a hacer frío; los brotes del roble que se abren y despliegan sus hojas con exuberancia ágil para unirse a una millonada de otras hojas sacudidas por el viento antes de caer apagadas al suelo; el modo en que una araña cara de gato teje su tela espiralada delante de la luz del pórtico cada verano… cada uno de esos eventos cíclicos, observado en silencio, desencadena dentro de mí una metamorfosis análoga. Sin esa sintonía con el entorno terrenal, sin ese desafío de su parte, el cuerpo emocional queda bloqueado, aturdido, se ve obligado a dar vueltas en

espiral para atravesar las transformaciones que necesita sin la guía del Cuerpo mayor del lugar (y, por lo tanto, fuera de fase con mis vecinos, tanto humanos como no humanos). La percepción sensorial es la red de seda que une nuestro sistema nervioso individual con el ecosistema circundante.

En las comunidades humanas también influye la conciencia específica de la tierra que habitan. Hay un temperamento singular en el ajetreo del comercio y la cultura de cualquier ciudad lo suficientemente vieja, un clima mental que reconocemos al instante cuando regresamos después de varios años, y que equivocadamente adjudicamos solo a los habitantes humanos de la metrópolis. Suponemos que es resultado de los rasgos particulares que hacen a una ciudad, o de la mezcla dinámica de las etnias que allí se entrelazan, o a la rudeza y petulancia de la policía local. Sin embargo, esas dinámicas sociales se alimentan continuamente de las energías elementales de la zona: de las densas nubes que cubren el cielo durante semanas, o el habla chapoteante del río que corre a través del centro lanzando destellos de luz a los ojos de quienes caminan en sus cercanías, o del modo en que los caños de escape grasientos de cuarenta mil coches interactúan con la humedad del verano. Los funestos males sociales que son endémicos de ciertas ciudades han sido a menudo exacerbados por la necedad de los urbanistas, que pasaron por alto la naturaleza salvaje del lugar ignorando el *genius loci*, la inteligencia singular de la tierra, ahora aplastada y sofocada por las industrias locales. Una frialdad insensible, o mezquina, sobreviene cuando nuestros sentidos animales se separan durante mucho tiempo de la tierra animada, cuando nuestros oídos –inundados con el estruendo de las alarmas de los coches y el trueno silencioso del subterráneo– ya no se encuentran con el silencio resonante, o cuando nuestros ojos olvidan la naturaleza salvaje e irregular de esas cosas verdes que crecen detrás de las apabullantes líneas rectas.

Aun así, incluso las estructuras de piedra de una metrópolis pueden volverse expresiones del *genius loci*. Edificios viejos azotados por el sol, la lluvia y el viento acaban por volverse gestos de la tierra local. La arquitectura misma de cualquier ciudad lo suficientemente antigua como para haber pasado siglo tras siglo negociando con la gravedad la posición de sus paredes y la solidez de sus cimientos es hoy un canal para el pulso y el poder que suben firmes desde el suelo. Los edificios, los adoquines lisos y gastados de las callecitas sinuosas y las estructuras algo derruidas de las casas hacen entrar, a las personas que habitan y trabajan en la ciudad, en patrones de vida apropiados para el lugar.

Así, la vieja ciudad de Praga, que se extiende a lo largo del río Moldava con sus puentes cargados de estatuas y sus almenas, sus pasajes angostos y sus torres góticas, sigue manteniendo ciertas cualidades ligadas al inframundo, incluso a pesar de las recientes olas de capitalismo desatado que la atravesaron. La psique extraña y melancólica de la tierra local queda preservada y curiosamente protegida en la sustancia construida a mano de esa ciudad, donde las estructuras del alto gótico del siglo XIV interactúan con los floridos

edificios del barroco del XVII, o las sombrías iglesias románicas conversan en silencio con sus audaces vecinos Art Nouveau. A pesar del poder corrosivo de la economía capitalista (que suele ser una especie de solvente universal), hay una magia terrenal que habita y se mueve por la ciudad de Praga. Es un poder que no puede erradicarse fácilmente de este lugar, donde el Hombre Verde pagano (de cuya boca abierta salen espirales de hojas de parra de piedra) todavía se asoma desde las esquinas de iglesias medievales, donde los relojes zodiacales en lo alto de las torres señalan las horas míticas y los cuervos graznan en las ramas sobre un cementerio tan abarrotado de torcidas lápidas que ni siquiera los fantasmas pueden pasar entre ellas. Para sobrevivir a la era estéril del comunismo soviético y su antiestética de eficiencia masiva, o para capear la nueva ocupación de la cultura del comercio total, la inteligencia telúrica de la tierra solo tuvo que retroceder hacia la vieja mampostería, hacia la estructura ornamental de tantos edificios, donde encontró una expresión sólida. Desde el interior de esas paredes envejecidas, las energías que laten hacia arriba desde el suelo siguen ejerciendo su influencia sobre todos los que viven y trabajan allí. Es por esto que las artes mágicas y cabalísticas todavía florecen en la ciudad de Praga. Conozco a un biólogo molecular, respetado en toda Europa por sus investigaciones, que por las noches compone e interpreta cartas astrológicas para la *intelligentsia* del país. En esa ciudad también me he hecho amigo de un geólogo talentoso y erudito que en sus horas libres dedica su atención a la arcana geomancia. Al caer la noche, resuena en las calles angostas el sonido vivaz de la música de cámara –Mozart y Smetana y Janáček– y, por la mañana, colgadas en las vidrieras de la ciudad vieja, multitudes de marionetas talladas a mano observan con sus ojos pintados a cada uno de los transeúntes, esperando a la persona curiosa que finalmente le dará vida a sus miembros. En la vieja Praga, como en otras ciudades venerables cuyos adoquines han sido golpeados y se han bañado de sangre con el paso de los siglos, el paisaje construido de la ciudad no silencia la conciencia de la tierra, más bien asegura que ese poder siga vigorizando a la comunidad humana.

La inteligencia que se mueve por el paisaje checo es muy diferente de la que anima la ciudad de París y, del mismo modo, el amplio cielo espejado en el sinuoso Sena es muy diferente del cielo bajo y nublado que se refleja en el Moldava. La discrepancia que existe entre el vasto esplendor de los malecones parisinos o el sabor de la comida parisina y los pasajes angostos o los sabores propios de Praga expresan sin duda una diferencia en sus historias humanas, pero también en el ambiente mismo de sus respectivos terrenos y la fertilidad específica de sus suelos. Al mismo tiempo, el barullo contrastante de Roma –la grandiosa fanfarronada de sus estatuas míticas y el *ethos* agradable de sus muchas fuentes– denota el clima emocional de esa península y de las fuerzas elementales (las diosas y dioses específicos) que componen la psique terrestre de esa tierra.

Cada tierra tiene su propia psique, su estilo propio de sentiencia. Así,

viajar de Roma a París o de Barcelona a Berlín es viajar de un estado mental a otro muy diferente. Incluso tomar un tren de Manhattan a Boston, o solo caminar de un pueblo de Nueva Inglaterra a otro, implica transformar el propio estado de conciencia. Viajar a pie hace más evidentes esas variaciones, y la topografía se altera poco a poco: las montañas dejan paso a las laderas, las laderas se convierten en llanuras y el acento de los vendedores locales se transforma al compás del terreno cambiante. La textura del aire cambia a medida que la atmósfera cargada de humedad de las tierras altas, saturada del aliento de las cuevas graníticas y las exhalaciones de raíces y agujas, se abre hacia el viento seco que se arremolina en los llanos y que mezcla los aromas del suelo con dejos de los caños de escape de la autopista y el olor acre de los fertilizantes industriales, que en ciertos sitios es especialmente intenso.

Tales alteraciones en el espíritu invisible de la tierra suelen estar ocultas para aquellos que viajan en coche, pues, de ese modo, todos los sentidos excepto la vista quedan separados de la tierra sensorial, aislados en una cápsula que se precipita tan rápido por la autopista que ni siquiera los ojos logran registrar la mayor parte de los cambios en la disposición de lo visible. Aun así, cada tanto se cuelan algunas pistas sutiles dentro de la cabina: el hedor insistente de los campos fertilizados o el tufo de un pobre zorrino, que se abre paso incluso hasta fosas nasales bien aisladas por el aire acondicionado. Si encendemos la radio, también nuestros oídos pueden ser embestidos por la psique cambiante del lugar: el hip hop y el blues rítmico de la ciudad se abren a las voces cadenciosas y las guitarras pulsadas de la música country (con algo de funk en las regiones más cercanas a la Gran Manzana, y más quejumbrosa conforme nos adentramos en zonas más rurales). Durante largos tramos de la autopista interestatal, las longitudes de onda dan paso a una saturada variedad de estaciones de radio cristianas, con predicadores de voz tersa o grave que recitan capítulos y versículos con una pasión rítmica que excede incluso la de los artistas urbanos de rap. Eso también es un registro de la mente del lugar.

No cabe duda de que hay caminos que conducen mejor a la alerta sensorial que la autopista, cuyos márgenes rectilíneos y bien mantenidos inducen una especie de estupor en el conductor, un trance sostenido de abstracción; un flujo de recuerdos y preocupaciones futuras que irrumpen sin demasiados lazos con el presente sensorial. Los caminos alternativos sin asfaltar invitan a un tipo de pensamiento más abierto e improvisatorio que se mantiene unido, aunque de manera laxa, a la topografía zigzagueante. Se trata de una reflexión más dispersa, apenas puntuada por buzones torcidos y tractores marrones oxidados, por perros que ladran y persiguen el coche o un cernícalo inmóvil en el poste de una cerca.

Y, sin embargo, ¡cuánto más alimento podría brindar la tierra a nuestros pensamientos si en lugar de ir manejando fuésemos paseando a pie por esos senderos, o incluso pedaleando en una bicicleta decente mientras el viento nos hincha los pulmones y los músculos se esfuerzan contra la ladera!

Si el automóvil mantiene aislados de la tierra a nuestros sentidos en

movimiento, los aviones en los que volamos nos abstraen por completo del suelo terrestre. Luego de despachar el equipaje en el aeropuerto, nos abrochamos los cinturones, levitamos con un estruendo por encima del ecosistema y liberamos nuestros sentidos de la red de relaciones que componen la conciencia específica de ese lugar. Horas más tarde aterrizamos en una ecología completamente diferente –en un estado mental completamente diferente– sin experimentar ninguno de los territorios de transición, sin que nuestro sistema nervioso se haya sintonizado o preparado para ese cambio por medio de los cambios graduales en la topografía a medida que nos movemos en ella. La manera en que hoy forzamos a nuestros cuerpos a saltar de un modo de conciencia a otro tan diferente, sin pasar por una transición lenta y calibrada a la perfección, sin la metamorfosis amable que la tierra infunde en los cuerpos mientras se altera a nuestro alrededor… ¿no creen que es una receta para la locura? ¡No es de extrañar que nos sintamos aturdidos y desconcertados tras un vuelo largo! Lo llamamos *jet lag* y ajustamos los relojes obedientemente, como si fuera una mera consecuencia de haber entrado en una nueva zona horaria. Como si no tuviera nada que ver con el hecho de que nos encontramos de golpe en un mundo cuyos colores, formas y olores de fondo divergen de manera drástica de aquellos en los que estábamos unas horas antes. ¿Una nueva zona horaria? Bueno, sí, si con eso nos referimos a un sitio cuyo tiempo rítmico, o pulso, es diferente de aquel de donde venimos, una zona cuyo dinamismo específico que, al incitar nuestra piel y hacer sonar nuestros oídos de maneras nuevas y extrañas, hace colapsar nuestra organización sensorial, fuerza a nuestro sistema nervioso a reordenarse lo mejor posible. La extrañeza súbita resulta discordante para nuestro cuerpo animal, y especialmente extrema cuando nos vemos forzados a adaptarnos a las nuevas circunstancias en cuestión de minutos.

De allí que, tras volar en avión por varios años, hay muchos que se adaptan embotando sus sentidos, insensibilizándose a todo menos a las facetas más homogéneas de un lugar: hallan refugio en los espacios más artificiales, comen en los mismos restaurantes temáticos que hoy brotan del asfalto en cualquier esquina del continente para responder a la demanda creciente de comodidad y facilidad. Cada nuevo aeropuerto parece un anexo del último; cada nuevo centro, una extensión del anterior: al quedarse solo en los hoteles y los centros de conferencias en los que se desarrollan sus reuniones, no necesitan someterse a la alteridad del lugar vivo.

Sin embargo, para aquellos que mantienen despiertos sus sentidos animales –los que se aventuran más allá de los espacios prefabricados y viajan a pie o en bicicleta antes que en avión o en automóvil– el viaje de un ecosistema a otro es precisamente un viaje de un estado mental a otro diferente. De un modo de conciencia con sabor a sal, al brillo del sol sobre las olas, hacia la conciencia propia del interior de un territorio, donde los cantos de aquellas gaviotas se vuelven un sueño vago, recordado a medias.

Las transformaciones en la textura de la mente no ocurren solo cuando se viaja de una geografía a otra. Aquellos que habitan de manera estable en un solo terreno, ya sea por elección o por necesidad, también experimentan profundos cambios en la conciencia colectiva. Las cualidades psicológicas de cualquier sitio se metamorfosean sin cesar a medida que cambian los poderes que lo componen –cuando el sol naciente, por ejemplo, derrama su primer calor sobre los tejados– o cuando el lugar intercambia componentes específicos con otros. La ruta migratoria de ciertas aves puede traer grandes bandadas que se asientan en una biorregión particular durante semanas o meses; su llegada altera la psique de esa zona, pues las aves entran en esa psique y forman parte de ella. Tales alteraciones a gran escala en la sentiencia colectiva son muy obvias, mientras que otras transformaciones, más continuas, suelen pasar desapercibidas. No obstante, podemos estar seguros de que hay cambios delicados desarrollándose en el paisaje mental local, cambios que afectan de manera imperceptible –pero inevitable– nuestras emociones, pensamientos y acciones.

Si la inteligencia sutil de un lugar es inseparable del medio aéreo que circula, invisible, dentro y entre los habitantes de ese sitio, de ello se deduce que algunas de las modulaciones más dramáticas dentro de la psique colectiva son las que alteran la cualidad sensorial de la atmósfera, cambios que solemos atribuir al «clima». Las transformaciones del clima local muchas veces frustran nuestros planes: a veces cuajan el medio etéreo en una niebla visible que vuelve más lentos nuestros pasos y nos nubla los pensamientos, o congela la profundidad invisible que nos rodea en una espesura oblicua de gotas de lluvia. Los cambios del clima transforman la sensación misma de la presencia del mundo, alteran el medio de la conciencia de un modo que afecta a cada ser vivo de nuestro entorno. A veces nos referimos a esos fenómenos atmosféricos en su conjunto como «los elementos», una frase que sugiere cuán básicos y primarios son esos poderes para el organismo humano. La naturaleza efímera de esos fenómenos –el modo en que las modulaciones de la atmósfera confunden los límites entre lo visible y lo invisible, lo externo y lo interno, lo «subjetivo» y lo «objetivo»– garantizan que el clima mantenga una posición curiosa en el mundo civilizado de la modernidad. Nos referimos a él constantemente: preguntar o comentar sobre el clima establece el terreno más básico sobre el cual avanza cualquier comunicación social. Aunque pocas veces ocupa nuestra atención completa, es un recordatorio constante de que, en definitiva, la realidad que habitamos está más allá de nuestro control humano.

Y es que la actividad de la atmósfera sigue siendo uno de los problemas prácticos más omnipresentes, más intrincados y más *enigmáticos* con los que tiene que lidiar día a día la civilización sedentaria. A pesar de los mejores esfuerzos de la ciencia y los más versátiles avances tecnológicos, parece que

somos incapaces de dominar el flujo curioso en el que estamos inmersos. Dependemos de satélites para monitorear desde afuera su comportamiento indisciplinado, con la esperanza de obtener de los datos externos algún significado rudimentario de sus patrones a gran escala y poder predecir mejor sus próximos movimientos.

Pero supongamos que quisiéramos analizar esta dimensión inquieta desde dentro, es decir, desde nuestra propia perspectiva como animales conscientes totalmente permeados por ese flujo… ¿Cómo articularíamos entonces sus múltiples modos de actividad, sus tormentas y sus calmas, sus claridades y sus condensaciones mientras resuenan en nuestro organismo y se extienden por el terreno? Necesitaríamos un término que sugiriera la cualidad subjetiva de esos elementos, el modo en que alteran la mente palpable del lugar al transformar la conciencia de todos los que viven allí.

Al menos para nuestra propia especie, es evidente que tales cambios en el tiempo atmosférico no fuerzan en realidad un cambio en nuestros pensamientos conscientes, sino que más bien alteran el contexto sentido, el fondo somático dentro del cual se desarrolla el pensamiento. Entonces, desde nuestra propia perspectiva de criaturas podríamos decir que los cambios en el tiempo son cambios en la disposición de la tierra. Diferentes condiciones atmosféricas –diferentes tipos de clima– son, en efecto, diferentes estados de ánimo.

Viento, lluvia, nieve, niebla, granizo, cielo abierto, nubes densas: cada elemento o estado de ánimo articula el medio invisible de una manera única, a veces lo hace (parcialmente) visible a nuestros ojos o más palpable e insistente para nuestra piel. Cada uno afecta la relación entre nuestro cuerpo y la tierra viva de una manera específica, altera el tenor de nuestras reflexiones y la tonalidad de nuestros sueños.

SOPOR

En verano, cerca de la costa, a veces nos despertamos a un día que parece igual a cualquier otro, aunque a medida que seguimos la inercia de vestirnos y preparar el desayuno, notamos que los pensamientos quedan rezagados, como si no se hubiesen separado por completo del estado del sueño. Una lentitud acompaña todas las reflexiones: el periódico de hoy parece escrito con menos brío, reporta las mismas noticias con las mismas frases rancias, y cuando lo dejamos a un lado nos preguntamos si no podríamos permitirnos unos minutos de descanso en el sofá antes de afrontar las tareas del día. Después de todo, las tareas inmediatas son vagas y difusas; es difícil recordar bien cuáles son.

Solo cuando salimos por la puerta y sondeamos el mundo desde la escalera de entrada se vuelve patente la causa material de ese letargo mental. Los árboles frondosos, los cables de electricidad y las demás casas están inmersas en una atmósfera húmeda que vuelve borrosos e imprecisos sus contornos, mientras que las montañas, que suelen elevarse en el horizonte lejano de la ciudad, se han disuelto o están del todo cubiertas por el aire pesado de

humedad. No se ven nubes en el cielo pálido, solo el sol enorme que flota en el este, sudando como una pelota de tenis gastada y mordisqueada por demasiados perros, y su calor opaco oprime en todas las direcciones.

LUCIDEZ

También están esos días excepcionales, no del todo desconocidos en cualquier región del planeta, que amanecen con una claridad que adentra en cada casa y oficina dando nitidez y contundencia a casi todos los pensamientos. Nos sentimos extraordinariamente bien en esos días, y las demás personas también: las discusiones avanzan con una facilidad inusual. Las ambigüedades se resuelven o se hacen más explícitas, y las elecciones, más definidas y claras. Hay un resplandor delicioso que parece surgir de las cosas mismas, incluso de las mesas y las alfombras afelpadas, y cuando salimos podemos saborearlo en el aire y en el modo en que algunas nubes algodonosas, casi inmóviles, descansan en el lente cristalino del cielo. ¡Qué lejos viaja nuestra vista en esos días! Cuando subimos a la parte más alta de la calle vemos con claridad las montañas que se alzan sobre la llanura en el estado vecino. De repente se hacen evidentes las metas a largo plazo; las posibilidades futuras parecen más accesibles y le dan perspectiva al presente. Por eso, hacer planes resulta más fácil y hay una marcada ausencia de fricción… y de sudor.

Aunque, claro, no siempre estamos en sincronía con un tiempo tan espléndido, con la transparencia nítida y extraña que en esos días impredecibles levanta el peso del suburbio entero, o que envuelve las ramas del álamo temblón frente a la cabaña con un manto azul tan diáfano y entallado. A veces seguimos cargando las preocupaciones y el estrés de las semanas recientes, dificultades que nos siguen hasta los sueños y ahora se aferran a nuestro rostro y a nuestros pies, o quizás todavía estamos inmersos en la fría y húmeda melancolía por el naufragio de una relación a la que nos habíamos entregado enteros. Esos son los peores días para la depresión, cuando todos aquellos con quienes nos encontramos se mueven por el mundo sin complicaciones. Incluso si estamos solos, lejos del alboroto humano, el abatimiento en esos días puede ser más oscuro, cuando parece que las piedras, el cielo cantarín y las hojas de hierba están todos sintonizados en otra frecuencia. Hay una armonía insistente y entusiasta en las cosas, una comodidad que sentimos en la periferia –las colinas canturrean alegres toda la tarde– pero ese estado de ánimo no puede penetrar la membrana densa de nuestro dolor. El desequilibrio del mundo con nuestro propio estado traumatizado se siente angustiante, incluso aterrador, y nos hunde en el pozo aún más.

Claro que me refiero a esos elementos terrestres, o estados de ánimo, desde una perspectiva completamente humana. De hecho, escribo desde la perspectiva subjetiva de una criatura humana particular: yo mismo. No

obstante, escribo sabiendo que no puede evitarse cierta superposición entre mi experiencia directa, visceral, y la experiencia que sienten otras personas, cuyos sentidos, después de todo, tienen mucho en común con los míos. Es más, confío en que mi experiencia corporal es una variación, aunque en ciertos casos muy distante, de lo que otros cuerpos no humanos pueden experimentar en el mismo sitio en esa estación del año, en un momento parecido del día o de la noche. Pues nuestros cuerpos no solo están emparentados (todos los mamíferos, por ejemplo, comparten un ancestro), sino que en este momento todos somos componentes interdependientes de una biósfera común; cada uno la experimenta desde su propio ángulo y con sus capacidades específicas, pero todos somos parte de la vida circular de la tierra y por ende estamos sujetos a los mismos flujos, ritmos y tensiones a gran escala que se mueven por esa vida más amplia.

En ese sentido, el mundo que habitamos no es un conjunto determinable de procesos objetivos. Es nuestra carne más amplia, un tejido densamente intrincado e improvisatorio de experiencia. Es una esfera sensible suspendida en el viento solar, un campo redondo de sentiencia sostenido por las relaciones entre las múltiples vidas y las sensibilidades que lo componen. El modo de conocer mejor esta esfera no es separándonos de nuestra experiencia sensible sino habitando nuestra experiencia corporal de manera más rica y despierta, abriendo con los sentidos el camino hacia un contacto más profundo con otros cuerpos que experimentan, y, por lo tanto, con la vida salvaje e intercorporal de la tierra misma.

QUIETUD

Las teclas de la computadora bajan y suben debajo de mis dedos, las letras se acomodan en la pantalla mientras hago una lista de los asuntos pendientes para los próximos días. Dejar unas cartas en el correo. Armar una presentación decente para la conferencia del jueves. Limpiar la estufa y el horno. Y, como vamos a tener invitados, juntar los recibos de este año que están dispersos en las varias cajas y canastas y pilas en las que los fui tirando, y quizás organizarlos de manera respetable. Los invitados son mis padres; llegan el miércoles… ¡mañana!, para pasar tiempo con sus dos nietos. Mañana. ¿Cómo pretendo encontrar el tiempo para elaborar una presentación más o menos decente para esa conferencia? Tendré que armar algún tipo de boceto y luego improvisar el resto. Mientras tanto, mi pareja me ha estado poniendo mala cara todo el día porque la semana pasada me olvidé de arreglar la aspiradora. (Como si yo tuviese alguna idea de cómo desarmar ese aparato. El año pasado, cuando lo arreglé, fue de pura casualidad: la parte más voluminosa se cayó por la escalera cuando trataba de abrirla a la fuerza y milagrosamente empezó a funcionar como nueva, por eso, de repente, ella empezó a considerar que yo era un genio mecánico. No es que no aprecie el respeto, pero tarde o temprano descubrirá que soy un fraude, la última persona a la cual uno debería confiarle una herramienta un poco más complicada que una herradura). De cualquier modo, tengo que recordar –¡recuérdalo!– que la voz de la compañía eléctrica al

otro lado del teléfono me dijo que van a cortar el gas y la luz si no llevo un cheque para el miércoles. Mañana. Muy tarde para enviarlo por correo. Quizás pueda hacerme una escapada de camino al turno de Hannah con el dentista. Después del dentista tengo que ir directo al aeropuerto a recoger a mis padres; pero ¿por qué demonios tiene que ir de nuevo al dentista? ¿Qué clase de estafa llevan adelante estos médicos? Si los dientes de mi hija no estuviesen en perfecto estado no podría haber mordido con tanta eficacia a su amigo Finn; y si vuelve a casa con otro de esos libros para colorear que le entregan en la sala de espera, lleno de animales sonrientes que proclaman lo importante que es ir al dentista cada seis meses, voy a denunciar al dentista por corrupción de menores. ¿Y por qué él necesita tantas visitas? ¡¿Acaso no tiene amigos?!

Cuando el agobio golpea, siento una punzada de acidez en el estómago, y siento también cómo se inscribe en una mueca fugaz de dolor en mi rostro. Qué desastre. Por alguna razón, esta próxima conferencia me tiene en vilo, quizás porque es en mi ciudad natal, para variar, y habrá muchos conocidos esperando algo deslumbrante. Dios.

Algo atrae mi visión periférica y me vuelvo hacia la ventana. Siento que mis ojos se ensanchan de sorpresa: ¡copos de nieve! Una gran multitud de copos de nieve que flotan y caen, un denso matorral blanco que rueda hacia abajo. ¿Cuánto hace que está pasando esto? Me quedo mirando unos instantes, luego me pongo un suéter y salgo por la puerta a un paisaje que se ha transformado como bajo un hechizo. Mis pasos no hacen ruido, el manto blanco ya es una felpa sobre el suelo y se amontona en matas sobre los enebros y las ramas de los pinos mientras los copos caen sin rumbo como estrellas sueltas. Cientos de ellos vuelan hacia mi cara y se derriten contra mi piel mientras camino lento en un mundo completamente transfigurado por esta gracia silenciosa que desciende como una cascada en todo el espacio que me rodea.

De algún modo, la sobrecarga y la presión de las preocupaciones de la semana se han desvanecido. Cuando trato de traer de nuevo a la mente esas inquietudes, no logro encontrarlas detrás de la multitud de copos que van cayendo despacio. El pasado y el futuro se han disuelto, estoy detenido en la eternidad de un momento tan hermoso que derrite todas mis palabras. Todo el peso se ha disipado; las innumerables trayectorias descendentes han convencido a mis sentidos de que estoy flotando, o mejor, elevándome, y que el suelo mismo se alza debajo de mí: la tierra y yo ascendemos ingrávidos por el espacio.

Un sonido: el aleteo de un pájaro, y una pequeña explosión de nieve en la rama donde se posaba. Luego, nada más que silencio. No un silencio como ausencia de sonido, sino como plenitud… como el sonido que hacen diez mil copos de nieve al tocar el suelo. Un silencio denso, que envuelve todo el valle y, hasta donde sé, el cosmos entero. No puedo imaginar que haya pájaro, ardilla, coyote o liebre que no esté también atrapado en el trance visible de este silencio que cae como una cascada silenciosa.

Crecen los montones de nieve sobre las ramas…

La nieve cae durante la noche, la luz del porche ilumina un espacio encantado a través del cual cae sin cesar el polvo. La apago antes de irme a la cama, luego salgo a inhalar la oscuridad: incluso la casa y el camión que duerme en la entrada han caído ahora bajo el hechizo.

Por la mañana, la nevada ha cesado. Pero el encantamiento se mantiene. Cuando salgo y ajusto mis botas a los esquíes, hay una quietud suave por todas partes. Me deslizo entre los árboles hacia el camino de tierra, cuyos muchos surcos han desaparecido; la sustancia inalterada se extiende en todas las direcciones desde las puntas de mis esquíes. Hay una pureza tranquila en el mundo y en la conciencia misma mientras floto por los campos nevados. El dentista esperará, y la compañía eléctrica recibirá su cheque cuando se despejen las calles, ya sea hoy o mañana. La presentación del jueves va tomando forma sin esfuerzo mientras me deslizo sobre la extensión blanca y mi cuerpo escribe su guion prolijo sobre las páginas limpias, en blanco.

Cada tanto una rama alta suelta un montón de nieve demasiado pesada; una lluvia de polvo cae como una sábana, brillante, centelleante, y luego se desvanece en el aire límpido.

VIENTO

De todos los elementos, el viento es el más versátil y mutable: ofrece en cada región un rango diferente de personalidades, cambia según la estación y muchas veces también según la dirección de la que venga. Aunque consideremos solo un rango acotado de sus encarnaciones, su variedad es abrumadora, y por eso debemos elegir solo unos pocos ejemplos entre una diversidad enorme de estilos:

Hacia la coda final de un duro invierno, cuando ciertos días de calor inesperado traen un olorcillo a primavera y el depósito de recuerdos específicos de esa estación envía algunos brotes verdes a la conciencia, suele pasar que el invierno se reafirme, abalanzándose por la noche para congelar las paredes de la casa y volver a poseer los campos nevados. Cuando salimos por la mañana, la superficie recién derretida de la nieve se ha solidificado y está resbaladiza como una hoja de vidrio. Y a través de ese vidrio, una fina niebla de cristales pasa junto a los troncos de los árboles y tintinea en remolinos contra las ventanas de la casa mientras la corriente de viento principal galopa por el valle. Las botas se resbalan sobre la superficie congelada cuando intentamos dar unos pasos, con la cara y las orejas congeladas por la ráfaga helada. No hay nada en el paisaje que nos haga señas o nos llame, cada arbusto, rama o poste de teléfono parece completamente concentrado en quedarse en su lugar, cada casa se aferra con todos sus dedos al suelo que está debajo, cada ser hace su mejor esfuerzo para convertirse en una parte inadvertida del terreno, un bulto mudo o un apéndice de la tierra, otorgándole al viento nada más que una superficie lisa sobre la cual deslizarse. Bajo la embestida del viento helado, cada entidad se sumerge en el anonimato de la tierra, incluso nosotros, y nuestra individualidad se subsume en el rigor de permanecer

sólidos contra la embestida glacial, con el cuerpo convertido en una piedra lisa. El pensamiento se aquieta, toda reflexión interior se disuelve, no hay recuerdos aparte de ese parentesco y esa solidaridad con la densidad del duramen, el metal y la roca. El rugido exterior del viento nos obliga a encontrar el silencio dichoso de la piedra en el corazón de la mente. Anónimo, implacable, imperturbable: el frío penetrante de un viento de invierno nos devuelve a nuestra unidad con el lecho de roca.

Sin embargo, a finales de la primavera, un viento de la misma velocidad puede tener un efecto casi opuesto. Como cuando luego de un largo paseo en bicicleta uno asciende a un paso alto desde las estribaciones orientales y mira hacia el valle lejano. Una brisa húmeda sube por la ladera occidental cargada de aromas frescos del bosque de más abajo, y las nubes que antes eran invisibles se agolpan de a poco en ese lado de la cordillera. El viento se hace más fuerte, más insistente, y nos damos cuenta de que se avecina una tormenta; es hora de bajar y buscar refugio. Pero algo nos retiene en donde estamos. El viento empieza a aullar, abalanzándose por la cresta y bajando a toda velocidad por la ladera sembrada de rocas que está detrás, y entonces nos tironea el pelo y llena nuestras mejillas cuando abrimos la boca, nos azota la camisa abierta como un barrilete al mismo tiempo que una euforia recorre nuestros músculos. Nos reímos, nos agachamos y saltamos en medio del viento, lo enfrentamos y sentimos las primeras gotas de lluvia mientras nos atragantamos de esas ráfagas cargadas, absorbemos la energía de la tormenta, vamos al encuentro de su naturaleza salvaje con la nuestra mientras bailamos, empapados como tontos sonrientes por el sendero: un viento salvaje puede hacernos regresar a nuestra propia vitalidad mucho más rápido que cualquier otro elemento. Y los árboles pelados que se mecen y se agitan sobre nosotros cuando bajamos, ¿no están ellos también atrapados en el mismo estado de ánimo? Tal vez no la risa, pero sí el regocijo que hay detrás, el modo en que el viento nos desafía en esa estación en la cual la savia ya ha empezado a correr por nuestras venas y a probar cuán flexibles somos, despertando nuestras extremidades y nuestra agilidad, incitando a cada uno a su propio abandono animal, a su propia danza muscular…

También están los vientos de otoño, los que forman remolinos en las calles y arrancan las hojas secas y rojizas de sus amarras. Avivado por los aromas de la fruta caída, el suelo y el humo, el viento de otoño coquetea con nuestras narices al pasar y desparrama las pilas de hojas cuidadosamente barridas, mezclando a sus integrantes con otras hojas que caen en espiral desde las ramas. Muy pronto los robles, los arces y las hayas se erguirán desnudos y expuestos, con su complejidad fractal recortada contra el cielo. El cuerpo es testigo de esta suelta gradual de hojas, el modo en que las ramas esqueléticas y grises se deshacen del color, y no podemos evitar sentir que la vida que anima las cosas se escabulle por el aire, que el viento que se queja en nuestros oídos está compuesto por innumerables espíritus que dejan atrás sus cuerpos visibles. Sentimos que nos envuelve una multitud precipitada de esencias

invisibles: vidas que suspiran y zumban y que se nos revelan solo como olores pasajeros, o una turbulencia momentánea de polvo y hojas que giran. El viento está embrujado, vivo. Solo en esta estación liminal, antes del inicio del invierno, la psique de la tierra se expresa de modo tan vívido que incluso las personas más racionales se pierden, de tanto en tanto, en las profundidades asombrosas de lo sensorial. Los sentidos animales se despiertan; la piel empieza a respirar.

La noche otoñal intensifica la desorientación, en especial en esas noches claras, acechadas de sombras, en que los vientos fuertes arrojan las nubes a la cara de la luna, liberando a la percepción de sus limitaciones comunes. A nuestros ojos les parece que no son las nubes brillantes las que corren hacia el sur sino más bien la luna refulgente la que se desliza con prisa y suavidad hacia el norte, nadando contra la misma corriente que golpea nuestras piernas y contra las ramas que gesticulan.

Y es que el viento es el humor cambiante personificado: se altera según sus caprichos y transgrede con temeridad las fronteras entre lugares y seres, entre mundos internos y externos. El viento, duende rebelde de nuestro clima mental colectivo, es, después de todo, la fuente antigua y sostenida de las palabras *espíritu* y *psique*. Es la *ruach* de los antiguos hebreos, el espíritu invisible que otorgaba vida al mundo visible; es el *anima* latina, el viento con alma que animaba a todos los seres vivos (todos los animales); es el *Nilch'i* de los navajos, el Viento Sagrado del cual todos los seres extraen su conciencia.

De hecho, cuando las personas indígenas tribales hablan (en general con total naturalidad) acerca de «los espíritus», nosotros los modernos suponemos, erróneamente y de acuerdo con nuestro propio sentido empobrecido de la materia, que aluden a una serie de poderes sobrenaturales sin relación con la tierra tangible. Sin embargo, nos acercamos mucho más a la misteriosa inteligencia de nuestros hermanos y hermanas indígenas cuando nos damos cuenta de que los espíritus de los que hablan tienen mucho en común con la miríada de soplos, brisas y vientos que influencian la vida en cualquier lugar: el viento que pasa volando sobre el río al atardecer y conversa con los sauces, la brisa cargada de niebla que algunas mañanas baja flotando desde las colinas, los muchos remolinos de polvo que levanta el viento en los días calurosos de verano, el céfiro amable que sobrevuela la hierba por la noche, y los varios vientos mensajeros que nos traen conocimiento de lo que están cocinando los vecinos para la cena. O incluso los soplos pequeños pero significativos que entran y salen de nuestras narices mientras dormimos. La gente moderna presta poca atención a esas sutilezas invisibles, esas esencias: de hecho, tendemos a no notarlas en absoluto, convencidos de que una brisa no es más que una maraña de moléculas sin sentido. Nuestros cuerpos vivos saben que es al revés. Pero mantendremos a los cuerpos fuera de juego; nuestros pensamientos estarán alineados solo con lo que puedan medir nuestros complejos instrumentos. Hasta que tengamos evidencia indiscutible de lo contrario, asumiremos que la materia misma está totalmente desprovista de

experiencia sensible.

De este modo acumulamos y nos aferramos a nuestra propia conciencia, como un remolino asustado que gira cada vez más rápido tratando de convencerse de su propia autonomía, luchando por mantenerse alejado del océano de aire que lo rodea.

TORMENTA

Es una tarde cálida. Las hojas nuevas salen de los capullos recién abiertos y los árboles de damasco ofrecen sus flores a un millar de abejas cuando notamos un leve zumbido en el aire que se disuelve en el rumor incesante de las abejas y poco después, regresa… una agitación similar. El temblor no se escucha, más bien se siente, es una vibración que perciben nuestros huesos y los troncos de los árboles frutales antes que nuestras reflexiones conscientes. Detrás de las ramas, lejos, hacia el oeste, se reúne una oscuridad, una vaga amenaza en el horizonte. Y ahí está el estruendo otra vez, más audible y ominoso. Los conejos olfatean el aire, vacilantes. Qué extraño… ¿qué pasó con todas las abejas? Ahora solo unas pocas rezagadas se mueven por las flores. Las aves son más evidentes: varios seres alados bajan en picada entre los árboles, gastando una cantidad inusual de energía. Ahora todos los que están aquí lo sienten: el silencio de fondo se ha apoderado de la tierra mientras las nubes se espesan en un ocaso demasiado precoz –los conejos se esconden en sus madrigueras–, la profunda quietud se rompe con el canto de alerta de un pájaro y poco después con la violencia sorda que se despliega a corta distancia. Como si el cielo fuese un cuero estirado y tirante. Todos buscan un lugar resguardado y se agazapan, trémulos y expectantes.

Luego, poco a poco, una brisa suave sacude las puntas de los pastos y hace ondear las briznas, esparciendo quizás cierto tipo de placer entre la vida verde, una anticipación entusiasta muy diferente de la amenaza que se siente en nuestros músculos y en los músculos de los otros animales.

Y entonces, sin aviso, el aire se parte en dos: un fuego blanco traza un recorrido extremadamente errático entre el cielo y las colinas de enfrente, un tajo abrupto que se nos quema en las retinas y por un instante, antes de que regrese la oscuridad de la sombra, convierte al paisaje en una imagen negativa de sí mismo. Silencio. Y entonces el sonido devastador del quiebre, el chasquido sincopado que explota en el cráneo y reverbera en los cerros. El sonido del cual deben venir todos los otros sonidos. La Palabra en el origen del mundo. Y mientras el mundo visible vuelve a asentarse en su lugar, otra llama brillante rasga caótica el fondo gris y a continuación –lo anticipamos pero no estamos preparados para él– el ¡¡¡GRITO!!! rompe el aire y hace temblar el suelo bajo los pies.

Nada, ninguna criatura ni piedra ni escama de pintura en la pared escapa al imperativo devastador del grito del trueno, a cómo nos deshace y nos vuelve a crear en un segundo. En ese momento no hay criatura despierta que esté distraída, no hay persona que permanezca perdida en sus divagaciones o pensamientos internos; todos estamos unidos en el mismo presente eléctrico

por la violencia repentina de ese intercambio entre el suelo y las nubes, la tensión loca y apasionada y la estática que reverbera a través de todos los que estamos esa tarde en el valle. Una furia en la mente.

La pasión parece elevarse en las ramas de los pinos ponderosa de las colinas y luego en las ramas ondulantes de los álamos, y también en las agujas agitadas de los enebros y en los piñones dispersos sobre el camino de tierra: un poder se mueve rápido por el valle, un tumulto de viento en las ramas, y, al fin, el sonido fresco de la

LLUVIA.

Primero, unas pocas gotas en mi hombro y mi nariz mientras oigo cómo empieza a bombardear el suelo del jardín de árboles frutales. Luego me envuelve la espesura fría de las gotas, que mojan primero mi ropa y luego a la criatura de piel suave que se encuentra debajo de esa ropa, se desliza por mi nariz y gotea de las ramas del damasco para formar charcos en el pasto, se derrama por mis brazos y se acumula en los bajos de mis jeans.

El efecto obvio que desencadena la lluvia es el de una descarga, una descarga constante y dramática de tensión, como lágrimas contenidas que finalmente se nos deslizan por las mejillas.

Los relámpagos siguen centelleando detrás de la lluvia y el tartamudeo del trueno, pero toda esta agua que tamborilea sobre mi cabeza aplaca la violencia de esa percusión más oscura, desvía mi atención de la tirantez astillada del cielo y la trae hacia mis propias superficies frías y temblorosas y a los patrones que se forman con las salpicaduras en los charcos cercanos: la percepción vuelve las cosas más próximas. Antes, cuando cayeron cerca los primeros relámpagos, toda la atención estaba concentrada en el momento presente, pero ese momento era una cosa vasta que se abría a la totalidad del cielo nublado e incluía todo el tramo iluminado del valle. Sin embargo, una lluvia fuerte encoge enseguida el campo del presente a un vecindario íntimo que se extiende unos pocos metros en cualquier dirección. Mis sentidos no penetran fácilmente en el bosque de gotitas que caen a mi alrededor. El pasado y el futuro parecen meras abstracciones, ayer y mañana son ficciones lejanas; estoy atrapado en la inmediatez inclinada del agua, el barro y la piel. Levanto la vista, parpadeando, tratando de seguir las gotas individuales mientras caen hacia mí. Difícil. Me doy por vencido y solo abro la boca. La densidad sensorial del momento presente, y yo dentro de él, bebiendo la lluvia.

Me dirijo hacia la casa para quitarme la ropa empapada y secarme con una toalla. La lluvia hace sonar un staccato irregular sobre el techo. Me paro en la ventana y miro hacia afuera. Las gotas se estrellan contra diferentes puntos del vidrio, el impacto las hace explotar en gotitas más pequeñas que se deslizan obstinadas por el cristal; cada una va recogiendo otras mientras desciende y cada rezagada que se suma aumenta la velocidad de la gota hasta que todas juntas se acumulan en la base.

Incluso el interior de la casa se transforma con el canturreo de la lluvia, los objetos parecen más atentos a las cosas que los rodean: la mesa, la lámpara, los sillones, las sillas, las bibliotecas y los libros, todos parecen haber abandonado los lazos que desviaban su atención hacia el mundo exterior y ahora son ciudadanos comprometidos con este pequeño pero espacioso cosmos, aislado por completo del resto del valle. Los lazos familiares que estos objetos tienen entre sí y conmigo se acentúan de alguna manera por el golpeteo de la lluvia sobre el techo y las paredes.

Luego, cuando la lluvia ya se ha disipado, abro la puerta hacia un mundo diferente: un campo de superficies brillosas, relucientes, de seres que discretamente vuelven su atención desde el interior al exterior, las criaturas asoman sus narices de sus madrigueras, un tordo se desvía hacia el borde de un charco y luego salta adentro para mojarse las alas con el agua. Todo brilla y resplandece, todo refulge hacia afuera mientras cientos de fragancias suben desde el suelo y desde los troncos cubiertos de hongos, desde las cáscaras de los huevos de los insectos y las hojas del año pasado y el pelaje húmedo y enmarañado de dos ardillas que se persiguen por la canaleta del techo. Una maraña de esencias flota y se mezcla en la mente de este viejo jardín de árboles frutales, y cada uno de nosotros inhala el sabor de los demás, en un estado de apertura y tranquilidad enérgica, mientras las nubes empiezan a abrirse y el sol de la última tarde atrae volutas de vapor de la hierba.

Pero esperen: ¿no estamos proyectando nuestro ánimo interior en el paisaje externo? ¿No estamos convirtiéndonos una vez más en la fuente y el centro del mundo terrenal, el núcleo humano alrededor del cual gira la naturaleza?

Esta es una pregunta clave, necesaria para revisar nuestra arrogancia usual y para desviar la atención, siempre, hacia la *otredad* extraña de las cosas y mantener los pensamientos abiertos al shock inesperado y a veces desconcertante de lo real. Entonces, ¿estamos haciendo una mera proyección de nuestros estados emocionales en el entorno? Bueno, no… no si el modo en que entendemos y conceptualizamos los varios estados «interiores» provino originalmente de la tierra misma. No si la imagen que tenemos de la furia y la rabia lívida fue un préstamo, al menos en un principio, de nuestra experiencia animal y ancestral de las tormentas y de la violencia del rayo repentino. No si nuestro sentido de descarga emocional se alimentó tanto del fluir de las lágrimas como de nuestra experiencia de la lluvia, y si nuestro concepto de claridad mental se nutre de la transparencia visual del aire y el azul abierto del cielo en esos días de bajísima humedad. Si nuestro sentido interno de confusión y desorden está unido de manera inextricable a nuestra experiencia externa de estar envueltos en la niebla –si toda nuestra conceptualización del estado emocional o «sentimiento» de las cosas está inevitablemente imbricada con metáforas de «atmósferas», «aires» y «climas»–, entonces no puede ser una proyección el hecho de notar que no son solo los seres humanos (y los espacios

creados por el humano) los que poseen estados de ánimo: la tierra viva que habitamos y de cuya vida formamos parte tiene su propio tono y estilo de sentimientos que van variando durante el día o la estación.

En verdad, es probable que nuestro sentido solitario de interioridad (nuestra experiencia de un paisaje interior al que solo nosotros tenemos acceso) nazca del olvido o la sublimación de una interioridad mucho más antigua que fue alguna vez nuestro común derecho de nacimiento: el sentido ancestral del cosmos circundante como el *interior* voluminoso de un inmenso Cuerpo o Carpa o Templo. Antes de la invención del telescopio, las estrellas brillantes del cielo nocturno parecían estar mucho más cerca que hoy en día. Para los antiguos egipcios y mesopotámicos, la bóveda del cielo se consideraba el dosel de una enorme carpa, sostenida por las montañas que se alzaban en los confines del mundo. Para el pueblo haida, una tribu marítima de talladores de madera y artífices de la palabra que habitan un archipiélago lluvioso en la costa occidental de lo que hoy llamamos Canadá, entrar en una de sus tradicionales casas de tablas de cedro era situarse dentro de una vida análoga a la del cosmos, pues el universo mismo se percibía como una enorme casa con agujeros en las tablas a través de los cuales brillaban las estrellas.

De modo similar, un *hogan* navajo –la vivienda tradicional del pueblo diné, del suroeste de los Estados Unidos– se experimenta como un microcosmos de la envolvente casa del mundo. En efecto, en ausencia de telescopios, las concepciones del cosmos como un inmenso interior o un recinto parecen haber sido comunes a una gran mayoría de culturas humanas, como si el sentido de la interioridad del mundo circundante –esta amplia casa de tierra y cielo– fuese casi irresistible para la criatura humana.

La cosmología de Aristóteles y Ptolomeo, que dominó en Europa hasta el siglo XVII, era en sí misma un ejemplo refinado de esa misma noción. Sostenía que el universo era una serie de esferas concéntricas y cristalinas que giraban independientemente unas de otras alrededor de la esfera central y sólida de la tierra. Cada una de esas esferas transparentes (y por ende invisibles) llevaba uno de los cuerpos celestes en su superficie. Como para nuestra visión desnuda había solo siete cuerpos que se movían de modo independiente en el cielo nocturno, así en el universo precopernicano había siete esferas concéntricas que llevaban al sol, la luna y los planetas visibles junto con una octava esfera, más exterior, que llevaba las «estrellas fijas». La esfera más cercana a nosotros era la que llevaba a la Luna, seguida por las de Mercurio, Venus y luego la esfera que llevaba en su superficie al Sol. Más allá giraban las esferas que llevaban a Marte, Júpiter y luego Saturno (el planeta más lejano visible para el ojo desnudo), y, por último, la esfera de fondo de las estrellas fijas.

Había una gran intimidad en esa visión del cosmos, con sus esferas invisibles pero ordenadas que envolvían a la tierra y acunaban a este mundo en su gran abrazo. Con toda su complejidad y refinamiento observacional, no dejaba de ser una extensión de nuestra visión ancestral, indígena, del universo

como un inmenso recinto. Y así, cuando Copérnico y sus seguidores derribaron esa imagen aristotélica del cosmos, la civilización occidental se aseguró la disolución de la última versión que perduraba de ese enorme espacio interior.

Es difícil imaginar la desorientación visceral y el vértigo que ese cambio suscitó, cuando primero las esferas que sostenían los planetas y luego las esferas exteriores de las estrellas fijas se disolvieron de golpe en una profundidad sin fin. Los europeos muy pronto se encontraron a la deriva en un espacio ilimitado, un puro exterior. Solo a raíz de esa dramática desorientación y de la consiguiente pérdida de un interior colectivo es como surgió la concepción moderna de la mente como un espacio interior por completo *privado*, y, por ende, de cada persona como un individuo autónomo y aislado.

Cualidades psicológicas que alguna vez se consideraron propias del terreno circundante –tonos de sentimientos, humores, espíritus locales que residían en bosques o pantanos particulares– perdieron todas su hogar con la disolución del carácter envolvente, uterino, del cosmos precopernicano. Y es que, a diferencia de las cantidades, las *cualidades* son propiedades fluidas que surgen de las relaciones internas, sentidas, entre los seres. Esos tonos de sentimientos ya no tenían lugar en un mundo físico concebido como un conjunto de objetos sin relación interna entre sí. La naturaleza empezaba a ser percibida como un puro exterior, un mundo de relaciones externas, mecánicas: un mundo de cantidades.

Es natural que las cualidades psicológicas hayan huido de esa exterioridad abierta tras la revolución copernicana y se hayan refugiado en el espacio privado que se supuso que existía en cada individuo. Los sentimientos y estados de ánimo son poderes volátiles; requieren al menos de un sentido provisorio de *recinto* que los reúna. Cuando ya no pudieron ser contenidos por el cosmos sensorial y dejaron de tener lugar dentro del abrazo curvo de las esferas, esas cualidades fluidas renunciaron por completo al así llamado mundo exterior y establecieron su residencia en la nueva interioridad del «mundo interior» de cada persona. De ahora en adelante serían interpretadas como meros fenómenos *subjetivos*.

Sin embargo, sigue habiendo algo muy endeble e inestable en esa encarcelación de las cualidades sentidas dentro de los recintos solitarios que hay en cada persona. Pues, ¿dónde está realmente ese mundo «interior»? ¿Existe en algún lugar dentro de nuestro cuerpo? Parece poco probable, pues cada vez que abrimos un cuerpo humano no encontramos más que un manojo de órganos y tejidos, tan físicamente mensurables como las cosas y objetos que están fuera del cuerpo. ¿Reside quizás en el cerebro? Si cortamos el cerebro descubrimos una masa de células especializadas, densamente abarrotadas, sin espacio entre ellas para que pase el aire. Pero cuando hablamos de nuestro «mundo interior», nos referimos a un lugar espacioso donde la imaginación baila y vuela, un campo abierto en el que el pensamiento discurre libremente, aunque varias agencias ambiguas (miedos que apenas percibimos, anhelos

serenos, deseos abrasadores) compitan allí por nuestra atención, un reino con espacio para toda clase de aventuras e incursiones. Es claro, entonces, que nos referimos a algo más que la densidad abarrotada de nuestro interior corporal. ¿Dónde está realmente ese «adentro» expansivo al que aludimos, el espacio y la profundidad donde las cualidades sentidas subjetivamente tienen su hogar?

A pesar de las tormentas del mes pasado, la tierra está seca… demasiado seca. Alrededor de mi casa los piñones se marchitan y mueren por la sequía intensa. Muchos de los peces endémicos del Río Grande que baña este valle han desaparecido; el flujo del río ha sido usurpado por demasiadas industrias, demasiados emprendimientos, demasiados campos de golf. A veces llegan las nubes y traen esperanzas de una lluvia que casi nunca cae. Como hoy, una rara tarde nublada de fines de primavera: el manto nuboso se extiende desde las montañas Sangre de Cristo, a mis espaldas, hasta la sierra de Jémez en el horizonte occidental, sin que pueda divisarse una sola puntada de azul. El lado inferior de las nubes está más definido de lo que suele verse aquí en pleno desierto, la textura fruncida de ese techo gris está extrañamente clara. Aquí y allá en la distancia hay pequeños puntos en los que un borrón ralo, plumoso, se ladea hacia el suelo: lluvias suaves que caen en la tierra lejana.

Es extraño, ese manto de nubes que extiende sus alas como un pájaro inmenso sobre todo el valle. La densa topografía en lo alto parece tan sólida y palpable como el suelo bajo los pies. Y por eso los seres que encuentro cuando camino entre esas dos densidades –arbustos y salvia, un carpintero escapulario que prueba con unos golpecitos el pasante podrido de una ventana vieja, una liebre que se agacha debajo de un piñón sin savia, y también los restos del piñón–, todos parecen hoy curiosamente familiares, como si fuésemos cómplices de un mismo plan, personajes vitales en una misma historia más amplia.

La disolución de las esferas concéntricas y cristalinas del cosmos aristotélico abrió el camino para el descubrimiento lento y gradual de un nuevo interior colectivo, menos exaltado que el cosmos anterior, pero mucho más asombroso. Luego de tres siglos y medio de mapear y medir la naturaleza material como si fuera un puro exterior, al fin hemos empezado a notar que el mundo que habitamos (desde el fondo del océano hasta la alta atmósfera) está vivo. Los sentimientos que nos mueven –los miedos y los deseos que tiñen nuestros días, las fantasías que a veces nos capturan, la creatividad que fluye a través de todos nosotros– nacen del intercambio constante entre nuestra vida y la Vida más amplia que nos rodea. No son más nuestros que de la Tierraire. Nos atraviesan y a menudo nos cambian, pero no son nuestra posesión privada ni una propiedad exclusiva de nuestra especie. Estamos, nosotros y los demás animales, al igual que los líquenes arrugados y las rocas talladas por el río, todos implicados en este mundo íntimo y extrañamente infinito, haciendo equilibrio entre el paisaje táctil debajo de los pies y el cielo plomizo en lo alto,

entre el suelo y el techo, y cada uno de nosotros se agacha o se tropieza o cae en picada dentro del mismo interior. Dentro del mundo.

El habla de las cosas
(Lenguaje I)

Las palas de mi remo rebanan la superficie lisa del agua, primero de un lado, luego del otro: clishhh… closhhh… clushhh… closhhh… El ritmo sigue el compás tranquilo de mi respiración mientras me hamaco apenas de lado a lado y me deslizo sobre la extensión resplandeciente del cielo: la bóveda luminosa de arriba se refleja a la perfección en la superficie cristalina. Montañas altas, de picos nevados, se elevan en el perímetro de este ancho mar, y también parecen descender hacia él. Frente a mí, hacia el oeste, están los cerros del archipiélago Alexander, el largo cúmulo de islas frente a la costa sureste de Alaska; detrás están los picos cubiertos de glaciares de la cordillera costera. El habla líquida de la pala suena contra el fondo de un silencio tan vasto que resuena en mis oídos. El cielo se arquea sobre el mundo como el interior de una enorme campana que nadie toca; el sol suspendido es su lengua.

Entre mi kayak y las cuestas occidentales, dos islas más pequeñas anidan una junto a la otra. Voy remando hacia allá. No conozco el nombre de esas islas, pues no he estado antes en esta región. Una brisa crea un patrón de ondas sobre la superficie del agua, luego pasa: de nuevo el espejo. Clishhh… closhhh… clishhh… De a ratos se vuelve audible otro ritmo, más rápido, y entonces se materializa en las cercanías una pareja de patos que aletean justo encima de la superficie del agua. El golpe seco de sus alas contra la corta capa de aire se ensancha en volumen y luego se apaga a medida que sus siluetas se disuelven otra vez en la distancia, al otro lado de mi kayak.

Las islas se acercan con cada flexión de mis brazos, agrandan su tamaño y pronto llenan mi mirada de verde y calman mis oídos con el lamido líquido del agua contra las rocas. Tengo una leve sensación de estar siendo observado. Oteo la costa rocosa y la densa pared de bosque sobre la línea de la marea alta de cada isla, pero no veo a nadie. Solo cuando un resplandor blanco se me engancha en el rabillo del ojo, noto al águila posada en un tronco muerto que sobresale de la costa de la isla más septentrional. Su cabeza lustrosa está ligeramente ladeada, un ojo sigue los destellos de las paletas de mis remos. Y quizás también el brillo de mis anteojos, ya que cuando giro la cara hacia ella, el ave alza vuelo con unos pocos movimientos de sus enormes alas, se inclina y planea por el pasaje entre las dos islas. Ajusto mi dirección y la sigo, deslizándome debajo de los bosques de agujas que hay a ambos lados. Luego de un rato emerjo del canal, el eco de mis paladas contra la doble pared de árboles se ensancha y se disipa y da paso a un sonido amortiguado que se

escurre desde el sur, un clamor tenue pero disonante cuya intensidad sube y baja. Curioso, viro el kayak hacia la izquierda y empiezo a remar siguiendo la costa occidental de la isla que está más al sur. Cuando rodeo una saliente de tierra, el sonido se hace más fuerte, un estruendo polifónico y grave que no puedo identificar en absoluto. Se atenúa hasta silenciarse mientras remo por una bahía ancha, y luego se eleva hasta mis oídos cuando doy la vuelta a otra península, aunque ahora es más intermitente, y a medida que escucho esta música oscura me doy cuenta de que es una cacofonía totalmente orgánica, una multitud de tonos de gruñidos estridentes que compiten entre sí. Cuando cruzo la siguiente bahía vuelve a disiparse. Solo cuando el kayak se desliza alrededor de una nueva punta y veo la saliente larga y rocosa en el lado más alejado de la próxima caleta –sus terrazas irregulares y rocas angulosas adornadas con un revoltijo de elegantes jorobas marrones– me doy cuenta de que estoy entrando en el vecindario de una gran colonia de leones marinos.

Es curioso, los cuerpos marrones que tengo enfrente se quedan en silencio cuando me hago visible; unos pocos gruñidos llegan hasta mis oídos mientras ellos negocian su lugar sobre las rocas. No puedo divisar a ninguna cría, de modo que esta no puede ser una de las colonias en las que los leones marinos se juntan a reproducirse y dar a luz, sino que debe ser una de sus barriadas comunales. Una barriada muy popular: cuento más de ochenta leones adultos mientras remo despacio a través de la caleta, y sé que debe haber muchos otros ocultos a la vista. Pero es su masa inmensa lo que me sobresalta cuando miro por mis binoculares. Son leones marinos del norte, o leones marinos de Steller, mucho más grandes que sus primos sureños; más tarde me entero de que los machos pueden pesar más de mil kilos, y que pueden superar los tres metros de largo. Veo que algunos miran en mi dirección mientras remo. Cuando estoy en mitad de la caleta, uno de los machos, que está sobre una roca cerca del agua, se alza sobre las aletas, agacha la cabeza un par de veces y empieza a rugir con una voz profunda y gutural que resuena en el hueco del kayak y reverbera en la cueva de mi cráneo. Enseguida, otros dos machos grandes, acostados en una cornisa encima del primero, alzan sus torsos y empiezan también a aullar, y en unos pocos instantes parece como si todos los leones marinos de esa saliente rocosa hicieran sonar sus alaridos salvajes sobre las olas. El estrépito es perturbador, y una oleada de miedo me sube desde la base de la columna. Dejo el remo y, en un esfuerzo por sofocar el pánico que se avecina, hago lo único que se me ocurre, el único acto espabilado que puede llegar a aliviar la tensión de ese encuentro: empiezo a cantar.

Esa es una respuesta a la amenaza animal que yo había descubierto unos años antes, cuando, haciendo esquí de fondo a lo largo de un arroyo cubierto de nieve en las Rocosas septentrionales, salí del bosque a un pantano pequeño y congelado y me encontré de repente a tres tramos de esquí de una madre alce.

Se había estado alimentando con su cría entre los sauces bajos. Levantó la vista, tan sorprendida como yo: me miraba de frente, con las fosas nasales enardecidas y las patas delanteras tensas, inclinada hacia adelante. Sus ojos estaban fijos en mi cuerpo, una oreja me escuchaba a mí mientras que la otra estaba rotada hacia atrás, monitoreando los movimientos de su cría. Mis sentidos estaban en alerta, pero por alguna razón no tuve miedo, ni siquiera estaba preocupado: respiré hondo y luego me encontré cantando una única nota dulce y sostenida, un llamado musical en la parte media de mi registro, y sostuve el tono y el volumen todo el tiempo que pude. Mientras mi voz se apagaba, noté que sus músculos se relajaban. Con otro aliento canté la misma nota de nuevo, relajando mi cuerpo y poniendo en el tono toda la paz que podía. Un momento después, la madre alce inclinó la cabeza hacia abajo y empezó a mordisquear las puntas del sauce. Hice sonar el tono líquido una vez más, y finalmente me impulsé con los bastones y seguí de largo.

La pertinencia sencilla de lo que acababa de hacer se hizo evidente a mi mente pensante mientras me deslizaba por el bosque. Pues el timbre de una voz humana que canta una única nota sostenida lleva una abundancia de información para quienes tienen los oídos sintonizados a esas pistas: información sobre el estado interno de varios órganos del cuerpo del cantante y de la relativa tensión o tranquilidad de esa persona, del nivel de agresión o de intención pacífica.

Y así, flotando en el kayak, asaltado por un coro de gruñidos que salen de gargantas lo suficientemente grandes como para tragarme en un par de bocados, me encuentro respondiendo con un canto. Aunque esta vez no en un tono demasiado dulce. Si hubiese cantado una nota suave y agradable, los leones marinos jamás me habrían oído en medio del clamor de sus propios bramidos, y, en cualquier caso, nunca podría haber generado un tono calmo con mi organismo, ya con los pelos de punta. En cambio, el tono musical que emito es lo más gutural y fuerte que puedo, con la cabeza inclinada hacia atrás para poder abrir la garganta en una especie de aullido grave y gorgoteante: «Aaarrrrrrggghhhh…, Aaaarrrggghhhh…, Aaaarrrrggghhhh…». Sostengo cada aullido gutural lo máximo posible, sorprendido de que los leones marinos hayan dejado de gruñir. Bajo la cabeza para mirarlos: ahora olfatean el aire en mi dirección, empujándose unos a otros para obtener un mejor vistazo de ese pato grande y colorido que hace ese ruido tan horrible. Mis oídos captan el sonido de cincuenta o sesenta hocicos que bufan y resoplan (y a veces estornudan) mientras olisquean la brisa. Mi propia nariz casi no llega a distinguir los olores mezclados de salitre y león marino debajo de las densas masas flotantes de algas y, como un tonto, tomo el remo y empiezo a acercarme. Mi propia curiosidad de criatura le ha ganado a mi razón: no puedo evitarlo, me fascina la proximidad con esos cuerpos vivos tan extrañamente semejantes y a la vez diferentes del mío. Su olor se hace cada vez

más fuerte a medida que coloco el kayak entre las hebras de alga. Cuando me acerco a unos siete u ocho metros de las rocas, el macho grande que está en la saliente de más abajo –el mismo que dio la alarma la primera vez– eleva el torso sobre sus aletas y empieza a bramar. Enseguida se le unen otros más, y cuando dejo el remo sobre el kayak casi todos los leones marinos están aullando a grito pelado. Así que tomo aire y me preparo para lanzarme a mi propia arenga gutural, cuando, justo entre los leones y yo, la superficie del agua empieza a burbujear. Al principio son burbujas pequeñas que pronto dejan lugar a otras más grandes, y luego una enorme afluencia de agua y entonces, sin aviso, ¡emerge!… un cuerpo ¡gigantesco! cortando la superficie y hacia el cielo, volando sobre alas extendidas que se revelan ante mis ojos desorbitados como los pectorales separados de una ballena jorobada. La ballena gira hasta quedar casi panza arriba antes de que su bulto se desplome y me empape por completo, y al caer desencadena una enorme ola que pasa por encima del casco del kayak, golpea el remo contra mi chaleco salvavidas y por poco lo arrastra, pero logro sujetarlo y traerlo hacia mí. Delante del kayak, los pliegues largos y plisados de la parte inferior del animal se deslizan despacio bajo la superficie… y entonces la ballena desaparece.

Agarro el remo y empiezo a remar hacia atrás desesperadamente, pensando que el gigante quizás intente volcarse sobre mí, aunque luego de unos momentos me doy cuenta de que no tengo idea de las intenciones de la ballena o en qué lugar de las profundidades se encuentra ahora. Así que ajusto el remo a lo largo del casco, aferrándolo fuerte con ambas manos, y espero. Luego de un minuto oigo el *pip*, *pip*, *pip* de las burbujas que explotan, y para cuando logro localizarlas, el agua a mi izquierda empieza a hervir, y luego a subir a borbotones, y, antes de que pueda prepararme, el bulto gigantesco explota a través de la superficie como una alucinación febril y delirante a solo dos metros y medio del kayak, esta vez del lado derecho, paralelo al bote, aunque embistiendo en dirección contraria con unos pectorales inmensos que se agitan antes de estrellarse contra el agua. El oleaje alcanza mi bote por un costado y está a punto de hacerme caer, pero me inclino con fuerza hacia la izquierda, haciendo contrapeso, y me enderezo a tiempo para entrever un ojo cuya pequeñez resulta incongruente, casi humano, que me mira mientras se desliza por sobre la línea del agua. La ballena suelta un chorro de agua y una brisa trae las gotas hasta mi cara, mojándome el cuerpo ya empapado, y entonces me inunda el hedor abrumador de su aliento. Primero pienso «como una cloaca», pero luego se me ocurre «¡qué bendición inhalar el aliento de una ballena jorobada!». La intensidad del olor me hace tintinear las neuronas mientras la enorme aparición se desliza otra vez hacia abajo, dejando visible una aleta dorsal un último instante antes de desaparecer bajo la superficie.

Quedo aturdido, todo mi cuerpo se agita dentro del kayak: el campo visual tiembla a mi alrededor mientras trato de calmar el estremecimiento de los músculos. Siento como si el gran dios de las profundidades acabara de interponerse entre los leones marinos y yo, saliendo a la superficie como una

especie de advertencia, como para decir: «¡Mortal, no te acerques tanto a los míos!». Incapaz de aplacar los temblores, bajo la cabeza para mascullar una plegaria de agradecimiento a estas aguas, pero doy un respingo cuando suena en mis oídos un ¡SPLASH! muy fuerte. Abro bien los ojos, alarmado. Los leones marinos, al parecer agitados por la visita de la ballena jorobada, empiezan a lanzarse en masa de las rocas. Bajan de las salientes altas y se arrastran hacia el borde más bajo desde donde se zambullen en grupos y se tiran al mar para salir enseguida a la superficie y luego acelerar, con la mitad del torso fuera del agua y un clamor de aullidos guturales… ¡y vienen directo hacia mí!

No hay manera de que pueda escapar de su rápido avance: en definitiva, el mar fluido es su elemento primario y no el medio habitual de este tosco extranjero que lucha para maniobrar su cuerpo prostético de plástico. No sé qué sabiduría, o qué insensatez, hace que mi organismo animal haga lo que hace a continuación. Es claro que no hay muchas opciones ni tiempo para pensar: mi conciencia solo puede mirar con desconcierto, entonces, mientras mis brazos vuelan sobre mi cabeza y, dentro del kayak, empiezo a bailar. Más precisamente, mis brazos levantados, extendidos, empiezan a balancearse juntos de un lado al otro, con las muñecas y los dedos abiertos arqueándose hacia la derecha, luego a la izquierda, luego a la derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha…

Ni bien empiezo esas contorsiones, los leones marinos bramantes retroceden en el agua y se quedan en silencio mientras sus cabezas empiezan a moverse de un lado al otro, siguiendo mis manos con los ojos. ¡Asombroso! Setenta u ochenta honestas caras de mamífero giran hacia aquí y hacia allá, hacia aquí y hacia allá, una y otra vez. Todas en perfecto unísono, como un coro semisumergido. Tras unos minutos, bajo las manos para agarrar el remo… pero enseguida los leones marinos empiezan a rugir y a avanzar. ¡No! Mis manos suben raudas de nuevo y retomo la danza, los brazos tensos se balancean a la izquierda, luego a la derecha, luego otra vez a la izquierda, mientras el coro bigotudo se queda en silencio y sus cuellos se tuercen otra vez de lado a lado.

Mis brazos siguen con su ritual, el kayak se mece de un lado al otro. Mientras considero la situación, el alivio de haber encontrado un modo de salvar el pellejo poco a poco da paso a una consternación cada vez más profunda. Porque no puedo encontrar una salida.

Cada vez que empiezo siquiera a bajar las manos, la multitud de ojos oscuros se inclina hacia adelante, de modo que detener la danza no es una opción. Examino mi situación desde todos los ángulos posibles, pero no puedo discernir ninguna estrategia de huida. Así que mantengo los brazos en alto, inclinándome de un lado al otro, sonriendo débilmente ante esas caras atentas, bigotudas, mientras los músculos de mis brazos se agotan cada vez más. Luego de un rato largo, el dolor en los hombros se ha vuelto intolerable, ya no puedo pensar. Mi brazo derecho se está por rendir.

Bajo ese brazo despacio mientras el izquierdo sigue con el ritmo. Los

leones marinos, que se inclinan de un lado al otro, ahora están concentrados en el metrónomo solitario de mi brazo izquierdo. Mi hombro derecho descansa. Surge una idea. Mi mirada queda fija en los lobos marinos que tengo enfrente mientras con los dedos de la mano derecha empiezo a tantear el mango del remo. Cuando lo encuentro lo levanto un poco, nivelándolo lo mejor que puedo con un agarre desde abajo. Entonces, con el brazo izquierdo que se bambolea de un lado al otro sobre mi cabeza, cruzo torpemente el brazo derecho por delante del pecho y empiezo a remar lo mejor que puedo del lado izquierdo. Mi mano derecha raspa el remo contra el lado izquierdo del kayak para conseguir algo de tracción. Hago todo esto a ciegas, ya que mis ojos están fijos en las caras oscilantes de los leones marinos, y mi brazo izquierdo sigue meciéndose sobre mi cabeza. Poco a poco, con dificultad, mis torpes remos logran maniobrar el kayak hacia el flanco derecho de la patota flotante. Cuando la mayoría de los leones marinos quedan a un lado, bajo también la mano izquierda, sujeto el mango del remo con todos los dedos y empiezo a remar con fuerza, hacia el mar abierto, sin mirar atrás. Luego de siete u ocho minutos doy un vistazo rápido: en efecto, algunos leones marinos todavía me siguen, pero a una distancia respetuosa, y con poco más que el hocico sobre la superficie…

Algo de ese encuentro tan cargado me cambió. A veces lo noto mientras juego con mis dos hijos, o cuando el aullido de los coyotes me despierta en mitad de la noche. Mi enfrentamiento con los mamíferos marinos me hizo darme cuenta de algo crucial acerca del lenguaje, algo totalmente diferente de lo que había aprendido en la escuela y en la universidad. Me habían enseñado que el habla significativa era el rasgo que más nos distinguía a los humanos de los demás animales. Tenemos habla significativa y otras criaturas no. Pero mi inquietante encuentro con la ballena y la multitud de leones marinos en el agua me mostró lo contrario. Hizo evidente, de un modo que ya no puedo ignorar, que existe un lenguaje primario que nosotros, los bípedos, compartimos con otras especies.

Cuando hablamos de «lenguaje» hablamos de la habilidad para comunicarse, el poder de transmitir información a través de un espesor de espacio y tiempo, un medio por el cual los seres que están alejados entre sí logran comunicarse sus sentimientos o pensamientos. Como seres humanos, dependemos de una red compleja de sonidos hablados y en su mayoría discretos para llevar adelante nuestra comunicación, y por eso es natural que asociemos el lenguaje con esa interacción verbal. Por desgracia, esa asociación ha llevado a muchos a suponer que el lenguaje es un atributo exclusivo de nuestra especie –somos, después de todo, la única criatura que usa palabras– y concluir que todos los demás organismos carecen por completo de un habla significativa. Es una suposición muy egoísta.

Otros animales, dotados de sentidos mucho más agudos que los nuestros,

tal vez tengan mucha menos necesidad de usar una serie de signos puramente convencionales para comunicarse con otros de su especie, o incluso para deducir información precisa de miembros de otras especies. Mi encuentro con las criaturas del mar me había iniciado en una capa de lenguaje mucho más antigua y profunda que las palabras. Se trataba de una dimensión de significados expresivos sentidos directamente con el cuerpo, un reino en el cual es el cuerpo mismo el que habla con la tonalidad y los ritmos de sus sonidos, con sus gestos, incluso con la potencia expresiva de su aplomo. Un enfrentamiento casi catastrófico me metió de lleno en un espacio de comunicación sincera que se desarrolló sin necesidad de palabras, una zona carnal de articulaciones compartidas entre especies. Una dimensión en la cual mi yo verbal casi no estaba presente, sino que fue una conciencia más vieja, animal, la que pasó a primer plano y respondió de manera espontánea a los gestos de esos otros animales, sin que hubiera apenas interpolación de mi mente pensante «interna». Fue más bien como si mi cuerpo estuviese pensando, intercambiando expresiones vocales y físicas con esas otras criaturas sentientes de piel suave. Sus aletas estaban claramente hechas para un medio líquido muy diferente de mi propio elemento primario; sin embargo, podíamos intercambiar muy rápido las sensaciones más básicas de amenaza o calma o placer –a través de la relajación o tensión de ciertos músculos, junto con el tono de los sonidos que emitíamos– en virtud de nuestra mutua existencia como seres kinéticos y sonoros que habitan la misma biósfera.

Claro que todos éramos mamíferos –los leones marinos, la ballena y yo–; y sin embargo, la sensación que me quedó fue la de una característica compartida más básica, o una comunidad de cuerpos, una comunicación que compartíamos también con las olas que se estremecían debajo del kayak y salpicaban su habla sobre las rocas. Para el animal plenamente encarnado, cualquier movimiento puede ser un gesto y cualquier sonido puede ser una voz, una expresión significativa del mundo. Y, por lo tanto, también para mi propia carne de criatura, ¡todo habla!

Ciertos sonidos que llegan a nuestros oídos transmiten la intención sentida de otras personas, mientras que algunos ruidos estrepitosos indican un cambio en el clima. Una secuencia de tonos sibilantes que se expanden como ondas expresa la exuberancia que siente un ruiseñor cuando el sol se eleva por encima del horizonte; otros tonos transmiten la magia oscura de la noche misma y hablan a través de las llantas siseantes sobre el pavimento mojado.

Nuestras conversaciones humanas están influenciadas todo el tiempo por esta capa carnal de lenguaje; el significado aparente de la frase de un amigo se altera con el ritmo de su habla. El tenor de un intercambio hablado puede transformarse sin que ninguno de los dos lo note cuando una grieta en las nubes invernales permite que el sol derrame su canto sobre los matices apagados de la calle en la que estamos, o cuando una discusión de bocinazos abruptos entre vehículos se intensifica en esa misma avenida.

Empecé a notar esa dimensión animal en mi propia habla, consciente

ahora no solo del significado denotativo de mis términos sino también de la melodía áspera o vertiginosa que suena constantemente en mis frases y de la danza que pone en acto mi cuerpo cuando hablo: el asombro abierto o la entrega decaída, la prudencia sigilosa o la soltura despreocupada. Cuando trato de articular una idea novedosa siento que voy con todo mi cuerpo hacia la frase precisa, atraído por ciertos términos que con su textura envían sutiles señales a mis sentidos, y así elijo las palabras por el modo en que se ajustan a la forma de esa idea, o por el sabor que tienen en mi lengua cuando las entono una tras otra. Y el poder de esa frase hablada para provocar algo en la gente que tengo alrededor dependerá del timbre de mi habla, del modo en que esta baile con el humor colectivo, o de cómo tintinee en sus oídos.

Esa fue la dimensión lingüística a la que me llevó el encuentro con los leones marinos, una iniciación que quedó grabada a fuego en mi memoria por el susto de que me hundiera una ballena jorobada y por el intercambio de aliento fétido con esa inteligencia salvaje. Ahora soy más poroso a otras formas, a escritorios de superficies lisas y a perros variopintos, más consciente de la conversación que mi cuerpo animal mantiene con los otros cuerpos que lo rodean, de cómo se tensa en ciertos edificios de oficinas y cómo se relaja en diálogo con paredes de adobe. Noté cómo se ponía tirante la piel de mi cráneo bajo el zumbido de las luces fluorescentes y, una vez, mientras andaba en bicicleta, sentí que los músculos de mis hombros se abrían y se expandían cuando un gavilán colirrojo alzó el vuelo desde un poste de teléfono. Escuché más claramente cómo mi voz tomaba prestada la cadencia ondulante de la persona con la que hablaba, o adquiría el staccato rígido de sus sílabas, y noté cómo ella también se contagiaba de las inflexiones de mi voz, de modo que cada conversación era también una especie de canto entre nosotros, como dos mirlos que intercambian ostinatos entre las totoras, o dos ballenas jorobadas que envían sus espeluznantes glissandos de un lado al otro de las profundidades marinas.

Ya he hablado de mi método musical para disminuir la amenaza planteada por un encuentro inesperado con una criatura más grande en tierra salvaje: un modo sencillo de transmitir que no pretendemos hacerle daño. Ahora debería reportar que mis torpes intentos de una comunicación más sutil con una gran variedad de animales a lo largo de muchos años de perderme en la naturaleza también han hecho evidente una manera muy eficaz de transmitir las intenciones específicas propias a un miembro de otra especie. La técnica –obvia, lo sé, aunque me costó mucho prueba y error encontrarla– consiste en redirigir la atención dispersa al propio cuerpo ágil y sensible, sentirnos a gusto con nosotros mismos y con el ritmo lento de nuestra respiración, y entonces empezar a hablar con el animal en nuestra lengua nativa, ya sea inglés, francés o inuktitut, o cualquier lengua en que nos sintamos más cómodos. Si hablamos con honestidad, la modulación de nuestra voz junto con las alteraciones en la

musculatura visible y las emanaciones olfativas de la piel estarán alineadas con el significado de las palabras, y fácilmente transmitirán algo de nuestra intención en un nivel palpable, visceral, a los sentidos agudos del otro animal.

Incluso al hablar con un arce o una ladera sembrada de rocas, si somos honestos y por ende estamos relajados en nuestra carne, podemos estar seguros de que ahí afuera hay presencias sensibles que son afectadas por el sonido, el olor e incluso la visión de nuestra intención gestual, ya sean ardillas o un enjambre de termitas que mastican a través del hueco resonante de un tronco caído, ya sea un murciélago pequeño y silencioso que aletea errante por el aire nocturno o los insectos aéreos que ese murciélago va cazando, o incluso el mismo aire impresionable que absorbe nuestras exhalaciones químicas y registra las ondas del timbre sonoro de nuestra voz. Nuestra exclamación locuaz es oída, sentida o percibida, y estaría mal creer con certeza que no estamos siendo comprendidos. La reverberación material de nuestra habla se extiende desde nosotros y el tejido sensible del lugar la absorbe…

La actividad que solemos llamar «rezo» tiene su origen en ese gesto, en la práctica de hablarle directamente al entorno animado. El rezo, en su sentido más antiguo y elemental, consiste nada más que en hablarles a las cosas –a un bosquecillo de arces, a una bandada de cuervos, al viento que se levanta– en lugar de hablar acerca de ellas. Como tal, el rezo es una práctica cotidiana común a los pueblos orales e indígenas de todo el mundo. Sin embargo, en el Occidente alfabetizado hemos desplazado ese *otro* a quien dirigimos el discurso significativo: hemos reemplazado los diversos seres que nos rodean por una sola voluntad todopoderosa que suponemos que existe más allá del mundo evidente. Aun así, la cualidad de la atención respetuosa que conlleva esa habla –la suspensión sostenida del pensamiento discursivo y la participación imaginativa con el interlocutor elegido– es muy parecida. Es una práctica que evita que nos alejemos demasiado de nosotros mismos, de nuestra honestidad e integridad, una manera de mantenernos en buena relación con el otro, ya sea un Dios fuera del mundo, o el mundo mismo, con sus múltiples voces.

No obstante, el estilo más antiguo y primordial del rezo mantiene una postura muy diferente hacia el terreno local comparado con el rezo que se dirige de modo resuelto hacia una divinidad fuera del mundo. Mientras que este último percibe el paisaje sensorial como un reino finito y restringido, ligado a su fuente trascendente, el primero experimenta el mundo sensible como la fuente de sí mismo: como una especie de trascendencia continua en la cual cada cosa consciente corporiza su propia creatividad y sentiencia.

Para nuestros ancestros indígenas, y para muchos pueblos aborígenes que mantienen sus tradiciones orales, el lenguaje no es tanto una posesión humana como una propiedad de la misma tierra animada, un poder expresivo y telúrico del que participamos junto con los coyotes y los grillos. Cada criatura pone en acto esa magia expresiva a su manera, la abeja con su bamboleo lo mismo que el gruñón y belicoso león marino.

Ese poder tampoco está restringido solo a los animales. El susurro de los pastos largos al amanecer, el gemido quejumbroso de los troncos que se frotan unos con otros en las profundidades del bosque, la risa de las hojas de abedul cuando las ráfagas de viento soplan entre sus ramas, todos portan una densidad hecha de muchas capas de significado para aquellos que escuchan con atención. En el Pacífico Noroeste conocí a un hombre que se había educado en el idioma de los árboles perennes; en un día de viento uno podía llevarlo con los ojos vendados a cualquier sitio del bosque costero y dejarlo ahí, a ciegas, debajo de un árbol en particular; luego de unos momentos él podía decirnos, solo con escuchar, qué especie de pino o pícea o abeto se alzaba sobre su cabeza (ya fuera un abeto de Douglas o un abeto grande, una pícea de Sitka o un cedro rojo del Pacífico). Decía que sus oídos estaban bien sintonizados con los diferentes *dialectos* de los árboles.

Cuando les cuento a otras personas sobre el don de ese hombre, la gente sobreeducada suele objetar su expresión, manifestando que es necio aludir a los diferentes «dialectos» de las coníferas como si en verdad estuviésemos refiriéndonos a una especie de discurso hablado. Señalan que el susurro de las agujas no puede considerarse el habla de un árbol, ya que el sonido no lo crea el árbol sino el viento que sopla a través de él. Lo curioso es que esa gente tan inteligente no parece notar que lo mismo puede sostenerse de nuestra propia habla. Después de todo, solo hablamos dándole forma al aire exhalado que entró en nuestros pulmones unos momentos antes. El discurso humano también es el viento moviéndose a través de algo…

Pero el habla significativa ni siquiera puede restringirse a la dimensión audible de los sonidos y suspiros. La tierra animada se expresa de muchas otras maneras. Anoche, mientras dormía, el viejo manzano frente a mi casa floreció sigiloso, y cuando salí por la mañana a estirar los brazos, sin tener aún la más remota idea, quedé atónito y sin palabras ante el repentino resplandor. El viejo árbol le hablaba al espacio a su alrededor. Se expresaba en el más persuasivo de los lenguajes. El jardín entero escuchaba, transformado por la elocuencia satinada de los pétalos. El hechizo provocado por la expresión de las flores blancas era irrefutable e irresistible. (Se ha quedado conmigo todo el día, como una suavidad que envuelve mis pensamientos, y no cabe duda de que por eso ahora, a altas horas de la noche, me encuentro escribiendo sobre ello).

De modo que el lenguaje, desde la perspectiva del humano plenamente encarnado, parece ser una propiedad de otros animales y plantas tanto como de nuestra propia especie parlanchina. Sin embargo, como sabemos gracias a muchos de los pueblos tradicionales e indígenas que hay entre nosotros, eso sigue siendo muy restrictivo: el lenguaje no corresponde solo a aquellas entidades consideradas «vivas» según los estándares modernos, sino a todos los fenómenos sensibles. Todas las cosas tienen capacidad de habla, todos los

seres tienen la habilidad de comunicar algo de sí mismos a otros seres. De hecho, ¿qué es la percepción sino la experiencia de ese poder gregario y comunicativo de las cosas por el cual incluso los objetos en apariencia «inertes» irradian y transmiten sus formas, colores y ritmos a otros seres y a nosotros, y así nos influencian y envían información a nuestros cuerpos vivos, por más lejos que estemos? No solo los animales y las plantas sino las cascadas y los lechos secos de los ríos, las ráfagas de viento, las montañas de compost y los cúmulos de nubes, las casas recién pintadas (y también las casas abandonadas y a veces embrujadas), los automóviles oxidados, las plumas, los acantilados de granito y los granos de arena, los formularios de impuestos, los volcanes inactivos, las bahías y los pantanos arruinados por sustancias contaminantes, las tormentas de nieve, las astas de ciervo perdidas, los diamantes, los rábanos daikon... todos son expresivos, a veces elocuentes, y por ende participan del misterio del lenguaje. Nuestro propio parloteo surge en respuesta a las abundantes articulaciones del mundo: el habla humana es solo parte de una conversación mucho más amplia.

De ello se deduce que las innumerables cosas también escuchan o prestan atención a los varios signos y gestos que las rodean. En efecto, cuando nos encontramos a gusto en nuestro cuerpo animal, a veces sentimos que el entorno terrenal nos está escuchando, o sintiendo. Y así es como cuidamos más nuestra manera de hablar, conscientes de que los sonidos que producimos pueden transportar más de una resonancia y un sentido meramente humanos. Ese cuidado –esa alerta sentida con todo el cuerpo– es la fuente antigua, ancestral, de toda magia verbal. Es la práctica de prestar atención al poder asombroso que vive en nuestras frases habladas para tocar y a veces transformar el tenor del despliegue del mundo.

La sensación de habitar en un paisaje articulado, de vivir dentro de una comunidad de presencias expresivas que también están atentas y escuchan los significados que se mueven entre ellas, es común a los pueblos orales e indígenas de todos los continentes. Al igual que varios pueblos tribales con los que he convivido en otras partes, la mayoría de mis amigos pueblo, aquí en el sudoeste de los Estados Unidos, son curiosamente taciturnos y reservados en lo que respecta al lenguaje verbal. (Cuando estoy con ellos me vuelvo consciente, no sin gran pena, de lo verboso que puedo llegar a ser, parloteando sin parar sobre esto o aquello durante minutos). Su reticencia no se debe a una falta de facilidad con el inglés, pues, cuando hablan, sus frases tienen una precisión y una potencia poco común. Es más bien una consecuencia de prever que las palabras habladas serán oídas o percibidas por las demás presencias circundantes. Es por eso que hablan solo cuando tienen buenas razones para hacerlo, y eligen sus palabras con mucho cuidado para no ofender o insultar a los otros seres que puedan estar escuchando.

He aquí algunas observaciones hechas por un miembro de los indios

mattole (una tribu atabascana que tradicionalmente cazaba y pescaba a lo largo de los ríos Mattole y Bear, cerca de la costa norte de California):

> El agua te mira y tiene una actitud definida, favorable o no, hacia ti. No hables justo antes de que rompa una ola. No le hables al agua que corre con fuerza por un arroyo. No mires el agua por mucho tiempo de una sola vez, a menos que hayas estado en ese lugar diez veces o más. Entonces el agua se habrá acostumbrado a ti y no le importará que la mires. Los hombres más viejos pueden hablar en presencia del agua porque han estado aquí tanto tiempo que el agua los conoce. Pero hasta que el agua de un cierto lugar te conozca, se volverá muy hostil si hablas en su presencia o la miras durante mucho tiempo.[8]

Esos preceptos revelan una etiqueta admirable, la deferencia prudente y el decoro que hay que observar cuando se está cerca del agua. Aunque en principio ese decoro puede parecerle ridículo a una sensibilidad moderna, noten lo siguiente: una etiqueta así asegura que aquellos que la practican permanezcan exquisitamente atentos a los modos fluidos del agua, desde los remolinos cambiantes del río a las mareas crecientes y las olas que rompen en la costa. Un comportamiento tal, con su deferencia lingüística al elemento fluido, inculca por este un firme respeto y se asegura de que la comunidad no mancillará la salud de las aguas locales ni la vitalidad de sus vertientes.

Somos pocos los que hoy sentimos restricciones similares en nuestra habla. Para nosotros, los modernos, el lenguaje humano se ha volcado sobre sí mismo dándole la espalda a los seres que nos rodean. El lenguaje es una propiedad humana, apta solo para la comunicación con otras personas. Hablamos con la gente, no con el suelo debajo de los pies. En gran medida hemos olvidado el uso del habla como encantamiento e invocación, como modo de ponernos en una relación más profunda con los seres que nos rodean o de llamar a la tierra viva para que resuene con nosotros. Es un poder con el que todavía nos cruzamos cada vez que usamos nuestras palabras para bendecir y maldecir, o para encantar a alguien que nos atrae. Pero ejercemos esa elocuencia solo para influenciar a otras personas, y por ende nos perdemos el magnetismo mayor, el poder gravitacional que radica en el habla. El castor que se desliza por el estanque, el hongo que se aferra a un tronco grueso, una roca hecha añicos tras caer por un acantilado o la lluvia que salpica esos fragmentos de granito… hablamos acerca de esos seres, acerca del clima y las piedras erosionadas, pero no les hablamos a ellos. Embelesados por el poder denotativo de las palabras para definir, ordenar y *representar* las cosas que nos rodean, pasamos por alto la dimensión musical del lenguaje, tan obvia para nuestros ancestros orales. Hemos perdido el oído para la música del lenguaje, para las capas rítmicas y melódicas del habla, que son las que permiten que nos oigan las cosas terrenales.

¡Qué monótono se vuelve nuestro discurso cuando solo nos hablamos a nosotros mismos! Y qué insultante es para los otros seres –para los osos negros que buscan comida y los cipreses viejos y retorcidos– sentir que ya no les

hablamos sino que solo hablamos de ellos, como si no estuviesen presentes en nuestro mundo. Como si las laderas claras y los arroyos rebosantes no tuvieran sensaciones propias, como si no tuvieran un cuerpo con el cual sentir las vibraciones de nuestra habla. No es de extrañar que los ríos y los bosques ya no inciten nuestra atención o nuestra intensa devoción. Solo hablamos de esas entidades a sus espaldas, como si no participaran en nuestras vidas.

Pero si ya no llamamos a la luna que se escurre detrás de las nubes ni le susurramos a la araña que acomoda las hebras sedosas de su tela, entonces los numerosos poderes de este mundo ya no nos hablarán a nosotros; y, si lo siguen intentando, lo más probable es que no los escuchemos. Se retiran de nuestra atención y pronto evitarán venir a nuestro encuentro cuando estemos ahí afuera vagando, y tampoco nos visitarán en sueños. Ya no podemos servirnos de sus perspectivas o su guía, y los asuntos humanos sufren a consecuencia de ello. Nos volvemos aún más olvidadizos en nuestra relación con el resto de la biósfera, un olvido que nos separa de nosotros mismos y de las fuentes más profundas de nuestro sustento.

La propensión de nuestros hermanos y hermanas indígenas a consultar a la tierra animada que los rodea, a escuchar con atención el terreno –a mirar cuidadosamente los patrones de movimiento de los otros animales, a poner atención a sus diversos cantos, signos y gestos–, todo esto es una consecuencia obvia de la experiencia expansiva del lenguaje como una propiedad que pertenece a todas las cosas, y no solo a la humanidad. Dada la casi universalidad de esta experiencia entre las culturas nativas, y dado el hecho de que el abundante conocimiento de los pueblos indígenas se transmitía tradicionalmente de manera oral y no escrita, podemos sospechar que la alfabetización –la lectura y la escritura– trae una transformación dramática en la experiencia humana del lenguaje.

Y, de hecho, es así. Sin embargo, nuestra experiencia del significado lingüístico se ve afectada de maneras diferentes de acuerdo con los diferentes sistemas de escritura. Las culturas alfabetizadas pero no alfabéticas, que poseen sistemas de escritura más cercanos a la imagen –ya sean jeroglíficos (como los que están inscriptos en las paredes y las estelas de piedra del antiguo Egipto y las diferentes escrituras glíficas desplegadas por los escribas mayas antes de la conquista europea), o sistemas ideográficos (como los caracteres que se usan en China)– muestran una mayor distancia reflexiva hacia la naturaleza que las culturas más puramente orales que las rodean. Sin embargo, esa distancia se atenúa por la derivación pictórica de muchos de los glifos o caracteres, que suelen tomar su forma (o parte de ella) de elementos del paisaje circundante. En esas escrituras se mezclan imágenes muy estilizadas de humanos y artefactos humanos con caracteres derivados de las siluetas de monos, serpientes y árboles, del sol naciente y la lluvia que cae. A quienes leen esos caracteres se les recuerda todo el tiempo la unión entre el lenguaje y el

campo más que humano de la naturaleza expresiva. Si el advenimiento de la escritura otorga una nueva visibilidad a las palabras humanas –una visibilidad algo estática que empieza a encerrar nuestra mirada en la casa estructurada del lenguaje humano–, muchos caracteres escritos con esas letras funcionan no obstante como *ventanas* abiertas a un paisaje vivo que todavía habla, a un cosmos sensorial que todavía guarda una especie de significado primario.

Solo cuando se difunde en una cultura un sistema completamente fonético de escritura sus miembros empiezan a dudar de la agencia expresiva de los otros animales y de la tierra animada. Solo a raíz del alfabeto se empieza a experimentar el lenguaje como un poder exclusivo del humano. El cambio en la experiencia puede atribuirse en gran medida al modo en que la escritura fonética centra su atención en los sonidos específicos producidos por la boca humana. Las formas estilizadas de las letras de un alfabeto ya no se asocian con las diversas entidades y eventos de la tierra circundante. No hay referencia indirecta en los caracteres escritos al mundo sensorial. En cambio, las letras solo remiten al lector a su propia boca. Es decir, cada letra se asocia directamente con un conjunto particular de gestos y sonidos que deben realizar la lengua, los labios y el paladar humano.

Por ende, en lugar de ventanas a través de las cuales se puede ver el paisaje más amplio, las letras de un alfabeto funcionan más como espejos que reflejan al humano. Otros animales –por no mencionar a los árboles, montañas y ríos– no tienen ningún lugar en este nuevo sistema de signos, ningún poder expresivo en esta nueva semiótica. Al aprender el abecedario, una persona humana puede empezar a dialogar por entero con sus propios signos sin necesidad de mediación de la tierra que la rodea.[9]

Claro que una tecnología tan potente no *obliga* a sus usuarios a olvidar el poder animado y expresivo de la naturaleza terrena. Pero sí hace que, por primera vez, ese olvido sea posible.

Por otra parte, cuando se lee un texto alfabético, el lector se encuentra a sí mismo en relación no solo con un conjunto de órdenes escritas o un manojo de historias bien contadas sino también con una voz extrañamente parecida a la suya, que sin embargo parece hablar desde una dimensión inmutable, al parecer, inmune al crecimiento y la decadencia de la vida corporal. El alfabeto, en otras palabras, abre una nueva zona dentro de la experiencia humana, una dimensión lingüística que no parece verse afectada en absoluto por el flujo del tiempo.

Es solo en relación con esta magia nueva y poderosa (esta tecnología que aísla y cosifica el habla humana al separar la lengua humana de los cantos, aullidos y susurros del cosmos animado) como es posible intuir un Dios semejante al ser humano por completo fuera del mundo cambiante, una Voz omnipotente con la cual nosotros, únicos entre todos los demás animales, estamos en deuda. De hecho, es esa misma magia la que catalizó la emergencia del monoteísmo, y la fe monoteísta de los tres «Pueblos del Libro». Esa misma frase, «Pueblos del Libro», debería llevarnos a reconocer la naturaleza de estas

tres tradiciones ligada a la copia escrita, cada una de las cuales tiene su origen codificado en una versión diferente del alfabeto (el alefato hebreo de la Torá, el alfabeto griego del Nuevo Testamento y el alfabeto arábigo del Corán).

El monoteísmo es una noción noble en muchos sentidos, y trajo abundantes dones a la humanidad. Al distender nuestro embeleso con el resto de la naturaleza animada, el monoteísmo (siempre acompañado por su sirviente, el alfabeto fonético), encendió una nueva curiosidad, más despegada de nuestro entorno material, un nuevo espíritu de indagación y experimentación prácticas que catalizó un flujo de creatividad hacia las artes, la filosofía y las ciencias, y en la invención de nuevas tecnologías. Sin embargo, hoy en día, la relativa distancia de la realidad terrena inaugurada por el monoteísmo parece haberse endurecido para convertirse en una insensibilidad cruel frente al sufrimiento de otras criaturas y el desasosiego de la tierra viva. Incluso cuando discernimos el peligro inminente para nosotros mismos, parecemos incapaces de localizar una salida del salón de espejos, tan absortos estamos en nuestro propio reflejo.

Nuestra inteligencia se esfuerza por hallar *pensando* una salida del laberinto de espejos, pero la salida real solo puede encontrarse desviándonos cada tanto del fárrago del pensamiento y dejándonos caer por debajo del encanto del habla interior para escuchar el silencio sin palabras. Solo al frecuentar esas profundidades, una y otra vez, podrán nuestros oídos empezar a recordar las múltiples voces que habitan ese silencio, los cantos pendulantes y los ritmos y movimientos que ronronean, suaves como astas, para articularse en el reino elocuente que está más allá de las palabras. Solo así recordaremos nuestra presencia en el campo más profundo de la inteligencia, donde el pensamiento sopla como un viento que no es nuestro, y del cual depende todo otro modo de pensar.[10]

El Uno inefable y sagrado al cual se dirigen todos los monoteísmos –la intuición de una unidad que durante mucho tiempo atrajo a nuestros ancestros, la misteriosa totalidad que parecía susurrar desde detrás de los espíritus, demonios y dioses locales– sigue susurrando aún hoy, llamándonos desde más allá del monótono zumbido de nuestros pensamientos puestos en palabras, invitándonos a liberar los sentidos de la cáscara verbal a la cual se han retraído. Nos llama desde más allá de las paredes tapizadas de estos ataúdes huecos que hemos creado con las fes de Abraham, Jesús y Mahoma.

La voz misteriosa a la que el monoteísmo le abre su corazón no es monótona ni es un monólogo: habla a través de cada aliento y cada pico y cada rama, a través de la llamada de un alce y del parpadeo líquido de un petirrojo. Durante muchos siglos pareció hablar desde un reino completamente más allá de lo tangible, ya que prometía una totalidad que excedía el alcance del terreno que percibíamos a nuestro alrededor, una eternidad flotante a la cual nuestras vidas efímeras podrían regresar. Pensábamos que una unidad tan luminosa solo podía ser de otra dimensión, de una dimensión desencarnada, pues aquí en el mundo físico reina la pesadez: todo es una carga, un peso que nos ata

dolorosamente al suelo. No podíamos imaginar que los cuerpos sólidos pudieran flotar en el espacio, o que el paisaje agreste que veíamos a nuestro alrededor supusiera solo una mera fracción o atisbo de un inmenso Cuerpo luminiscente, de una forma tan perfecta e infinita como una esfera que gira.

Hoy sabemos, sin embargo, que el mundo tangible es en efecto esta esfera iridiscente que gira en silencio entre las estrellas, un misterio redondo cuya vida es eterna en comparación con la nuestra, pues de su vastedad nacen nuestras vidas momentáneas, y a su inmensidad vuelven –y también las vidas de nuestros ancestros, de nuestros enemigos y de nuestros hijos–, como las olas sobre la superficie del mar.

Una eternidad que pensábamos que estaba en otra parte ahora nos llama desde cada grieta de cada piedra, desde cada nube y cada montículo de tierra. Prestar los oídos al goteo de los glaciares, despertar a las voces del silencio es volvernos hacia afuera, descubrir, para nuestro asombro, que la totalidad y la santidad que soñábamos alcanzar ha estado todo el tiempo entre nosotros; que el Uno sagrado y secreto que se mueve detrás de las diversas tradiciones no es otro que esta inmensidad viva que nos envuelve, esta eternidad esférica vista por fin en su totalidad y su complejidad insondable, en su sensibilidad y su sentiencia.

8 G. W. Hewes, citado en Alfred Kroeber y Samuel Barrett, «Fishing Among the Indians of Northwest California» (*Anthropological Records*, nro. 21, University of California, 1960). Encontré estas líneas por primera vez en el maravilloso libro de Freeman House, *Totem Salmon. Life Lessons from Another Specie*s (Boston, Beacon Press, 2000).

9 Esta tesis se desarrolla de forma detallada y profunda en los capítulos 4 a 7 de mi libro *The Spell of the Sensuous. Perception and Language in a More-Than-Human World* (Nueva York, Pantheon, 1996; *La magia de los sentidos*, Barcelona, Kairós, 2000, traducción de David Sempau).

10 La constante sujeción de la experiencia a un comentario interno e interminable está estrechamente relacionada con los cambios que trajo la palabra escrita, más específicamente la aparición de la lectura silenciosa. La habilidad de leer en silencio es una adquisición relativamente reciente en la historia del alfabeto. Durante muchos siglos, los textos en griego y latín se escribieron con mínima o nula puntuación, sin siquiera espacios entre las palabras. Como consecuencia, los lectores tenían que hacer sonar el texto –leerlo en voz alta o al menos murmurarlo en silencio para sí mismos– para poder distinguir los términos y descubrir el sentido. Era como encontrarse con unahilerainterminabledeletrassinsaberdóndeempiezaoterminaunapalabra; la mayoría de las personas necesitaba leer en voz alta para poder desambiguar el texto visual. (Los textos hebreos antiguos, en cambio, sí empleaban espacios entre las palabras. Aun así, los lectores de esos textos tenían que hacer sonar el texto de manera oral, pues las escrituras semíticas no tenían letras dedicadas a los sonidos vocálicos. Dado que la estructura consonántica de las palabras se escribía en el pergamino, el lector tenía que pronunciar el texto en voz alta para poder entender el significado preciso que se expresaba, animando esos huesos sobre la página con su propio aliento, para darles vida y hacerlos hablar).

A partir del siglo VII, los monjes copistas de textos en los monasterios (el método principal de producción de libros antes de la invención de la imprenta) adoptaron gradualmente varias innovaciones en la escritura, incluyendo la innovación vanguardista de introducir espacios entre las palabras. Al dar aire de este modo a los textos, fue posible

que los lectores más habilidosos descifraran el texto escrito sin necesidad de pronunciarlo en voz alta, lo que inauguró la práctica de la lectura silenciosa. A medida que más y más monasterios fueron adoptando la práctica de espaciar y puntuar los textos, la habilidad de leer en silencio se difundió poco a poco por toda Europa. Sin embargo, no fue sino hasta el siglo XII cuando la lectura silenciosa se convirtió al fin en algo común entre los europeos letrados.

Por lo tanto, aprender a leer en silencio es un logro bastante reciente y obtenido con gran esfuerzo, que forjó en el organismo humano una nueva asociación entre el foco visual y el discurso interno. Incluso mientras leen estas líneas impresas, presten atención, si pueden, a las sensaciones auditivas fantasmales que conllevan, a la «escucha» silenciosa de una secuencia de palabras en su cabeza. La «escucha» fantasmal de esas frases suele ser rápida como un relámpago, mucho más rápida de lo que llevaría pronunciar las palabras de manera audible, y sin embargo, está ahí. Ahora consideren cuán similar es esa sensación a la experiencia común del pensamiento (verbal). Noten lo mucho que se parece la sensación de pensar –la conciencia muchas veces involuntaria de los pensamientos puestos en palabras que se despliegan veloces dentro del cráneo– a la sensación de las palabras que surgen internamente mientras deslizan la vista sobre estas letras.

Es probable que la cháchara interior del pensamiento verbal, que para muchas personas es tan incesante como repetitiva, se haya amplificado (si no inaugurado) con el surgimiento popular de la lectura silenciosa en la Baja Edad Media. A medida que nuestros ojos, al moverse por el texto, aprendieron a provocar un flujo interno de palabras, surgió en el cerebro una estrecha unión neurológica entre el foco visual y el habla interna. Dado el creciente énfasis en la práctica de la lectura para el cultivo del yo, fue inevitable que esta empezara a influenciar –e interferir con– otras formas de la mirada. Muy pronto, nuestro foco visual, incluso al vagar por un paisaje, empezó a soltar un flujo constante de comentarios verbales que a menudo no tenían nada que ver con ese terreno. Se trata del interminable monólogo interior que confunde a tantas personas contemporáneas, el «cassette interno» o el incesante «parloteo del cerebro» que la meditación budista busca volver a disolver en el silencio de la conciencia del momento presente.

Acerca de la necesidad de los espacios entre las palabras para la adquisición cultural de la lectura silenciosa, ver el libro de Paul Henry Saenger, *Space Between Words. The Origins of Silent Reading* (Stanford, Stanford University Press, 1997). Sobre la historia de los espacios y la puntuación, ver *Pause and Effect. An Introduction to the History of Punctuation in the West*, de M. B. Parkes (Surrey, Ashgate, 2008). Otras dos obras clave acerca de la influencia de esas innovaciones textuales en la experiencia moderna del yo fueron escritas por el imprescindible historiador y crítico cultural Ivan Illich: me refiero a *In the Vineyard of the Text. A Commentary to Hugh's Didascalicon* (Chicago, University of Chicago Press, 1996), y a su libro anterior, escrito con Barry Sanders, ABC. *The Alphabetization of the Popular Mind* (Nueva York, Vintage, 1989). Para más evidencia acerca de los efectos perceptuales de la palabra escrita, ver *The Spell of the Sensuous*, ob. cit.

El discurso de los pájaros

(Lenguaje II)

Una esfera suspendida en las profundidades, de contornos difusos en medio de la oscuridad negra como la tinta, un fantasma negro sobre negro, tan tenue que quizás solo exista en nuestra imaginación…

Pero miren: lentamente, un fino margen de luz va rodeando un borde de la esfera, delineando la curva del globo contra la oscuridad como un arco dorado y tirante. Ahora el borde de luz avanza casi imperceptible por el disco dejando una estela de fulgor: el arco brillante se va haciendo más grueso y se convierte en una medialuna de un azul luminoso. Muy pronto, a medida que avanza la frontera brillante, otros colores (blanco, marrón, verde) toman forma dentro del azul hasta iluminar la mitad de la cara del globo, luego tres cuartos, y entonces la cara completa reluce redonda y perfecta en medio de las profundidades insondables.

Aunque esa cara parece ya descentrada, desequilibrada. ¿Por qué? Observen con atención: un nuevo margen parece seguir ahora al primero, un borde de oscuridad obsidiana que se desliza muy despacio sobre la faz del globo y borra sus rasgos a medida que se extiende. Y escuchen: un sonido leve, como un susurro, parece acompañar la frontera de sombra que avanza. ¿Pueden oírlo? Acérquense, escuchen… Sí, el borde de la oscuridad es una línea audible además de visible, un susurro que rueda sobre la esfera como una ola y hunde sus colores en el anonimato de la noche.

Cuando la oscuridad alcanza el límite más alejado de la esfera, otra ola audible se cuela por el primer lado y empieza su propio viaje, iluminando el globo mientras avanza, revelando el azul y el blanco arremolinado. Los sonidos como arrullos o silbidos que hace al moverse parecen idénticos al susurro de la ola anterior, más oscura, una música hipnótica, respirada. Acerquémonos un poco más para escuchar…

Ahh, ahora esa frontera móvil suena como un crujir de muchas capas, una cortina de sonido hecha de hebras entretejidas de ráfagas de viento y tonos acuáticos: algunas bajan y se elevan, otras caen en picada para luego subir, etéreas. Cuando aterrizamos sobre la esfera –su media cara oscura abarca toda nuestra mirada– la exuberancia ajetreada de esa música extraña se vierte sobre nosotros y las hebras entrelazadas ahora se distinguen como frases zumbantes y aflautadas y ritmos que silban, como los trinos de los toquíes y el balbuceo sincopado de los gorriones cantores, como el piar febril del chochín y los gorjeos fluidos del sabanero, el chillido chismoso de los clarines contra los martilleos del pájaro carpintero, los quejidos de los arrendajos y el gorgoteo nasal de los pinzones: todos componen una membrana densa de habla que se extiende lentamente sobre la tierra, un borde sónico que lleva calor a su paso, una línea audible con secciones que quedan casi en silencio al pasar sobre

grandes masas de agua, sobre bahías y mares, y que luego se hacen más fuertes cuando se acercan a tierra firme. La línea que avanza se hincha de los gritos de las gaviotas, los silbidos nasales de las lavanderas y avocetas y los gruñidos guturales de los cormoranes; del canto de los zarapitos, el graznido de los gansos y el canturreo de los colibríes que zigzaguean entre las flores, la melodía oscilante de los petirrojos, las frases roncas de las tangaras, los ritmos locos del emberiza… Por aquí los escalofriantes arpegios ascendentes del zorzalito de Swainson, por allá los arpegios en cascada de un chivirín barranqueño, el cotorreo estridente de los cuervos (puntuado con clics y plocs fluidos), y luego el canto tirolés y quejumbroso de un somormujo… Cada voz tiene su propio lugar, su nicho tonal en la ola tremulante del discurso, dentro del habla caudalosa del amanecer, que irrumpe y derrama la luz de la mañana sobre la tierra. Y cuando la ola pasa y sigue de largo, el coro cacofónico de cada lugar se aquieta y los cantantes individuales se entregan al curso del día y a sus quehaceres.

Sin duda, la conversación continúa a través de los campos y los bosques fragmentados; incluso a través de las barriadas sin árboles y los jardines suburbanos. Hay verificaciones y chismes necesarios, incluso un canto ocasional que irrumpe, pero todo es mucho más moderado y desganado que en la exaltación del amanecer: no hay obligación de gastar tanta energía ahora cuando se la necesita en otra parte (buscar comida, criar a los hijos, evitar a los depredadores). Solo mucho más tarde, cuando las sombras se alargan y la luz se espesa en un dorado amarillo y ambarino a los costados de las casas, empieza otra vez a surgir el impulso en la garganta, atraído por el sol que se va poniendo lentamente. Y así, desde las cercas y los cables de teléfono y las ramas más altas de los álamos, un coro elevado de voces enciende el aire del anochecer, un himno entrelazado de ebullición y placer sincero que se hincha con la llegada del borde de la noche, como si fuera la voz misma de ese borde. Y lo es, por supuesto.

Hasta que, mientras el ocaso se apaga hasta convertirse en noche, la abundancia coral se desvanece en una quietud mucho más profunda que el habla apagada del día, y una fresca hamaca de silencio cuelga entre los chirridos suaves de los grillos y el ulular lejano de un gran búho americano.

Ese es el extraño mundo que habitamos: una inmensa esfera alrededor de cuya superficie se extienden dos líneas constantes, siempre opuestas, de cantos de aves; dos olas de exuberancia vocal que rompen y crecen sin cesar por todo el planeta.

Se levanta el viento. Camino por un estuario costero, el afluente de un pequeño río con mareas en la costa norte de Long Island, cerca de la ciudad de Nueva York. En la última hora, la marea menguante ha dado forma a más y más bancos de arena curvos a medida que las aguas del río se deslizan entre ellos. El canal central ahora está acompañado a ambos lados por corrientes más

pequeñas, riachuelos y arroyos que esculpen patrones delicados y ondulados en la arena. Vadeo esas corrientes y me dirijo hacia la bahía en cuyas aguas se vuelca este río fragmentado y múltiple. Sobre mi cabeza se empiezan a juntar unas nubes enormes cargadas de tormenta, empujadas tierra adentro por los vientos del norte; sus colores gris plomizo y morado se hacen más profundos y eclipsan los últimos pedazos de azul cuando se unen en una única topografía turbia en lo alto. Ahora los vientos silban entre las matas de pasto y aúllan a través de un grupo de árboles trepadores enraizados a mi derecha en una lengua de tierra, tan inclinados que parecen a punto de romperse. Pero no se rompen, aunque la borrasca sopla fuerte contra mi pecho y me empuja hacia atrás una y otra vez antes de que pueda avanzar a tropezones. Ahora mi cara está cubierta de gotas, pero no sé si es agua que el viento levantó de las superficies o si es lluvia que cae, mientras el quejido del aire que pasa junto a mis oídos sube y baja. Pronto, una niebla difumina el mar que está frente a mí y se hace evidente que está lloviendo. Empapado, sigo inclinándome hacia la oleada furiosa, abriéndome camino entre el tumulto de poderes invisibles que aúllan, silban y me tiran del abrigo.

Y entonces, en medio de la tempestad, oigo a varias personas que conversan serenamente. La calma mesurada de sus voces de algún modo me calma a mí también, aunque no puedo entender lo que dicen. Pero ¿dónde están? Me doy vuelta para mirar hacia ambos lados por entre las ráfagas de lluvia, pero no veo a nadie. Sin embargo, ¡se los oye tan cerca! Esas voces deben estar siendo transportadas de alguna manera por el viento a través de largas distancias. Miro a mi alrededor otra vez, me aseguro de que no hay nadie enfrente o detrás de mí, o a los costados. Y entonces miro hacia arriba… y de repente los reconozco, ahí, a dos metros de altura y un poco más adelante: cinco patos que vuelan contra el viento, o al menos eso intentan. No logran avanzar ni un poco; las ráfagas golpean contra ellos con tal fuerza que a pesar de su afanoso aleteo no logran avanzar y quedan prácticamente inmóviles en el oleaje. Los cinco están dispuestos en una línea aleatoria unos tres metros y medio más adelante. Cada tanto uno se queda atrás y se precipita hacia otro punto de la pared de viento, esperando encontrar en ella un punto débil. Pero en vano. Parece claro que el grupo de patos volaba detrás de mí y se dirigían hacia el agua cuando se toparon con este banco de viento, un borde invisible sostenido por los promontorios que nos rodean. Aun así persisten, y mientras luchan con las ráfagas, se llaman entre sí con cuacs breves y extrañamente calmos; eran esas frases, que llegaron hasta mis oídos a través de la vorágine ventosa, lo que al principio sonaba como fragmentos de conversación humana.

Los oigo ahora mientras observo sus intentos incansables de atravesar ese punto muerto, cada tanto uno u otro hace una breve incursión o prueba una nueva maniobra, y después de un rato su discurso de graznidos empieza a tener un nuevo sentido para mi ser atento que escucha. Como si mis ojos observadores hubieran iluminado a mis oídos, y entonces tanto oídos como ojos se mezclaran en un único sentido agudo: porque ahora puedo *sentir* a esas

cinco aves con mucha más claridad, percibir su inteligencia extraña y diferente justo encima de mí mientras luchan contra el viento. Ahora puedo percibir la clara intención en sus voces de staccato; lo que antes sonaba como una expresión única y repetida ahora varía apenas en ritmo y volumen según si el pato que habla está probando el viento con los músculos o solo sosteniendo la situación. Cada voz altera su cualidad cuando el hablante se ve empujado fuera de su curso por las ráfagas, cada pato usa sus cuacs para informar al resto sobre el estado de la ventolera que está delante, y también les informa de su locación precisa en ese momento (ya que no pueden mirar alrededor sin ceder terreno al viento), además, cada uno de ellos responde y tranquiliza a los otros, de modo que toda una serie de matices de sentido pasa de un lado a otro sobre mi cabeza.

La convergencia de mis oídos que escuchan y mis ojos que miran me ha metido mucho más en mi cuerpo animal, en el mundo de mi cuerpo. Ahora me resulta evidente que estas aves no solo son seres de instinto –al menos no más que yo– sino que son entidades del todo conscientes, seriamente comprometidas con el momento presente.

Supongo que la fuerza extra del viento en ese punto, que bloqueaba a los patos y les impedía avanzar, es un patrón de interferencia entre dos masas de aire en movimiento, aunque como no soy un ave no he tenido que prestar atención a esas corrientes de la atmósfera invisible y por eso tengo escaso conocimiento de las vicisitudes del viento. Ahora se me ocurre que, gracias a su experiencia diaria, los amigos alados deben saber mucho acerca de las estructuras fluidas y las topologías cambiantes en el medio invisible del aire. Es probable que muchos mamíferos –al menos los que caminan en cuatro patas y por ende no han restringido su uso del olfato– sepan toda clase de cosas acerca de las formas que toman los olores cuando se propagan en el viento: el rastro distintivo de una potencial pareja que se extiende como un gradiente en el aire y se altera con la brisa, o la presencia fantasmal del depredador que se desenrolla como una cinta de aroma por el suelo. Y los insectos alados, desde luego, trazan su curso según esos gradientes. Pero son las aves –en su extravagante diversidad de plumajes– las que tienen el conocimiento mayor y más amplio de las formas voluminosas a gran escala que se crean y se metamorfosean dentro del medio invisible. Son ellas, después de todo, las que cabalgan esos flujos cambiantes, son sus músculos los que navegan a diario las pistas y nociones arremolinadas que suben, interactúan y se disipan en la sutil conciencia del planeta.

¡Qué fácil es que los conceptos heredados atonten nuestros sentidos! Suponemos con demasiada facilidad que otros animales no son conscientes; que las aves, por ejemplo, carecen de inteligencia real pues sus cerebros (o la proporción cuerpo-cerebro) es mucho más pequeña que la nuestra… «cabeza de chorlito», decimos como insulto fácil. Asumimos que la inteligencia es un

fenómeno estrictamente centralizado, y confundimos nuestra forma distintiva de inteligencia humana con la inteligencia misma. Como mamíferos que hace mucho tiempo aprendieron a mantenerse en equilibrio sobre las patas traseras y liberar las patas delanteras para manipular objetos, nos hemos especializado en una clase de curiosidad que mira las cosas desde diferentes direcciones y las da vuelta hacia un lado y hacia el otro, una reflexión muy visual que parece desplegarse en algún lugar detrás de los ojos. Una propensión al desapego que, como ya he sugerido en este libro, se ha intensificado muchísimo en la época actual. Una serie de tecnologías en expansión median ahora entre nuestro cuerpo y los elementos terrenales: en lugar de navegar directamente en los elementos, nos hemos acostumbrado a manipular los interruptores de esas tecnologías, a usar la inteligencia para maniobrar entre un conjunto determinado de parámetros abstractos antes que para improvisar el camino por un medio material indeterminado y siempre cambiante. Cuando manejamos nuestros coches o vamos sentados en aviones, nos acostumbramos a ciertas operaciones mecánicas que requieren de poco esfuerzo. Ya sea que estemos aislados en oficinas golpeando las teclas del teclado u hojeando un buen libro en la cama, pasamos mucho de nuestro tiempo haciendo uso de una forma muy rara de inteligencia, manipulando símbolos abstractos mientras nuestro cuerpo hecho de músculos permanece casi inerte. De ahí que para nosotros el pensamiento tenga poca relevancia en nuestra vida carnal; muy a menudo parece ser independiente de nuestro cuerpo y de nuestra relación corporal con la biósfera. Aunque nuestras reflexiones puedan resultar en un cambio de actitud o una alteración de nuestras acciones, siguen pareciendo directivas de un pensador centralizado –o un yo– extrañamente independiente de nuestra materialidad, un *locus* flotante de conciencia situado en algún lugar dentro de nuestra cabeza.

Otros animales, en una relación más constante y no mediada con sus entornos sensoriales, piensan con la totalidad de su cuerpo. Es necesaria una creatividad de muchos matices para orientarse y encontrar comida en un mundo de fuerzas en cambio perpetuo. Equipada con inclinaciones y patrones de comportamiento heredados genéticamente de sus ancestros, cada criatura salvaje debe, sin embargo, adaptar esas inclinaciones a las particularidades elementales del momento y el lugar en que se encuentra, como una ausencia inesperada de agua en el pozo habitual o una repentina abundancia de su comida favorita. No importa cuán precisas sean las instrucciones guardadas en sus cromosomas, es imposible que tengan codificadas de antemano las topologías exactas del momento presente. Y, por ende, un mínimo de compromiso creativo con sus circunstancias inmediatas es algo inevitable para cualquier organismo que se mueva (ya sea un elefante o una ameba). Es algo inevitable para cualquier organismo que necesite orientarse, de tanto en tanto, en una realidad que se encuentra en constante transformación. Una araña se dispone a reparar su tela, desgarrada por una fuerte lluvia, y añade solo las hebras necesarias para enmendar las dimensiones precisas del agujero. Un

mono regula con gran destreza la fuerza de sus saltos arbóreos para ajustarse a la distancia de las varias ramas que cuelgan una detrás de otra. Un ciervo canadiense macho en busca de comida se ve impedido de reunirse con su rebaño por un río desbordado y pondera sus opciones: ¿se zambullirá para vadear las aguas revueltas o esperará a que bajen?

Hay quienes dirán que tales decisiones no son pensamientos, que el animal no es consciente de esas decisiones. Sin embargo, queda claro que ALGO es consciente en el momento presente, monitorea el terreno y responde en consecuencia. Es cierto que no deberíamos atribuir esas elecciones a un yo separable dentro del animal, o a un pensamiento que se despliega en alguna parte autónoma del cerebro de la criatura antes de enviar la orden clara a sus extremidades. Como nunca separaron su sentiencia de sus cuerpos sensitivos –ya que tienen pocos motivos para recluir su inteligencia en una región separada de su cráneo donde pueda dialogar consigo misma–, muchos animales no domesticados, cuando están despiertos, se mueven en diálogo constante, no con ellos mismos, sino con su entorno. No se trata aquí de una mente aislada sino de un cuerpo sensitivo y carnal que efectúa el pensamiento: sus diversos sentidos y miembros flexibles se enfrentan entre sí mientras buscan nuevas soluciones a los problemas que se presentan, ajustando viejos hábitos (y patrones ancestrales) a las circunstancias actuales.

Ese tipo de *sentiencia distribuida*, esa inteligencia de las extremidades, es especialmente aguda en las aves que vuelan. A diferencia de la mayoría de las criaturas de la tierra, que deben atravesar una superficie opaca de dos o más dimensiones para moverse por el mundo, un ave que remonta vuelo debe ajustar todo el tiempo ciertos músculos ínfimos en sus alas para navegar un espacio omnidimensional de corrientes y patrones de interferencia que se alteran de un momento a otro: un flujo invisible compuesto de ráfagas de viento y remolinos, de ventoleras y corrientes ascendentes y calmas repentinas, de frentes de tormenta, declives de temperatura e incontables vectores temperamentales y flujos que, de manera repentina e invisible, pueden afectar su trayectoria en cualquier momento, ya sea desde adelante, arriba o abajo, empujándola de un lado o del otro, o desde varias direcciones a la vez. Volar es una improvisación ininterrumpida con un compañero invisible y salvajemente metamórfico. Para mantenerse a flote y en su ruta (ya sea hacia un grupo de árboles o hacia un roedor desprevenido que se mueve entre los pastos), las sensaciones táctiles y sinestésicas que registran los cambios en las corrientes circundantes deben traducirse al instante en ajustes musculares, y los diversos tendones deben flexionarse y extenderse para contrarrestar esas perturbaciones, incluso a medida que las corrientes siguen modificándose, en un intercambio dinámico y circular entre los músculos de las alas y el músculo caudaloso del viento. Es una conversación kinética en el corazón mismo del momento presente. Una golondrina que se lanza en picada en busca de insectos; un cernícalo que sobrevuela a un ratón de campo; una bandada de cuervos que acosa a un halcón; el águila calva que vi una vez abalanzarse, con

las garras hacia adelante, sobre un somormujo joven; una gaviota que navega en el viento justo encima de mí, en perfecta armonía con el ferry en el que viajo… Sean cuales sean los otros estilos de astucia que estas criaturas muestran o no, todas ellas, mientras están en el aire, piensan de una manera exquisita con cada fibra de sus miembros extendidos. Es una genialidad que no estamos preparados para percibir dado que asociamos la agudeza solo con nuestro estilo propio y centralizado de pensamiento. Cuando despreciamos la inteligencia de las aves, o el tamaño de sus cerebros, se nos escapa que volar es en sí una especie de pensamiento, un desplazamiento dentro de la mente, una gracia que los humanos rara vez alcanzamos en nuestras contemplaciones (aunque si seguimos a un halcón con la mirada, descubrimos a veces que nuestros pensamientos también remontan vuelo).

Claro que los humanos también pensamos con las extremidades… de modo menos elaborado que los amigos alados, pero aun así, nuestras piernas ajustan sin cesar su paso para acomodarse a la inclinación de la pendiente, y nuestros tobillos, cuando caminamos, se flexionan al encontrarse con las raíces expuestas y las piedras sueltas. Es una respuesta continua y atenta a los matices impredecibles del momento presente, una toma de decisiones corporales que subyace a todas nuestras reflexiones abstractas. Así y todo, hemos aprendido a asociar el pensamiento solo con estas últimas, con las reflexiones verbales (y a veces numéricas) que transcurren dentro de nuestra cabeza, y así nos hemos distanciado del encuentro con los otros animales.

Cuando caminamos por el bosque, a menudo no registramos los sonidos vocales de otros animales, los silbidos de las ardillas y las llamadas intermitentes de las diversas aves, porque, aunque nuestros cuerpos están en el bosque, nuestros pensamientos verbales suelen estar en otra parte. Como decía Thoreau, recriminándose: «¿Qué tengo que hacer en el bosque si estoy pensando en algo fuera del bosque?».[11] ¡En efecto! Tan pronto como llamo a casa a mi espíritu errante, tan pronto como lo convoco a volver a sus sentidos, mi organismo animal se despierta de su duermevela. Ahora el chasquido de una rama lejana trae a mi escucha una nueva alerta, mientras el zumbido hipnótico de los insectos y el chirrido oscuro de dos troncos que se rozan me producen una aguda conciencia de mi proximidad con vidas que se viven en escalas diferentes de la mía.

Aquí, en el bosque, todo es lenguaje corporal. Las píceas altas, las arañas tejedoras, una ardilla rayada que se balancea sobre un tronco caído mientras roe con prisa algo entre sus patas delanteras, incluso el estallido de líquenes brillantes a la manera de un cuadro de Jackson Pollock sobre una saliente de roca: todos esos seres vivos son *cuerpos*, variantes distantes de mi propia carne, del mismo modo que mi cuerpo es un eco distante del suyo. Si cada uno tiene sus propias sensaciones, sus propias experiencias del mundo que lo rodea (lo cual parece probable, ya que cada uno responde de modo apropiado a su

contexto), resulta obvio que su experiencia es tan diferente de la mía como sus cuerpos del mío. Somos casi completos extraños para el otro.

Sin embargo, cada organismo de estos bosques parece expresarse directamente, sin la mediación de símbolos u oraciones. De ahí que la tensión expresada por los sonidos o los movimientos de otra criatura a veces dispare una resonancia en mi propia carne. No tengo duda de que mis sensaciones empáticas son muy diferentes de las que sienten el ciervo o la ardilla asustadiza pero, en lo que respecta a experiencias básicas como el miedo, el dolor y el placer, parece necio suponer que nuestros sentimientos son del todo inconmensurables. Hay un entrelazamiento y una confusión sutiles entre todos los seres de la tierra, consecuencia no solo de nuestra ascendencia común y de las similitudes celulares de nuestra constitución, sino también de nuestra sujeción a los aspectos cambiantes del mismo mundo en movimiento.

Siguiendo el ejemplo de mi amigo Jon Young, un rastreador de enorme talento y entrenado en varias tradiciones indígenas, he empezado a sintonizar mis oídos al discurso de los pájaros locales. Jon me señaló que hay cinco frases básicas en el vocabulario de la mayoría de las aves que se posan; tal vez esto sea una simplificación, pero le permitió a mi escucha obtener un primer acceso al lenguaje de los seres alados. Las cinco frases elementales que Jon identificó entre estos pájaros (los paseriformes) son las siguientes: el canto en sí, la llamada de compañía, la llamada de súplica, las llamadas de agresión entre machos y la llamada de alarma.

El *canto*, una cadena melódica de tonos y trinos que se oye especialmente en primavera y verano, suele ser específica de los machos de cada especie. El canto es el principal modo de atraer a las hembras y también parece funcionar como una exhibición territorial que proclama el propio espacio y les dice a los demás: aléjense. Pero los cantos de muchas especies tienen también –al menos a mis oídos– una cualidad exuberante y a menudo celebratoria no reconocida por quienes insisten en describir su intención de manera puramente funcional. Muchas veces hay un sentimiento palpable de alegría en el acto de cantar (incluso, de vez en cuando, un sentido de verdadero placer en la producción del canto). Esa cualidad –el tono de sentimiento alegre– le indica enseguida al oyente atento que no hay ninguna fuente evidente de peligro en las cercanías del cantor. Si un pájaro hace sonar su canto, podemos estar bastante seguros de que no hay peligro evidente acechando por ahí.

La *llamada de compañía* casi nunca aparece mencionada en mis guías de campo de observación de aves. Suelen producirla tanto la hembra como el macho de una pareja, por lo general de manera alternada. Parece ser un modo de estar en contacto auditivo cercano –algo así como una verificación mutua–, un piar breve que va y viene y le da información al otro del propio paradero mientras ambos están buscando comida. Variaciones sutiles en la llamada pueden servir para indicar que quien canta ha encontrado una buena fuente de

comida –«ven aquí»–, o muchos otros matices. Cada vez que escuchamos una llamada de compañía de una especie que va y viene con un ritmo regular, es un indicio claro de que los pájaros están relajados, en un «estado de base», una condición de tranquilidad que gasta poca energía innecesaria. Si el ritmo se interrumpe –si uno de los dos deja de responder– entonces el otro volverá a llamar con un patrón irregular, a veces subiendo el volumen. Esta interrupción en el patrón normal es percibida al instante por el resto de la vida silvestre de la zona (no solo por los pájaros sino por las ardillas, ciervos, zorros y demás), y los alerta acerca de la posible presencia de un depredador o intruso. La alerta se profundiza rápidamente si no hay respuesta durante un largo rato. Pero si el primer pájaro por fin responde, entonces el patrón rítmico del trino se reanuda y los animales vecinos se relajan.

Las *llamadas de súplica*, que por lo general se oyen a fines de la primavera o comienzos del verano, son producidas por pichones que piden comida, y nos indican que estemos atentos al comportamiento diligente de los padres (que se lanzan de un lado al otro para cazar el alimento deseado y llevárselo con premura a sus crías). A diferencia del canto o la llamada de compañía, las llamadas de súplica no necesariamente indican un estado de seguridad, ya que los polluelos todavía no tienen la astucia de callarse cuando hay un ave de rapiña o algún otro depredador cerca.

Las *llamadas de agresión* por lo general ocurren cuando un pájaro cantor macho vuela dentro del territorio de otro macho de la misma especie. Esta llamada suele emitirse durante el vuelo, mientras un macho trata de echar al otro de su espacio. La intención agresiva por lo general puede oírse en el sonido mismo, y es especialmente obvia cuando uno divisa a dos pájaros con el mismo canto intenso que se persiguen mutuamente. Se gasta una buena cantidad de energía pero, si miramos alrededor, veremos que otros pájaros le prestan poca atención a lo que sucede.

La *llamada de alarma* se pronuncia cada vez que se percibe un peligro, por ejemplo, cuando hay un depredador potencial en las cercanías. Es a la vez una expresión de angustia y una fuerte advertencia a los demás, y suele variar en volumen según el grado del peligro percibido. Esa llamada es el signo más claro de sensación de peligro, y una clara desviación del estado de base. Al oír una llamada de alarma, incluso los pájaros de otras especies cercanas dejan de hacer lo que están haciendo y dirigen su atención hacia la posible amenaza. También otros animales suelen detenerse y prestar atención. Los mamíferos salvajes por lo general están familiarizados con las alarmas de los pájaros locales; por ende, cada vez que se pronuncia una de estas llamadas, se capta la atención del vecindario entero.

Los seres humanos también activamos las alarmas aviares cuando nos acercamos; aunque, como estamos inmersos en nuestras propias cavilaciones, no solemos darnos cuenta de la conmoción recelosa que desatamos cuando caminamos por el bosque. Si estamos alerta ante esas llamadas, entonces podremos rastrear con los oídos la trayectoria de otra persona que camina

entre los árboles como un anillo de alarma que se irradia en círculos concéntricos y acompaña a esa persona a medida que se mueve.

Dado que muchos pájaros cantores se alimentan en el suelo, con el primer llamado de alarma vuelan hacia los árboles y por lo general se posan en una rama (y esto es crucial) justo lo bastante alta como para estar fuera de peligro. Por lo tanto, si oímos una serie de llamadas de alarma moviéndose lentamente por el bosque y el sonido parece provenir de una altura de unos dos metros sobre el suelo, es muy probable que sea un humano quien haya ocasionado la perturbación. Pero si las alarmas suenan a una altura de alrededor de un metro de altura, es probable que esté moviéndose por el bosque un depredador más pequeño: quizás un zorro o una comadreja.

Sin embargo, si las alarmas parecen venir de las copas superiores de los árboles (de esos pájaros, como los carboneros o los parúlidos, que se posan en las ramas más altas), entonces es probable que un depredador aéreo esté sobrevolando en las cercanías, y si miramos hacia arriba tendremos tal vez ocasión de divisar al ave de presa que causa todo ese alboroto.

Como las llamadas de los pájaros suelen viajar bastante lejos a través de la maraña de ramas y troncos que con tanta facilidad confunden nuestra mirada, si aprendemos a distinguir las diversas vocalizaciones de los pájaros locales –y a notar si un canto evidencia un estado de ánimo relajado o expresa un estado de alarma– podemos darnos cuenta de mucho de lo que sucede en el bosque a una gran distancia de nosotros. Si tras consultar con los vecinos y algunas guías de bolsillo nos familiarizamos con los depredadores más comunes de nuestra zona, cuando escuchemos y ubiquemos la altura general de la cual provienen las alarmas –y si seguimos con nuestros propios oídos animales el pasaje de esas llamadas a medida que se propagan– podremos deducir la identidad del intruso, e incluso trazar la trayectoria de la criatura mientras se mueve por el bosque. Una habilidad tan simple, perfeccionada por la práctica continua, nos dará pistas de la actividad de otros animales, y nos permitirá movernos hacia ellos y a veces observarlos sin que suenen las alarmas.

A medida que empecemos a sintonizarnos, nos estremecerá entender que la mayoría de los demás animales también escuchan con atención el discurso de los pájaros, y que lo han estado haciendo toda la vida. Dado que los pájaros son, por lejos, las criaturas más ágiles del bosque, capaces de volar de un lado al otro y de mirar alrededor mientras lo hacen, es lógico que sepan mucho más que los demás animales acerca de quién está en el bosque y dónde. Sus expresiones habladas, con frases distintivas para cada especie (que varían en tono según las circunstancias), ayudan a que todo el bosque esté bien informado de lo que ocurre en sus profundidades. Al familiarizarnos con los términos más básicos de su lenguaje, nos valemos de un medio detallado para «las noticias», en el que ya confían muchas otras criaturas.

Quizás sea por esa razón por lo que el lenguaje sagrado que los pueblos tribales les atribuyen a sus chamanes más poderosos suele denominarse «el lenguaje de los pájaros». Una aguda sintonía con el discurso vocal de los seres

alados ha sido una habilidad de supervivencia necesaria en casi todas las comunidades indígenas, en especial para los cazadores activos dentro del grupo y para los intermediarios (los magos o las personas dedicadas a la medicina) que se ocupan de las fronteras porosas entre el mundo humano y el mundo más que humano.

Sin embargo, hay algunos paseriformes cuyas vocalizaciones tienen la reputación de ser poco confiables; criaturas aladas que hacen uso de sus palabras de maneras muy impredecibles y variables, aparentemente, según su antojo. Son las mismas especies que suelen ser vistas como tramposas en las culturas orales de todo el mundo. En muchas tradiciones, por ejemplo, se dice que el cuervo es la entidad más maléfica entre los pájaros. Para los nativos del Pacífico Noroeste de Norteamérica, Cuervo es por lo general un prodigioso embaucador –demasiado astuto para su propio bien–, un mago audaz y algo egocéntrico cuyas excentricidades dieron origen (más que nada por accidente) al mundo imperfecto en el que habitamos. En otras regiones del mundo, los embaucadores alados pueden ser Corneja, Urraca o uno de los arrendajos de curiosidad insaciable. Esos pájaros –cuervos, cornejas, arrendajos y urracas– son los miembros principales de la familia de los córvidos (del latín *corvidae*). Los grandes córvidos de picos curvos son, en líneas generales, omnívoros, una característica que comparten con los humanos, los osos, los mapaches y un puñado de otras criaturas, la mayoría de las cuales exhiben una intensa curiosidad en sus hábitos, tanto cognitivos como gustatorios. Inusualmente sociables, longevos y de curioso ingenio, los córvidos son capaces de adaptarse a los asentamientos humanos con mucho más descaro que otros pájaros. Su amplio rango de vocalizaciones parece ser producido por razones diferentes en diferentes circunstancias y estados de ánimo; de ahí su reputación entre los humanos como bribones de mala fama cuyo discurso no es digno de confianza.

Es una reputación que vale la pena tener en cuenta cuando uno escucha a los pájaros para hacerse una idea de lo que deambula por el terreno más amplio. Aun así, a veces pueden forjarse alianzas con córvidos particulares. En el interior de Alaska se ha documentado la colaboración entre cuervos y manadas de lobos cazadores. Los cuervos, que sobrevuelan el bosque boreal y son capaces de ver mucho de lo que sucede en el suelo, a veces guían a los lobos directamente hacia un ciervo o un caribú herido. Su ayuda es recompensada, ya que luego de la matanza, los lobos les permiten a los cuervos compartir los restos. También los cazadores humanos han sabido beneficiarse de la exploración de los cuervos. Cuando mi colega de Alaska, el neurobiólogo Richard Nelson, sale a cazar venados para alimentar a su familia, presta especial atención si un cuervo que vuela sobre él empieza a dar volteretas en el cielo, como si quisiera captar su mirada. Ha aprendido que, si sigue la trayectoria de ese cuervo, lo más probable es que lo guíe directamente hasta una presa, y tendrá así la oportunidad de devolverle el favor al embaucador de alas oscuras.

De modo que los seres emplumados han sido aliados cruciales para nuestra especie. Seguramente observarlos caer en picada, planear y trazar su camino por el aire haya despertado muchas de las aspiraciones humanas de libertad y vuelo. Su variedad apabullante de colores y patrones cromáticos probablemente haya provocado muchos de nuestros primeros actos de adorno personal, y sus plumas tienen un lugar prominente en los rituales y danzas humanos, muchas veces influenciados por los pavoneos aviares del cortejo. Los pájaros nos han inspirado siempre con sus voces melifluas y sus intercambios polifónicos, y sin duda han inspirado algunos de nuestros primeros impulsos hacia la canción y el lenguaje hablado. Y a lo largo del curso de nuestra larguísima historia como primates cazadores recolectores, también nos ayudaron a sobrevivir de maneras mucho más inmediatas y prácticas. Eran sus cantos los que nos alertaban sobre la llegada de depredadores peligrosos. Además, al encubrir nuestro sigilo de un modo que tenía asegurada la confianza de todo el bosque, a menudo eran los pájaros quienes les permitían a nuestros mejores cazadores acercarse con éxito y obtener las presas que necesitábamos para comer. Han sido mensajeros, intermediarios, enviados del bosque y su vida más amplia, imprescindibles portadores de inteligencia.

Ese sentido ancestral de los alados como mensajeros y como una especie de guardianes se preserva para muchas personas en la idea de los ángeles. (La palabra *ángel* deriva del griego *angelos*, que quiere decir «mensajero»). La iconografía de los ángeles siempre los ha mostrado con alas emplumadas. Muchos místicos contemporáneos quieren que entendamos las alas de los ángeles nada más que como una metáfora visual, como una manera de imaginar energías sutiles que no tienen una forma física. Sin embargo, es probable que las cualidades asombrosas atribuidas a los ángeles estuvieran antiguamente asociadas con la presencia elusiva y alada de las aves mismas.

Muchas culturas de cazadores recolectores han honrado a los pájaros como emisarios de un campo más expansivo de inteligencia. Pero con el surgimiento de la civilización sedentaria y sus escrituras sagradas, la inteligencia –como hemos visto– se desterró gradualmente del mundo circundante y quedó confinada solo dentro de nuestra especie. Se hizo cada vez más difícil aceptar o incluso reconocer a otros animales como portadores de conocimiento o fuente de sabiduría. Si los cantores alados todavía parecían concedernos una cierta gracia, incluso en nuestros pueblos y ciudades, si es que había algo en sus visitas repentinas y vertiginosas que todavía nos traía indicios de otras dimensiones, y algo en su canto que tocaba una cuerda olvidada en nuestro pecho, un recuerdo fugaz del contacto con una conciencia más amplia y omnipresente… bueno, entonces la naturaleza asombrosa de esos encuentros no podía atribuirse solo a los pájaros. Como los humanos eran ahora los únicos portadores de conciencia en el mundo terrenal, el encuentro inesperado con una presencia emplumada, pequeña y despierta solo podía

interpretarse como la visita de un humano superior, enrarecido: una personita con alas. A través de una concatenación de tradiciones, incluyendo el judaísmo, el zoroastrismo, el cristianismo y el neoplatonismo, esas personas aladas pasaron a ser vistas como mensajeros, enviados de la divinidad celestial y en última instancia miembros de las huestes celestiales: los asistentes divinos de Dios.

Sin embargo, la característica más común de las muchas descripciones de ángeles, aparte de las alas emplumadas, es su naturaleza musical. Los ángeles cantan. De hecho, un «coro de ángeles» suele anunciar la llegada del Señor con hosannas de alabanza; el canto de los ángeles anuncia los momentos en que la presencia divina está a punto de manifestarse o retirarse. Ese patrón se asemeja mucho a la música que se intensifica justo antes del amanecer con la luz de las aves, cuando el sol abrasador está a punto de entrar en el gran recinto del cielo, y también más tarde, con el coro creciente que canta cuando el mismo fulgor está a punto de hundirse en el horizonte y dejar el recinto celestial.

¿No es obvio, entonces, que, mucho antes de que los ángeles fueran concebidos como heraldos invisibles de una deidad oculta, eran inseparables de esos heraldos del resplandor del sol, de ese coro alado que ofrecía sus hosannas de alabanza en cada amanecer y cada ocaso? ¿Cabe duda de que para nuestros ancestros primates eran esos cantores alados, los pájaros mismos, los que se percibían como intermediarios entre nuestro mundo atado al suelo y ese resplandor celestial, esa fuente, el gran dios del mundo iluminado del día cuyo rostro, aún hoy, no nos atrevemos a mirar directamente?

Luego de dar una serie de conferencias en Nueva Inglaterra, deambulo por la cima rocosa de unas montañas bajas de la costa de Maine. Mientras entro en un claro del bosque, suena desde las ramas más altas el canto de un zorzal ermitaño. Pronto canta otro zorzal cercano, y luego dos más a cierta distancia; sus cantos se superponen en el aire punzante, cada uno con una inflexión diferente, pero todos completamente etéreos. Elijo un cantor al cual dedicarle mi escucha y me dejo llevar por la canción. La primera nota sostenida de cada frase se mantiene un largo rato, seguida de tres turnos espiralados, ondulantes, que se desvanecen con suavidad hacia el final, hasta que otro tono sostenido lanza la siguiente frase en un tono distinto del anterior: «Shiiiiiii fridiila-fridila-fridila… Suuuuuu ridiliiiridiliii-ridiliii… Seeeey tidilaa-tidilaatidlaa… Siiiiiii tidli-tidli-tidli…». Y es como si cada frase desbloqueara una vértebra diferente de mi columna y derramara un rayo de luz en ese nodo, y luego la frase siguiente desbloqueara otro nodo («Shiiiii tidilaa-tidilaa-tidila… Suuuuu ridiliii»…) hasta que todas mis vértebras se vuelven cristales transparentes que intercambian destellos entre sí. El canto baja a un registro medio, y a una vértebra más alta, y luego sube a un tono brillante tan alto que está casi más allá del alcance de mi audición, y mientras gira en espiral, siento que se abre la parte de arriba de mi cráneo y que asciendo, como un fotón, hacia el cielo.

El canto de los pájaros, esos sonidos que están en el origen del lenguaje humano, nos liberan de los límites de nuestra propia habla, del mismo modo que sus formas aladas, si las miramos con atención, nos liberan a veces del agarre del suelo. Durante mucho tiempo, los pájaros nos han acompañado a las alturas y también han sido sus emisarios, rayos de sol que han tomado forma sólida.

11 Henry David Thoreau, *Caminar*, Buenos Aires, Interzona, 2016.

Prestidigitación

(Magia I)

Tallando el cielo, las montañas convierten el azul en un monstruo de siete u ocho bocas abiertas. Mientras me muevo por el sendero, las bocas se abren y se cierran en cámara lenta, mordiendo los picos de bordes afilados. El Himalaya es una cordillera de montañas jóvenes, empujadas hacia el cielo hace no mucho por la colisión gradual de las placas tectónicas, y sus bordes dentados aún no se han suavizado con la erosión gradual del viento y el agua. El camino angosto que voy siguiendo desciende a lo largo de la pendiente de una ancha cuesta hasta el pueblo sherpa del valle.

Tengo veintitantos años y estoy recorriendo el gigantesco paisaje con un traductor joven, Temba Sherpa. Hace unos días, cuando llegamos al pueblo resoplando y jadeando luego de atravesar una larga serie de caminos en zigzag desde los valles inferiores, hice averiguaciones acerca de un *jhākri* –o sanador– especialmente poderoso que se rumoreaba que vivía en algún lugar de las cercanías de este asentamiento. Era eso lo que me atraía hasta estas cumbres: viajaba como mago prestidigitador ambulante con la esperanza de aprender de los practicantes de magia tradicional que ejercen su oficio en estas regiones. En respuesta a mis consultas sobre el paradero del *jhākri*, nos habían señalado una de las casas del pueblo donde vivían los padres del mago; en teoría ellos serían capaces de dirigirnos a su morada.

Sin embargo, no resultó tan fácil obtener indicaciones. Tras preguntarles a los padres de pelo gris cómo podíamos encontrar la casa de su hijo, nos invitaron a quedarnos con ellos por la noche. Para ese entonces yo ya me había acostumbrado a la curiosa oblicuidad y soslayo con que los pueblos tradicionales hablan de sus magos; en Indonesia, medio año antes, me había visto obligado a adquirir una nueva profundidad de paciencia al tratar de tomar contacto con los *dukuns*, o hechiceros, de quienes se contaban poderosas historias. Finalmente había aprendido que debía asentarme en algún pueblo en la zona donde vivía un *dukun* específico, y hacer evidente mi intención realizando un poco de magia inocua, en lo posible sin llamar demasiado la atención. Por la mañana, cuando caminaba por los arrozales, consciente de que los granjeros me miraban con curiosidad, con sus tobillos y antebrazos sumergidos en el agua, yo estornudaba un par de veces antes de levantar la mano abierta y hacer aparecer un pañuelo grande y colorido que agarraba en el aire. Me sonaba la nariz con el pañuelo y luego levantaba el brazo y dejaba que se desvaneciera por encima de mi cabeza, todo con la mayor indiferencia, sin interrumpir mis pasos ni darme vuelta para mirar a los granjeros. Solo seguía caminando. Y entonces me disponía a esperar en el pueblo, confiado de que las noticias de esos eventos extraños llegarían a los oídos adecuados, y que en algún momento me contactaría el mago a quien yo

deseaba conocer. Cuando el contacto llegaba, unos días más tarde, era siempre indirecto, a través de un niño que me tironeaba del sarong mientras leía, o me pellizcaba el brazo mientras dormitaba, y luego me instaba a seguirlo hacia el bosque por los arrozales, haciendo equilibrio sobre las acequias bajas que los dividen.

Pero este era mi primer intento de tomar contacto con un mago en las montañas de Nepal, y así, sin estar aún familiarizado con la etiqueta local, decidí intentar un acercamiento más directo. Aceptamos la invitación de quedarnos en casa de los padres del chamán, durmiendo bajo pieles de yak en el segundo piso con el resto de la familia (el primer piso, parcialmente excavado en la pendiente escarpada, era para el ganado: varios yaks y un búfalo de agua). Yo tenía la esperanza de que su hijo, enterado de nuestra visita, apareciera por la mañana. De lo contrario, supuse que la pareja nos daría indicaciones para llegar a la vivienda del *jhākri* al otro día. Sin embargo, ninguna de mis expectativas se cumplió al día siguiente, ni el día después. La estadía con la pareja de ancianos me dio la oportunidad de aclimatarme a una altura mayor de la que jamás había experimentado, pasear por el pueblo y acostumbrarme a los ritmos de vida de una casa sherpa. Como muchas de las casas en las que me encontraría durante los siguientes seis meses, la vivienda era de una elegancia simple: vigas de madera y marcos de ventanas colocados dentro de una estructura sólida, hecha de piedra labrada recubierta de arcilla. Aparte de la pequeña habitación separada en la que dormimos Temba y yo, el espacio consistía en una sola habitación alargada. En la pared de adelante del cuarto había una chimenea abierta: la cocina alrededor de la cual parecía desarrollarse la mayor parte de la interacción humana. Era allí, junto al fuego, donde las personas se reunían a hablar y a sacar papas ennegrecidas de entre los carbones ardientes.

La única persona que no se acercaba al fuego era un anciano, el abuelo del *jhākri*, al parecer, que se sentaba siempre en la esquina de la larga habitación con la cabeza algo inclinada y el cuerpo inmóvil, salvo por el pulgar de la mano derecha, que pasaba una cuenta tras otra del collar que colgaba de su puño semiabierto. En sintonía con el movimiento de las cuentas, salía de su boca una oración entrecortada, como un murmullo: «*Om mani padme hung, om mani padme hung, om mani padme hung, om mani padme hung…*». Era el mantra de Chenrezig, el bodhisattva de la compasión –«¡Ah, la Joya en el Loto!»–, que el viejo transmutaba en una especie de respiración. Sus labios nunca dejaban de tomar la forma de esta oración murmurada, sin importar que estuviera inhalando o exhalando. Pero más allá del mínimo movimiento de sus labios y de ese único dedo, su cuerpo doblado estaba completamente inmóvil. Nadie nos había presentado a este anciano cuando nos recibieron en la casa la primera noche, y cuando por la mañana fui a sentarme junto al fuego, él estaba en la misma esquina, en la misma posición encorvada. Nadie se dirigía a él, ni siquiera se percataban de su presencia. Aunque al principio su murmullo me pareció un poco inquietante, después de un par de días de

interactuar con los demás junto al fuego a la hora de comer, de aprender algunas frases simples en sherpa y de beber *chang* (que parecía una especie de yogurt alcohólico) en las noches frías con Temba y los padres del *jhākri*, dejé de notar al viejo murmurante como nada más que un mueble un poco deteriorado. La demencia, me dije, se encuentra en todas las culturas.

En nuestra tercera noche en la casa, el padre le dio al fin instrucciones a Temba para llegar a la cabaña del *jhākri*, junto con un mapa dibujado a mano. La casa del *jhākri* parecía estar a muchas horas de viaje desde el pueblo. No obstante, decidimos emprender el camino al día siguiente. Esa noche dormí bien, mi primer sueño decente a esa altitud extrema.

Cuando me levanté a la mañana siguiente y entré solo en la habitación principal, el fuego aún ardía. Los padres del *jhākri* debían haber salido poco antes, al igual que Temba. Pero cuando me senté junto a las llamas para rebuscar algo de comida entre los carbones, la cualidad del silencio en la habitación me pareció extrañamente diferente. Fue entonces cuando me di cuenta de que el anciano arrugado no estaba. No estaba en su esquina ni en ningún otro lugar. Curioso. Quizás los demás lo habían bajado por las escaleras para que pudiera lavarse al aire libre… Empujé con cuidado una papa cenicienta a un costado del fuego y la tomé con los dedos, pasándola de una mano a la otra. Cuando la papa se enfrió lo suficiente como para sostenerla, empecé a pelar la piel negra mientras me inclinaba sobre la ventana más cercana y miraba hacia el campo a través del vidrio opaco. Y entonces dejé caer la papa. Pues ahí, solo, estaba el viejo desvencijado, de pie junto a una valla de madera en el borde más cercano del campo. En la mano derecha tenía sus cuentas enrolladas, que movía despacio entre los dedos; pude ver cómo sus labios apenas se abrían y cerraban mientras la oración infinita salía rodando de su boca. No podía oírla, aunque ese mantra susurrado había sido tan incesante los últimos días que no podía evitar imaginarlo mientras le miraba los labios. Un cuervo viró de golpe y se posó en uno de los postes de la valla, a unos quince metros del viejo y su mirada ausente. No había nadie más a la vista. No pensé que el anciano pudiera mover los miembros, mucho menos mantener el equilibrio por sí solo.

Como confirmando mis pensamientos, ahora el viejo parecía estar a punto de caerse. Su cuerpo erguido había perdido el equilibrio precario y se inclinaba más y más hacia adelante mientras yo lo observaba. Se desplomaba en cámara lenta. Pensé en cruzar la habitación y bajar corriendo las escaleras, pero no podía quitarle los ojos de encima mientras se caía: su cuerpo al fin se dobló por la cintura mientras su brazo derecho, extendido hacia abajo, amortiguó la caída. Ahí estaba, inclinado hacia adelante, tocando el suelo solo con los pies y una mano, con el cuerpo doblado balanceándose sobre el brazo derecho. Entonces el brazo izquierdo osciló rígido hacia adelante para plantar su mano junto a la derecha. Bien. Al fin una posición estable. Yo estaba a punto de bajar a ayudarlo cuando lo vi mover sus manos muy despacio hacia sus piernas hasta que increíblemente fue capaz de levantarse y ponerse de pie. Una

recuperación asombrosa. Cuando sus brazos volvieron a subir poco a poco, noté que la ristra de cuentas colgaba ahora de su puño izquierdo y no del derecho. Miré con atención a través del cristal para ver la mano derecha y al fin la divisé, apretada, del otro lado del cuerpo. Me estremecí. Debía haberse lastimado esa mano cuando la apoyó para frenar la caída en cámara lenta, y por eso había pasado las cuentas a los dedos de la otra.

Pero me equivocaba. No tenía la mano derecha cerrada porque le doliera. La tenía cerrada porque sujetaba algo. No me habría dado cuenta de esto si no hubiera sido por que el torso del viejo estalló de repente en un movimiento fluido: el brazo derecho se arqueó hacia atrás, dio la vuelta en un movimiento de lo más ágil y lanzó una piedra –o más bien fue un latigazo– directo hacia el cuervo que estaba posado en la valla. Mis ojos desorbitados vieron la perfección sagital del proyectil en ese medio segundo antes de que hiciera contacto con plumas y huesos; pero ¿cuándo me percaté de que la absurda caída en cámara lenta del viejo y su gradual incorporación unos momentos antes no habían sido más que un modo encubierto de tomar una piedra del suelo sin espantar a su blanco? Tiene que haber sido después, pues no hubo oportunidad de pensar antes de que la piedra diera en su objetivo. Excepto que el cuervo, en el preciso instante anterior al contacto, saltó varios centímetros en el aire; la piedra silbó por el espacio vacío en el momento exacto, antes de que el ave volviera a caer y a habitar de nuevo ese espacio con total serenidad. La piedra pasó volando y se enterró en el campo de papas con un pequeño estallido de polvo. Miré al cuervo, tranquilo en su poste como si nada hubiera pasado. Boquiabierto, volví a mirar al viejo: ahí estaba, mirando el aire, inmóvil, salvo por la ristra de cuentas que pasaban de a una por su puño derecho y la oración que se movía en sus labios.

En ese momento pensé que ese hombre y ese cuervo seguramente no fueran extraños el uno para el otro; que lo más probable era que hubiesen estado probando sus habilidades durante mucho tiempo.

Se ha hablado tanto, en el Occidente moderno, sobre la alianza estrecha entre los practicantes indígenas de magia tradicional y sus animales familiares, que el tema se ha convertido en un cliché. Al igual que sucede con todos los estereotipos, las frases e imágenes comunes asociadas a los familiares –el gato negro de la bruja, el aliado animal del brujo, el tótem del curandero– funcionan para ocultar (y a veces proteger) una realidad multifacética cuya complejidad y practicidad permanecen inexploradas, incluso insospechadas, por quienes hoy más necesitan de su medicina.

Puede ser que en verdad no sea posible escribir acerca del enigmático intercambio entre los magos indígenas y sus contrapartes no humanos sin falsearlo. Como ya he señalado una y otra vez, la palabra escrita lleva tanto a quien lee como a quien escribe a un modo de conciencia que en general está cerrado a otras especies. Nuestra práctica común de leer textos tiene su fuente

ancestral más profunda en la lectura cuidadosa que hacía el cazador indígena de las huellas de animales impresas en la superficie de la tierra. Pero la transformación reciente de ese oficio en una lectura puramente humana de nuestras propias huellas, que se van desvaneciendo en la página o la pantalla, ha hecho posible un grado de autoimplicación que era del todo desconocido para nuestros ancestros orales. Hoy en día, las palabras impresas –como estas que están leyendo– circunscriben un espacio simbólico de comunicación que ponemos en acto solo para nosotros, un estilo hiperreflexivo de contemplación demasiado abstracto como para registrar la inteligencia encarnada de otros animales (a menudo tan desapegado que nos vuelve, mientras leemos, insensibles a los avatares de nuestra propia carne animal). El hechizo poderoso y encapsulado de las letras escritas eclipsa con facilidad la magia más sutil del fino intercambio entre el animal humano y la tierra animada.

¿Cómo escribir, entonces, sobre el diálogo inesperado que una vez tuve con una araña resplandeciente, o la inteligencia vital que una vez se me presentó en la persona de un inmenso oso pardo luego de que mi kayak quedara varado en un arroyo saturado de huevas de salmón? ¿Cómo escribir sobre el momento, años atrás, en que contemplaba una mata de liquen arrugado en una protrusión de granito y de golpe me encontré cayendo sin fin hacia las profundidades de ese liquen, cayendo de cabeza en un universo barroco e ilimitado de pliegues carmesí?

¿Y cómo escribir sobre las extrañas sensaciones que me invadieron ese día, mientras Temba y yo subíamos por el valle hacia la casa del *jhākri*? Meses atrás, en Indonesia, había notado que mi cuerpo a veces se sentía raro al entrar en presencia de un hechicero especialmente poderoso; una sensación que se iba después de algunos días. Al principio había malinterpretado la experiencia como alguna clase de enfermedad, una leve gripe que justo había pescado en ese momento desafortunado. Pero luego de contraer una enfermedad parecida al encontrarme con otro *dukun* de inusual poder, empecé a darme cuenta de que no se trataba de una enfermedad en absoluto, de que yo malinterpretaba sensaciones que solo eran muy nuevas para mi organismo. No podía explicar ese extraño sentimiento en mi cuerpo, pero una vez que entendí que no era nocivo, descubrí que no había nada intrínsecamente desagradable en la sensación; solo era extraña. En suma, había aprendido a reconocer esas impresiones como una señal interna de que estaba cerca de un mago de profundidad y fuerza extraordinarias.

Sin embargo, ahora estaba solamente en camino a la casa de un sanador al que todavía no había conocido –en realidad todavía faltaba medio día de viaje– y aun así ya podía sentir el mismo cosquilleo en la piel y en los músculos de las piernas y los brazos. No es que la sensación fuera idéntica a la que había experimentado varias veces en Indonesia, pero cuando empecé a preguntarme si me estaba por enfermar, me di cuenta de golpe de que las sensaciones tenían la misma cualidad reveladora que las que había sentido antes. ¿Podía ser que mi organismo ya estuviera sintiendo la presencia del

jhākri? ¿O era solo mi cuerpo, que se anticipaba al encuentro inminente con esa extraña persona de la que solo había oído rumores?

En todo caso, muy pronto me volví consciente de una nueva cualidad de esa experiencia: el temblor en los músculos era tal que no podía estirar las piernas, o mejor dicho, era muy incómodo estirarlas del todo. De modo que mientras caminaba por el sendero, ya no era capaz de extender del todo las piernas luego de bajar el pie, como es nuestra costumbre al caminar; en lugar de eso, mis piernas quedaban algo dobladas, incluso en su punto de máxima extensión. Y como consecuencia de eso, mi andar tomó una nueva elasticidad, un rebote que me resultaba totalmente nuevo. Podría pensarse que esa manera de caminar sería cansadora, en especial llevando una mochila pesada, pero en realidad la encontraba cada vez más placentera, una nueva relación, más juguetona, con la gravedad. Noté que mis brazos también estaban relajados de una manera rara, colgando sueltos y balanceándose en el campo gravitatorio. Era como si yo fuese consciente, por primera vez en la vida, del campo gravitacional que me envolvía, y sintiera que bailaba dentro de él, explorando la cualidad de la gravedad como una tela elástica estirada a mi alrededor. Esa sensación lúcida del espacio se acentuó con la claridad de los muchos olores que flotaban y captaban mi atención, mis fosas nasales enardecidas con los aromas que subían de la tierra y las hierbas varias que rozábamos al caminar. Era curioso: mi nariz, de algún modo, se había despertado.

Ese estado ágil y clarividente me acompañó durante el resto de nuestra subida por la colina, que al fin nos llevó hasta la casa del *jhākri*. La modesta casa de piedra estaba ubicada entre un montón de rocas grandes, cerca del borde de un desfiladero ancho y muy profundo. Un río estrecho serpenteaba muy abajo. Cuando golpeamos la puerta, abrió una mujer de ojos pequeños y brillantes que vestía una túnica oscura con un cuadrado de tela multicolor colgado de la cintura. Hicimos una pequeña reverencia a modo de saludo, luego de lo cual Temba, mi traductor, pareció quedarse aturdido y sin habla. Pero ella nos hizo pasar. Apoyé mi mochila junto a la puerta; Temba hizo lo mismo. Nuestra anfitriona puso una olla de agua en el fuego para el té.

A mis ojos les estaba costando habituarse a la oscuridad; solo podía ver que la mujer, a la luz del fuego, me hacía gestos desde el otro extremo de la larga habitación. Casi ciego, di unos pasos en esa dirección y me detuve, esperando que se disipara la oscuridad. Poco a poco fui notando un resplandor intermitente en las mejillas altas y la frente de un rostro vuelto hacia arriba. Junté las manos y me incliné levemente –«Namasté»– pero no hubo respuesta. La cara iluminada por el fuego estaba cerca del suelo, y giraba despacio de un lado al otro; de pronto me di cuenta de que la cabeza olisqueaba el aire a ambos lados, arrugando la nariz como un mono, abriendo las fosas nasales para probar mejor el aire mientras yo me acercaba. El *jhākri* estaba en cuclillas, con los antebrazos apoyados en las rodillas. Me moví hacia la pared lateral y me senté en el suelo. Él siguió oliendo el aire con inhalaciones cortas y dobles mientras su labio superior subía y bajaba, y yo sentí que se me erizaba el vello

de la nuca. Ahí estaba, en presencia de un animal, un primate grande tan consciente y receloso de mi presencia que mis propios pelos animales se habían erizado…

La esposa del *jhākri* se acercó a nuestro extremo de la habitación y apoyó dos tazas humeantes de té de manteca de yak en un banco bajo de madera. Miré alrededor buscando a Temba: seguía parado junto a la puerta por la que habíamos entrado. Lo llamé para que viniera a sentarse. Pero no se movió. El *jhākri* me miró y entonces se levantó de golpe y caminó hacia la puerta con una gracia extraña y desgarbada. Vi que sus rodillas nunca se extendían del todo; sus piernas permanecían dobladas como resortes tensos mientras se movía por el aire espeso. Reconocí el porte extraño que mi cuerpo había tomado esa tarde, noté su resonancia primate mientras el *jhākri* le dirigía unas palabras a Temba y lo guiaba a sentarse con nosotros, y me sentí caer más hondo en un trance. Mis ojos, de algún modo afilados por el estado singular que me había poseído, ahora podían ver las corrientes de aire girando en pequeños vórtices y remolinos mientras los miembros del *jhākri* se deslizaban por el espacio… ¿O eran visibles esos remolinos gracias a algún humo residual que no había podido salir por la chimenea del techo?

Cuando el *jhākri* volvió a sentarse, pude sentir el suelo debajo de las nalgas, y los huesos dentro de ellas. También pude sentir el cráneo y la torre segmentada de la columna que sostenía mi cráneo en alto, suspendido en el espacio. Cuando cambié de posición, mi columna se balanceó ligeramente como el tronco ágil de un árbol joven que se dobla en la brisa, hasta que encontró un nuevo aplomo con la cabeza en equilibrio sobre ella.

De alguna manera, en esa casa extraña podía sentir mi materialidad de un modo mucho más vívido, la densidad física de las diversas capas de mi cuerpo, y podía sentir también la solidaridad entre mi presencia en cuanto cosa y las múltiples plantas, incluso mi afinidad con las piedras de la pared y las rocas afuera de la cabaña.

El *jhākri* me miraba fijo, paseando su mirada por mi piel y las varias marcas y huellas que allí había. Le pedí a Temba que tradujera lo que decía y les di las gracias a los anfitriones por el té de manteca de yak. Pero Temba negó con la cabeza. Así que le agradecí directamente al *jhākri*, luego de lo cual él me dirigió unas palabras, haciendo un gesto en dirección al té. Cuando levanté la vista hacia mi traductor, esperando alguna aclaración, Temba solo sacudió la cabeza y susurró por lo bajo:

–No… No. No puedo traducir. Vamos.

Le pregunté si el *jhākri* nos había pedido que nos fuéramos.

–No. No puedo traducirte. Tenemos que irnos.

Vi que Temba no miraba directamente al *jhākri*. Sin embargo, nuestro anfitrión, con una leve sonrisa, empujaba hacia nosotros las tazas de té desde el otro lado del banco. Le murmuré a Temba que sería bueno que tomáramos el té antes de irnos. Pero las manos le temblaban, y una de ellas me tironeaba de la chaqueta.

–Tenemos que irnos. Vamos.

Su angustia era palpable.

–¿Ahora? –le pregunté.

–Sí.

El temblor de sus manos me sacó del trance. Totalmente desconcertado por la situación, me puse de pie y me incliné de nuevo ante el hombre, tratando de agradecerle a él y a su esposa y de disculparme por marcharnos tan pronto, pero Temba no tradujo nada de eso, solo me empujó hacia la puerta. Agarré mi mochila y la arrastré afuera. La puerta se cerró.

Esperé hasta que pasamos una de las rocas, y entonces me volví hacia Temba:

–¿Qué pasa?

–Algo malo. Muy malo –dijo–. No tendría que haberte traído aquí. Será malo para mi familia. Es probable que se enfermen. Este *jhākri* puede hacer que se enfermen. Quizás yo muera.

–¿El *jhākri* dijo que haría enfermar a tu familia?

–Lo sentí cuando entramos en la casa…

–¿Pero el *jhākri* dijo que le haría daño a tu familia? ¿Te dijo que era malo que hubiésemos venido?

–No sé. Pero no tendría que haberte traído aquí. Es algo terrible.

Se dio vuelta y empezó a caminar por el sendero. Atardecía, y yo no tenía idea de a dónde nos dirigíamos. Me incliné sobre mi mochila y empecé a buscar la linterna. Pero cuando me di cuenta de que Temba no me esperaba, levanté la mochila y lo seguí por el camino a oscuras.

Esa noche dormimos cerca de un curso de agua, con las bolsas de dormir acurrucadas una junto a la otra para calentarnos. Por la mañana decidimos dirigirnos hacia el pueblo en el que vivía su familia, donde él había crecido. Temba se había mudado hacía poco a la gran ciudad, Katmandú, con la esperanza de conseguir trabajo como guía de montaña. Me lo habían presentado unas semanas atrás en la Cooperativa Sherpa de Katmandú, en un último intento de uno de los directores por ubicar a un traductor local que estuviera dispuesto a acompañarme en mi expedición para aprender de los *jhākris* tradicionales de las altas montañas. Ya me habían acompañado dos guías diferentes en dos ocasiones, y ambos se habían echado atrás al descubrir que yo tenía intenciones serias de conocer a los chamanes de la montaña. Temba era el tercero y por lejos el más joven de los que se habían sumado a la aventura. Esta vez yo había sido lo más explícito posible, explicando en detalle mis objetivos mientras todavía estábamos en la oficina de la Cooperativa Sherpa. Allí Temba había insistido en que no tenía problema con mi interés en la magia tradicional, y que no tendría dificultad en traducir para mí cualquier interacción con los *jhākris* sherpa. Por eso lo había contratado como guía y traductor.

Pero ahora, en nuestro primer encuentro con un chamán de su propia cultura, el miedo lo había invadido, casi paralizado, y lo había dejado apenas

capaz de respirar en presencia del *jhākri* y mucho menos de traducir para mí.

En Indonesia ya me había familiarizado con el temor que parecen inspirar algunos *dukuns*, incluso entre los aldeanos a los que han ayudado a sanar. A menudo se presumía que un chamán, para poder vencer a los espíritus malignos que extraen la energía de una persona adulta, deben conocerlos bien y quizás incluso confraternizar con ellos en sus horas libres. Tal era el caso de los magos más poderosos, los que tienen mayor éxito con la cura de enfermedades, el alivio de perturbaciones en la comunidad o incluso la alteración de patrones problemáticos del clima. Si un chamán podía negociar con tanto éxito con las energías maléficas y convencerlas a menudo de retirarse, parecía muy probable que él o ella estuviera en términos amistosos con esos poderes sombríos.

Aprender de cerca de varios magos en el archipiélago de Indonesia me había mostrado la profusión de rumores que solían circular en la población de cada isla acerca de la práctica de la magia dañina por parte de ciertos magos o hechiceros. Poco a poco había llegado a reconocer que la abundancia de sospechas superaba ampliamente el alcance verdadero de esas prácticas. Las sospechas extendidas no eran tanto una consecuencia de los actos reales como del diagnóstico más común que los sanadores les brindaban a las personas para explicar las dolencias que ellos mismos sanaban. El diagnóstico de *brujería* –que sugería que la enfermedad del cliente era infligida de modo intencional a partir de la utilización de magia *mala* (o maligna)– implicaba que la dolencia podía aliviarse con la aplicación diligente de magia *buena*. En efecto, ese diagnóstico suele acelerar la eficacia curativa de la magia buena o medicina. Sin embargo, la cantidad de diagnósticos oscuros significaba inevitablemente que la mayoría de los chamanes o sanadores –la mayoría de quienes trabajan con la magia– ocuparan un lugar muy ambivalente en sus comunidades.

Al principio me había sorprendido que los varios chamanes que conocí en Indonesia hicieran poco por contrarrestar las sospechas y los rumores que circulaban a su alrededor. Pero pronto llegué a entender que el aura de peligro que rodea a los magos más potentes tenía un importante beneficio: servía para proteger a esos practicantes de lo que de otro modo habría sido una arremetida constante de pedidos de asistencia ritual. Los rumores garantizaban que solo se atrevieran a buscar al mago y sus artes poderosas las personas que estuvieran desesperadas por obtener ayuda.

Temba era joven. No tendría que haberme sorprendido su reacción hacia el *jhākri*, dada la respuesta de los anteriores traductores en Katmandú. Para mí estaba claro, por los efectos que había sentido en el cuerpo mientras estaba en su casa, que el arte de este *jhākri* era igual de intenso que cualquiera de los que había conocido en Indonesia, y me sentía muy frustrado de que se hubiera interrumpido nuestra reunión. Más allá de lo que hubiera experimentado, no

había sentido ninguna malevolencia en su presencia. Sin embargo, la preocupación evidente que Temba todavía manifestaba –y su temor por su propia familia– generaron en mí cierta alarma. Estaba preocupado por mi guía adolescente, y mi sentido de responsabilidad por todo esto empezó a acrecentarse a medida que pasaba el día. Estaba deseoso de regresar con Temba a su pueblo y constatar que su familia se encontraba bien.

Decidí regresar solo a la casa del *jhākri* más adelante.

A última hora de la tarde llegamos al monasterio donde el hermano menor de Temba vivía como monje, e hicimos arreglos para dormir allí. Esa noche les pedí a los hermanos que me enseñaran los conceptos básicos del lenguaje sherpa, y nos quedamos gran parte de la noche intercambiando términos y frases. Al día siguiente, por la tarde, Temba y yo llegamos por fin al pueblito donde él había crecido, y fuimos recibidos en casa de sus padres. Temba se sintió muy aliviado al ver que estaban sanos y ellos se sintieron aliviados de contar con ayuda para arar los campos de papas. Me instalé en su casa (de nuevo, arriba, sobre el cuarto de los yaks) por más de una semana, haciendo grandes progresos con Temba en la lengua, practicando mis torpes habilidades con los vecinos mientras trabajábamos los campos. Finalmente, confiado en mi habilidad para comunicar algunos asuntos simples, me despedí de la familia y le pagué bien a Temba por el breve tiempo que habíamos pasado juntos. En un principio había pensado que contaría con sus servicios por varios meses. Me sentí pésimo por romper nuestro contrato, pero ahora quedaba claro que nunca aprendería de los *jhākris* del Himalaya a menos que me acercara a ellos por mi cuenta. Temba se quedó en su pueblo; ayudaría por un tiempo a sus padres y luego bajaría hasta el valle de Katmandú para sumarse a alguna expedición de montañismo o buscar algún otro trabajo menos estresante que este, que había tomado por error.

Ahora estaba solo con las grandes montañas y los vientos embrujados, colgando sobre ríos en puentes tambaleantes y destartalados, siguiendo senderos de caminantes que zigzagueaban sobre pueblitos donde el humo se elevaba desde los hogares como plegarias que se disipan en el aire matutino. Bandadas de pequeños pájaros daban vueltas y caían en picada en perfecto unísono, aterrizaban en un techo y tras unos instantes se elevaban para ondular e inflarse en oleadas como una tela al viento antes de posarse sobre las ramas de los árboles. Algunas mañanas se oían a lo lejos las campanas de oración; de otras, recuerdo el fuerte golpeteo de las banderas de oración que colgaban sobre mi cabeza mientras la brisa absorbía las plegarias impresas en sus telas coloridas. Ahora el viento llevaría esas bendiciones dondequiera que soplara…

Una tarde, mientras caminaba junto a un riachuelo, un fuerte estrépito asaltó mis oídos. Al doblar en una curva, descubrí que el estruendo emanaba de una rueda de oración de madera que giraba en medio de la corriente, un cilindro pintado de colores vivos que hacía girar sus plegarias talladas, propulsado por una simple rueda de agua en la base.

Al atardecer, sin importar donde estuviera, me dirigía hacia el asentamiento más cercano, donde siempre me ofrecían comida y un rincón cálido para dormir y luego me despedían por la mañana con indicaciones claras para el viaje que tenía por delante.

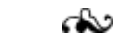
Una mañana, seguí la disonancia de unos cuernos estridentes hasta un semicírculo de lamas y monjes que cantaban vestidos de gala en la ladera de una montaña. Me vieron observarlos desde la ladera y con grandes sonrisas me hicieron señas para que me acercara. Me senté y los acompañé esa tarde junto al fuego, hipnotizado por la cacofonía de los cuernos y las voces guturales y graves que entonaban la liturgia, y luego por la dulzura de las ofrendas de pastelitos de arroz que me invitaron a comer y las muchas aves que volaban encima de nosotros, al parecer atraídas por las festividades. Solo después de muchas horas, cuando subí por la ladera para orinar detrás de unos árboles, descubrí, impactado, que sobre la plataforma de roca junto a la cual yo había estado sentado (justo encima de mi línea de visión) ¡estaba el cadáver desnudo y destripado de una mujer joven! Sentí que la sangre se escurría de mi rostro. Lamentablemente ya estaba volviendo a mi lugar cuando divisé el cuerpo de piernas abiertas, picoteado por los pájaros, con las entrañas todavía sujetas pero desparramadas sobre la roca, y no me resultó fácil escabullirme. Mareado, traté de contener las náuseas cuando volví a sentarme en lo que ahora entendí era un rito funerario. La celebración alegre de la que había participado por varias horas de golpe se metamorfoseó en un ritual macabro y embrujado, teñido por mi propio miedo. Mis oídos ahora encontraban siniestro el clamor de los cuernos, y los olores intensos que había creído que provenían del incienso ahora asaltaban mi nariz como una amenaza. Incluso el mismo cielo azul, a medida que absorbía el humo oscuro del fuego central, empezó a parecerme un poder opresivo.

Yo nunca había visto un cadáver dispuesto de esa manera, y mucho menos había estado sentado junto a uno toda la tarde. Mientras recobraba el juicio y me recuperaba de la agitación, me di cuenta de que el cuerpo de la mujer fallecida estaba siendo ofrecido a los poderes animales y a los espíritus del aire. De ahí que los quebrantahuesos y las otras aves carroñeras hubiesen estado sobrevolándonos toda la tarde. Aquí la muerte no se ocultaba como sí sucede en mi cultura, ni se la maquillaba para disimular su poder inquietante, ni se la embalsamaba para ahuyentar la decadencia. En lugar de eso, se la mostraba en todo su horror como el lado siempre presente de la existencia; de hecho, aquí se la ofrecía como comida para la vida más salvaje que nos rodea. Yo estaba aturdido, luchando con los demonios que se agitaban en mi interior en vistas de lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, los monjes sonreían tranquilos y a veces reían, mientras guiaban con sus oraciones al espíritu de la mujer a través del espacio entre los mundos, lo que ellos llaman bardo. Cuando dejé la reunión tras inclinarme profundamente ante los lamas, mi sentido idílico de esas montañas y las brisas cargadas de oraciones que se movían entre ellas se había profundizado de modo considerable para hacerles lugar a los tonos

terrestres del peligro, la enfermedad y la muerte que colorean la vida en este terreno inhóspito. Había hecho espacio en mi conciencia para la pérdida y la pena insoportable que ensombrece la vida en este planeta, la lluvia de lágrimas que de alguna manera permite toda esta asombrosa belleza. Solo después de ese encuentro fui capaz, por primera vez, de devolverle la mirada a Mahakala –la forma horrorosa y enfurecida del Buda– que me miraba con ferocidad desde las paredes interiores de los pequeños monasterios que iba encontrando en los altos valles.

En uno de esos templos, el lama residente estalló en carcajadas cuando, con un truco de prestidigitación, transformé una simple piedra erosionada en otra piedra, tallada con oraciones, que había encontrado unos días antes. Me tomó de la mano y me guio por un largo sendero hasta el río para que pudiera observar a sus dos estudiantes mientras trabajaban con unos bloques de madera del templo, ingeniosamente tallados con versos rituales tibetanos. Por lo general, esos bloques preciosos de madera se usaban para imprimir libros litúrgicos. Pero ahora –¡qué increíble!– los estudiantes imprimían los bloques de madera una y otra vez sobre la superficie del río, para que el agua transportara las oraciones a las diversas tierras por las que viajaría en su largo camino hacia el océano Índico.

Esta era una cultura en la cual, de un modo muy notable, las letras impresas no se usaban como un mero registro de las palabras habladas o una guía para el discurso oral sino como fuerzas eficaces por derecho propio. Las letras no eran solo signos pasivos sino agentes energéticos que afectaban de forma activa el espacio a su alrededor. Ya sea que estuviesen escritas en una página o grabadas en bloques de madera, talladas en piedras o impresas en banderas, las letras tibetanas poseían un poder que podía ser activado no solo por los seres humanos sino por los insectos que caminaban por sus grietas, por el agua que fluía por sus formas e incluso por la brisa que corría entre ellas. Las intenciones humanas, transportadas en sueños y oraciones, se mezclaban aquí con la intención de las piedras, los árboles y los ríos. Estaba claro que, en esa región montañosa, «la mente» no era una posesión humana; era un poder propio de cada parte del campo elemental.



Participamos de esta conciencia universal con la totalidad de nuestro cuerpo, del mismo modo que otros animales participan con el suyo: el leopardo de las nieves con sus músculos tensos y el halcón con las plumas de sus alas desplegadas. Aquí, cada criatura habita y se mueve por el mismo campo de montañas y hielo derretido, absorbe el mismo aire, la misma conciencia sembrada de rocas. Sin embargo, cada animal filtra esa conciencia con sus sentidos particulares: la disposición de sus miembros y el estilo específico de sus placeres, así como el modo en que obtiene alimento y el modo en que evita convertirse en comida para otros, limitan su acceso al todo. Cada criatura –incluidos los bípedos– tiene solo un acceso restringido al misterio de lo real.

Como humano puedo haber compilado una gran cantidad de información acerca del funcionamiento del mundo, sin embargo, en un sentido práctico y visceral (el conocimiento carnal es la forma primaria de la inteligencia), una lombriz sabe mucho más que yo sobre la vida del suelo, y una golondrina sabe mucho más que yo sobre el viento. Ser humano es tener un acceso muy limitado a lo que es.

La ciencia ha intentado superar las limitaciones carnales de nuestro conocimiento uniendo la razón deductiva con la aplicación juiciosa de la experimentación. Los magos tribales tradicionales o los sanadores adoptan un enfoque diferente. Buscan aumentar las limitaciones de sus sentidos humanos específicos uniendo su atención a los modos de otro animal. Entrenando sin cesar el foco sobre los patrones de comportamiento de otra criatura –observándola de cerca en su propio terreno, siguiendo e interpretando sus huellas, familiarizándose con sus llamados y sus modos de acechar o buscar comida– el sanador se vuelve vulnerable a una forma de experiencia diferente, no humana. Cuanto más meticuloso es el aprendiz de mago en su observación de la otra criatura desde una posición de humildad, aprendiendo a imitar sus gritos y bailar sus diversos movimientos, más a fondo se une su sistema nervioso con ese otro conjunto de sentidos, y de esa forma gana una especie de acceso estereoscópico al mundo, una percepción más aguda de la múltiple profundidad y dimensionalidad de la biósfera.

Como sucede con cualquier cosa sobre la cual se concentra mucho la atención, el aliado animal empezará a visitar los sueños del chamán novato e impartirá conocimientos que son totalmente inaccesibles a su mente durante la vigilia. Quizás el chamán pueda pasar toda una noche deambulando como ese otro animal, acechar a su presa y a veces matarla y devorarla antes de despertar en su forma bípeda. Más importante aún, como el joven chamán ahora tiene conocimiento de dos clases de sentidos muy diferentes, su lealtad hacia su propia especie empieza a distenderse y comienza a vislumbrar un entramado brillante y mutable de afiliaciones e interdependencias: la red de hebras que une a todos los seres. Puede que cada tanto se dé cuenta de que considera los asuntos no desde una perspectiva humana sino desde la perspectiva del bosque, o del valle fluvial como un todo…

En el curso de esos primeros meses en el Himalaya tomé contacto con varios *jhākris* de habilidades diversas, y viví por varias semanas con dos de ellos, una pareja de marido y mujer que eran muy respetados como sanadores. Al principio, la mujer no confiaba en mí, ya que algunos rumores sobre mi propio oficio me habían precedido en el valle. Había cometido el error de hacer algunos trucos de prestidigitación para un grupo de pilluelos en un pequeño pueblo: había transformado unas piedras en monedas nepalíes y de nuevo en piedras antes de hacerlas desaparecer en el aire. Las noticias de esa sencilla hazaña se habían esparcido rápidamente por los pueblos vecinos, despertando

curiosidad y cierta alarma entre los sherpas adultos. Aunque la magia en sus diversas formas tenía un lugar evidente en esta cultura, era raro que un blanco occidental creyese siquiera en la magia, y mucho menos que mostrase semejante relación con los poderes invisibles. Así que, cuando entré en su cabaña, la mujer *jhākri* me fulminó con la mirada y me di cuenta de que no era bienvenido. Solo logré superar ese antagonismo inicial luego de regresar día tras día y de ofrecer mi ayuda para cargar agua desde el arroyo. Cuando su marido por fin me desafió a que mostrara un poco de mis propias habilidades, hice aparecer en el aire un cuadrado de tela sherpa colorido, luego formé un pequeño bolsillo vacío en medio de la tela y la dejé colgar de mi puño. Le pedí al *jhākri* que soplara la tela. Luego, cantando suavemente, abrí los pliegues para revelar un cristal de cuarzo brillante. (El cristal era un talismán que había estado llevando en el bolsillo durante casi un año). El chamán tomó el cuarzo en su mano y lo sostuvo en alto a trasluz. Luego cerró un ojo, se acercó el cristal al otro, y me miró a través de sus facetas mientras lo hacía girar hacia ambos lados. Preguntó si había otros cristales esperando para aparecer. Le dije que no sabía, pero que esperaba que él aceptara ese cristal como un regalo de los espíritus.

¿Tal vez yo podía enseñarle algunos de los mantras que usaba para mi magia? Claro que sí, si a cambio me dejaba presenciar alguna de sus sesiones de sanación…

Trato hecho.

Dejé la pequeña casa familiar en la que había estado parando y me instalé en su casa, y muy pronto me encontré acompañando al hombre, Dorjee, en varias sanaciones, por lo general por la tarde y a veces a lo largo de toda la noche.[12] Algunas de las sanaciones las sentía con mucha más intensidad que otras. En las sesiones más intensas, Dorjee, ayudado por el golpeteo rítmico de su *dhyāngro* (un tambor grande de dos caras), entraba en una especie de delirio.

Mientras tanto, durante el día, compartía con él algunas técnicas básicas de mi práctica de prestidigitación, guiando con minucia sus dedos por los pases más elementales. Sin embargo, más allá de dejarme asistir a sus sanaciones, el *jhākri* no compartía conmigo casi nada de su oficio. Había un joven sherpa que a veces ayudaba a Dorjee; los comentarios o instrucciones del chamán se reservaban para él. Gran parte de lo que sucedía durante las sesiones de sanación quedaba completamente velado a mi entendimiento; solo podía presenciar los gestos rituales y dejarme llevar por los ritmos o distraerme con la grave concentración de las caras de los demás presentes.

Pero entonces, en el momento más álgido de una de esas sesiones, me sobresalté al ver que el chamán extraía un bulto sangriento, parecido a un tumor, del costado del abdomen de una mujer afiebrada. Era un acontecimiento excepcional, y tuvo un efecto poderoso sobre los que estaban mirando. Fue entonces cuando entendí que ciertos métodos de prestidigitación ya formaban parte del repertorio de Dorjee: mis ojos de

ilusionista habían divisado esa molleja sangrienta oculta en la palma de Dorjee varios minutos antes de que fuera extraída del cuerpo de la clienta.

Cuanto más lo pensaba, más me preguntaba si Dorjee había recurrido esa noche a la prestidigitación porque sabía que yo lo estaba observando, como una manera de mostrar su propia habilidad en algo parecido a mi oficio. Dos días después, cuando estuvimos solos, le pregunté con cautela acerca de la extracción, elogiando su habilidad pero dejando en claro que había visto el truco. El chamán no se ofendió. Esa técnica se puede usar solo cuando otros abordajes no funcionan, dijo. Esperé a que se explicara. Dorjee se sentó en el suelo. Esto es lo que me contó, o al menos lo que pude entender (explico aquí en mis propios términos lo que me transmitió no solo con palabras sino con muchos gestos y expresiones faciales):

Hay ciertos demonios que están aferrados a las entrañas de una persona con tanta firmeza y tenacidad que no pueden ser disipados por la *phurba* (una especie de daga mágica) del *jhākri*, o por ningún otro medio. No hay trance alguno que logre que el demonio suelte su agarre. Es en esos casos cuando el *jhākri* debe usar alguna treta para engañar al demonio y sacarlo del cuerpo del cliente. Ese nudo malévolo de energía no saldrá del cuerpo del huésped a menos que se le provea otro cuerpo físico que habitar. Este puede ser un objeto pequeño, siempre y cuando tenga sangre suficiente como para atraer al demonio (al parecer los demonios adoran lo truculento y lo sangriento). La molleja sanguinolenta de un pájaro grande funciona muy bien.

Pero aquí está el problema: el demonio no debe poder ver ese objeto antes, pues de lo contrario sospechará y se dará cuenta de la trampa que le tienden. Como los demonios perciben el mundo a través de los sentidos del cuerpo que poseen en ese momento, el *jhākri* debe mantener la molleja sangrante oculta del paciente. Una vez que se lo ha inducido al trance por el tambor y el baile del *jhākri*, entonces el demonio que tiene dentro también estará en trance y poco a poco podrá ser atraído por diversos medios para salir de las entrañas hacia la superficie del cuerpo o la piel. Es solo en ese momento cuando el objeto cruento entra a la vista, en ese punto exacto de la piel del paciente, como si se lo estuviese extrayendo del cuerpo. Así, el demonio desprevenido no podrá resistirse a la atracción por la proximidad de esa forma deliciosa y grumosa que acaba de aparecer allí y que lo hace atravesar la piel. Es como si la molleja sangrienta, o cualquier otro objeto, efectivamente chupara al espíritu demoníaco y lo absorbiera. El *jhākri* ahora puede mostrarle el objeto sangrante al paciente antes de tirarlo al fuego. Si el paciente se recupera de su enfermedad, el *jhākri* sabrá que el pase de manos ha sido efectivo, no por haber engañado al paciente (como pensaría un occidental) sino por haber engañado al demonio mismo: la enfermedad.

Dorjee estaba totalmente convencido de que era el demonio el engañado, y no el cliente ni su familia. Como yo había reconocido el truco que había utilizado, Dorjee insistió en que lo acompañara ocho o nueve días más tarde al pueblo de la mujer que había recibido el tratamiento aquella noche. Cuando

llegamos, ella estaba arando uno de los campos del pueblo. Afirmó que el dolor debilitante y de larga data en su abdomen había menguado y luego desaparecido en los días posteriores a la sanación, y que no había regresado. Mientras tanto, su energía se había renovado de manera lenta y constante: se sentía bien.

La sanación de Dorjee es uno de los varios usos de prestidigitación perceptual que he presenciado en curanderos tradicionales. He llegado a creer que la aplicación chamánica de pases de manos con propósitos sanadores probablemente sea la fuente aborigen de todo el arte del juego de manos y la prestidigitación. La práctica habilidosa de la magia de prestidigitación es una especie de tratamiento de choque para la persona que observa, una manera de sacudir su sistema nervioso y su sistema inmune a través del canal directo de los sentidos. Es una técnica potente para alterar patrones y miedos congelados ya que desata la capacidad regenerativa del cuerpo. A diferencia de las creencias modernas, es probable que la prestidigitación se haya originado no como una representación ilusoria de eventos sobrenaturales, sino como una técnica práctica para desbloquear y activar la magia fluida de la naturaleza misma.

Habían pasado casi tres meses cuando volví a la casa del poderoso *jhākri* con quien Temba y yo nos habíamos encontrado al llegar por primera vez a los altos Himalayas. Me había llevado todo ese tiempo aclimatarme a los ritmos de la vida en ese gigantesco paisaje. No había querido regresar hasta no sentirme lo bastante capaz de comunicarme con claridad, aunque fuera de manera torpe, combinando un repertorio cada vez más amplio de palabras y frases sherpa con una variedad de gestos. Cuando Temba y yo hicimos nuestra torpe salida de la casa del *jhākri*, fue obvio que tendría que estar mucho mejor preparado antes de volver a ese lugar aislado entre las rocas apiñadas. En los meses siguientes, las circunstancias peculiares del encuentro inicial nunca se alejaron demasiado de mis reflexiones. Durante ese tiempo tuve dos sueños en los que me encontraba con el *jhākri* y su mirada de primate. Él no hablaba durante esos encuentros oníricos; en uno de ellos solo señalaba con sus fosas nasales abiertas algún aspecto del paisaje al que yo todavía no le había prestado mucha atención. De hecho, el día después del sueño me sentí más lúcido y despierto frente a los matices cambiantes de los picos helados y el modo en que las nubes creaban sombra conforme iban siguiendo el contorno irregular de las montañas.

Y ahora, mientras caminaba por el sendero angosto hacia la casa del *jhākri* –acercándome por el lado opuesto al que había tomado la primera vez–, me encontré otra vez distinguiendo los diversos aromas que pasaban frente a mi nariz. Una vez más, me di cuenta de que mis rodillas se negaban a enderezarse por completo y me hallé saltando colina arriba con inusual facilidad: mis músculos respondían con una extraña gracia a las alteraciones más sutiles del

terreno. ¿Acaso mi cuerpo se sentía atraído al estado clarividente en virtud de la cercanía con la morada de ese mago en particular? ¿O era que solo estaba reactivando memorias corporales de la caminata de tres meses atrás?

No lo sé. Solo sé que cuando volví a descubrir su casa de piedra, camuflada entre las rocas, y toqué con firmeza la puerta, y cuando el *jhākri* abrió y me encontré mirando ese rostro que lentamente esbozaba una sonrisa, me asaltó una sensación de familiaridad que reverberó en todo mi organismo, como si en verdad nunca me hubiese ido de aquel lugar. Supongo que fue entonces cuando empezó mi aprendizaje.

Lo más extraño del tiempo que pasé con Sonam y su esposa, Jangmu, fue la profundidad con la cual volví a mí mismo, a mi hogar en mí, durante esos días y noches. En lugar de probar prácticas extrañas y explorar creencias que me resultaban del todo nuevas, fue la cualidad de mi propia experiencia sentida lo que se volvió cada vez más fascinante, la espesura carnal que sustentaba incluso mis ensoñaciones más efímeras. Desde esa primera noche en su casa, me di cuenta de que percibía las sensaciones físicas comunes y corrientes de manera mucho más vívida de lo que creía posible. Como si algo en la forma de moverse de mi anfitrión desatara y dispersara todas mis reflexiones abstractas. Cuando estaba cerca de Sonam, el martilleo de palabras dentro de mi cabeza se silenciaba y dejaba libre a mi conciencia para presenciar las intensidades únicas de texturas, olores y sonidos particulares que registraban piel o lo más profundo de mis órganos. Su casa, con sus paredes de piedra, tenía una densidad palpable que me resguardaba cuando dormía sobre el piso de barro, enfrente de Sonam y Jangmu, y cuando me despertaba por las mañanas era como si emergiera de mis sueños privados al sueño más grande de esta casa viva, alojada en la imaginación más amplia de la ladera rocosa. Mis anfitriones ya estaban trabajando, alimentando a sus animales, cargando agua desde el arroyo o consultando a los espíritus acerca de la fallida cosecha de papas en el pueblo vecino. Más tarde yo cargaba madera seca desde una línea de árboles junto al río, y subía por el camino zigzagueante detrás de Jangmu; ella, que iba descalza, parecía flotar por el sendero empinado mientras su espalda se doblaba hacia adelante por la enorme carga que colgaba de una única soga atada alrededor de su cabeza; yo, por mi parte, con mis botas de montañismo, me esforzaba y me tambaleaba con una carga mucho menor de combustible en los brazos. Recuerdo cómo esas caminatas aniquilaron completamente cualquier separación entre mis pensamientos conscientes y mis hombros doloridos, el latido de mi corazón y el paso y los tropezones de mis piernas.

Y ahí estaba lo raro: cuanto más se hundía mi conciencia en la espesura muscular de mi carne animal, más podía sentir cómo se hinchaba, respiraba y se movía la tierra tangible a mi alrededor, cómo los árboles, lechos de ríos y rocas respondían en silencio a todos los eventos cercanos. Parecía como si el suelo mismo sintiera mis pisadas y animara mis pasos en las direcciones más

fortuitas, asegurándose de que me topara con un evento inesperado en el momento justo: que me cruzara con un halcón justo cuando se dirigía hacia un árbol para alimentar a sus crías, o que llegara al lugar preciso para divisar, a través de una apertura fugaz en las nubes del monzón, a dos cabras de montaña apareándose en una cresta alta. Como si, al disolver mis pensamientos desconectados en la curiosidad sensorial de mi cuerpo, hubiese entrado en una alineación con la sentiencia de la tierra misma. Al despertar como esta cosa erguida, de ojos grandes y piel suave, noté que todas las otras cosas que me rodeaban también estaban despiertas…

Fue la experiencia de la magia más profunda que haya experimentado y, sin embargo, era algo completamente común y corriente. No había nada de extraordinario en ello, en absoluto. No fue un encuentro con una dimensión sobrenatural que se desplegaba en algún lugar *más allá* de mi conciencia cotidiana y a la cual yo podía elevarme cada tanto, sino un encuentro con una dimensión que operaba siempre por *debajo* de mi conciencia convencional, un reino carnal en el que mi cuerpo animal estaba involucrado en un intercambio constante con la tierra viva. De ahí que empezara a sentirme mucho más presente y real que antes para las rocas y los riscos oscuros. Sentía que ahora era una presencia conocida para las montañas. Esa experiencia –esa conciencia de mi presencia elemental, en cuanto cosa, para las cosas tangibles que me rodeaban– es todavía hoy, para mí, el sello más puro de la magia, la marca misma de su realidad más absoluta. La magia no nos maravilla; nos aúna en el cuerpo del momento presente de un modo tan contundente que todas nuestras explicaciones se desmoronan: lo ordinario, en toda su simple enormidad, empieza a brillar, a volverse luminoso, imposible. Cada faceta del mundo está despierta, y nosotros dentro de él.

Cuanto más me deslizaba hacia la densidad material de lo real, más me daba cuenta de que no había nada determinado ni predecible en la existencia. Lo real, ese misterio inexhaustible, no puede ser domesticado. Es lo salvaje encarnado. La realidad cambia de forma.

Ocho días después de mi llegada a la casa, Sonam y yo fuimos caminando hasta un pueblo a varias horas de distancia, donde lo había convocado una mujer que a mí me pareció una especie de loca. Había aparecido el día anterior, con un ojo medio cerrado y el otro muy abierto, su pelo apelmazado de tanto tiempo sin lavarlo sobresalía tieso a un lado de la cabeza como las ramas de un árbol ennegrecidas por el fuego. Me miró fijo y escupió mucho en el suelo; cuando apareció Sonam hablaron un instante y luego ella se fue. A la mañana siguiente, él y yo subimos por un largo valle hasta llegar al pueblo. Al parecer, en días recientes había habido en el asentamiento dos muertes accidentales, aunque no relacionadas, y ahora un niño pequeño estaba muy enfermo; la gente estaba alarmada y quería prevenir más mala suerte. Cuando llegamos, Sonam se quedó más que nada en las afueras de los campos del

pueblo, consultando solo a uno o dos hombres con los que se encontró. A lo largo del día fue recorriendo el amplio perímetro, dando vuelta las piedras mohosas, recomponiendo *chortens* medio caídos, subiéndose a algunos de los árboles y siempre cantando para sí, y en un momento (según anoté en mi diario), mientras daba un grito, tiró al aire unos puñados de agua de un arroyo helado. Yo lo seguí todo el tiempo, aunque a una distancia respetuosa, sin estar muy seguro de lo que debía estar haciendo, e intentando, sin éxito, comprender qué hacía él. En un momento, unos niños nos trajeron unos panes de papa todavía tibios del fuego, que solo yo comí. Había imaginado que Sonam llevaría a cabo algún tipo de sanación cuando llegáramos al pueblo, pero no fue así. Ni siquiera entró en ninguna de las casas. (En verdad, nunca vi a mi anfitrión involucrado en ninguna ceremonia de sanación, aunque un viejo ermitaño *bön* que vivía valle arriba me contó que, muchos años atrás, Sonam había traído de vuelta de la muerte a otro *jhākri* que en esa época era un importante sanador de la región. Pero Sonam, que yo supiera, no trabajaba como sanador. Mantenía distancia de otra gente y ellos mantenían distancia de él, aunque lo llamaban cuando era necesario para aliviar problemas graves que aquejaban a pueblos enteros o a partes del bosque, o, incluso, según había oído, para aliviar el tiempo calamitoso que ponía en peligro una expedición de montaña que había empleado a muchos sherpas del valle).

Hacia el final de la tarde, Sonam indicó que había terminado y que debíamos volver a casa. Le pregunté si no podíamos aceptar un poco de té de manteca de yak en alguna de las casas antes de regresar. No: no quería hablar con los aldeanos. Se agachó para atar en un ramillete plantas y ramitas que había juntado durante su trabajo y me las dio para que las guardara en mi mochila. Rechazó el último pedazo de pan de papa que yo guardaba en el bolsillo, se dio vuelta y se dirigió al sendero. Me puse la mochila y lo seguí. El camino era el mismo que habíamos tomado esa mañana en dirección contraria, serpenteaba cuesta arriba y luego bordeaba una pendiente empinada que a veces daba lugar a un acantilado abrupto a nuestra izquierda. Recién cuando me asomé por el borde, el silbido del río que corría debajo, a más de ciento cincuenta metros, se separó del suspiro del viento que fluía a nuestro alrededor. Como soy propenso al vértigo, caminé despacio en esos tramos del sendero, concentrándome en aquietar mi respiración mientras me pegaba al costado de la pendiente. De ese modo quedé rezagado de Sonam, quien, aunque me doblaba en edad, se deslizaba por la empinada ladera montañosa con una facilidad que yo no podía concebir, con las rodillas dobladas, los brazos extendidos y sueltos y las manos colgando flácidas como las de un mono borracho. A veces se burlaba de mi temor y saltaba a una roca grande a un lado o al otro del camino: aterrizaba en ella con un solo pie y hacía equilibrio con el otro colgando a un costado, entonces miraba alrededor con tranquilidad hasta que yo finalmente lo alcanzaba.

En un momento, luego de un tramo espeluznante, levanté la mirada y vi a Sonam a lo lejos, de modo que me apresuré por el camino ya más ancho para

alcanzarlo. El sol se ponía detrás de las montañas y un aire fresco se elevaba desde el desfiladero. Estaba ya a unos quince metros de él cuando Sonam rodeó una saliente en la cuesta y desapareció de mi vista. Cuando me acerqué a la curva oí el graznido gutural de un cuervo, que venía de algún lugar cercano. Luego de un momento volví a oírlo, y entonces, cuando rodeé la saliente, vi por fin al cuervo, posado sobre una roca que sobresalía encima del desfiladero, a la izquierda del camino. El pájaro me miraba desde el otro lado del sendero; cuando lo miré dio dos saltos para ubicarse más de frente a mí. Mientras ladeaba la cabeza, sus ojos parpadearon como los obturadores de una cámara. Pronunció dos «squaaark» más leves y luego volvió a saltar al camino. Pero al hacer esto, el cuervo pareció girar de pronto hacia mí, pues aumentó de súbito su tamaño aparente. Levanté los brazos por instinto para protegerme la cara, pero entonces el pájaro no hizo más que aterrizar en medio del sendero. Aun así, había algo muy extraño en la manera en que el cuervo había caído a tierra; su forma estaba de alguna manera contorsionada, y el aterrizaje había sido muy ruidoso, y entonces me di cuenta de que estaba mirando a Sonam, no a un cuervo. Parpadeé. Y me di cuenta, para mi absoluta perplejidad, de que Sonam estaba mucho más lejos de mí que donde había estado el pájaro. ¿Qué demonios pasaba? Di unos pasos hacia él, y así mis ojos descubrieron que la roca sobre la cual estaba posado el cuervo estaba también mucho más lejos de lo que yo creía, no a unos dos metros delante de mí sino a unos ocho metros, y por ende era mucho más grande de lo que yo había percibido. De modo que el cuervo había saltado al camino desde esta roca mucho más grande, y en el proceso había transformado sus plumas en ropa. Me quedé allí en una especie de shock, haciendo un esfuerzo por entender lo que acababa de ver. Haciendo un esfuerzo incluso por aceptar lo que acababa de ver: un hombre convertido en cuervo, y luego de nuevo en hombre. Un hombre que yo conocía. Una metamorfosis totalmente imposible había tenido lugar frente a mis ojos.

Sonam me miraba con la cabeza ladeada. Sentí que un temblor subía desde mis pies, y mis piernas empezaron a ceder. Me quité la mochila para apoyarla en el suelo, pero Sonam se acercó y se la colgó en los hombros, haciendo un gesto para que siguiéramos camino, como si nada inusual hubiera ocurrido. Di unos pasos y luego me detuve y miré alrededor sacudiendo la cabeza, tratando de asegurarme de que lo que veía estaba realmente allí. ¿Lo que acababa de presenciar era solo una percepción errónea, una confusión momentánea de los sentidos…? Sonam pasó junto a mí y se dirigió al sendero. Luego de unos diez metros se dio vuelta para mirarme a los ojos. Giró la cabeza de un lado al otro, luego abrió la boca y graznó –una serie perfecta de graznidos de cuervo–, entonces se volvió y me guió por el camino cuesta abajo, en el anochecer azul de las montañas.

12 He cambiado los nombres, tanto en este capítulo como en el siguiente, para respetar la privacidad y la práctica de los individuos mencionados.

Metamorfosis

(Magia II)

El cuerpo humano es ni más ni menos que nuestra capacidad para la metamorfosis. Nos equivocamos al pensar en nuestra carne como una forma fija y finita, un paquete bien delimitado de músculos, hueso y electricidad embotellada donde la sangre recorre bulevares y senderos como bucles. Pero incluso la consideración más somera de los múltiples enredos del cuerpo –su atracción erótica hacia otros cuerpos; su negociación incesante con ese eros más grande que llamamos «gravedad»; su dependencia de los aguaceros, no solo para calmar su sed sino para revivir y fructificar las varias plantas que arranca, mastica y traga; su implicación con esas mismas plantas y animales de quienes extrae sustento para sus músculos, piel y sentidos antes de devolver al mundo esa materia deglutida como compost que, si fuéramos frugales, usaríamos para nutrir los suelos donde crecen las plantas; su embeleso por el canto de las aves; el placer que encuentra en tirar piedras al agua y a través de los vidrios; su fascinación silenciosa por la luna– alcanza para hacer evidente que el cuerpo no es un costal autocontenido sino un reino dentro del cual se dan cita las diversas texturas y colores del mundo. El cuerpo es un lugar donde convergen las nubes, las lombrices, las guitarras, las gallinas que cacarean y las colinas nítidas, donde se forjan alianzas, fusiones y metamorfosis.

Ya hemos explorado algunos de los modos en que nuestro cuerpo se altera y se transforma al moverse por diferentes lugares. Eso es así porque el cuerpo mismo es una especie de lugar, no un objeto sólido sino un terreno por el cual pasan las cosas y en donde a veces se asientan y sedimentan. El cuerpo es un lugar portátil que deambula por los valles y las praderas de la tierra, abierto a las mismas corrientes, las mismas aguas y vientos que caen en cascada por esos lugares más amplios. No es una entidad cerrada y determinada sino más bien un umbral sensible a través del cual el mundo se experimenta a sí mismo, un portal viajero por el que fluyen todo el tiempo los diversos aspectos de la tierra. A veces las texturas del mundo se mueven por ese umbral sin experimentar cambios. A veces se transforman en el pasaje. Y a veces transforman el portal.

A pesar de los innumerables intentos por definir y diagnosticar el cuerpo como un objeto determinado, el carácter metamórfico de nuestra carne se hace evidente en los contextos más dispares, ya sea al salir de la succión barrosa de un pantano, o cuando quedamos atrapados en el runrún eléctrico de la ciudad. Para que las experiencias relatadas en el capítulo anterior no dejen la impresión de que la capacidad para la metamorfosis es un asunto exótico, propio solo de ciertas personas peculiares que viven en montañas lejanas, déjenme brindarles algunos ejemplos mundanos, tomados de la vida cotidiana en Norteamérica, antes de retomar los asuntos que tuvieron lugar durante mi

estadía en los altos valles de Nepal.

El mundo moderno del comercio y el entretenimiento involucra a nuestra susceptibilidad corporal de múltiples maneras. Yo estaba en el final de mi adolescencia cuando me percaté de la influencia duradera que dejaban en mi organismo ciertas películas que pasaban en el cine local. No me refiero al trance evidente en el que todos caemos cuando estamos inmóviles frente a la pantalla grande, sino al modo asombroso en que ciertos filmes entraban de modo subrepticio en mi torrente sanguíneo como una infección. Los filmes de James Bond eran especialmente efectivos en ese sentido. Al salir del cine al aire fresco de la noche luego de los títulos finales, dirigía mis pensamientos a los asuntos prácticos del momento. Pero cuando llegaba a la esquina y trataba de recordar dónde había estacionado el coche, mi cuerpo saltaba de improviso hacia el edificio de la esquina y se pegaba contra él, luego se asomaba despacio para mirar por el borde. Cuando me aseguraba de que no venía nadie, corría por la vereda para agacharme detrás de algún coche estacionado. Inspeccionaba la calle mirando por las ventanillas laterales de ese automóvil, moviéndome despacio para que el contorno de mi cuerpo no sobresaliera más allá del borde del vehículo y no se volviera visible a cualquier par de ojos al otro lado de la avenida. Pero ¿de quién me escondía? ¿Qué presencia esperaba vislumbrar mientras me escabullía entre las sombras, o más tarde, cuando manejaba a casa con el velocímetro estable y me detenía en cada semáforo con inusual precisión y los sentidos periféricos alertas a los coches a cada lado? ¿Qué rastreaba, o a quién? No tenía idea. En realidad no había elegido representar ninguno de esos comportamientos instintivos sino que solo me volvía consciente de ellos mientras sucedían, divertido y algo asombrado por el curioso hechizo bajo el cual había caído mi organismo. Luego de unos quince minutos, el extraño matiz de misterio que cubría todo mi campo perceptual por fin se disipaba, y mi torrente sanguíneo quedaba al fin exorcizado del fantasmal agente de espionaje que lo poseía por la presión de hacer los deberes o de sacar la basura.

Esa capacidad curiosa de verme atraído fisiológicamente hacia el espacio de ciertas historias, abducido a otro paisaje que solo me devolvía al presente palpable un largo rato después, también se manifestaba cada tanto en relación con ciertos libros. Dado que mis lecturas más placenteras sucedían en la cama, tarde a la noche, la química del sueño solía servir para reorientar mis extremidades y devolverme por fin al meollo de la cotidianidad justo a tiempo para el desayuno. Pero cuando terminaba de leer una gruesa novela decimonónica no por la noche sino en alguna mañana de finales del verano y la colocaba con cuidado en la biblioteca, la transición no era suave: los objetos del presente, como el desagüe de la cocina que masticaba con estrépito las sobras debajo de la pileta o un autobús que pasaba resoplando por la calle, me parecían anacronismos absurdos, apariciones irreales caídas de otro planeta. El patrón de las palabras escritas en esa novela me había reacomodado las neuronas: el tiempo mismo estaba dislocado, y se quedaba así durante varios

días.

Pero los textos escritos guardaban una magia incluso más delirante, una capacidad de metamorfosis que se hizo evidente solo cuando empecé a dedicarme al oficio de la escritura. Sospecho que se trata de un tipo de transmutación que muchos escritores conocen bien, aunque quizás muy pocos noten lo extraño que es en realidad el fenómeno. Se manifiesta cuando, después de trabajar en algún ensayo, les envío un borrador a algunos amigos o colegas para que lo lean. Cuando, acto seguido, uno de ellos menciona (por teléfono, tal vez) que lo está leyendo con detenimiento, entonces, en ese momento, ocurre un cambio curioso en el texto. Si observo mi copia de esas páginas, encuentro que cada uno de los párrafos se ha alterado, algunos de modo dramático, otros solo un poco. Es algo sorprendente. Pero esperen: si miro más de cerca parece que las palabras que yo escribí son las mismas, y también el orden de esas palabras, y los signos de puntuación entre ellas. Sin embargo, todo el conjunto se lee de otra manera. Problemas que antes no percibía ahora saltan a la vista, y también se revelan algunas elegancias que no había notado, brillantes como gemas semiescondidas entre las matas de pasto del texto. Pues ahora lo leo con ojos muy diferentes de los míos. Mi colega ni siquiera me llamó para comentarme su reacción a mi borrador. Lo más probable es que no haya terminado de leerlo. No importa. No necesito saber si le gusta o lo desprecia, solo que lo está leyendo. Solo esa certeza es suficiente para activar un encuentro dramáticamente diferente con lo que he escrito. Y si me entero de que otro amigo más lo está leyendo, entonces el texto se transforma otra vez.

Cuando descubrí esa capacidad polimorfa y transformadora en mi obra escrita, me di cuenta de que, como autor, me vería beneficiado si pudiera efectuar esas transformaciones por mi cuenta, antes de mandarle las páginas a otro. Luego de terminar el primer borrador de los siguientes artículos, me dispuse a leerlos desde la perspectiva imaginaria de varios colegas. Pero fue en vano. Era incapaz de conjurar por mí mismo cualquier cambio claro en la textura y la sensación de lo que había escrito. La metamorfosis solo ocurría cuando lo compartía con otros…

Incluso en este preciso momento, entonces, tu lectura de estas palabras ya las está influenciando, cambiando sus tonos, torciendo el modo en que las sienten otros, y también yo mismo.

Es decir, a menos que yo sea más susceptible que otros autores a esas mutaciones en mis textos. Si es así, esa predilección seguramente esté relacionada con una porosidad de sentimiento que me ha acompañado desde la infancia, una tendencia impresionable que se manifiesta con bastante frecuencia en asuntos lingüísticos. Durante mi segundo año en la universidad, por ejemplo, me di cuenta por primera vez de una inquietante propensión a adoptar sin querer el acento de la persona con la que estaba hablando. Cada

vez que hablaba por teléfono, mis compañeros de cuarto podían saber la nacionalidad de la persona con la que hablaba. Si fruncía los labios, sabía que estaba hablando con uno de los compañeros franceses, mientras que, si hablaba con sonidos guturales desde el fondo de la garganta, era obvio que estaba hablando con un compañero ruso. Si mis brazos gesticulaban a lo loco, volando por el aire alrededor del teléfono mientras hablaba, era casi seguro que estaba hablando con un estudiante de Italia. Cuando uno de mis compañeros de casa me lo señaló riéndose, me quedé horrorizado. ¡No tenía idea! Seguro que todos hacen lo mismo, sugerí. Él negó con la cabeza. Y, de hecho, cuando empecé a prestar atención, me di cuenta de que las inflexiones vocales de la mayoría de la gente casi no variaban cuando hablaban con otras personas. Pero en mí, esa propensión mimética era instintiva e inconsciente; solo con mucho esfuerzo era capaz de interrumpir los cambios en mi propia inflexión y acento. Por desgracia, esa interrupción también alteraba el flujo de la conversación, hacía que mi lengua tropezara y me enredara en las palabras. Al final dejé de intentarlo. Pero era de lo más desconcertante saber que mi voz tomaba con facilidad los atributos de aquellos con quienes conversaba. Me pregunté qué circunstancias me habrían convertido en una persona tan falta de carácter, tan pasivamente porosa al estilo de los demás.

Dos descubrimientos posteriores me reconciliaron al fin con esa extraña propensión. El primero sucedió cuando, como mago itinerante, empecé a viajar más y a interactuar más seguido con gente de otros países. Incluso en Norteamérica, noté que los extranjeros gravitaban hacia mí, que les parecía más fácil comunicarse conmigo que con la mayoría de mis camaradas. Eso no era solo porque mi acento cambiaba de un modo que hacía que mi voz fuera más fácil de entender sino también porque cada vez que me encontraba conversando con alguien de otro lugar, todos los coloquialismos endémicos del dialecto estadounidense desaparecían de mi vocabulario. Eso también era un gesto del todo inadvertido e inconsciente: yo no estaba al tanto de qué términos y frases eran idiomáticas y cuáles eran más propias del inglés en general. En la secundaria, incapaz de comprender las bizantinas reglas gramaticales para el uso correcto del idioma, incluso había estado cerca de reprobar las clases de inglés. Claro que no tenía problema para hablar la lengua, y de hecho la hablaba muy bien; habitaba la gramática con mucha facilidad, era solo que no podía darle sentido desde afuera. Así que fue extraño descubrir que, sin jamás haber prestado yo atención a qué giros eran endémicos del vernáculo local (ya que había absorbido todas esas frases al mismo tiempo que el resto de la lengua inglesa en mi infancia en los suburbios de Nueva York), mi cuerpo, sin embargo, parecía saber de manera instintiva cómo hacer esa distinción, y evitaba con espontaneidad esas frases idiomáticas cada vez que conversaba con alguien de otro país. Noté ese hábito involuntario solo por contraste, cuando escuché a otros amigos hablando con esos mismos extranjeros y me impactó la abundancia de frases de jerga y coloquialismos locales que se mezclaban sin querer en su discurso y hacían que fuera

imposible para el visitante exasperado seguir mucho de lo que decían. ¿Pero cómo era que *yo* podía saber con tanta facilidad qué giros eran de cosecha local?

No lo sabía. Solo sabía que tenía una habilidad notable para hacerme entender, y para entender a otros, y eso hizo que empezara a atenuar mi consternación por la naturaleza mimética o copiona de mi propio discurso. Mi antigua dificultad por aprender lenguas extranjeras a partir de libros de texto me había convencido de que debía olvidarme de estudiar idiomas; ahora me sorprendía la facilidad con la cual podía aprender otras lenguas cuando viajaba fuera de mi país y actuaba en las calles. Una vez que escuchaba la jerga a mi alrededor –y podía ver la postura que adoptaban los hablantes nativos al hablar o el modo en que sus caras se doblaban al formar ciertas palabras– entonces era capaz de abrirme mi propio camino hacia la lengua a través de los sentidos.

Aun así, esa sensibilidad fisiológica hacia los demás (esa empatía excesiva y somática) a menudo me confundía cuando estaba con un grupo de personas. Los grupos grandes eran desconcertantes: las emociones divergentes de los otros que mi cuerpo captaba en su interior eran difíciles de navegar, y podían precipitar una sensación creciente de caos en mi organismo. Por esa razón evitaba deliberadamente las fiestas, excepto aquellas en las que hubiera un buen ambiente de baile, donde los altoparlantes latieran con una música polirrítmica que me hiciera moverme. Siempre que pudiera perderme en los ritmos, las sensaciones discordantes se disipaban en la reverberación mayor. Los otros invitados de la fiesta, con sus sentimientos enmascarados o erizados, con sus tristezas y sus euforias, se disolvían en el decorado, y yo quedaba enganchado en esa oscilación demoníaca que me subía por las piernas y me brotaba por los brazos y los dedos. El baile era el éxtasis improvisado que disolvía el fuego cruzado de las emociones de los demás.

Sin embargo, solo descubrí el valor real de mi sistema nervioso hipersensible cuando me aventuré más allá de los confines de la civilización y empecé a pasar el tiempo en comunidades indígenas tradicionales. Allí, por primera vez, me encontré rodeado de gente que creía que cada parte de la tierra estaba viva. Los sentimientos que atravesaban a estas personas parecían menos confinados a su interior, y más una parte de la circulación general entre cedros, humanos, pájaros carpinteros, montañas y lagartijas, entre chaparrones y corrientes salpicadas de truchas. Aquí mi naturaleza porosa no parecía ser un problema. Esa permeabilidad siempre había significado que otras personas, otros sistemas nerviosos muy parecidos al mío, me afectaran con gran facilidad. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que esa porosidad era perfecta para involucrarme con sistemas nerviosos muy diferentes del mío. Era perfecta para entrar en una relación sensible con otras formas no humanas de sentiencia.

Yo no había notado ese don en el lugar donde crecí, ya que allí no se consideraba a animales y plantas como seres sentientes capaces de expresión

creativa. Pero en las comunidades tradicionales y tribales me encontré entre gente que practicaba el acto de prestar atención al discurso polivalente de un paisaje que se consideraba dotado de inteligencia, y que acudía con regularidad a los más sensibles del grupo para que interpretaran esos gestos. Aquí, esa empatía era valorada por su habilidad de dialogar con la tierra que echa hojas y sus poderes animales. El hecho de que una persona fuera demasiado impresionable como para sentirse cómoda en el tumulto y el alboroto de la multitud humana era una señal de que debía establecerse en las periferias del pueblo y trabajar como intermediaria entre el asentamiento humano y la comunidad mayor de seres animados. La mayoría de los sanadores que conocí eran precisamente individuos así, cuya naturaleza sensible los dotaba de poder para ocuparse de la frontera entre el colectivo humano y la tierra local. Mediante su comunicación (a través de propiciaciones, cantos, danzas y trances extáticos) con las plantas, animales y los elementos visibles e invisibles, el oficio del sanador garantizaba que el límite entre los mundos humano y más que humano permaneciera en sí mismo permeable, que esa frontera nunca se convirtiera en una barrera sino que fuese una membrana porosa a través de la cual el sustento pudiera fluir incesante en ambas direcciones.

Sonam era una de esas personas, de gran empatía, dadas a vivir a distancia de otros bípedos para poder escuchar e involucrarse más directamente en las conversaciones multifacéticas que tenían lugar entre los ríos blancuzcos de deshielo, los bosques de rododendros y las nubes del monzón que trepaban despacio por el valle como glaciares al revés. A veces me parecía que no era una persona sino una porción caminante de montaña con una aguda sensibilidad hacia los pastos que brotaban en su superficie margosa y hacia los animales, grandes o pequeños, que se movían entre ellos, pero a la vez tan implacable como la roca que estaba debajo del sustrato superficial, y tan inescrutable para mí como el clima. Sonam tenía una relación muy cercana con ciertos seres de la vecindad, incluyendo un viento frío que bajaba por la pendiente detrás de la cabaña poco antes del anochecer: venía desde un pequeño paso en los picos más altos, y Sonam subía hasta allí para sumergirse en esa ráfaga de inteligencia. Me presentó a otros familiares, y, desde luego, hubo muchos que nunca compartió conmigo. Pero Sonam era un aliado y aprendiz muy cercano de Cuervo. En eso se parecía a su abuelo materno, el anciano en apariencia inmóvil que yo había visto pasar las cuentas del rosario en un rincón de la primera casa sherpa en la que dormí.

En los días posteriores a esa transformación demoledora para mis pensamientos que relaté al final del capítulo anterior –cuando vi a Sonam convertirse en cuervo y de nuevo en hombre–, fui capaz de reconstruir algunos elementos de cómo sospechaba que había logrado esa hazaña asombrosa. Solo después de ese evento me di cuenta de la dedicación con la

que Sonam se entregaba a la observación paciente de esas criaturas de plumas negras, cómo miraba en silencio a un grupo de cuervos que discutían posados en un cúmulo de árboles bajos, o a un único pájaro oscuro posado en una roca cercana. Antes de la transformación lo había visto algunas veces desde atrás mientras estaba sentado mirando hacia el precipicio, cruzado de piernas e inmóvil en el suelo, con la cabeza girando despacio de un lado al otro entre los hombros. Asumí que era algún tipo de práctica yóguica para relajar el cuello y la columna. Ahora reconocía que el balanceo lento de la cabeza en realidad acompañaba el vuelo de un cuervo que se movía en espiral, montado en una ráfaga cálida que subía las colinas e iba hacia las cimas más altas. Sonam giraba toda la cabeza en lugar de solo los ojos, su foco fijo en el cuerpo del pájaro que se inclinaba y doblaba.

Descubrí que a veces podía llamar a un pájaro que planeaba en el cielo emitiendo un graznido con tanta precisión que el cuervo rompía su trayectoria con una voltereta y viraba hacia el techo de la casa.

Sonam no solo había perfeccionado los potentes graznidos sino una jerga entera de sonidos guturales y chillidos conversacionales que le había oído practicar solo una vez, cuando creyó que yo no estaba cerca, al interactuar con unos pájaros posados en las ramas de un árbol muerto. Los cuervos habían aterrizado en el tocón mientras yo descansaba en el suelo con la espalda contra una roca y enseguida empezaron a conversar entre sí emitiendo chasquidos, aullidos y gañidos, generando una variedad impresionante de sonidos suaves y locuaces que yo nunca antes había notado; después de un rato, otro cuervo pareció unirse a la conversación desde algún lugar del suelo detrás de mí. Escuché durante un rato y luego me asomé por el otro lado de la roca: el mismo Sonam estaba ahí de pie, hablando con los pájaros. Ni bien me vio, se detuvo. Ahora solo los escuchaba. Me incliné en silencio y me alejé, preguntándome si solo había estado copiándolos o si, por el contrario –aunque no me atrevía a creerlo– estaba intercambiando mensajes específicos con esos pájaros, y ellos con él.

Lo que estaba claro era que había aprendido a moldear su garganta y su lengua con precisión para emitir sonidos que parecían, al menos para mí, completamente indistinguibles de los de un cuervo. Recordé que, justo antes de presenciar su metamorfosis aviar, había oído el graznido fuerte de un cuervo proveniente del otro lado de la curva en el sendero. Fue solo entonces, al rodear esa curva, cuando vi al cuervo, y este me graznó dos veces antes de… transformarse en Sonam. Y por eso llegué a la conclusión de que Sonam había esperado hasta un cierto momento del camino (era un sendero cuyas curvas y giros conocía de memoria) en que estuviera fuera de mi vista por un largo trecho. Luego de posicionarse, había usado el graznido de un cuervo para activar en mi organismo una expectativa –una anticipación en mis ojos– de que, al rodear la curva, yo me encontraría con un cuervo.

Claro que había mucho más en juego. No me cabe duda de que Sonam, como estudiante de los cuervos, había practicado largo tiempo para sostener

las varias posturas de ese pájaro; practicado los modos de caminar, de mover la cabeza, de desplegar las alas. Aprender a bailar como otro animal es central para el oficio de las tradiciones chamánicas en todo el mundo. Moverse como el otro es el modo más visceral de meterse en el cuerpo de esa criatura a través de los sentidos y probar el sabor de su experiencia, entrar en la inteligencia sentida del otro. He presenciado cómo un joven sanador del suroeste americano convocaba al espíritu de un ciervo bailando ese animal, he visto a un mago kwakiutl arrastrar los pies y sumergirse en el poder de un oso pardo, he visto a una sanadora nativa soñar con su cuerpo la danza fluvial de un salmón en desove y a un chamán malayo contorsionarse en el vuelo rápido y vibratorio de una libélula. En todos los casos el bailarín sufría un cambio sutil al entregarse al animal y dejarse poseer, y a mí, que los observaba, se me ponía la piel de gallina. Los movimientos articulados con esmero y la representación estilizada pero escalofriantemente real del comportamiento del otro eran sin duda el fruto de largas y pacientes observaciones del otro animal, de continuas invitaciones a que sus gestos extraños entrasen en los propios músculos. La persona que baila se mete a través de sus sentidos en la experiencia subjetiva del otro, imitando sus patrones de movimiento, y de ese modo lo invoca, lo persuade de acercarse, lo atrae hacia su carne con los movimientos sutiles de un hombro o una cadera o un parpadeo.

Un elemento central en esa invocación cinética de otro animal es la habilidad del mago de soñarse a sí mismo en la existencia física y salvaje de ese Otro, de permitir que sus sentidos se intensifiquen y acrecienten a medida que lo posee la inteligencia carnal de la criatura. El chamán debe estar convencido de su transformación para que nosotros, los observadores, tengamos oportunidad de experimentar la llegada del animal. Aquí no hay lugar para farsas o meras ilusiones; si el mago no siente que ha experimentado una metamorfosis completa, entonces los observadores nunca estaremos convencidos del cambio. Sin embargo, con esto no quiero decir que no se empleen técnicas específicas para aflojar nuestros sentidos, métodos perceptuales particulares para acentuar la invocación del animal. El solo hecho de llamar a la criatura en la propia imaginación nunca será suficiente; hay que convocarla en su corporalidad, entrar de manera mimética en la forma y el ritmo del otro ser para que el espíritu animal sienta la llamada. Hay que desanudar el entramado humano de los propios sentidos y de los de quienes observan para que el animal se sienta seguro de llegar entre nosotros.

Así que ahora estaba convencido de que Sonam había planificado su transformación en el sendero para que sucediera cerca del ocaso, un momento en que nuestros ojos tienen menos certezas y son más proclives a confundir las cosas. Es más, él sabía exactamente a qué distancia tendría que situarse para parecer, desde esa curva en el camino, una figura mucho más cercana de unos cuarenta centímetros de altura. Es probable que hubiese elegido con antelación la roca exacta en la que se pararía, una roca cuya superficie plana la haría parecer, si se la veía luego de doblar, mucho más cercana y pequeña de lo que

era en realidad, con un cuervo y no un hombre posado en ella. Sonam había esperado hasta estar fuera de mi vista al otro lado de la curva en el sendero, se había subido a la roca mirando hacia el camino y había doblado mucho las rodillas, de modo que solo fuera visible la parte inferior de las piernas. Había inclinado el torso hacia adelante mientras extendía los brazos hacia atrás a lo largo del torso, con las muñecas y los dedos estirados sobresaliendo más allá del trasero, como puntas de alas plegadas, y había entrado en la mente emplumada del cuervo bailando esa silueta de pico largo. Gritó muy fuerte cuando escuchó que me acercaba a la curva, y luego una vez más, bien FUERTE, para forzar en mi organismo la expectativa de que estaba a punto de encontrarme de cerca con un cuervo.

Mientras yo doblaba la curva, él siguió con su danza, saltando con ambas piernas mientras giraba, rotando la cabeza con movimientos bruscos, parpadeando los ojos como obturadores y abriendo el pico para gritar una vez más antes de saltar al suelo. Durante ese descenso hacia el suelo, Sonam alzó los brazos y salió del trance, o, mejor dicho, yo empecé a salir del trance, pues el modo en que cayó el cuervo parecía incongruente. Mi cerebro trabajaba para encontrarle sentido a lo que veía, y primero llegó a la conclusión de que el cuervo era mucho más GRANDE que un pájaro común. Ese aumento repentino del tamaño percibido creó la impresión de que el pájaro se abalanzaba hacia mí (pues eso es lo que sucede cuando una cosa parece hacerse más grande de golpe), y por eso mis manos subieron a cubrirme la cara. Pero cuando aterrizó en el suelo el sonido fue, de algún modo, erróneo, y lo que había sido un pájaro demasiado grande se convirtió en una persona demasiado pequeña, hasta que me di cuenta de que quien estaba allí parado era Sonam, aunque mucho más lejos en el sendero de lo que había estado el pájaro.

Mis sentidos habían tardado un poco en recalibrarse. El impacto del encuentro –mi primera experiencia consciente como testigo de una metamorfosis de cuerpo entero– fue extremo. Sin duda, la transformación fue posible gracias a la relación de Sonam con los cuervos. Pero también fue propiciada por una extraña contorsión de la profundidad espacial, una inversión temporal de lo cercano y lo lejano en un sendero escarpado en la montaña. La metamorfosis se activó gracias a una relajación momentánea de la sujeción que en general tienen mis ojos y mis oídos sobre el espacio que me rodea. Un trastorno momentáneo de los sentidos provocado por las exclamaciones programadas con precisión y las contorsiones excéntricas del cuerpo de Sonam.

Y, por lo tanto, no fue solo una confusión de mi organización sensorial sino también una alteración de la de Sonam. Para poder tomar los atributos de Cuervo, para poder sentir el ahuecamiento de sus huesos y las plumas brotando de su carne, Sonam necesariamente tuvo que alterar su propia organización. Solo de esa manera habría sido capaz de descubrir los músculos del vuelo dentro de su pecho y la postura precisa de su cabeza y cuello. Creo que fue su inmersión completa en la experiencia lo que forzó mi propia

participación en la metamorfosis.

Sonam y yo evitamos de manera gentil y cuidadosa hablar con franqueza del hecho. Había sucedido; yo lo sabía, y él sabía que yo sabía. La transformación en el sendero de altura había sido sin duda una especie de demostración, pero también era una forma de tentarme, un indicio de las habilidades que podían obtenerse, un acertijo visual que servía para limpiar mi mente de las distracciones y entrenar mi atención en las tareas simples que Sonam comenzó a preparar para mí.

Esas tareas tomaban en su mayoría la forma de ejercicios perceptuales que Sonam me indicó que practicara en medio de los quehaceres cotidianos. El más habitual consistía en sentarme o ubicarme en cuclillas en el suelo mientras enfocaba los ojos en un punto cualquiera de la superficie cercana de una de las grandes rocas enfrente de la casa, y hacerlo durante largos ratos sin moverme y, en lo posible, sin parpadear. Eso era fácil de hacer por unos minutos, pero luego se volvía cada vez más difícil; los ojos me empezaban a picar y llenarse de lágrimas, y entonces tenía que parpadear si quería seguir viendo. Luego de un único parpadeo los mantenía enfocados allí, en el punto formado por motas grises, negras, marrones y plateadas, mirando sin cesar hasta que la superficie circundante de la piedra parecía derretirse y empezaba a retorcerse, mientras que el punto quieto en el que me enfocaba mantenía su quietud circular, un estanque calmo en medio de lo que ahora parecía un agitado nido de serpientes. Una serie de parpadeos o un cambio minúsculo de foco bastaban para hacer regresar la piedra a su compostura sólida. Yo seguía observando. A veces el resto de la superficie permanecía estable, pero el punto en el que yo me enfocaba empezaba a ceder, a disolverse en el fondo, hacia el interior de la roca, y mi foco se perdía en esa espesura plomiza.

Sonam parecía al tanto de las diversas inestabilidades que suscitaba el ejercicio; luego de un tiempo empezó a acentuar esos efectos extraños y me indicó que pusiera mi foco no en la superficie de la roca sino *dentro* de ella, en un punto a unos treinta centímetros más atrás del lugar que había estado mirando. Eso fue un desafío mucho mayor que la tarea anterior. (Sin embargo, esos esfuerzos no me eran del todo desconocidos. Los desafíos que me proponía Sonam eran al principio análogos a ciertos experimentos visuales que había emprendido unos años antes, cuando desarrollaba algunos efectos de prestidigitación. Aun así, sus ejercicios empujaron a mi organismo más allá de los límites de mi anterior práctica). Varias tardes después, Sonam me indicó que fijara la mirada en un punto en el aire entre la roca y yo, un punto que primero indicó con el dedo índice para que yo pudiera entrenar los ojos sobre su uña. Luego retiró la mano y me dejó para que mantuviera ese foco lo mejor que pudiera durante una hora, o más. Era simplemente imposible. Al igual que en el ejercicio anterior, hacer foco dentro de la roca equivalía a dejar que dos imágenes planas de la superficie moteada de la roca flotaran separadas a corta

distancia como fantasmas inmateriales mientras resistía con fuerza el impulso de unirlas en una única superficie sólida. Era un desafío enervante, frustrante y que producía dolor de cabeza. No obstante, dirigí obediente mi atención una y otra vez hasta un punto en el aire invisible entre la roca y yo (imaginando a menudo que allí volaba un insecto diminuto), y en tres o cuatro días había encontrado un truco para mantener el foco suspendido, al menos por unos minutos.

La siguiente instrucción fue especialmente confusa. Sonam me pidió que uniera mis dos oídos en el pequeño punto en el aire donde se enfocaban mis ojos. ¡¿Qué?! No podía desentrañar lo que me pedía hasta que lo actuó con las manos: así como nuestros dos ojos suelen juntarse en un único foco, nuestros oídos también convergen en un punto único de sonido del mundo: el tañido del cencerro de un yak, el llanto de un niño. Sonam solo me estaba pidiendo que concentrara mi escucha en la locación exacta donde ya se concentraban mis ojos. (Desde entonces he practicado esto en restaurantes atestados de Occidente, tratando de elegir y escuchar una conversación en particular dentro del clamor general de voces. Para mi sorpresa, descubrí que hacerlo era mucho más fácil si posaba los ojos en la pareja específica cuyas palabras quería oír. No necesitaba ver sus labios, solo dirigir mi mirada, y por ende mi atención, hacia su mesa). No era una hazaña fácil, dado que no venía ningún sonido de ese punto en el aire entre la roca y mi cara, pero una vez más me dediqué a ello, tratando de pulir mi concentración y dejando que los sonidos del ambiente se diluyeran en el fondo mientras sintonizaba el foco de mis oídos atentos con la esperanza de oír algo en ese lugar. Pero nunca oí nada.

Luego de quince días de ejercicios como ese, con mis músculos atrofiados por los largos períodos de inmovilidad, Sonam me llevó a última hora de la tarde a caminar por las cuestas que había detrás de su casa. Zigzagueamos de un lado al otro mientras la casa se encogía lentamente allá abajo. Después de un rato, la pendiente se volvió demasiado empinada para nuestras piernas. Tuve que usar las manos para escalar entre las caras escarpadas, y al fin llegamos a una zona de terreno plano, una plataforma angosta bajo los acantilados. Por una grieta en esos acantilados pude ver la parte superior de un pico solitario que resplandecía al noreste, con sus áreas nevadas aún iluminadas por los rayos que ya habían desaparecido hacía rato del valle que teníamos debajo. Nos sentamos y esperamos en medio del silencio cristalino. Muy pronto, una brisa suave y fría empezó a filtrarse por esa apertura en las rocas, y mi amigo empezó a recitar una oración al aire en movimiento. La brisa se hizo más fuerte. Sonam me dijo que me levantara y me pusiera frente a ella, mientras que con las manos ahuecadas vertía las ráfagas sobre mi cara y luego sobre mi pecho, mi estómago y mis piernas. Luego me hizo dar vuelta y dirigió el viento hacia la parte de atrás de mi cabeza, hacia mis hombros y mis brazos y la parte de atrás de mis piernas, todo el tiempo rezando en voz alta. No entendí nada de lo que dijo, y tampoco me hizo falta.

Bajamos despacio, Sonam me señalaba dónde poner los pies. Luego de un

rato, el viento se calló y se detuvo. Llegamos a la casa cuando la oscuridad se asentaba a nuestro alrededor.

Al día siguiente, Sonam cambió los ejercicios. Ya no tenía que mirar dentro de las rocas sino entrenar la visión –con suavidad, pero sin vacilación– sobre los cuervos. ¿Y si no había ninguno cerca? No importaba: tenía que esperarlos, estar atento a ellos, estar listo. Si bien algunos pájaros parecían deambular seguido bastante cerca de la casa de Sonam y Jangmu, había un lugar en particular que Sonam me mostró, a menos de un kilómetro y medio en la pendiente sureste y un poco por encima del camino principal, donde a los cuervos del valle les gustaba parar y merodear. Estaba al borde de un pequeño bosque con rocas grandes desparramadas que me proveían de varios lugares para sentarme, mientras que las ramas torcidas y separadas de los árboles bajos les permitían posarse a los cuervos.

Al igual que antes, era cuestión de que mis ojos confluyeran con precisión. Sonam me pidió que tratara de enfocarme en un punto justo debajo de la cabeza del cuervo, entre los hombros del pájaro (me mostró en su propio cuerpo), o, si el ave estaba de frente a mí, en la parte alta del pecho. Pero descubrí que los cuervos de ese lugar no solían posarse durante mucho tiempo en un solo sitio antes de volar a otro. Aun así, la instrucción era que siguiera dirigiendo mi atención hacia ese punto en el cuerpo de cada pájaro hasta que encontrara a un individuo menos nervioso o con menos ganas de moverse, un cuervo que estuviera más relajado en el momento de nuestro encuentro. Cuando surgiera la oportunidad, debía hundir mi foco lo mejor posible en el cuerpo del ave, en un punto intermedio entre la parte alta de su pecho y sus hombros (cerca de la base de la espoleta) y mantenerlo allí.

A veces no había cuervos presentes; por lo general había varios que cazaban en los bordes del bosque, pero a una distancia de tres o incluso seis metros de donde yo estaba sentado. Así que ese acto de hundir mi foco en el cuerpo de un pájaro era más que nada un acto imaginativo; los cuervos estaban demasiado lejos de mí para registrar o sentir físicamente un cambio tan sutil en el foco de mis ojos. Pero Sonam buscaba algo específico: quería que yo sintiera la experiencia de encontrarme a mí mismo dentro del pájaro. Que sintiera los dos lados de mi ser juntándose allí, en el torso del cuervo. Aunque lo dijo en términos más simples (en parte limitado por mi modesto vocabulario), parecía que Sonam me estaba invitando a percibir los lados derecho e izquierdo de mi aparato sensorio uniéndose allí, fuera de mí mismo, en ese lugar específico del espacio donde la mirada separada de mi ojo derecho y mi ojo izquierdo convergían en un único foco.

Cuanto más practicaba esa meditación poco ortodoxa, más era capaz de intuir lo que buscaba Sonam. Si, mientras yo miraba a uno de los cuervos, otro bajaba y aterrizaba en algún lugar entre el otro pájaro y yo, casi no era capaz de notar al intruso, o solo lo sentía como un fantasma difuso que planeaba entre la solidez de mi persona y la solidez del cuervo en el que estaba concentrado. Era como si no estuviera del todo aquí, donde estaba sentado mi cuerpo, sino

que una parte de mí también se había ubicado allí, debajo del brillo violeta de las plumas negro azabache del pájaro.

Sin embargo, había un macho que mostraba una audacia mayor que los demás, que se desviaba bruscamente para inspeccionarme de cerca (ya fuera mirándome desde una rama cercana o espiando de costado desde el suelo o –luego de algunos días– encaramado a la misma roca que yo, aunque siempre fuera del alcance de mis brazos extendidos). Al principio pensé que eran varios individuos que se acercaban para saciar su curiosidad, pero pronto me di cuenta de que era siempre el mismo sujeto. Si estaba en los árboles cuando yo llegaba temprano por la mañana, se bajaba enseguida de las hojas para mirarme de cerca. Si había salido por ahí, lo más probable era que más tarde viniera y se posara en una roca vecina, graznara un par de veces y girara las garras de los pies hacia un lado y luego hacia el otro para escudriñarme con los dos ojos, uno a la vez. Si yo trataba de pronunciar un graznido como de cuervo, él me respondía enseguida, como si corrigiera mi dicción, pero era aún más parlanchín cuando le hablaba en sherpa, o incluso en inglés. Me hizo pensar en que hay ciertos individuos en muchas especies que sobresalen entre los demás por su curiosidad e inteligencia.

Muchos meses antes, en un pueblo cerca de una reserva forestal en la costa sur de Java, los pescadores locales me habían advertido que había un individuo de atípica osadía entre las bandas de monos que deambulaban por las copas de los árboles del bosque, un mono en particular, mucho más atrevido y habilidoso que los otros, en especial para robarles cosas a los humanos. Como uso anteojos, los pescadores me instaron a no entrar en ese bosque, pues el mono astuto solía seguir a las personas desde las ramas altas, esperando el momento oportuno para colgar bajo y arrebatarles los anteojos de la cara. Los aldeanos habían tenido que organizar varios grupos de búsqueda para hallar a los visitantes perdidos que habían quedado vagando casi a ciegas durante días, sin poder encontrar el camino para salir del bosque.

Asimismo, cuando vivía en las Rocosas del Norte, había un gran ciervo canadiense que era legendario entre los cazadores locales. Tenía un tamaño mayor que los otros machos de la zona y había llegado a tener la cornamenta más grande entre los machos de esas montañas, aunque en los últimos años (eso decía la gente) sus cuernos se habían hecho más pequeños. Se lo veía con frecuencia, pero nadie había logrado colocar una bala en su ser. Su habilidad para evitar a los cazadores era asombrosa y le permitía desaparecer y desvanecerse incluso frente a los ojos del cazador. En años anteriores, los lugareños habían interpretado como un desafío la facilidad con la que el gran macho se dejaba ver, y todos los cazadores estaban ansiosos de ser quien finalmente le disparara y poder presumir de la hazaña. Pero luego de tantos años, el desafío constante del viejo animal hacia los cazadores lo había convertido no solo en una leyenda sino en un espíritu reverenciado entre los cazadores y todas las demás personas en la región. Una tarde de octubre, mientras caminaba con un amigo que había crecido en la zona –y mientras

oíamos cada tanto el más hermoso de todos los sonidos terrestres: el llamado otoñal del ciervo canadiense–, sonó de repente a lo lejos la llamada más encantadora que hubiese escuchado jamás, un bramido a pleno pulmón, profundo y a la vez etéreo, que ascendía despacio en una secuencia de armónicos y terminaba en una serie de gruñidos guturales. Miré a mi amigo, estupefacto. Era la llamada inconfundible del gran anciano, el fantasma.

En esos casos, y podría mencionar muchos otros, el carácter único del individuo parece residir no solo en su inteligencia sino en su habilidad para interactuar con otras especies. Dado que notamos su inusual destreza en sus intercambios con nosotros, quizá suponemos que esos animales despliegan su desenfado solo con los humanos. Pero parece poco probable. Ese viejo ciervo canadiense seguramente se apoye en sus notables artimañas también en relación con otros predadores y (no puedo evitar sospechar) también en su relación con cada aspecto de las cuestas boscosas, con los cambios inesperados en los ciclos estacionales o la llegada repentina de caminos y talas en sus partes favoritas de las montañas.

La observación de los pueblos indígenas de que existen individuos particulares –tanto entre los otros animales como entre nuestra especie bípeda– que están en una liga extrañamente diferente de sus congéneres ha llevado a ciertas tradiciones nativas a afirmar que existe una especie única y diferente a la cual pertenecen esos individuos, una clase de entidades que son capaces de cruzar entre diferentes especies, tomando los modos de los diversos animales según su necesidad: capaces de cambiar alas por cuernos, o de renunciar a las garras por aletas de escamas, o incluso por manos con dedos. Es la clase de quienes, en su forma humana, son reconocidos como chamanes, magos o hechiceros. Pero en general las personas contemporáneas, al carecer de contacto con lo salvaje en su multiforme extrañeza, han olvidado que esos chamanes pueden encontrarse en todas las especies, que en verdad son una suerte de criatura interespecie y, por lo tanto, una especie en sí misma.

Había algo extraño en ese cuervo cuya curiosidad lo llevaba a acercarse más a mí de lo que se atrevían los demás. Desde luego, su proximidad lo convirtió en el sujeto más apropiado para la práctica que me había encomendado Sonam: fijar la mirada lo mejor que pudiera sobre sus plumas, justo debajo de la cabeza, y entonces, cuando ya se había asentado allí, hundir mi foco en el centro de la carne del ave. Bueno, ese cuervo no tenía problema con que yo lo observara y concentrara mis ojos sobre las plumas de su gorguera. Pero cada vez que intentaba cumplir el último paso del ejercicio, lograr que mi atención penetrara su superficie emplumada, el pájaro graznaba y se iba aleteando hasta un lugar más alejado, como si mi intrusión lo hubiese ofendido. Cuando, poco después, el mismo pájaro volvía a acercarse y me miraba desde una posición cercana, nos llevaba algún tiempo restablecer algo parecido a una confianza básica mientras nos examinábamos el uno al otro. Igual, cada vez que yo

intentaba mover el foco hacia el interior de su cuerpo, el cuervo se molestaba y salía volando.

Parecía imposible que el pájaro notara el desplazamiento de mi atención, pues no había ningún movimiento de mi parte, solo un cambio ínfimo en el ángulo de mis ojos, mientras que los cambios más grandes que hacía en el foco (cuando seguía sus movimientos) parecían no molestarlo en absoluto. Sin embargo, pasaba lo mismo una y otra vez, siempre que mi mirada se metía más profundo: sin duda yo estaba violando la etiqueta que había entre nosotros, de modo que nunca fui capaz de completar el ejercicio con este córvido en particular. Al fin me rendí y empecé a prestar más atención a otros individuos.

Una tarde pasó Sonam a comprobar si yo estaba haciendo algún progreso con los cuervos. El día anterior le había dicho que no estaba seguro de poder mover el foco dentro del cuerpo del pájaro, pero que tenía la sensación de que algo estaba logrando. De modo que pasó a mirar y sentir por sí mismo si yo estaba avanzando con el asunto. Debió quedar satisfecho, porque añadió un paso más al ejercicio. Ahora yo debía traer otro sentido, específicamente mi sentido del tacto, al punto donde se enfocaban mis ojos.

Me llevó un tiempo comprender lo que Sonam me estaba pidiendo. Al principio indicó el sentido del tacto moviendo las puntas de los dedos sobre la superficie de una roca. Cuando llegué a la conclusión de que hablaba de los dedos, dijo que no era eso lo que quería decir. Me empezó a pellizcar la piel de los brazos, las piernas y la cara hasta que al fin entendí que hablaba del sentido del tacto en su totalidad. Quería que combinara sensaciones táctiles con el sentido visual o, mejor dicho, que llevara mi sentido del tacto allí donde mis dos ojos convergían en un único punto. Eso quedó claro solo cuando Sonam me puso como ejemplo el acto de mirar el fuego de su casa: si lo miraba solo con los ojos, las llamas serían algo interesante de observar, pero si añadía la sensibilidad táctil al foco de los ojos, entonces, al mirar las llamas, empezaría a sentir –hizo la mímica con su cuerpo– cada vez más calor dentro del pecho. Me condujo entonces por el bosque hasta el lugar donde un pequeño arroyo bajaba a borbotones por la pendiente. Aquí, dijo, al mirar el arroyo solo con los ojos, él podía ver toda clase de cosas, incluyendo los patrones de la superficie de los guijarros del fondo, sin embargo no sentía nada diferente dentro del cuerpo o en la piel de los brazos. Pero cuando traía el sentido del tacto hacia el foco de los ojos, entonces (volvió a hacer la mímica) empezaba a sentir la fluidez del agua moviéndose dentro de él, cómo le refrescaba su interior y aliviaba cualquier tirantez en los músculos.

A partir de esas demostraciones deduje que, para Sonam, el sentido del tacto comprendía no solo las sensaciones superficiales de la piel sino todas las sensaciones viscerales dentro de su carne. Traté de sentir algo de lo que él mencionaba mientras miraba el arroyo, pero fue en vano. No había caso. Requiere mucha práctica, dijo, y sería más fácil si practicaba con los cuervos, con quienes ya estaba haciendo algún progreso.

Entonces: mientras miraba a los córvidos tenía que comandar mi sensibilidad táctil para unirla, de algún modo, con el foco de mis ojos. Toda una hazaña. Me entregué a la tarea… con resultados insignificantes. Ya era bastante raro que pudiera fijar la mirada en un pájaro cuya postura fuera tranquila y estable. Pero cuando intentaba llevar la conciencia táctil a ese foco, la «aquidad» [*here-ness*] de mis sensaciones corporales rompía la concentración enfocada allí, soltaba el agarre de mis ojos sobre el pájaro, y me llevaba un buen rato volver a encontrar el foco.

Quizás piensen que observar día tras día a esas aves oscuras era algo aburrido. Pero no era así; los cuervos son criaturas sumamente interesantes y extravagantes, gráciles y torpes a la vez, gruñonas, muy receptivas a los demás cuervos y los hechos cercanos. Vuelan con una habilidad excepcional, tan cautivantes como cualquier ave rapaz, y aun así, son propensos a romper en locas acrobacias, a veces en tándem con otro cuervo. Los cuervos de ese valle tenían una amplia gama de graznidos, algunos chirriantes y otros suaves, como campanadas. Al prestarles mi atención descubrí unas criaturas carismáticas de lo más juerguistas.

Luego de varios días de agotadores esfuerzos puestos en la tarea desconcertante que se me había encomendado, cuando ya me había rendido por esa tarde y estaba volviendo a la cabaña, llegaron inesperadamente los frutos. Había hecho unos doscientos metros por el camino cuando me crucé con un cuervo que se abría paso entre la tierra para picotear el cadáver de un roedor pequeño. Cuando el pájaro se inclinó hacia adelante, sentí que algo dentro de mí también lo hacía, y por un momento perdí el equilibrio. Lo recuperé mientras el pájaro seguía picoteando la carcasa, pero ahora no podía evitar notar una sensación en el cuello cada vez que el cuervo acercaba el pico hacia el suelo. Luego de varios intentos, el pájaro logró arrancar un bocado grande de entre los restos y se elevó hacia una saliente de roca con las vísceras en el pico; cuando lo hizo, sentí de pronto una ingravidez en el pecho que se aplacó cuando el pájaro se acomodó en la saliente. ¿Realmente había sentido eso? ¡¡¡Sí!!! Supe de inmediato que eso era lo que Sonam me había estado sugiriendo. Las sensaciones eran sutiles pero inconfundibles. Era como si, de alguna manera, el pájaro fuera de mí hubiese despertado un análogo de sí mismo dentro de mis músculos. O, mejor dicho, como si el cuervo no estuviese solo arrancando ese trozo de carne y sangre ahí afuera, en la roca, sino que también estuviera haciéndolo aquí, en mi organismo.

En verdad yo no estaba seguro de si había inducido con mis esfuerzos un nuevo conjunto de impresiones en mi interior o si solo había despertado a un rango de sensaciones viscerales que ya estaban presentes debajo del umbral de mi conciencia. Pronto noté que esas sensaciones interiores acompañaban la mayoría de mis experiencias externas, visuales, ya fuera que observara los árboles que se flexionaban bajo la presión de un fuerte viento, a un niño que

subía descalzo por el camino cargando unos troncos, o a un búfalo de agua que se movía por las terrazas de cultivo azuzado por una niña con una rama que la doblaba en tamaño. En todos los casos, los movimientos externos coincidían con sensaciones sutiles dentro de mí: tirones leves, torsiones y giros dentro de mi aparato sensorio que se hacían eco de las tensiones y relajaciones visibles de los cuerpos a mi alrededor. También podía sentir en mi interior un campo de girasoles movido por la brisa, y ahora, incluso sentía la pequeña nube blanca asentada sobre un pico solitario al otro lado del valle como una especie de frescura en la nuca. A la mañana siguiente, la misma nube flotaba hacia el lado oriental de ese pico, pero nunca se disipó, y flameó allí toda la tarde como una bandera: el escalofrío ya no estaba centrado en mi nuca sino que ondulaba por mi hombro izquierdo.

¿Entonces era esta la verdad de la percepción? ¿La mezcla sutil del cuerpo con cada fenómeno percibido? Durante esos días me empezó a parecer que mi cuerpo no era mío propiamente dicho, sino más bien una parte del mundo sensorial, y que el acto de ver era un intercambio continuo entre mi persona, aquí, y las cosas vistas, allá, de modo que esta carne sensible se convirtió en una cosa distribuida, y el terreno visible, en un campo de sensaciones. Y, sin embargo, como anoté –o garabateé– en mi diario, seguía habiendo distancia y profundidad. La unión de mi yo con las cosas no disolvió la distancia entre nosotros, y así la sentiencia en general no era una unidad homogénea o una «unicidad» suave sino algo articulado en varios nodos, nudos y flujos que cambiaban según yo me movía por el paisaje más amplio: la roca redondeada que colgaba al borde del acantilado parecía la rodilla derecha del valle, y ese montón de árboles al otro lado del río allí abajo parecían un pliegue en la ingle del mundo, y esa lejana cinta de agua ahora era un hilo de claridad helada que me subía por la columna.

La percepción se altera, y con ella la tierra. El cuerpo del mago es una especie de caldero donde prepara las pociones que alterarán sus poderes según la mezcla precisa de los sentidos involucrados: él, a su vez, se los ofrece a su aprendiz, cuyo cuerpo de criatura se despierta poco a poco y se va soltando de las restricciones del miedo impuestas por la sociedad.

Fue a través de las enseñanzas de Sonam como llegué a reconocer la asombrosa maleabilidad de mis sentidos animales. Durante esas semanas en su valle descubrí estas verdades simples acerca de la percepción: que ni los ojos, ni los oídos, ni la piel, la lengua o la nariz operan nunca por sí solos; que cada sentido recibe continuamente información de los demás; que cuando exploramos el terreno que nos rodea, nuestros sentidos separados fluyen juntos de modos siempre cambiantes.

Los expertos en neurociencias llaman «sinestesia» a la mezcla o fusión de los diferentes sentidos. La experiencia sinestésica se estudia a menudo como una confusión del sistema nervioso, y solía considerársela una especie de patología.

Los sinestetas –es decir, las personas asaltadas por esta supuesta aflicción– tienden a oír los sonidos de ciertos colores, o a saborear ciertos sonidos. Nuestra civilización valora la precisión analítica y descompone las cosas en sus partes constituyentes; se asusta cuando las cosas se rehúsan a mantenerse separadas, cuando los sentidos de una persona confluyen de modo que su cuerpo entero comienza a funcionar como un órgano de percepción interconectado, como una sentiencia única, compleja e inteligente.

Como ilusionista, hacía mucho tiempo que me fascinaba el carácter mutable de la percepción. Incluso durante mi época en la universidad había escrito acerca de cómo la práctica de la prestidigitación confunde de modo deliberado la segregación convencional de los sentidos haciendo uso de una propensión sinestésica mucho más preponderante de lo que supone la ciencia. Sin embargo, en las montañas de Nepal, reconocí que la experiencia sinestésica no solo es común y corriente: es la estructura misma de la percepción. En nuestro encuentro con el mundo, nuestros sentidos se intercomunican y se unen todo el tiempo. Solo mediante la unión de diferentes modalidades sensoriales puede nuestro organismo recolectar información sobre la otredad específica con la que nos enfrentamos a cada momento.

Supongan que están paseando cerca de su casa y el perro del vecino se acerca dando saltos, deseoso de que lo rasquen debajo del collar y de buscar una rama para que con suerte ustedes se la arrojen. Para poder hacerlo, tendrán que forcejear para quitarle la rama de la boca babosa, algo que solo podrá lograrse con mucho tironeo de un lado y jaleo del otro, ya que el can tirará hacia atrás, gruñendo desde el fondo de la garganta, mientras mantiene los dientes apretados sobre el pedazo de madera. Es probable que pronto los deje agarrar la rama, pero por ahora el placer de forcejear es irresistible, y el sabueso da pelea.

En ese momento, uno no tiene experiencias separadas de un perro visible, un perro auditivo y un perro táctil y peludo que chorrea saliva. Al contrario, el perro es precisamente el lugar donde esos sentidos divergentes se conectan y se disuelven uno en el otro, y se unen también con el olor oscuro que flota a su alrededor como una nube. La percepción es precisamente esa combinación de diferentes sentidos en los seres que percibimos.

Para simplificar las cosas por un instante, consideremos solo el sentido de la vista. Incluso aquí, dentro de un solo sentido, no tenemos uno sino *dos* ojos, *dos* órganos, cada uno con su propio ángulo de visión. Sin embargo, no solemos experimentar la perspectiva de nuestro ojo izquierdo en una mancha de musgo como algo distinto de la perspectiva del ojo derecho sobre esa misma mancha. No, más bien, esa mancha junta las dos miradas; las perspectivas separadas de nuestros dos ojos convergen y se unen en la suavidad esmeralda, y en virtud de su colaboración tenemos una idea del espesor y la profundidad del musgo. Por eso, el simple acto de ver es ya una especie de sinestesia que une dos miradas (de dos ojos discretos) en una única visión.

Ahora bien, del mismo modo que un fenómeno visto con un solo ojo parece carecer de de profundidad, un objeto que impacta en un solo sentido –y que no provoca la participación ni la imaginación de los demás– es para nosotros una presencia vaga e insustancial. Ganará sustancia y realidad en la medida en que provoque la implicación de uno o más de los otros sentidos. El zumbido sutil y agudo de un mosquito cerca del oído puede ser suficiente para hacer que los brazos se levanten en el aire; sin embargo, eso se debe a que el sonido ya provoca una asociación táctil que nos incomoda. Si logramos vislumbrar a ese duendecillo que zumba por el espacio a nuestro alrededor, entonces el mosquito adquirirá una realidad mucho más vívida y precisa, y si consigue extraer un poquito de sangre de nuestro tobillo o trasero, entonces el pinchazo tangible se combinará con el sonido y el movimiento borroso y dará lugar a un sentido mucho más sólido de ese ser diminuto como un adversario astuto y voluntarioso, como otra forma de vida intencionada.

Mientras paseo por Manhattan en invierno, escuchando a Marvin Gaye en mi reproductor MP3, me detengo para mirar a una grácil patinadora que talla patrones sinuosos en una pista de hielo al aire libre. Como tengo los auriculares puestos, la patinadora parece una bella pieza del decorado, linda de ver, pero no más que una parte del paisaje. Sin embargo, cuando me quito los auriculares, los raspones audibles de sus patines se fusionan a la perfección con el rocío visible de polvo fino que levanta al hacer los giros, y así quedo atado en una relación visceral con ella. La conjunción de lo que oyen mis oídos con lo que ven mis ojos induce una sutil colaboración entre mi cuerpo y el suyo. De modo que, cuando la punta del filo de su patín se traba inesperadamente en el hielo y ella vacila con los brazos en la cintura poco antes de que su hombro choque contra esa superficie dura como la roca, yo siento el abrupto desequilibrio y me da un escalofrío pues el hielo parece golpear contra mi propio hombro huesudo, y envía olas de sensaciones dolorosas por todo mi torso. Las sensaciones se sosiegan enseguida ante la imagen de la patinadora poniéndose de pie.

La propensión empática de nuestro cuerpo es en gran medida una consecuencia de la diferenciación y divergencia de nuestros diferentes sentidos. Y es que solo experimentamos la convergencia y reconstrucción de los diferentes sentidos en una unidad dinámica cuando dirigimos nuestra atención corporal hacia un otro. Solo al entrar en relación con los otros efectuamos nuestra propia integración y coherencia. Esos otros pueden ser personas o pueden ser humedales, obras de arte o serpientes que se deslizan por los rastrojos. Cada cosa, observada con atención, reúne nuestros sentidos de una manera única. Esa unión, esa conjunción de los sentidos divergentes allí, en el otro, nos lleva a experimentar a ese otro como un centro de experiencia por derecho propio, y por ende como otro sujeto, otra fuente de poderes.

Incompleto por sí solo, el cuerpo es precisamente nuestra capacidad para la metamorfosis. Cada ser que percibimos representa una sutil integración

dentro de nosotros, incluso al alterar nuestra organización anterior. El cuerpo sensible es como un circuito abierto que se completa solo en las cosas, en los otros, en la tierra circundante.

El pájaro camina hacia adelante, balanceándose de lado a lado con cada paso que da, luego se detiene y ladea la cabeza para observar a otro cuervo que pasa aleteando. Mueve la cabeza hacia el otro lado, atraído por los sonidos ásperos que hace Jangmu al moler pimientos entre dos piedras, y luego gira todo el cuerpo para mirarme a mí, o eso parece. Yo observo con atención, no sus ojos oscuros sino ese punto justo debajo de las plumas del cuello. El cuervo sabe que lo estoy mirando, y tal vez hasta sienta el agarre de mi mirada en su pecho. Muy pronto, sin embargo, las plumas de su cuello vuelven a alisarse y siento que se relaja. No puede estar muy agitado, pues no se ha aventurado más allá de este pedazo de tierra desde que aterrizó aquí hace más de media hora.

Sonam me había señalado a este pájaro cuando volaba sobre la casa.

–Sucederá hoy –me dijo.

Acabábamos de transportar un largo pedazo de madera desde el camino principal hasta la casa de piedra para tallar un banco angosto.

–¿Qué sucederá? –pregunté.

–Ese es el cuervo que tienes que observar esta mañana –dijo–. Espera hasta que encuentre un lugar en el suelo. No te sientes muy cerca.

Me dio una o dos indicaciones más mientras el cuervo hacía un amplio círculo sobre las rocas. Luego el ave, con las alas extendidas, se posó sobre el suelo desnudo cerca del borde del desfiladero.

Yo me acerqué en silencio, pasé junto a las rocas amontonadas y me senté en cuclillas a unos cinco o seis metros del pájaro, mirándolo de frente, con el borde del cañón a mi derecha. Tenía la pierna derecha doblada y la nalga descansaba sobre el talón, mientras que la rodilla izquierda estaba estirada delante de mí, con el antebrazo izquierdo apoyado sobre ella. Recuerdo bien esa postura asimétrica pues desde ese día se ha convertido en mi posición preferida para encontrar mi conexión a tierra y obtener la claridad necesaria para enfrentar las contorsiones del mundo.

Sonam me había advertido que no mirara directamente a los ojos del pájaro sino que hundiera mi foco visual en ese lugar en su pecho y lo mantuviera allí. Llevaba haciendo eso un largo rato sin alterar mi postura, con los ojos fijos en el cuervo que caminaba y descansaba, que miraba hacia aquí y hacia allá. Entonces se inclinó para picotear la tierra; primero pensé que eran semillas, pero cuando se enderezó vi que llevaba un gran escarabajo en el pico, y enseguida lo abrió y lo cerró sobre él.

–¿Puedes sentir el sabor de lo que come?

La voz de Sonam sonaba suave a mi lado; se había acercado sin que yo lo notara. Habló otra vez:

–¿Puedes saborear el insecto cuando él lo traga?

–No, no puedo –dije.

–Sí, puedes –respondió–. Inténtalo.

Dirigí mi atención hacia la parte de atrás de la boca, y había allí un dejo áspero y amargo en la saliva. Traté de sentir lo que estaba saboreando el cuervo, dejando que mis ojos se cerraran un poco.

–¡No! ¡Mantén los ojos abiertos! –susurró Sonam–. Deja que se junten dentro del pájaro. Mantenlos ahí.

–Bien, sí.

Ahora Sonam estaba de rodillas a mi lado, con el torso inclinado hacia adelante, mirando fijo, igual que yo, a la criatura negra como la noche.

–Ahora lleva tu tacto al lugar donde se juntan tus ojos.

–Como antes –susurré.

–Sí, mueve todas tus sensaciones al interior del pájaro.

Una vez más, traté de dirigir mis sensaciones táctiles y viscerales hacia ese lugar, allí donde se enfocaban mis ojos. Ahora era más difícil, pues era consciente de Sonam a mi lado y me sentía muy inhibido. Pero entonces noté la mano de Sonam en mi hombro izquierdo, sus dedos presionando mi piel.

–Entra en el pájaro –dijo, y escuché su voz como a la distancia–. Mantén los ojos abiertos. Ojos abiertos. Observa.

Ahora el ave no camina, da saltitos hacia el borde del precipicio, y siento cada salto como una leve descarga. Sus hombros se expanden, las alas se despliegan y se elevan, y entonces se lanza y estamos en el aire… El borde pasa debajo de nosotros y el suelo se hunde en un vacío terrorífico a medida que el cañón se abre en las profundidades. Los peñascos relucen plateados y rosados bajo el sol; descienden en cornisas y laderas que se expanden cuando volamos hacia ellas y luego se inclinan y se alejan de nosotros en dirección al cielo. El horizonte se inclina bruscamente y una serie de grietas verticales se abren y se cierran como las páginas de un libro cuando pasamos al lado de ellas, y la inmensidad del cañón bosteza a nuestro alrededor con la ráfaga de los rápidos de más abajo. Un vértigo sube desde mi estómago hasta mi garganta y caigo, *me estoy cayendo, seguro voy a morir*, pero de pronto escucho esa voz: «¡Ojos abiertos!». Siento los dedos de Sonam que me aprietan el hombro izquierdo con más fuerza y abro los ojos de par en par para poder ver más. Ahora seguimos la cinta azul del agua que se va haciendo cada vez más grande y ancha y sonora, y sus muchas voces se hinchan a medida que el aire se llena de frescura. Respiro con dificultad mientras miro el agua que se precipita sobre las piedras y salpica las rocas, dividiéndose y juntándose una y otra vez, pero ahora descendemos más rápido que el curso del agua; debajo, el verde de algunas hojas y luego árboles enteros que se agitan y suspiran justo cuando giramos (¿eso será el matorral de rododendros que está río abajo?) y parece que vamos a aterrizar aquí sí por favor sí por favor pero nos inclinamos y ahora otros dos pájaros negros salen aleteando de entre los árboles, gritando para ambos lados. Entonces los acantilados se inclinan a los costados, el río se cae y otra vez se acercan los acantilados, luego el río, los acantilados, luego el

abismo, y por fin me doy cuenta de que estamos volando en espiral hacia arriba por uno de los lados del cañón, montados en una de esas ráfagas cálidas, como he visto hacer tantas veces a los cuervos. Pronto estamos sobre la garganta principal, remando a través de la espesura del aire hacia un valle pequeño y sin árboles; entonces salimos del valle, aleteando con fuerza para alzarnos por encima de una cresta, con el aire que zumba a nuestro alrededor mientras avanzamos hacia la cara sombreada de una pirámide que crece cada vez más rápido, con campos de hielo en sus surcos y deltas oscuros de piedras sueltas; y esa pared negra nos llena la vista, sus ángulos más altos están borrosos por la niebla, hasta que reconozco por algunos detalles la misma banderola de nubes que veo todos los días desde el otro lado del cañón, que flamea sobre la cima de este pico. Nos ladeamos hacia la derecha formando un amplio arco, y luego la visión que se abre ante nosotros me hace estremecer el pecho y la columna: montañas y montañas sembradas de glaciares, que se extienden en la distancia blanca. Un mundo reluciente, resplandeciente, sin personas…

Y me balanceo, floto, sereno en el aire azul. Como si no estuviésemos en movimiento sino sostenidos con firmeza y suavidad por las manos ahuecadas del cielo. Quietud. A través de una maraña de terrores percibo por primera vez la pura alegría de volar. Caer, pero a salvo. Flotar en el corazón de la espesura emplumada del espacio. Volar en el centro del mandala del mundo que hacemos girar debajo de nosotros, y así el planeta entero rueda hacia un lado o hacia el otro según la voluntad de nuestros músculos.

Mientras descendemos, los picos al otro lado del desfiladero se elevan ahora para recibirnos. Entre las rocas dispersas cerca del borde del abismo hay una gran piedra rectangular hacia la cual vamos cayendo. Desde esa piedra se eleva una voluta de humo, que solo es visible cuando nos inclinamos sobre ella. Pienso que la roca quizás sea una casa. Y ahí, pasando las otras rocas hacia el borde del precipicio, hay una criatura extraña… no, dos criaturas, dos personas vestidas agachadas juntas en el suelo. Sus rostros vueltos hacia arriba nos miran fijo mientras nos deslizamos hacia abajo; sus cabezas giran juntas mientras nos siguen con la mirada. Los ojos de uno de ellos, en especial, son cautivantes, tan cautivantes que duelen, y miran fijo, directo hacia…

mí.

Lo real en su maravilla

(Lenguaje III)

> *Sabemos lo que hacen los animales, cuáles son las necesidades del castor, del oso, del salmón y de otras criaturas, porque hace mucho tiempo los hombres se casaron con ellos y adquirieron ese conocimiento de sus esposas animales. Hoy los curas dicen que mentimos, pero nosotros sabemos que no es así. El hombre blanco ha estado poco tiempo en este país y sabe poco de los animales; nosotros hemos vivido aquí por miles de años y aprendimos hace mucho de los animales mismos. El hombre blanco escribe todo en un libro para que no sea olvidado; pero nuestros ancestros se casaron con los animales, aprendieron sus maneras y pasaron ese conocimiento de generación en generación.*
>
> Indígena dakelh de Columbia Británica

¿Cuántas horas hace que voy dando tumbos por este terreno montañoso? Las agujas rosadas miran mi pequeña silueta mientras camino por los bordes de los precipicios, entrando y saliendo de las fractales quebradas. Las bandas estratificadas de color rosa y gris serpentean a lo largo de la escarpadura y mantienen sus respectivos espesores a través de pliegues y fisuras. No hay sombras reales en este cosmos estriado: no hay árboles, solo algunos arbustos que salpican el paisaje allí donde la escasa lluvia se desvía hacia los riachuelos cada vez que una tormenta excepcional se abre paso en el calor monótono que raja la faz de la tierra. Los cazadores franceses llamaban a este reino *les mauvaises terres à traverser*, «las tierras malas de atravesar», mientras que los sioux oglala lo llamaban simplemente *mako sica*, «tierras malas». Sin embargo, durante once mil años los indígenas anduvieron por este lugar, más que nada para cazar a las diversas criaturas que se refugiaban aquí, y de vez en cuando para atraer a sus enemigos hacia los laberintos escarolados y confundir sus sentidos. Puntas de flecha y otras herramientas de caza emergen todo el tiempo de estos viejos cerros, junto con el carbón de innumerables fogatas. Los estratos más profundos dan fósiles de mamíferos ancestrales, caparazones fosilizados de tortugas y caracolas marinas. Los indígenas, que encontraron esas huellas de los períodos Eoceno y Oligoceno, supusieron correctamente que las tierras habían estado alguna vez cubiertas por el océano. Las viejas tradiciones orales de los pueblos sioux y arikara demuestran que comprendían que esas aguas milenarias y la tierra circundante habían estado pobladas por grandes criaturas que ya no existían, pero cuyos huesos habían quedado en las capas de roca de las hondonadas secas.

Sin embargo, no he visto rastros de la humanidad, solo una liebre corriendo entre los arbustos y lo que creo que era un cernícalo planeando

contra los acantilados.

Esta mañana dejé el coche al costado de la autopista; la fascinación por lo que veían mis ojos me hizo salir del vehículo. Me colgué una botella de agua atada a una tira de tela sobre el hombro y empecé a vagar por este paisaje imposible. Cuanto más caminaba (mis piernas iban siguiendo las directivas del suelo rajado), más ancho parecía hacerse el paisaje. Hacia mediodía estaba completa y felizmente perdido en la inmensidad escultural de este sitio: un pequeño insecto de dos piernas abriéndose camino entre los pies de gigantes. Cada esquina en la que husmeaba parecía un mundo en sí mismo, y si me aventuraba a explorarla más, el rincón se expandía a mi alrededor y yo me encontraba envuelto en su extensión íntima, contenido en la inmensidad de un reino compuesto de mundos dentro de otros mundos dentro de otros mundos.

Qué perdidamente insignificante es el humano: una manchita perdida y torpe en medio de las profundidades sin límites del macrocosmos, bebiendo del aire voluminoso, mareado por el reflejo de los rayos y atraído hacia arriba por un centenar de cerros y pendientes del color de la carne.

Esos encuentros con la escala atroz del Cuerpo más grande que habitamos producen una humildad estremecedora, y sin embargo también pueden producir una intuición inesperada de seguridad, un sentido de estar siendo sujetado y contenido por poderes mucho más grandes de lo que podemos comprender. Una seguridad que viene de ser solo una parte anónima de lo que Es, de sentirnos un cúmulo de barro empapado y huesos huecos a través de los cuales sopla el mismo viento que aúlla en las altas cumbres. De ser una alianza íntima con el manto de piedra. Es la extraña seguridad de darse cuenta de que uno es parte de algo tremendamente enorme.

Y así, poseído por esa extraña sensación de mi propia insignificancia que me eriza la piel, escalo la pendiente empinada de un monte, una especie de península que sobresale de una escarpadura más grande, hacia el aire del desierto. Mis piernas negocian con la pendiente siguiendo una grieta hacia arriba hasta que se ramifica en muchos barrancos más pequeños. Elijo uno y lo sigo hasta un tributario aún más pequeño, los varios pliegues proporcionan puntos de apoyo que al fin me llevan hasta arriba, muy cerca de la cresta del escarpe. Cuando mis ojos se elevan por encima de la cresta, sobresale ahí cerca una forma blanca, demasiado perfecta en sus ángulos rectos y por lo tanto muy incongruente con este lugar. Me lleva dos pasos más reconocer, sobresaltado, que estoy mirando un cartel de metal en la punta de un poste de madera. Abajo y a la derecha del rectángulo blanco hay un cilindro de metal que bloquea gran parte del cartel desde mi posición baja. Subo a la cresta y estas letras emergen desde atrás de lo que ahora reconozco como un tacho de basura:

Por favor deposite
aquí sus residuos ↓

Ni bien veo esas letras negras sobre el rectángulo blanco, sucede algo de lo más extraño. El paisaje entero se desinfla como un globo pinchado (no con una explosión, pero sí con un silbido apenas audible) y se achica de golpe a un cuarto de su tamaño anterior.

Las colinas y las crestas que se alzaban como castillos a mi alrededor de golpe pierden su altura sobrecogedora. Ahora parecen solo un poco más altas que el lugar donde estoy, y ese valle profundo, purgatorial, por el que vine tropezando, ahora no parece tan profundo después de todo, sino bastante superficial. Me es fácil discernir allá abajo algunos de los arbustos individuales y rocas volcadas que estuve explorando hace un rato, pero ahora parecen cercanas, a un salto, un paso, un brinco de distancia. La tierra imponente, que me hacía estremecer, ahora se revela como un terreno interesante pero a escala humana, y resulta casi imposible de creer que he estado vagando perdido en este lugar la mayor parte del día.

Tiro en el tacho de basura un pedazo de papel que rescaté durante la caminata y sigo el camino de asfalto hasta el baño o la cabina de información o el estacionamiento que esté ahí esperando recibirme.

Hay algo inquietante en la capacidad de la palabra escrita para encoger el poder elemental de un lugar. Algo extraño en el poder de las letras impresas, incluso de unas pocas palabras pintadas sobre un cartel de metal, para domesticar la rebosante agencia de lo salvaje. La alquimia de las palabras impresas es una magia particularmente eficaz que recoge el *mana* o *wakan* expansivo de un lugar y lo concentra en sí mismas; de ese modo logran hablar con la misma energía que un momento antes irradiaba de los cerros rosados y hacía brillar los bordes de las crestas allí donde se unían con el cielo color índigo. Las escarpaduras de roca ahora han perdido su cruda vitalidad. Las sombras que se extienden a lo largo de esos acantilados plegados ya no intercambian secretos con mis músculos, pues esa otra influencia captura mi atención y me devuelve a mis sentidos civilizados.

Es la influencia de la mente verbal en conversación incesante consigo misma, en diálogo con sus propios símbolos. Los arbustos dispersos y los cerros sombreados no tienen participación real en esa conversación. Sumisos, ocupan su puesto habitual como el fondo bello pero más bien pasivo frente al cual se despliegan mis pensamientos. Dado el tacho de basura y el camino pavimentado, supongo que la autopista debe estar cerca, y es probable que consiga un aventón hasta el lugar donde me espera mi coche. Si tengo suerte, encontraré una cafetería que siga abierta en algún pueblo cercano.

El silencio sin palabras de la tarde y el borde de peligro que había

empujado a mi piel a una alerta aguda y animal ahora se ha disipado, y ha sido reemplazado por la seguridad reconfortante de un mundo completamente hecho por humanos.

Hoy en día, nuestra relación con la tierra envolvente está filtrada por una densa panoplia de tecnologías: desde aires acondicionados que enmascaran el calor hasta luces eléctricas que ocultan la noche, desde automóviles como cápsulas que nos transportan de un lado al otro hasta audífonos y auriculares cuyos sonidos cerrados sobre sí mismos eclipsan el silencio estratificado de la tierra y borran el zumbido de las abejas y el silbido de un viento cuya voz se hincha y se hunde en la barriga de ese silencio. Y luego está la variedad cada vez mayor de pantallas que miramos a diario, que invocan imágenes e información en sus superficies luminosas con unos pocos clics de las teclas: esa superficie lisa y brillante que se acomoda mucho más a nuestros deseos que el suelo irregular que sostiene nuestro cuerpo, que reacciona mucho más a nuestros antojos impacientes que la reticencia lenta con que los plantines y los yuyos emergen de las profundidades oscuras para volverse visibles contra la superficie de la tierra. Mientras tanto, en la televisión los «programas de la naturaleza» ofrecen escapadas tan atractivas a nuestra mirada dispuesta –elefantes que se aparean amorosamente, dos ciervos canadienses que entrelazan sus astas con estrépito, un ave rapaz que lleva por el aire a una ardilla desafortunada– que cuando salimos de la casa en medio de una publicidad no podemos evitar preguntarnos dónde está la acción, dada la placidez de las cosas en nuestro jardín trasero. De alguna manera, la «naturaleza» de la TV, plagada de eventos, parece más real que este sustituto lento y algo aburrido que tiene lugar del otro lado de la ventana.

Es un lugar común señalar que el mundo que percibimos hoy está filtrado y transformado en todas partes por la tecnología, alterado por las innumerables herramientas que se interponen entre nuestros sentidos y la sensorialidad terrestre. Es menos común sugerir que hay una naturaleza salvaje que aún reina debajo de todas esas mediaciones, que nuestros sentidos animales, que han coevolucionado con el paisaje animado, todavía se sintonizan con la tierra de múltiples voces. Nuestro cuerpo de criatura, moldeado en interacción constante con los otros cuerpos que componen la biósfera, sigue preparado y hambriento de contacto con la otredad. Envuelto en un puñado de tecnologías, el sistema nervioso que hierve debajo de la piel sigue sediento de un intercambio relativamente no mediado con la realidad, en su multiplicidad y extrañeza más que humana.

Claro que no puede haber una abolición completa de la mediación, ni un acceso puro y absoluto a lo real. Al igual que otras especies sociales, los bípedos nos comunicamos intensamente entre nosotros, y los diversos lenguajes que hemos desarrollado para hacerlo son en sí mismos una especie de filtro que media nuestra experiencia. Aun así, algunos modos de hablar son

más abstractos que otros, y algunos son más permeables a las formas con pezuñas o escamas que se doblan y se arrastran por los alrededores sensoriales. No hay duda de que la civilización tiene muchas formas de habla pretenciosas que nos mantienen desconectados de nuestros cuerpos animales y del suelo material debajo de los pies. Y las formas ubicuas de discurso digitalizado que hoy nos ofrecen una comunicación instantánea con personas en el otro extremo del planeta suelen interrumpir cualquier relación que pudiera quedar entre nuestra carne y el entorno sensorial. Pero también hay otros discursos humanos, más antiguos, cuyos sonidos todavía llevan la cadencia de los pájaros del lugar, lenguajes cuyos significados están menos alejados de la intimidad con el asta, la semilla y la hoja. Esos lenguajes viven más en la lengua que en la página o la pantalla. Florecen en sociedades que, hasta hace poco, no estaban tan influenciadas por la palabra impresa, culturas donde los significados humanos todavía no se han refugiado en un conjunto estático de signos visibles.

Pese a que cada lenguaje humano intercede entre el animal humano y la tierra animada, la escritura densifica mucho el medio verbal y lo vuelve más opaco a las otras formas no humanas que habitan más allá de nuestras palabras. Los lenguajes orales, no escritos, son mucho más transparentes y permiten que las cosas y los seres del mundo brillen a través de la madeja de términos y nos toquen de modo más directo. Dado que las frases de una cultura oral no están fijas en la página, su sonido cambia sin problemas de una estación a la siguiente, del mismo modo que el pulso cambiante de los grillos puede alterar el ritmo de nuestra habla, o incluso la solidez apacible de una roca en la que nos apoyamos puede influenciar el peso de las palabras que decimos. En tales culturas, los humanos conversan menos con los signos escritos que con los otros poderes dotados de habla que tartamudean y trastabillan por el paisaje sonoro (el canto sincopado de los sapos y el áspero soliloquio de las urracas, que baja desde las ramas más altas). Pues allí *todo* es expresivo, tanto una tormenta como un colibrí. Para la sensibilidad oral animista, el fraseo profundo y susurrante de un cedro puede ser tan elocuente como los patrones hilados de una araña, o la polifonía colectiva de una manada de lobos.

Esas lenguas elementales, orales, hoy en día están desapareciendo rápidamente, junto con los diversos ecosistemas que alguna vez las albergaron. Pese a que los lingüistas estiman que hay alrededor de seis mil lenguas orales en uso alrededor del mundo, la mitad de esas lenguas ya no se enseñan a los niños. Lo cual significa que tres mil de esas lenguas ya están, de hecho, perdidas. De las aproximadamente ciento setenta y cinco lenguas nativas que se hablan en la actualidad en los Estados Unidos, cincuenta y cinco las hablan menos de diez personas, y las madres todavía les hablan a sus hijos pequeños en solo veinte de esas lenguas. No es coincidencia que tantas lenguas nativas se estén desmoronando en el mismo momento histórico en que se fragmentan y se destruyen incontables ecosistemas locales en todos los continentes. La

conjunción hace evidente hasta qué punto la coherencia interna de una lengua oral está entrelazada con la vitalidad y la coherencia de la tierra misma.

Los pueblos que hablan esas lenguas se involucran con la tierra a través de sus miembros musculosos y sus sentidos soñadores, y obtienen sustento –comida y vestimenta y materiales para sus herramientas y cobijo– no de supermercados o centros comerciales sino directamente de la tierra animada. Pero esos modos de vida también están desapareciendo, a medida que los pueblos son desplazados de sus tierras ancestrales y obligados a abandonar sus modos de vida tradicionales. Algunos son horticultores indígenas y lo han sido por siglos, o incluso milenios, como los mesoamericanos, que hace unos seis mil años cultivaron con esmero las primeras formas del maíz. Otros son pescadores tradicionales que trabajan en ríos y aguas costeras con redes tejidas o botes hechos con árboles ahuecados. Durante incontables generaciones, esos pueblos tribales recolectaron alimentos enraizados, muchas veces diseminando semillas en los lugares por los que pasaban. Algunos seguían a los animales en sus migraciones, haciéndose aprendices de algunas criaturas particulares. Aprendieron a través de la observación continua cómo imitar las llamadas de esos animales y sus movimientos intrincados, honraron a las criaturas en bailes y cantos para que esos animales los honraran a su vez y les concedieran éxito en la caza. Otros se volvían aprendices de determinadas plantas, las olían y a veces probaban, ingerían poco a poco los aprendizajes impartidos directamente por la inteligencia floreciente y salvaje del suelo.

Las lenguas orales habladas por esos pueblos los mantenían cerca de la tierra que habla. Tan diversos en sus modos de vida como los paisajes contrastantes del planeta, pocos de esos pueblos se describirían o definirían a sí mismos como aislados de la tierra viva que los sustenta.

De este modo algunos de los conceptos experienciales articulados en esta obra tienen menos en común con los estilos letrados de reflexión que con los varios estados mentales habituales de los pueblos indígenas, orales. Aunque esos estados puedan parecer peculiares para el intelecto moderno, vale la pena recordar que todos tenemos una ascendencia indígena, y que, en efecto, nuestra herencia de cazadores-recolectores es, por lejos, la mayor parte de nuestra herencia humana. La cultura humana nació en un contexto completamente oral, basada en canciones e historias que se contaron por decenas de miles de años antes de que ninguna de ellas fuera preservada en un sistema formal de escritura. De modo que, por más extraño que nos parezca el estado mental participativo o animista de las culturas orales, no nos es en absoluto ajeno: es la forma de conciencia que moldeó toda la comunicación humana por más del noventa y cinco por ciento de nuestra presencia como cultura en la biósfera. Es la modalidad de la experiencia a la cual el organismo humano está más adaptado, el modo de conciencia que más ha definido nuestra imaginación y nuestra inteligencia. Nunca podríamos haber sobrevivido como especie sin nuestra propensión a una relación animista con todos los aspectos del hábitat terrestre. Y, sin embargo, ese estilo tan adaptativo

de la experiencia ha permanecido prácticamente inactivo en la era moderna.[13]

Aunque las culturas indígenas y orales tienden a ser muy diferentes entre sí, es posible, sin embargo, discernir algunas intuiciones y cualidades que tienen en común. Las generalizaciones de este tipo son siempre problemáticas y suelen leerse mal. Pero si somos rigurosos a la hora de recordar y afirmar que esas intuiciones comunes se expresan necesariamente de maneras distintas –*muy* distintas– en cada pueblo específico, entonces quizás podamos atrevernos a enumerar algunas de las cualidades endémicas del estado mental oral:

Primero: La conciencia oral es intensamente local en su orientación. Sin las variadas tecnologías de la comunicación engendradas en tiempos recientes por la palabra escrita (sin la capacidad que esos medios tienen para ponernos en contacto con lugares lejanos), la conciencia indígena, oral, está muchísimo más influenciada por el entorno local inmediato de lo que la mayoría de las personas modernas siquiera imaginan. En ausencia de esas tecnologías, nuestros sentidos –que coevolucionaron por millones de años con las texturas, colores y sonidos de la naturaleza circundante– se unen de manera espontánea a formas y patrones dinámicos del paisaje viviente, y los siguen conforme se metamorfosean de una estación a otra. El tiempo de echar hojas de los árboles locales, los ritmos de los brotes, los capullos y las frutas, la reticencia de algunos animales en ciertos meses y sus excentricidades bufonescas en otros: todos esos eventos que se desarrollan en los ambientes inmediatos proveen una serie de metáforas sensitivas para el pulso complejo de nuestras propias emociones, y un patrón básico para nuestros pensamientos. El animal humano es una criatura de imaginación, sin duda, pero lo que provoca e inspira a nuestra imaginación es, en primer lugar, el lugar terrenal en el que habitamos, o el terreno más amplio en el que circulamos. La inteligencia indígena y oral es una inteligencia basada en el lugar, una conciencia empapada del terreno local.

Segundo: El simple acto de la percepción se experimenta como un intercambio entre uno mismo y la cosa percibida: como una reunión, una participación, una comunión entre seres. Se presupone que cada cosa que percibimos es sensible por derecho propio, capaz de sentir y responder a los seres que la rodean, y a nosotros.

Tercero: Se considera que cada presencia percibida tiene su propio dinamismo, su propio pulso, su propia agencia activa en el mundo. Cada fenómeno tiene la habilidad de afectar e influenciar el espacio a su alrededor y a los demás seres en sus inmediaciones. Se considera, en otras palabras, que cada cosa percibida es animada; que está (al menos en potencia) viva. La

muerte misma es más una transformación que un estado; un organismo que muere se vuelve parte de la vida más amplia que lo rodea, así como el tronco ahuecado de un árbol caído vuelve al metabolismo más grande del bosque. Así, no hay una división clara entre lo que es animado y lo que no. Más bien, para la conciencia oral, todo está animado, todo se mueve. Es solo que algunas cosas (como las rocas de granito) se mueven mucho más despacio que otras (como los cuervos o los grillos). No hay más que diferentes velocidades y estilos de movimiento, ritmos divergentes de pulsaciones, muchos modos diferentes de estar vivo.

El mundo circundante, por lo tanto, se experimenta menos como una colección de objetos que como una comunidad de agentes activos, o sujetos. En efecto, cada comunidad humana pareciera anidar dentro de una comunidad de seres más grande y más que humana.

Cuarto: La capacidad de cada cosa o de cada entidad de influenciar el espacio a su alrededor puede ser vista como el poder expresivo de ese ser. En ese sentido, todos los seres son expresivos en potencia; todas las cosas tienen el poder del habla. Claro que la mayoría no habla con palabras. Pero eso también es cierto de nosotros mismos: nuestra propia elocuencia verbal no es más que una forma de expresión humana entre muchas otras. Nuestro cuerpo, en su silencio, ya es expresivo. El cuerpo mismo habla.

Quinto: Dado que nuestros cuerpos sensibles y sensuales son por completo parte del mundo que percibimos –puesto que estamos insertos carnalmente en el campo sensorial– podemos experimentar las cosas solo desde nuestro lugar y ángulo limitado entre ellas. Por eso tenemos solo una vista parcial de cada entidad o situación que encontramos; no hay aspecto de este mundo que podamos sopesar o comprender en su totalidad. Siempre hay aspectos que quedan ocultos a la vista, dimensiones que no podemos percibir de modo directo. La profundidad del mundo, de cualquier parte del mundo, es, por lo tanto, inagotable. Cada certeza, cada instancia de conocimiento claro está necesariamente rodeada de un horizonte de incerteza que se funde con el misterio.

Sexto: Para una cultura oral, el mundo está articulado como una historia. El cosmos circundante no se experimenta como una serie de hechos fijos y terminados, sino como una historia en la que nosotros (junto con la luna que entra y sale de las nubes, y la trucha que salta para atrapar una mosca) participamos.

Pues la relación de un cuento con sus personajes es en muchos sentidos igual a la relación de este cosmos terrenal con sus habitantes. Así como existe una interioridad del mundo percibido (dado que estamos carnalmente envueltos en la extensión redondeada de la tierra y la bóveda curva de los

cielos), del mismo modo, los personajes de un cuento bien contado viven y respiran dentro del interior voluminoso de la historia.

En otras palabras, estamos situados en la tierra, con sus transformaciones y ciclos de cambio, del mismo modo que los protagonistas están situados en la historia. Para una cultura de honda tradición oral, el mundo terrenal se siente como una historia vasta y en constante desarrollo en la que somos personajes junto con los demás animales, plantas y accidentes geográficos.

Séptimo: En ese cosmos vivo, el tiempo no es un movimiento rectilíneo que va desde un pasado distante hacia un futuro completamente diferente. Mejor dicho, el tiempo tiene una redondez envolvente, como el horizonte que nos rodea. Es un misterio marcado por el descenso del sol hacia el suelo cada atardecer y su renacer cada mañana, por el incesante ciclo de la luna y la danza circular de las estaciones. La curvatura del tiempo es aquí inseparable de la curva aparente del espacio; y, de hecho, ambas permanecen arraigadas en la primacía circular del lugar. Pues cada lugar tiene su pulso particular. Cada reino tiene sus ritmos, sus modos únicos de brotar y desplegarse y darse a luz a sí mismo de manera infinita, al igual que el mundo, que gira y que vuelve, y al igual que las mejores historias, que se cuentan una y otra vez.

Octavo: Un mundo hecho de historias es una tierra permeada de sueños, un terreno lleno de imaginación. Sin embargo, no es tanto nuestra imaginación sino la imaginación del mundo, de la cual la nuestra participa. Como actores en una historia expansiva y en constante desarrollo, nuestras vidas están insertas en una psique que no es ante todo nuestra.

La atmósfera emocional y soñadora que permea una historia se parece mucho a la atmósfera fluida que envuelve nuestros cuerpos vivos, con sus tormentas y sus calmas. La conciencia misma es aquí inseparable del aire, ese medio invisible, lleno de luz solar, que circula tanto dentro como fuera de nosotros y une nuestra vida con la de la tormenta y los pinos que se mecen…

De modo que la mente no se experimenta como una propiedad exclusiva del humano y mucho menos una posesión privada que resida dentro de la cabeza de uno. Aunque puede que la mente tenga una cualidad interior, para una cultura de base oral, esa interioridad deriva no de la creencia de que la mente está localizada en nuestro interior sino de la sensación de que nosotros estamos dentro de ella, carnalmente inmersos en una conciencia que no es nuestra, sino más bien de la Tierraire.

Noveno: Cada entidad participa de esa conciencia envolvente desde su propio ángulo y orientación, según las inclinaciones de su propia carne. Inhalamos la atmósfera despierta a través de la piel, la nariz encendida o las estomas de nuestras hojas, la hacemos circular dentro de nosotros, prestamos algo de nuestra química particular al medio colectivo cuando exhalamos; cada uno de

nosotros está animado por esa inteligencia mayor, incluso si la modificamos y transformamos. Los seres con raíces que viven entre nosotros se tuercen y flexionan en oleadas invisibles; a otras criaturas se las llevan las corrientes arremolinadas. La vida más densa de las rocas puede parecer impasible a esos vientos, pero los contornos agrietados de las montañas han sido tallados a lo largo de eones por la creatividad del viento y el clima, y ahora esas montañas tallan a su vez el viento, sacan las esporas de la brisa y hacen aparecer nubes en el azul insondable.

La mente salvaje del planeta sopla a través de todos nosotros, envueltos como estamos en las profundidades de este medio elusivo. Sin embargo, aunque es nuestro elemento común, cada uno lo experimenta de modo diferente. No hay dos cuerpos o seres que habiten esta gran conciencia desde el mismo ángulo exacto, o con la misma organización o estilo sensorial. Como el cuerpo es precisamente nuestra interfaz e intercambio con el campo de la conciencia, la experiencia de la mente de una mantis religiosa es tan diferente de la mía como su cuerpo larguirucho lo es del mío; y los sueños de una alameda son tan diferentes de los míos y de los de la mantis como su intercambio carnal con el medio es diferente del nuestro. Son los cuerpos los que participan de la conciencia. Por ende, nadie puede sentir, y mucho menos saber, exactamente, cómo el gran misterio se le revela al otro.

He aquí otra manera de decirlo: cada uno de nosotros, a través de nuestras acciones, compone su parte de la historia en concierto con los otros cuerpos o seres que lo rodean. Pero dado que estamos situados dentro de la historia, creando en sueños nuestro camino a través de sus profundidades voluminosas según los modos particulares de nuestra carne, ninguno puede discernir cómo la historia puede articularse de la mejor manera para el otro. Ningún individuo humano puede comprender cómo otra persona experimenta la imaginación envolvente, y mucho menos una tortuga, una nube de tormenta o una puerta de coche que se oxida pacientemente en el vertedero, con su pintura verde esmeralda descascarada por el calor del desierto.

Nuestra inmersión carnal en las profundidades del Misterio asegura así un pluralismo inherente del cual no hay escapatoria. Y sin embargo… sin embargo: aunque no hay una única manera de contarlo, es el mismo Cuento que se despliega a través de nuestros millones de gestos. Es la misma Tierraire cuyo aliento de vida todos habitamos, el mismo misterio que cada uno experimenta desde el propio lugar dentro de sus profundidades.

Tal vez se encuentren consternados, queridos lectores, tras leer el punto anterior; quizás los haya desconcertado mi uso de tantos términos diferentes para hablar de la sentiencia común de la tierra en la cual están situados nuestros distintos cuerpos sensibles. La describo como una enorme «imaginación», como una «psique» y una «mente», como el aliento del planeta, como una historia que nos abarca, el gran «sueño» en el que estamos

corporalmente inmersos. Pero, por favor, entiendan esto: que voy variando los términos a propósito, para indicar que no es una mera palabra de la que hablo sino la experiencia enigmática hacia la cual apuntan todas las palabras, un medio palpable pero invisible que yace más allá de todos nuestros conceptos.

Y es que en efecto *es* algo palpable, una dimensión tan tangible como el aire que sopla, aunque, como pasa con el aire, no pueden sujetarlo por nuestras manos ni verlo nuestros ojos. Ustedes protestarán: ¿no estaré forzando demasiado el símil? ¿Al igualar la psique o la mente, o incluso la conciencia, con el aire envolvente (ese elemento que damos por sentado y que en este preciso momento se desliza por tu garganta), no estaré corriendo el riesgo de falsear la psique, de representar un poder claramente inmaterial como una sustancia mundana y material, y así inducir a la gente a tomar de modo literal algo que no es más que una metáfora extravagante?

Pienso que no. Aquí hay mucho más que una metáfora: se trata de un parentesco ancestral entre el aire y la conciencia, entre la mente y el viento. Es un parentesco que queda demostrado, como hemos visto, por la etimología eólica de palabras como *psique*, *espíritu* y *anima* (el término latino para el alma, que deriva del *anemos* del griego antiguo, que significa «viento»), y por la etimología indoeuropea de la palabra *atmósfera* (que comparte el mismo origen que la palabra *ātman* del sánscrito, que significa «alma»). En verdad, la concepción civilizada de la mente como un poder inmaterial nació de un proceso de sustracción, lenta y gradual, de la experiencia ancestral de la atmósfera invisible como un *plenum* denso y lleno de sentido en el que estamos inmersos, un campo vivo de inteligencia en el que participamos. Para nuestros ancestros indígenas de cultura oral, el aire animado era el lugar mismo de los espíritus, el medio mismo de la conciencia.

Esa articulación tan sensorial de la mente está lejos del modo convencional en que decimos las cosas en el mundo moderno y posmoderno. En efecto, *cada una* de las nueve cualidades enumeradas antes es ajena al estilo abstracto de pensamiento común en nuestra civilización letrada, tecnológica y cada vez más globalizada. Sin embargo, las investigaciones capítulo a capítulo de este libro –el análisis paciente de la profundidad, la sombra, la casa, la gravedad y el suelo tal como los experimenta nuestro cuerpo animal; el cuestionamiento cuidadoso del significado que transportan el canto de las aves y los gestos de las rocas; las investigaciones descriptivas sobre los cambios de forma y la relación interespecie– han mostrado que muchos de los rasgos orales que acabamos de enumerar permanecen activos por debajo de la superficie de nuestra conciencia civilizada. Las varias exploraciones de la experiencia sensible en esta obra –los estudios experienciales de la mente, el ánimo y el clima, que revelan los modos en que los organismos humanos dialogan de modo tácito con sus entornos cambiantes– indican que esas inclinaciones orales, animistas, permanecen intensamente operativas incluso en nuestros encuentros más subestimados con el mundo.

En la medida en que el discurso convencional oculta la dimensión

primaria de la experiencia (a tal punto que nuestros modos cotidianos de hablar niegan todo el tiempo esas participaciones sentidas), nuestras lenguas ponen en acto una escisión enorme entre nuestra mente y nuestro cuerpo, y cercenan de forma eficaz nuestros seres verbales de nuestra experiencia corpórea, animal.

Claro que el yo moderno, con conocimientos tecnológicos –sofisticado, cosmopolita, interesado en teoría en casi cualquier cosa pero fríamente desapegado de la realidad terrenal– no es la única constitución posible del yo. Las culturas orales, cuentacuentos, con sus heterogéneas economías locales, arraigadas en el trueque y el intercambio de dones, engendran un yo muy diferente al de la cultura letrada, con su economía de mercado cosmopolita, o al de la cultura digital, con sus sistemas monetarios globales y homogeneizantes. Las culturas indígenas, orales, no solo constituyen la forma original y más antigua de la sociedad humana sino que también dan lugar a la capa más elemental del yo o sujeto humano, con la que siguen siendo correlativas.

El yo oral, en otras palabras, fue la primera configuración del sujeto humano como ser hablante, como criatura cultural. La evidencia arqueológica y etnográfica de todos los continentes habitados certifica que esa forma primordial del animal humano cultural no era un yo abstracto o intelectual sino una identidad encarnada de sensaciones viscerales, informada por el entorno perceptual y entrelazada con él. Comunitario, profundamente animista, y sin embargo atento a las cuestiones prácticas elementales del agua, la comida y el refugio, nuestro sentido ancestral y de alguna manera colectivo del yo era inseparable tanto del cuerpo como del entorno. El cuerpo humano se experimentaba no como un objeto determinado sino como una presencia volátil y metamórfica, a veces concentrada y a veces dispersa, una unión de poderes materiales que entraban y salían del ser junto con el aliento. Entrelazado con los otros cuerpos que lo rodeaban –no solo con otras personas sino también con otros animales, plantas y accidentes geográficos–, ese yo corpóreo estaba lejos de ser mudo. Más bien era una narración: una identidad tangible aunque cambiante, que se expresaba en narraciones y canciones, en cantos rítmicos espontáneos (muchas veces compuestos de sonidos expresivos sin un significado determinado) y en rezos susurrados que se ofrecían con el aliento a los poderes caprichosos del terreno circundante.

Algo de ese yo ancestral se agita y se despierta cada vez que contamos con todo el cuerpo una historia enraizada en la tierra local, o cada vez que escuchamos contar una historia así, no a un personaje en una pantalla o una voz incorpórea en la radio, sino a una persona palpable que está frente a nosotros, inhalando el mismo aire que sale de nuestros pulmones mientras gesticula hacia la luna creciente que asciende luminosa como el colmillo de un elefante sobre los árboles. Se agita en nosotros cada vez que vamos a sentarnos

con nuestro hijo a las piedras junto al río, tiramos una línea de pesca bajo la superficie y volvemos a contar un cuento que le oímos por primera vez a nuestro abuelo, acerca de un pez que hablaba y que le concedió un deseo a cambio de conservar su vida acuática. O aquí, en pleno desierto, cuando uno se encuentra con un pedazo de excremento en forma de cuerda, hecho de huesos aplastados y pelo de ratón, colocado intencionadamente como un cartel ofensivo en medio del camino: el reconocimiento del autor de ese cartel despierta el recuerdo de otra historia en la que ese mismo Coyote, como un bufón sagrado, trastoca el mundo por accidente.

Pero los embaucadores toman muchas formas. Algunas madrugadas, cuando vamos manejando por las calles semivacías de una ciudad vecina, todos los semáforos se ponen en rojo justo cuando nos acercamos a la intersección. En el sexto o séptimo agravio, patinando para frenar, recuerdo de golpe que en muchos de los cuentos antiguos los espíritus suelen congregarse y merodear *en los cruces de caminos*. ¡Ajá! De modo que esos espíritus siguen aquí, atraídos por el zumbido eléctrico de los cables, cambiando los semáforos a rojo cada vez que sienten que me acerco y alimentándose con júbilo de las chispas de rabia que saltan de mi frustración: la próxima vez usaré la bicicleta.

Ya sea que estemos en el centro de la ciudad o en medio de la naturaleza, nuestras almas indígenas se agitan y se despiertan cada vez que pensamos en forma de historias, y así los edificios se inclinan hacia nosotros y los árboles en el fondo empiezan a hablar y a gruñir en tonos bajos mientras los troncos se frotan entre sí. Si pensamos en términos lógicos, alfabetizados, entonces esos tonos no son voces. Pero cuando pensamos en historias, estos son en efecto una especie de habla, pues para la imaginación oral cada entidad tiene su elocuencia, y así nuestra carne hecha de músculos no puede evitar sentir que esos sonidos están llenos de significados expresivos, del mismo modo que también las nubes y las rocas están animadas por significados sentidos aunque nos resulte casi imposible traducirlos en palabras. La brisa es un elixir que transporta por el doble arco de nuestras fosas nasales la química verde de las agujas para hacerla estallar luego como un olor penetrante en las membranas húmedas del interior, en tanto el azul otoñal del cielo que se filtra por las ramas es una especie de vino que arroja un hechizo cautivante sobre nuestros miembros y nos hace encoger y saltar de placer. Todo el terreno le habla a nuestro cuerpo animal; nuestras acciones son la respuesta constante.

Que esas experiencias participativas sigan siendo accesibles para muchos de nosotros, incluso en medio del mundo tecnologizado –que no las hayan erradicado nuestros modos más sofisticados de ver y de pensar–, indica que hay ahí algo básico de la constitución misma de la criatura humana, algo necesario para nuestra vitalidad continua como especie. Que las inclinaciones animistas permanezcan activas debajo de nuestra lógica alfabetizada no invalida esas lógicas más recientes y refinadas, ¡en absoluto! Pero sí sugiere que nuestras formas abstractas de reflexión siguen siendo dependientes, de alguna manera, de ese modo de experiencia más antiguo e integral vinculado al

cuerpo. La tenaz persistencia de la participación sugiere que esa forma ancestral de la experiencia es el terreno oculto en el que permanece anclada la razón, la secreta tierra fértil de la cual todas las otras formas posteriores de reflexión obtienen su sustento.

Durante mucho tiempo, el impulso primordial de animar y participar de nuestro entorno terrestre ha sido canalizado por la civilización sedentaria hacia una participación más enfocada con una Fuente que, se supone, habita más allá del cosmos perceptible. Ya hemos visto cómo la religión formal, al concentrar nuestras antiguas inclinaciones animistas en una única agencia omnipotente, localizada por fuera del mundo aparente, distendió nuestra relación respetuosa con el entorno sensorial. Las religiones del Libro dieron rienda suelta a la civilización para que manipulara esos entornos con un desenfreno más utilitario, y desataron así una marea creciente de invención e innovación. Con nuestras ansias relacionales enfocadas en un poder trascendente, oculto más allá del mundo natural, quedamos libres para hurgar con más audacia en las profundidades de la naturaleza terrestre haciendo caso omiso a nuestra aparente falta de decoro, para seguir nuestra curiosidad hasta cada rincón y recoveco y extender al fin nuestras manipulaciones hasta el núcleo del átomo y hasta el núcleo de la célula viva.

Sin embargo, nuestro impulso hacia la participación, nuestras ansias de compromiso con la otredad más que humana nunca fueron erradicados. El giro masivo hacia la religión formal por parte de los ciudadanos de las naciones industrializadas en el último medio siglo, la creciente afiliación a credos fundamentalistas de toda clase, la miríada de nuevas formas de creencia que adornan el mercado espiritual, todo esto es evidencia de que el deseo humano de relación con lo que nos excede es tan fuerte como siempre. No obstante, dado que en el centro de este anhelo hay un impulso ancestral hacia la otredad, es improbable que sea saciado por ningún Dios hecho a nuestra imagen, o que pueda satisfacerse con nuestras tecnologías humanas. Aquí está en juego un pacto mucho más antiguo y profundo, una alianza tan íntima como el aliento, que aun así puede ser fácilmente ignorada por el intelecto.

Cuando hablamos del intercambio espontáneo del animal humano con el paisaje animado, reconocemos una relación sentida con el misterio que estaba activa mucho antes que cualquier religión sacerdotal. La afinidad instintiva con un cosmos enigmático que es a la vez nutricio y peligroso yace en el corazón ancestral de todo aquello que hemos dado en llamar «lo sagrado». Olvidada y tapada durante mucho tiempo, pero nunca erradicada, esa vieja reciprocidad con la tierra viva estaba aquí mucho antes que nuestras religiones formales, y es probable que las sobreviva. Siempre ha operado debajo de nuestras diversas religiones, nutriéndolas como un río subterráneo.

No hay un desdén por las religiones en esa afirmación. Podemos honrar la asombrosa elocuencia de cada religión al mismo tiempo que reconocemos la naturaleza precaria de toda fe institucional en el mundo actual, abarrotado y plagado de crisis, en el que las personas con diferentes escrituras sagradas

necesitan aprender a llevarse bien. Nuestra mayor esperanza para el futuro yace no en el triunfo de una sola de esas creencias sino en el reconocimiento de un misterio sentido que subyace a todas nuestras doctrinas. Descansa en el acto de recordar esa fe corpórea que fluye debajo de toda mera creencia: la fe implícita del cuerpo humano en el sustento firme del aire y la renovación de la luz en cada amanecer, la fe en las montañas y los ríos y el soporte sólido del suelo, en la germinación silenciosa de las semillas y el retorno cíclico del salmón. No se necesitan curas en esa fe, no se necesitan intermediarios o expertos para efectuar nuestro contacto con lo sagrado, ya que, por estar carnalmente inmersos en la espesura de este planeta vivo, cada uno tiene su propio acceso íntimo al gran misterio.

Cada uno de nosotros, en última instancia, tiene que poner en acto esa afinidad a su manera singular, discerniendo y aprendiendo a confiar en los dones particulares de nuestra carne, al mismo tiempo que obtiene conocimiento de los modos de los demás. Poco a poco llegaremos a seguir las indicaciones de nuestro corazón, que responde al pulso más grande de este cosmos terrenal, si escuchamos hacia adentro a la vez que hacia afuera. Y así, nuestra voz, incierta al principio, encontrará su propio lugar improvisando en la polifonía más amplia: se verá influenciada por esa música mayor y la alterará a su vez de maneras sutiles. Nuestra relación es solo nuestra, pero la cualidad de nuestra escucha y la profundidad de nuestra respuesta pueden transformar la textura colectiva de lo real.

Hace unos años, mientras exploraba el barullo de las calles de una gran ciudad canadiense, pasé junto a una vidriera que exhibía una serie amplia e inusual de traducciones de textos sagrados de las grandes tradiciones espirituales del mundo. Abrí la puerta y entré. La cinta de incienso que se desplegaba en el aire indicaba que había entrado en una de esas librerías *new age* que surgieron en varias ciudades a lo largo de la segunda mitad del siglo XX en respuesta a una sed creciente por los asuntos espirituales. Esta tienda era más grande que cualquier otra que yo hubiese visitado. En las paredes de varias de las salas colgaban *thangkas* tibetanos y había mullidos almohadones para meditar desparramados por el suelo, mientras que el conocimiento acumulado de todas las eras parecía descansar en las repisas abarrotadas. Había pasillos enteros dedicados a las diferentes tradiciones y sectas cristianas (desde los gnósticos hasta los cuáqueros), cada uno con su respectiva mística. Otro pasillo estaba forrado de tratados islámicos y sufíes en traducción (incluyendo muchos estantes con la poesía de Rumi y otros extáticos), y otro rebosaba de libros de la traducción judía mística, o cábala (traducciones del Séfer Ietzirá y el Zohar, compilaciones de folklore jasídico y varios textos neojasídicos contemporáneos). Cada una de las principales tradiciones budistas tenía su propio pasillo: budismo theravāda (y meditación Vipassanā); budismo tibetano, o vajrayana (incluyendo traducciones del *Libro tibetano de los*

muertos y muchos tratados escritos por o acerca del actual dálai lama) y zen (con sus abundantes linajes y ejemplos contemporáneos). En la sección más pequeña dedicada al taoísmo, las diversas traducciones del Tao Te Ching se empujaban entre sí (con desinterés) para ocupar el espacio.

Las enseñanzas hinduistas ocupaban otro pasillo y medio; vi traducciones del Rāmāyaṇa y el Mahabarata y numerosos comentarios a este último: un libro llamado el *Bhagavad Gita*, voluminosos tomos de filosofía védica y muchos libros pequeños, autopublicados, que contenían los dichos de yoguis particulares. El folklore celta ocupaba muchos estantes. Las tradiciones nativas de América, diversas y divergentes, tenían su propio rincón en la tienda, e incluían historias de la creación y folklore de diferentes tribus, junto con estudios antropológicos, libros de activistas indígenas y transcripciones de las enseñanzas de los mayores y sanadores respetados de muchas partes de las Américas. Había varios estantes dedicados al arte y mitología de los aborígenes de Australia y un gran pasillo reservado para las mitologías y cosmologías de África, tanto continentales como de la diáspora.

Deambular de una sala a la otra entre todos esos tomos coloridos y cuidadosamente ordenados muy pronto me hizo sentir mareado, y me abrumó el descubrimiento de que tal abundancia de sabiduría pudiera estar reunida en un solo lugar. Al fin me detuve en medio de la sala más grande, tratando de asimilarlo. Aquí estaban los conocimientos más profundos de la humanidad, instrucciones de valor incalculable, recogidas de todas las eras y regiones de la tierra. No me había dado cuenta antes de que las enseñanzas sagradas de muchas de esas tradiciones esotéricas estaban abiertas a la mirada de los forasteros, y mucho menos que habían sido traducidas a muchas de las lenguas contemporáneas, y estaban accesibles y disponibles para tantas personas. Pero no fue solo esa accesibilidad lo que me dejó pasmado.

Fue también la extraña incongruencia de entender que, mientras que una plenitud tal de inteligencia ética está abierta y disponible (es leída, integrada y diseminada dentro de la cultura contemporánea, enseñada en las aulas universitarias y estudiada con esmero por innumerables individuos), aun así, la profanación negligente y la destrucción del mundo natural más que humano se acelera a nuestro alrededor. Los últimos grandes bosques están siendo devastados, cada vez más humedales se pavimentan, oceánicas zonas muertas (nacidas del desecho químico de nuestras industrias) se expanden y multiplican a lo largo del globo. Una cantidad cada vez mayor de nuestros semejantes pierden sus hábitats naturales cada año, sus rutas migratorias cortadas por nuevas autopistas y subdivisiones, sus cuerpos se ahogan en nuestras toxinas y se contorsionan a causa de condiciones climáticas jamás vistas; cada vez más especies son expulsadas de la existencia por nuestro modo actual de vida.

¿Cómo dar sentido a esa yuxtaposición? ¿Cómo podía reconciliarse la abundancia de sabiduría moral, que ahora era accesible a todos aquellos que la buscaran en la sociedad contemporánea, con la completa indiferencia de esa

misma sociedad, con la conspiración constante de sus ciudadanos en la destrucción de tanta maravilla? ¿Cómo una cultura tan educada y curiosa en términos espirituales como la nuestra –una cultura ejemplificada por las personas que me rodeaban, que tomaban los diversos volúmenes de los estantes y hojeaban sus páginas paradas en el pasillo, con el ceño fruncido o levantado–, cómo una cultura así podía ser tan indiferente, tan descuidada en su relación con la tierra animada?

Me di vuelta y pasé una vez más junto a las bibliotecas llenas de historias y enseñanzas de las tribus indígenas de las Américas, tocando los lomos de los diversos volúmenes, y sin prestar mucha atención tomé un texto sobre el folklore animal de los indígenas pueblo. Qué notable, pensé, ser capaz de encontrar enseñanzas tan específicas del desierto del sudoeste de los Estados Unidos, aquí, en una librería de Canadá…

Y entonces entendí, y la idea me golpeó clara como el martillo de madera sobre el gong de bronce de meditación. ¡Con razón! Con razón nuestra civilización sofisticada, rebosante de conocimiento acumulado de tantas tradiciones, sigue aplanando y desmembrando cada parte de la tierra viva. No es extraño que, a pesar de todo lo que hemos aprendido de la inteligencia ética de las eras, seamos tan indiferentes, tan insensibles al resto de la naturaleza…

Pues hemos escrito todas esas sabidurías en la página, y así hemos separado de modo eficaz esas enseñanzas de la tierra viva que alguna vez las encarnó.

Una vez escritas en la página, todas las sabidurías parecen tener una proveniencia exclusivamente humana. Iluminaciones que alguna vez fueron ofrecidas por la danza de la luna al entrar y salir de las nubes, o por el brillo de la luz del sol sobre la superficie ondulada de un lago de montaña, ahora estaban fijas en una forma invariable. La guía que una vez provino de la compleja interacción de las fuerzas elementales en el calor oscuro de la selva, o las ideas visionarias que surgieron entre personas agachadas en el crepúsculo eterno del invierno ártico, ahora se podían llevar a cualquier parte, leerse en ciudades o continentes distantes por lectores muy alejados de las texturas y sabores que habían inspirado esas ideas. Y así, la inteligencia específica que originalmente embebía todas esas enseñanzas quedaría olvidada. Al poner por escrito todo ese conocimiento relacional, arrancábamos esas enseñanzas de la tierra que nos las había enseñado, las separábamos de los climas y las estaciones particulares que las habían engendrado. Cercenábamos la inteligencia de los densos bosques montañosos y las migraciones de los animales de caza, de los inviernos congelados y los desiertos sofocantes que habían forzado a nuestras vidas a adquirir nuevos patrones, de las fuentes de agua llenas de animales, donde esas ideas peligrosas subían nadando desde las profundidades o aterrizaban en nuestros hombros o se nos revelaban y se volvían parte de nuestro saber.

Muchos de los cuentos didácticos de esos libros –como las historias sagradas de los haida o los iroqueses o los lakotas, las leyendas sagradas del Tíbet o las fábulas de Irlanda– estuvieron alguna vez encarnados en los

paisajes particulares, en la abundancia serpenteante de un determinado río y la forma asombrosa de un peñasco de montaña, o en la medicina curativa de una fuente sagrada que borbotea en el suelo. Vislumbrar a lo lejos la entrada de una cueva que brinda refugio, o alcanzar la orilla de un lago fangoso era recordar la historia mítica de cómo esa cueva había llegado a estar ahí y cómo la sangre de un ancestro, brotando de una herida fatal, había dado el color rojizo a ese lago. La tierra local, en efecto, fue la primera mnemotecnia, el primer disparador de la memoria para recordar los relatos orales.

Las historias eran transportadas también por los alimentos estacionales y los venenos de determinadas plantas, por el vigor que proporcionaban ciertas hojas tras ser masticadas, por el poder transformador de ciertos hongos o la medicina curativa de ciertas raíces de formas curiosas. Muchas otras historias llevaban en su interior la peligrosa gracia de algunos depredadores, muchos de los cuales, se decía, han pasado a formar parte de nuestros linajes humanos a través de un matrimonio.

Una mujer joven que recoge bayas se encuentra con una pila de excremento de oso; en lugar de desviarse y rodear los restos del poderoso animal, salta juguetonamente sobre el montículo y patea algunos de los excrementos mientras va por el sendero. Muy pronto se pierde. Un hombre extraño, alto y apuesto, se le acerca desde el costado del bosque y le ofrece ayuda para encontrar su camino. Ella lo sigue hasta su campamento solitario y se enamora de él, y mucho tiempo después se da cuenta de que se ha casado con un gran oso pardo; nota que el pelo le ha empezado a crecer en los brazos y que está embarazada de sus oseznos, mitad humanos y mitad osos.

Del mismo modo, un joven pescador encuentra y esconde la capa oscura y aceitosa de una mujer desnuda a la que espía mientras ella duerme en la playa. Hermosa y taciturna (e incapaz de encontrar su ropa), ella se va con él a casa y muy pronto queda embarazada de sus hijos. Años más tarde, cuando ella descubre su vieja y olvidada capa y desaparece entre las olas, el pescador se percata de que la mujer con la que se casó era en realidad una foca; y él ahora sabe que sus hijos de ojos oscuros serán los intermediarios entre el mundo humano y el pueblo con aletas que vive en el mar.

Otras historias tomaron su poder de la vitalidad emplumada del chochín y de la sabiduría brillante del salmón. En efecto, se consideraba que muchos cuentos estaban bajo la influencia de los seres de escamas o astas que se movían en ellos, y de los lugares particulares donde esos hechos narrados habían sucedido y podían volver a suceder. Y así, esas historias se contaban o se cantaban solo a la sombra de esos cerros, o cuando se tiraban las redes de pesca, o para honrar al espíritu salvaje del Viejo Patas de Miel inmediatamente después de una caza de osos exitosa.

Varios cuentos didácticos se representaban durante las migraciones de ciertos animales, mientras que otros solo se contaban durante la cosecha de determinadas hierbas. Cada valle tenía sus historias, que resonaban en los diversos topónimos que llevaban las rocas, las praderas y los lechos de los ríos

de esa zona. Las historias, a su vez, se contaban en una estación en particular. ¡Y es que era la tierra viva la autora principal de esos cuentos! El cosmos terrenal, que hacía fluir sus aguas dadoras de vida por las diferentes regiones, era el principal misterio y se articulaba a sí mismo a través de esas enseñanzas. La vida humana era sin duda parte de la vida más amplia; si la tierra se enfermaba, si otros animales desaparecían o si los árboles del bosque empezaban a morir, era obvio que la comunidad humana muy pronto también se debilitaría.

Cuando pusimos por escrito las tradiciones orales, solo pensamos en preservarlas y hacer más accesibles sus enseñanzas. No nos dimos cuenta de que para poder plantarlas en la página estábamos arrancando esas enseñanzas profundas de los suelos que les daban su vitalidad específica. No sospechamos que al transcribirlas en la página le estábamos robando el poder expresivo a cada lugar, usurpando la elocuencia múltiple de la tierra y traduciéndola a una lengua puramente humana. No nos dimos cuenta de que estábamos despojando al suelo de su voz.

Transcribir las enseñanzas que antes eran orales no obligó a los bardos y a los griots a dejar de contar esos cuentos en relación con la tierra animada, no forzó a los «wicasa wakan» a dejar de instruirnos en las medicinas que florecen en ciertos lugares específicos. Sin embargo, el hecho de registrar el conocimiento tradicional en los libros impresos sugirió que esas narraciones que tenían lugar cara a cara, allá afuera en el terreno, ya no eran del todo necesarias, que el cuerpo gesticulante del cuentacuentos –como la presencia palpable de esas montañas o la exuberancia arrolladora del río– ya no era necesario para recordar el conocimiento narrado, o para la preservación de la cultura. De hecho, la llegada de la escritura y los libros escritos pareció volver superfluos a los cuentacuentos, y también a la tierra. Ahora eran las hojas de papel del libro las que parecían contener el conocimiento ancestral, mucho más que las hojas parlanchinas del roble, la haya y el abedul. Poco a poco, el paisaje se fue quedando mudo, como si los muchos poderes que merodeaban en él se hubiesen retirado del contacto humano y hubiesen retrocedido hacia el corazón del tronco y la densidad del lecho de roca.

Así, la difusión de la alfabetización trajo un nuevo alejamiento de la inmediatez primaria de la tierra local. Ya no necesitábamos ver los cerros, las costas o los arroyos reales para recordar las innumerables historias (y la información estratificada que guardaban esas historias). El libro, más que el paisaje sensible, se convirtió en la mnemotecnia principal para recordar los cuentos antiguos. Y de nuevo: una vez escritos, los cuentos de origen oral se volvieron mucho más portátiles. Aunque he descripto aquí algunas de las pérdidas que eso acarreó, es hora de reconocer que esa portabilidad es también uno de los mayores *dones* de la palabra escrita. Los libros nos han permitido participar de historias de lugares muy diferentes, absorber conocimientos cuyo

origen estaba enraizado en otras tradiciones y otras eras. Al exponernos a ideas tomadas de muchas culturas diferentes, la sociedad letrada ha traído en verdad muchas bendiciones, inculcando a menudo una distancia útil y un desapego de nuestro entorno inmediato. Podríamos decir que la cultura del libro es inherentemente cosmopolita.

En nuestra propia era, con el advenimiento de la computadora personal, ha surgido un nuevo tipo de alfabetización. En las partes prósperas del mundo, la alfabetización digital de la World Wide Web ya suscita una implicación mucho mayor que la esfera de los libros, los diarios y las revistas. Nuestra participación en la Internet –con los e-mails y los blogs y los sitios de redes sociales– nos trae información casi instantánea de todo el planeta, y fortalece las interacciones virtuales con personas y grupos en otros lugares.

Esa dimensión nueva, digital, del intercambio humano, es incluso mucho menos corporal que la de la página impresa. Es relativamente fácil para nuestro cuerpo relacionarse con los libros. Pobladores silenciosos del llamado mundo analógico que habitamos carnalmente, los libros se pueden sopesar y oler, sus páginas se pueden doblar, o morder o saborear. Pero las letras e imágenes digitales de la pantalla son emisarios de una tecnología mucho más abstracta: fantasmas luminosos, efervescencias de datos incorpóreos en la superficie de un océano vasto y en cambio permanente. La persona que compone un blog en su laptop suele saber muy poco acerca de las funciones del hardware y el software; solo confía en la tecnología. Al hacer sinapsis con la terminal, navega como una mente ingrávida en el insondable mar de la información, a veces interactúa con otras mentes incorpóreas que se han conectado en otras locaciones alrededor del globo. Si la cultura letrada es inherentemente cosmopolita, la cultura digital pareciera ser inherentemente global y globalizante.

Hay una enorme cantidad de valor en estas dos formas más abstractas y mediadas de comunicación, comercio y cultura. El intercambio literario de historias escritas ha hecho posible el zumbido cosmopolita y embriagador de nuestras ciudades, y ha avivado el respeto por tradiciones muy diferentes de la propia. Los buenos libros hacen más profunda nuestra interioridad, y complejizan nuestra individualidad. El yo que soy, incluso para mí mismo, ha sido influenciado y amplificado por los muchos otros yo –desde Huckleberry Finn hasta Hans Castorp, pasando por Anna Karenina, el señor Palomar y Burley Coulter– que entraron y tomaron posesión de mí a través del medio de la página impresa.

El surgimiento de Internet, por su parte, ofrece al individuo una nueva y asombrosa autonomía (ya que brinda un acceso fácil y personalizado a gran parte de la información mundial), incluso si a la vez desdibuja las fronteras aparentes del ser y entrelaza a sus usuarios en una amalgama compleja y continuamente ramificada de circuitos y sociabilidad gregaria. Y lo que es igual de importante: permite alianzas y filiaciones rápidas entre personas que quizás nunca se conozcan, posibilitando que los activistas se movilicen en muy

poco tiempo para bloquear desarrollos desastrosos o catalizar cambios necesarios.

Esos dones son complementos útiles y valiosos para nuestra participación corporal integral en la vida de nuestra comunidad. Aun así, estos lúcidos dones no pueden sustituir esa comunidad. No pueden suplantar el alimento necesario que brindan las interacciones cara a cara con otras personas y otros seres en el terreno real en el que nos encontramos. Las muchas bendiciones del libro, al igual que los más recientes beneficios pragmáticos de la computadora y las pantallas portátiles, se convierten en veneno cuando ocupan la mayor parte de nuestra atención despierta, cuando nuestro intercambio incesante con la página impresa o la pantalla digital produce un cortocircuito con la vieja e instintiva reciprocidad entre nuestros sentidos y la tierra sensible.

La cultura oral –el intercambio cara a cara de historias vivas que no están escritas– es la forma de la sociedad humana que va de la mano con esa reciprocidad. Si la cultura digital es inherentemente globalizante, y si la cultura del libro es inherentemente cosmopolita, la cultura oral tiene una orientación inherentemente local. Dado que los cuentos que conforman una cultura oral no están escritos, no les es fácil viajar lejos de la amplia biorregión en la que se originaron, o lejos de los accidentes geográficos particulares y las criaturas que figuran en ellos como poderes destacados. En toda cultura de base oral existe una intimidad palpable entre el lenguaje y la tierra, un eros que une a ambos y se alimenta de la vitalidad de cada uno. ¡La tierra circundante vibra con las historias que parecen brotar de cada campo y cada cresta boscosa! La lengua hablada lleva las texturas y los tonos de la topografía local; los ritmos del lenguaje, a su vez, se preservan en el paisaje vivo.

Lo que debería ser obvio es lo siguiente: tanto la cultura global de Internet como la cultura cosmopolita del libro dependen, para su integridad, de la cordialidad con el lugar en la que se basa una cultura oral próspera.

Una cultura oral y cuentacuentos –y la intimidad vernácula con la tierra local que coincide con esta– es el terreno olvidado que aún sostiene esas capas más abstractas de cultura. Es el suelo fértil, descuidado pero necesario, del cual la civilización aún obtiene su sustento, el humus nutritivo en el que nuestra humanidad permanece arraigada.

Cuando la cultura oral se degrada, la mente mediada pierde su rumbo, olvida su deuda constante con el cuerpo y con la tierra que respira. Abandonado a sí mismo y a la deriva en un juego de signos, el intelecto letrado empieza a ver la naturaleza como un signo, o un complejo de signos. Olvida que la tierra no es en primer lugar un texto arcano para ser leído sino una comunidad de seres vivos, hablantes, con quienes estamos comprometidos. Adepto a representar el mundo de modo verbal, el intelecto letrado olvida cómo orientarse en medio de la presencia del mundo, cómo oír esas múltiples voces que no hablan en palabras.

Del mismo modo, la mente computarizada, cuando se la abandona a sus propios dispositivos, olvida con facilidad las cosas sólidas de la tierra. Hábil en

la manipulación rápida de símbolos, desatiende las piedras y los pastos que no simbolizan nada más que a sí mismos. Embelesado con sus propias creaciones virtuales, el yo digital olvida su dependencia de un mundo que no ha creado, y pasa por alto su emplazamiento carnal en el mismo mundo que lo creó a él.

Cuando las historias orales ya no se cuentan en los bosques o a orillas de los arroyos –cuando ya no se honra EN VOZ ALTA a la tierra como un poder animado y expresivo– los sentidos humanos pierden su sintonía con el terreno más que humano. Cada vez menos gente es capaz de sentir el pulso particular de su lugar; muchos ya ni siquiera notan las articulaciones fluidas de la tierra, y mucho menos responden a ellas. Cada vez más ciega, cada vez más sorda, cada vez más indiferente al mundo sensorial, la mente tecnológica arrasa poco a poco con la tierra animada.

Hoy en día, la civilización de la que alardeamos vierte sus desechos en los vientos y las aguas. El clima se vuelca hacia la catástrofe; los casquetes de hielo se derriten; los mantos de nieve se evaporan; el agua para el consumo humano se oculta en oasis cada vez más pequeños dentro del desierto de lo real. Más y más criaturas menguan y desaparecen de la realidad no virtual, incapaces de adaptarse a los cambios desgarradores que hemos provocado. Animales enormes y pequeños, con cascos y con pezuñas, con astas y plumas de colores, con escamas y tentáculos y balanos, todos se reducen a unos pocos individuos antes de disolverse por completo en los sueños febriles del recuerdo.

¿Cómo renovar, entonces, la experiencia visceral de un mundo que nos excede, de un mundo que es más grande que nosotros y que nuestras propias creaciones? ¿Revitalizar la cultura oral significa acaso que debemos renunciar a la lectura y la escritura? ¿Debemos vaciar las bibliotecas? ¿Debemos desconectar las computadoras y tirarlas a la basura?

Para nada. La renovación de la cultura oral no implica una renuncia a los libros ni un rechazo de la tecnología. Solo implica que dejemos abundante espacio en nuestros días para un intercambio con los demás y con nuestro entorno que no esté mediado por la tecnología: ni por la televisión ni el celular ni la computadora portátil ni el satélite GPS (ni ninguna otra tentación digital que prometa llegar en los próximos años). Ni siquiera por la página escrita.

Entre los escritores, por ejemplo, implica reconocer (incluso anticipar) que hay ciertas historias con las que uno se topará que no deben ser escritas, historias que, en cambio, podríamos empezar a contar de manera oral en la topografía particular en que viven. Entre los padres, requiere que cada tanto dejemos de lado los libros que les leemos a nuestros hijos para narrar una historia vital con todos los gestos del cuerpo, o mejor, que saquemos a nuestros hijos afuera para improvisar un cuento acerca de cómo se siente el río cercano cuando los peces vuelven a sus aguas, o acerca del viento salvaje que se abre paso por las calles de la ciudad, soplando y arrancando los sombreros de las cabezas de la gente…

Entre los educadores, requiere que empecemos a rejuvenecer las artes de narrar y de escuchar en relación con el sitio geográfico en el que tienen lugar nuestras clases. Durante demasiado tiempo hemos encarcelado la magia del significado lingüístico en un espacio de signos exclusivamente humano. De ahí que casi no haya diferencia si un joven norteamericano asiste a la escuela en Nueva Inglaterra, California o en un pequeño internado al pie de las Rocosas, ya que le enseñarán a grandes rasgos las mismas cosas en cada lugar. Dado que a lo largo de los siglos la verdad ha llegado a residir en la página escrita, pareciera que hoy en día el conocimiento flota libre de anclaje en un lugar. Incluso si usamos el motor de búsqueda más nuevo, navegando de una página web a otra mientras hacemos la tarea, ese conocimiento tiene poco que ver con el terreno animado que aúlla más allá de la ventana. La naturaleza salvaje del lugar donde estamos permanece amordazada, la tierra local sigue siendo un fondo pasivo y mudo frente al cual se desarrollan los eventos humanos.

¿Podemos renovar en nosotros un sentido implícito del significado de la tierra, de su elocuencia de múltiples voces? No sin renovar el oficio sensorial de la escucha y el arte sensual de la narración. ¿Podemos ayudar a nuestros estudiantes a traducir con esmero las abstracciones cuantificadas de la ciencia al lenguaje cualitativo de la experiencia directa, para que esos conocimientos necesarios empiecen a cobrar vida en sus encuentros sentidos con los cúmulos y el coral blanquecino, las lechuzas, las libélulas deformes y la intrincada maraña de esteras miceliales? ¿Para que la evidencia potente que emerge de las ciencias no sea empleada principalmente por corporaciones mercantilistas para quienes la tierra no es más que un conjunto de números, sino por aquellas personas, tanto jóvenes como viejas, que se movilizan para frenar esos desarrollos insensatos? Y más importante aún: ¿podemos empezar a restaurar la salud y la integridad de la tierra local? No podemos hacerlo sin volver a llenar de historias la tierra local.

La reposición de la cultura oral traería así una nueva comprensión de la primacía del lugar y la proximidad, el reconocimiento de que una comunidad genuina no es, en primer lugar, algo que creamos en línea con otros que comparten nuestros valores, sino algo que debe practicarse en la tierra, con nuestros vecinos de verdad. Eso sería todo un reto para muchas personas modernas, dada la pasión contemporánea por la insularidad, por las vallas altas y los portones electrónicos. Y, sin embargo, el beneficio sería un aumento dramático de la seguridad real. Pues, como resulta cada vez más evidente en Norteamérica, ni las compañías de seguros ni las agencias federales de socorro en caso de desastres están dispuestas a proveer alivio para una ola de catástrofes climáticas en constante aumento. Nuestro seguro más confiable contra la calamidad reside en los sentimientos de compañerismo y la generosidad de quienes viven cerca, en el impulso por cuidar de los hijos de los demás o de darse una vuelta por lo de un vecino anciano cuando la electricidad lleva cortada más de un día. Nuestra seguridad más verdadera reside en el mismo lugar de siempre: en la solidaridad comunitaria y en la

buena vecindad.

Regenerar la cultura oral implicaría empezar a resucitar las festividades locales, organizar celebraciones con bailes, canciones y cuentos orales para honrar el retorno cíclico del salmón, festivales en honor a los árboles que empiezan a dar frutos y al largo sueño del sol en el solsticio de invierno. Contar la historia de las cigüeñas que emprenden su viaje hacia el norte sobre nuestros rostros vueltos hacia arriba, representar en rituales el maravilloso regreso de cada especie del borde de la extinción, al mismo tiempo que dejamos registro, en historias y ceremonias, de la desaparición de esas otras especies que hemos permitido desvanecerse de lo real, para que recordemos de manera colectiva el increíble costo de nuestra *hybris*. Esos son modos ancestrales y elementales de despertar nuestros propios sentidos animales, de volver a unir la imaginación de nuestro cuerpo con la vida mayor de la tierra animada.

Por supuesto, acortar la larga y compleja trayectoria que recorre la comida para llegar desde el suelo a nuestra boca –dejar de comprar tantas frutas importadas de otras partes y aprender a apreciar el sabor de lo que crece en nuestra región– es otra manera clara de traer la imaginación del cuerpo de vuelta a la tierra viva que habita. Cultivar nosotros mismos algunos alimentos proporciona una conexión mayor con la tierra y una apertura constante de los sentidos. El aumento en la cantidad y la escala de los mercados de agricultores (y el aumento de la participación en cooperativas agrícolas comunitarias) indica que hay una renovación de la inteligencia local en curso. Los mercados de agricultores incluso están sembrando un resurgimiento de la cultura oral, pues, a diferencia de los supermercados, donde los clientes se precipitan por los pasillos encerrados en un intercambio solipsista con sus propias listas de compras, en los mercados de agricultores la mayoría de la gente pasea y deambula, se encuentra con viejos y nuevos amigos y se pone al tanto de los chismes mientras compara rábanos e intercambia recetas. Desacelerar, comprobar qué frutas finalmente han madurado en la región, tamborilear los dedos al ritmo de un violín o un acordeón, ofrecer una bolsa de manzanas del jardín a cambio de una trenza de ajo y un puñado de cilantro: el *ethos* sociable del mercado de agricultores afloja nuestra armadura cínica, abre nuestro organismo a los tonos y las texturas del vernáculo local.

Si escuchamos con intención y respondemos del mismo modo, alimentamos ese vernáculo. Cultivar la cultura oral significa que encontremos nuevos placeres en la conversación sencilla, que nos volvamos cada vez más conscientes de las cualidades sonoras de nuestra voz y del sonido-hechizo audible de nuestra habla. ¿Podemos conversar con el otro menos como mentes abstractas y más como seres corpóreos y terrenales que se involucran con otros habitantes de la tierra? Una nueva (aunque, en algún sentido, muy antigua) atención a la resonancia visceral de la propia habla, al ritmo de las palabras y la música de las frases particulares, es un modo obvio de hablar en concordancia con los propios sentidos, un modo de hablar sin escindirse en una inteligencia

hablante aquí arriba y un cuerpo mudo ahí abajo.

Esa sintonía con la cualidad melódica del lenguaje hablado también lleva a nuestros interlocutores a alinearse con sus propios sentidos, y tiene un correlato curioso: abre nuestros oídos a la inteligencia expresiva de otras criaturas sonoras que por lo general no hablan con palabras.

Incluso si la palabra escrita y sus convenciones llegaron a dominar todo nuestro discurso, nuestra elocuencia oral, anárquica, se mantuvo viva en silencio a través de diversos medios, entre ellos, el oficio esmerado y paciente de los poetas literarios. Una renovación de la cultura oral en la era venidera puede significar que la poesía se libere cada vez más de la página escrita y la pantalla digital para convertirse en una parte espontánea de la práctica de todos. En ese sentido, la poética se convertiría en la práctica de una atención alerta y animal a la conversación más amplia que nos rodea –el habla de la luz solar y el agua, la respuesta vibrante de las abejas o el staccato del pájaro carpintero ante el crujir hueco de un viejo tronco– y el intento de no violar esa conversación cada vez que hablamos sino de permitirla, reconocerla y, cada tanto, participar de ella.

Renovar la cultura oral, por lo tanto, no es cuestión de hacer «retroceder» el tiempo sino de, cada tanto, salir por completo de él. No es cuestión de «volver» a un modo de vida anterior sino de alinearnos con la profundidad plena del presente, expandir la conciencia más allá de la llamada luminosa de nuestros artefactos de producción masiva, dejar caer nuestra atención por debajo de los estratos sedimentados de la reciente civilización comercial (por debajo de las capas inertes de juguetes de plástico y botellas de agua desechadas) para hacer contacto consciente con el humus oscuro en el que sigue enraizada nuestra humanidad. En esas profundidades, el suelo fértil está hecho de danzas y canciones y de la cadencia de las narraciones orales. Si nos recordamos a nosotros mismos en esas profundidades, si aprovechamos los nutrientes de ese suelo atemporal, sacamos agua fresca para los tallos y las hojas del presente. Re-creamos la civilización al hacer uso de los manantiales de la cultura, alimentamos la práctica del asombro que yace en el corazón indígena de todas las culturas.

Todas nuestras herramientas de comunicación sufrirán transformaciones dramáticas en el curso de las próximas décadas. Nadie puede saber si las palabras impresas como estas seguirán existiendo hacia el final del siglo. Por el momento, podemos ser apasionados lectores (y escritores) de libros al mismo tiempo que reconocemos que esta capa abstracta y casi exclusivamente humana de cultura nunca será suficiente por sí sola. Sin necesidad de rechazar esta rica forma de intercambio, podemos discernir que, hoy en día, el rejuvenecimiento de la cultura oral es un imperativo ecológico.

13 Hoy en día hay muchos intelectuales que sienten que cualquier referencia respetuosa a las creencias indígenas huele a romanticismo y a una especie de nostalgia por el pasado. Es curioso, pues esas mismas personas no suelen tener problema en «mirar hacia atrás» a la

antigua Roma o Grecia buscando perspectivas filosóficas y guías para el presente. Lo que molesta a estos supuestos «defensores de la civilización» es la sugerencia de que la civilización podría tener algo que aprender de culturas que operan según una serie completamente diferente de premisas, culturas que se ubican por fuera del tiempo histórico y el avance del progreso. Muchas personas inmersas en la ciencia occidental suelen suponer que las nociones nativas son supersticiosas o solo ingenuas, sin comprender que el pensamiento indígena surge de una visión radicalmente diferente de lo que es el lenguaje y de para qué sirve el pensamiento.

Es imposible comprender las nociones indígenas sin dar un paso al costado de los supuestos comerciales que hoy en día se dan por sentados (incluyendo la ecuación básica de tierra igual a propiedad: un bien que puede ser comprado, vendido o poseído). Las perspectivas indígenas no pueden entenderse sin desacelerar, sin tomarse el tiempo de notar la presión hacia arriba que hace el suelo y el silencio terrenal que rodea todas nuestras palabras. Cómodos en ese silencio, los pueblos orales tienden a la reticencia y son reacios a transmitir su experiencia en voz demasiado alta. Por ende, pese a que hoy las tradiciones indígenas se desarrollan de modo vigoroso, la intensidad filosófica y la sabiduría práctica de los pueblos nativos suele permanecer invisible e inaudita en medio del barullo y el estrépito del comercio contemporáneo, ignorada de manera conveniente por quienes más necesitan de esa inteligencia.

Conclusión

En el corazón del corazón del mundo

Según una historia contada de muchas maneras por varios pueblos –los ancianos aborígenes de Australia y los narradores nativos de Norteamérica, entre los viejos mayas de Mesoamérica y los antiguos egipcios a orillas del Nilo–, el sol ardiente viaja cada noche a través de la tierra oscura que está debajo del suelo. Al amanecer, vemos que el sol sale a la superficie en la tierra lejana del este para empezar su largo viaje por la bóveda del cielo, iluminar el mundo y alimentar a la tierra con su calor. Cuando se acerca el ocaso, vemos que el sol se desliza hacia abajo, hacia la tierra del oeste (o se hunde lentamente en el océano occidental). Entonces, durante la noche, el sol luminoso camina por la densa oscuridad en la que se apoyan nuestras vidas, enciende las profundidades materiales con su brillo y hace una pausa en medio de la noche para descansar y reponerse en el centro de la tierra antes de retomar su camino hacia el sitio oriental de su aparición. Durante el verano, con sus días prolongados, el sol tiene pocas oportunidades de demorarse en el suelo, pero en otoño se apresura a cruzar el firmamento y cede más tiempo al descanso en la densidad rocosa de abajo. Al fin, durante las largas noches de invierno, y en especial en el solsticio de invierno, el sol se detiene y duerme en el corazón de la tierra, nutriendo los suelos oscuros con sus sueños lustrosos e infundiendo las profundidades de la vida múltiple que vendrá luego, tras varios meses de gestación, a florecer en la superficie de la tierra.

Es una historia que surge de un modo de pensar muy diferente del que tenemos la mayoría de nosotros hoy en día. Diríamos que es una historia que tiene muy poco que ver con los «hechos» reales. Sin embargo, el relato del viaje del sol por el interior de la tierra posee una curiosa resonancia para quienes lo oímos, a pesar de que entendemos que los hechos que describe no son literalmente ciertos. La historia nos acerca a nuestros sentidos y a nuestra conciencia corporal directa del cosmos terrenal.

En muchas versiones del cuento el sol es masculino; en otras, es femenino. En algunas narraciones, es un barco el que lleva al sol por el inframundo. En otras, está a punto de morir durante su tránsito por las sombras y mengua hasta convertirse en un esqueleto demacrado que cada amanecer debe ser vestido de nuevo con carne y sangre para poder hacer su caminata por los cielos. En algunas historias, el sol es tragado por un enorme pez que luego nada hacia el este y lo vomita por la mañana, como Jonás saliendo de la barriga de la ballena. Entre la tribu de los indios paiute, el sol que duerme en las profundidades de la tierra es una gran lagartija que come las estrellas para alimentarse; por eso estas se escapan cuando el sol vuelve a treparse a los cielos. El sol no puede evitarlo, necesita tragar algunas estrellas brillantes para poder vivir, y son ellas las que le proporcionan su resplandor. Mientras tanto,

la luna es la esposa del sol lagartija y la madre de las estrellas. Ella también viaja por el suelo para dormir en la casa que está en el centro de la tierra. Pero cuando su marido llega a casa, la luna a veces se va, ya que, si el sol no ha podido atrapar ninguna estrella, lo más probable es que esté de mal humor. Las estrellas están tranquilas cuando su madre, la luna, está en el cielo: centellean y bailan mientras ella pasa. Sin embargo, cada veintinueve días el sol consigue comerse un puñado de estrellas. Entonces la luna se pinta la cara de alquitrán negro en señal de luto, del mismo modo que las mujeres paiute se oscurecen la cara de negro cuando muere un niño. Luego de un tiempo, el alquitrán se desvanece y la cara de la luna se vuelve visible en toda su plenitud: quizás algo manchada, pero con el mayor brillo posible antes de que su marido se coma más estrellas y la devuelva a su luto.

Podemos estar bastante seguros de que esas historias orales no eran tomadas de manera literal por quienes las contaban, o incluso por quienes las oían. Pues la verdad literal es una invención bastante reciente, creada por la alfabetización. Después de todo, la palabra *literal* deriva de la palabra latina para «letra». Entender algo *literalmente* significaba, en un principio, entender que había sucedido exactamente como decían las escrituras. Sin embargo, las historias propias de la mayoría de las culturas indígenas –como las diferentes historias de la creación que se cuentan en los pueblos tribales de todo el mundo, o las diversas narraciones del viaje del sol debajo del suelo– se contaban una y otra vez sin jamás ponerse por escrito.

Como hemos visto, una vez que el lenguaje queda inscripto en la página, toma una fijeza imparcial muy diferente del modo en que se lo experimenta en una cultura oral. Para nuestros sentidos animales desnudos, todo habla. Pero con la difusión de la escritura fonética, la capacidad para el habla significativa parece haberse retirado del paisaje circundante; el lenguaje se volvió cada vez más un privilegio humano. Las palabras y las frases empezaron a usarse menos como poderes creativos y de invocación y más como funciones representativas, etiquetas con las que demarcar y definir un cosmos mudo que antes parecía animado y expresivo por derecho propio. Las cosas materiales parecieron volverse más estables y determinadas.

Solo después de la aparición de las letras escritas y la diseminación de los textos alfabéticos surgió una distinción clara entre un uso «literal» y un uso «metafórico» del lenguaje (entre la verdad literal y la verdad figurativa o poética). Por esa sencilla razón, es difícil que los muchos relatos indígenas del viaje nocturno del sol por la tierra fueran entendidos de manera *literal* por quienes los oían en sus ambientes originales.

Del mismo modo, estaríamos equivocados si concluyéramos que esas historias portaban un significado puramente *metafórico* para aquellos que las contaban y las escuchaban. Pues, insisto, esos cuentos se contaban mucho antes de que la grieta inducida por la escritura en el significado sentido forjara la noción de habla *literal* por un lado y *metafórica* por el otro. Tenemos que tratar de imaginar una entrada en un modo de escucha previo a esa ruptura si

queremos oír en las viejas historias ancestrales algo parecido a su significado original.

Cuando decimos que un enunciado es «puramente metafórico» por lo general queremos decir que es una formulación imaginativa que tiene poca relevancia directa en el mundo tangible. Sin embargo, las viejas historias eran la forma lingüística primaria en la que transportábamos información relacionada con el cosmos tangible; sin duda los pueblos orales entendían que esas historias hablaban acerca del mundo de la experiencia real. Si se referían al *inframundo*, no podía ser un reino «puramente metafórico». Aunque el inframundo estuviera oculto para nosotros los humanos, no dejaba de ser un aspecto oculto del mismo terreno palpable. Estaba escondido a nuestra conciencia por la opacidad del suelo sólido debajo de los pies, por ese mismo suelo marcado por las huellas de los alces, los lobos y los osos en el que hurgábamos para buscar ciertas raíces y sobre el cual nos recostábamos a dormir. El inframundo, en otras palabras, estaba justo debajo del suelo.

Y, sin embargo, ese mismo terreno sensible no pudo haber sido experimentado como una realidad *literal*: no podía ser un mundo de hechos determinados y estables. El mundo que se articulaba a través de nuestras historias orales no era del todo literal ni del todo metafórico, sino más bien *metamórfico* en cada punto. La tierra estaba viva: cada lugar tenía su pulso, cada presencia palpable parecía agazapada, lista para convertirse en otra cosa.

Ese es el terreno que todavía se abre ante nosotros gracias a nuestros sentidos animales. Nuestra experiencia perceptual más directa revela un mundo en continua metamorfosis. Incluso los accidentes geográficos que se suponen más estables se alteran a nuestro alrededor cuando nos movemos por ellos, sus colores se transforman a medida que el sol se desliza detrás de las nubes. Las estaciones, con su paso, modulan las tonalidades de cada región. Hace dos semanas, mientras mi compañera y yo recogíamos hierbas silvestres en las montañas al norte de nuestra casa –desenterrando raíces de oshá y arrancando ortigas–, oí el canto distante pero inconfundible de una grulla canadiense, parecido al gozne oxidado de una vieja puerta mosquitera. Miré hacia arriba, hacia el azul prístino del cielo otoñal, pero no vi ningún ave. Eché un vistazo a los valles de alrededor y los cerros que se asomaban en lo alto. Nada. Entonces la oí otra vez: una llamada áspera pero evocativa que parecía venir de varias direcciones a la vez, como si hubiera varias grullas, y pensé que debía estar haciendo eco desde los altos picos. Volví a mirar al cielo y, de repente, allá en lo alto, un patrón blanco brillante se cristalizó en medio del azul. Era una punta de flecha perfecta en forma de V, compuesta de treinta o treinta y cinco grullas, visibles únicamente cuando el sol se reflejaba en sus alas, una ola de color blanco que se extendía desde el punto central hacia atrás por cada borde oblicuo a medida que la flecha avanzaba por los cielos. Las miré fijo hasta que la aparición quedó justo encima de mí, y entonces me tomé un momento para mirar a Carmen; ella me miró también, sonriendo, y volvimos a dirigir nuestros rostros al cielo. Pero… ¿dónde estaban? Paseé mi

mirada por toda la extensión del cielo pero no pude encontrar la flecha que se movía en cámara lenta. Las grullas se habían disuelto otra vez en las profundidades azules.

Oí la voz de Carmen, algo inquieta:

–¿Puedes verlas?

–No.

–¡¿Desaparecieron o qué?!

Un grito llegó tartamudeando dos o tres veces desde las alturas, pero nuestros ojos no eran capaces de vencer la brujería del cielo y finalmente nos rendimos.

La mañana después de esa aparición y extraña desaparición, yo iba buscando más raíces cuando me asustó un animal descarado que empezó a perseguirme a los saltos por la ladera boscosa, provocando en mí un torrente de adrenalina. Al fin el depredador desapareció de repente en una gran roca desprendida que se interpuso en el camino. Aliviado y tembloroso, me detuve a recuperar el aliento. A medida que mi pulso se tranquilizaba, noté una abundancia de capullos de deslumbrante azul cerúleo en un arbusto cercano. Incapaz de identificarlos, me acerqué más para inhalar su color con los ojos, pero al hacerlo, las flores parecieron estremecerse y ondular, y de repente subieron aleteando y se convirtieron en una nube de mariposas azules.

La realidad cambia de forma. Debajo de nuestras definiciones, anterior a todas nuestras explicaciones rápidas, el mundo que revelan nuestros sentidos corporales es un cosmos vivo: en trance, animado, embaucador.

Las historias orales nos acercan a nuestros sentidos animales. Nos recuerdan nuestra participación corporal en las profundidades metamórficas de lo sensorial. El cuento del viaje del sol por la tierra nos toca y resuena en nuestro interior porque se abre paso a través de las abstracciones simplistas y nos llama a un encuentro más directo, en cuanto criaturas, con el espacio que nos rodea. Nuestra conciencia espontánea y sensorial del sol es la de una presencia ardiente que asciende y se pone. A pesar de todo lo que hayamos aprendido acerca de la estabilidad del sol en relación con la tierra, sin importar cuán concienzudamente hayamos convencido a nuestro intelecto de que es la tierra la que en realidad se mueve mientras que el sol en realidad se mantiene fijo, nuestros ojos animales aún perciben el sol que sube desde la tierra lejana cada mañana y se hunde debajo de las profundidades cada anochecer. No importa que seamos agricultores o físicos, todos hablamos de la «salida» y la «puesta» del sol, porque esa sigue siendo nuestra experiencia primaria de la cuestión.

La historia sigue un tipo de lógica perceptual muy diferente de la lógica abstracta que aprendemos en la escuela. Atiende de cerca el juego sensorial del mundo, y permite que el patrón desplegado de esa exhibición nos lleve a un lugar de oscuro asombro y posibilidad: por la noche, el sol se recarga en las profundidades materiales del suelo. Hay una imaginación vívida operando en la historia, aunque es una imaginación que se nutre sin cesar de nuestros

sentidos, y que los nutre a su vez. La historia no nos pide que renunciemos a la evidencia de nuestros ojos sino que nos invita a mirar más hondo y a escuchar mucho más de cerca, a dejar que los sentidos nos indiquen el camino hacia una participación en el cosmos palpable que está tan vivo y tan consciente como nosotros. Los poderes elementales en pugna que componen este cosmos animado a veces son lúcidos y a veces están aturdidos; al igual que nosotros, deben entregarse al sueño y a la magia de los sueños para poder renovarse.

Influenciada por la lógica de nuestros sentidos de criatura, la historia apunta hacia un gran secreto: que hay una luminosidad abrasadora que reside en el corazón de la tierra. El cuento sugiere que la saludable bondad de la luz tiene su hogar principal dentro de lo denso y oscuro de la materia. Que el resplandor trascendente y dador de vida que nos llega a diario desde las alturas celestiales también nos llega desde debajo del suelo. Que hay algo Sagrado que reside y sueña en el centro mismo de la tierra.

Aquello que trasciende el mundo sensible también hace su hogar en secreto dentro de las profundidades de este mundo. Por más blasfema que pueda parecer esa afirmación a las personas de inclinación teísta, la intuición aborigen de un resplandor inmanente en la materia concuerda bien con un nuevo sentido de lo sagrado que hoy lucha por nacer.

En esta era, nuestro menosprecio de larga data por la realidad corpórea ha llevado no solo a nuestra especie sino a toda la biósfera a un horrible callejón sin salida. La aspiración de una pureza incorpórea que llevó a muchos a despreciar la naturaleza terrenal como un reino caído y pecaminoso (y la consiguiente voluntad de control que nos ha empujado a explotar y manipular sin cesar a la naturaleza para nuestros propósitos exclusivamente humanos) ha convertido a este mundo de elegante interconexión en un desastre de escombros. No obstante, una nueva visión de nuestro planeta se ha venido formando en silencio, incluso mientras los viejos modos blindados de ver se empujan y compiten por la primacía, con sus junturas metálicas oxidadas que crujen y se desmoronan. Debajo del clamor de las ideologías y el choque de las civilizaciones, una percepción nueva empieza a formarse: un encuentro claro entre el animal humano y su hábitat elemental.

Es una percepción que honra la otredad inconmensurable de las cosas, el modo en que cualquier presencia terrenal excede las estimaciones que hacemos de ella: el modo en que cada piedra, cada ráfaga de viento, cada tronco infestado de termitas o cada tortuga marina albergan y desarrollan una creatividad que resiste toda definición. Es como si hubiera un fuego sutil ardiendo en el interior de cada presencia sensible, un pulso único en cada ser; no solo en las personas y los pájaros carpinteros individuales, sino también en las totoras y las losas de granito, en las grietas que los rayos queman en los árboles, en los granos de polen, los saltamontes, los arrecifes de coral y las pieles de serpientes. Esa creatividad única garantiza que no podamos percibir realmente a los seres que nos rodean sin suspender nuestras certezas afianzadas, sin abrirnos hacia el pulso que cabalga en cada una de las cosas que

encontramos. Las expectativas de un enigma básico en el corazón de cada «objeto» ostensible encienden una nueva humildad en nuestro interior, engendra una sintonía empática con el entorno y una determinación compasiva para hacer menos daño.

A pesar de nuestras concepciones heredadas, las cosas sensibles no son objetos fijos y terminados, factibles de ser aprehendidos de una sola vez. Su cualidad incompleta los abre a la influencia de las otras cosas y garantiza que cada entidad –gusano, buey almizclero, nube de tormenta, flor de cactus– se mantenga dentro de una red interdependiente de relaciones, una matriz de intercambios y reciprocidades que no está asentada dentro de sí misma sino que permanece fluida y adaptable, capaz de responder a las perturbaciones de lejos y de producir una biósfera que no es, en definitiva, un manojo de mecanismos determinados sino una esfera viva, que respira…

Si gran parte de las ciencias naturales de los últimos dos siglos se mantuvieron apartadas de la naturaleza que estudiaban, ponderando el mundo material como si ese mundo fuera un enorme conglomerado de objetos inertes y eventos mecánicos, muchas espiritualidades *new age* suelen abandonar la naturaleza material por completo, invitando a sus adherentes a enfocar sus intuiciones en energías no materiales y en seres desencarnados que se supone que operan en una dimensión no física, tirando de las cuerdas de nuestra realidad aparente y acomodando los eventos de la tierra según un orden que yace en otra parte, detrás de escena. La ciencia tradicional –reductiva por de más– y la mayoría de las espiritualidades *new age*, que por lo general se piensan como opuestas, en realidad se fortalecen mutuamente en su alejamiento de la tierra, ya que una de ellas reduce la naturaleza sensible a un objeto, con lo que deja poco espacio para la sentiencia y la creatividad, mientras que la otra proyecta toda la creatividad en una dimensión sobrenatural que está más allá de toda comprensión corporal.

Una alianza similar, insospechada para la mayoría de los que están atrapados en ella, puede encontrarse en la batalla ideológica contemporánea entre los defensores del creacionismo (o, como muchos de ellos se denominan hoy en día: defensores del «diseño inteligente») y los neodarwinistas dogmáticos del «nuevo ateísmo». Los teóricos del diseño inteligente insisten en que muchos aspectos de los organismos actuales son demasiado complejos y están adaptados de manera demasiado perfecta para las funciones particulares que desempeñan como para ser solo el resultado de un proceso evolutivo indirecto o «ciego» de selección natural que actúa sobre mutaciones al azar. Esas instancias de complejidad irreductible, sostienen, solo pueden haber sido diseñadas por una inteligencia externa, esto es, por un Dios, mediante el ejercicio externo de Su voluntad sobre el cosmos material.

Es cierto que muchísimos atributos de los organismos están calibrados de manera exquisita para los roles que cumplen hoy (el ojo del raptor, los pulmones del cachalote, las partes de ciertas orquídeas que imitan a los insectos, la capacidad humana para componer poemas de amor), tanto que un

proceso de mutaciones puramente fortuito, ordenado a ciegas a lo largo de milenios por un entorno indiferente, parece casi tan absurdo en cuanto descripción de cómo llegaron a existir tales arreglos. Sin embargo, muchos científicos de la naturaleza, más doctrinarios que el mismo Darwin, insisten en que la evolución debe ser interpretada de ese modo estrecho, como un proceso completamente inconsciente en el cual, en la competencia por los recursos limitados, una naturaleza indiferente e insensible ejerce una presión selectiva sobre mutaciones genéticas azarosas. No importa que muchos de los seres que componen el medioambiente exhiban signos obvios de sensibilidad y sentiencia: cada vez que reflexionamos sobre el proceso evolutivo nos vemos obligados a considerar al supuesto agente de la selección –el medioambiente terrestre, o biósfera– como un conjunto cuantificable y puramente objetivo de condiciones sin subjetividad o creatividad alguna. Pero para eso debemos sustraer la propia sentiencia (y la de muchos otros seres) de los alrededores terrenales. Dado que es nuestra propia sentiencia o subjetividad la que reflexiona sobre el proceso evolutivo, debemos de alguna manera localizar nuestro ser reflexivo en otro lado, debemos situar nuestra sentiencia fuera de la biósfera, mirar la naturaleza terrestre desde una posición desinteresada, radicalmente separada de ella. En eso recibimos la inconmensurable ayuda de la vieja fe de nuestra civilización en un Dios que todo lo ve, una divinidad que contempla el mundo material desde una posición del todo externa a ese mundo. El intelecto científico, que a veces se enorgullece de haber erradicado la creencia en Dios de gran parte de la población racional, a menudo sitúa su mirada en el mismo lugar (o, mejor dicho, en el mismo *no lugar*) que dejó vacante ese Dios. Pues refleja la misma perspectiva externa que todo lo ve, la misma *vista desde ningún lugar* que es privilegio de la divinidad. Los más resueltos entre los nuevos ateos se apoyan, en ese sentido, en los mismos supuestos monoteístas a los que tanto se oponen.

La objetividad hiperracionalista de gran parte de la ciencia y la tecnología contemporáneas solo pudo haber surgido en una civilización inmersa en un monoteísmo dogmático y sobrenatural, pues es en gran medida una continuación de la misma relación distante y despectiva con la naturaleza sensorial. Si en una era anterior hablábamos del mundo terrenal como caído, pecaminoso y demoníaco, hoy hablamos de él como una cosa inerte, mecánica y determinada. En ambas instancias la naturaleza queda despojada de su generosidad y su prodigiosa creatividad. Del mismo modo, los sueños utópicos y tecnológicos que nos prometen entrar en una naturaleza «más perfecta» a través de la bioingeniería (o que nos ofrecen «descargar» la conciencia humana en un «hardware mejor»), así como el deseo *new age* de trascender espiritualmente el «plano físico» por completo, parecen diseñados para ayudarnos a escondernos de la maravilla oscura y salvaje de la existencia terrenal.

Todas esas evasiones, todos esos modos de menospreciar la naturaleza material o de dirigir nuestras aspiraciones hacia otra parte nos permiten evitar

la vulnerabilidad de las relaciones reales con otras personas y lugares en las profundidades de este mundo indomesticable. A pesar de los muchos placeres que podamos obtener de la vida en este mundo, hay algo de la realidad terrena que nos asusta y nos inquieta, sobre todo a quienes hemos nacido en la civilización. No solo la decadencia a la cual son propensos nuestros cuerpos terrestres y la muerte que nos espera paciente, sino también la constante sujeción a aquello que nos excede, a la otredad de las otras personas y otros seres, y a la serie anárquica de fuerzas elementales sobre las cuales tenemos poco control. Existir como cuerpos significa estar constreñidos a no ser el todo, y por ende, estar expuestos y ser susceptibles a todo lo que no es uno mismo: la inescrutabilidad de una trama que no podemos comprender puede arrasar con nosotros en cualquier momento.

La mayoría de nuestras convicciones contemporáneas, ya sea que las sostenga el deseo de trascendencia espiritual o el deseo opuesto de control y maestría tecnológica, eluden y se alejan del modo directo en que se experimenta la biósfera desde nuestra posición de criaturas en el meollo de su despliegue. Desvían nuestra atención del misterio que reluce y brilla en las profundidades del mundo sensible que emana de cada presencia que vemos, oímos o tocamos. Nos desvían de la sensación de que esta tierra salvaje y floreciente es la fuente primaria de sí misma, el origen de su continua regeneración. Nos impiden reconocer que la *naturaleza*, como la misma palabra sugiere, nace de sí misma. Y, por ende, que la materia no solo es creada sino *creativa*, que no es una mezcla pasiva de hechos y eventos mecánicamente determinados sino una creatividad desplegada en continuo surgimiento, en continua manifestación…

¿Por qué esa intuición tan simple y obvia –el reconocer la materia como generativa y animada– resulta tan inquietante para el pensamiento civilizado? Es como si hubiese un pavor antiguo ante lo que es palpable y denso, un viejo y tácito tabú que impide reconocer la creatividad de la materia, como si ese reconocimiento trajera consigo la amenaza de despertar un poder dormido que quisiera lastimarnos. Un sentido ancestral de que todo lo que es de veras bueno en este mundo debe tener su fuente última en lo que está arriba y es etéreo, mientras que lo denso, oscuro y bajo debe evitarse a toda costa. Como si el suelo húmedo debajo de los pies fuera solo un medio para la muerte y la decadencia y no también la fuente misma y el fundamento de la vida nueva. Como si fuera mejor no pensar en absoluto en lo que está abajo, en las profundidades, no vaya a ser que nos caigamos en sus influencias infernales. Pues (y esperemos no provocar su ira con estas palabras) ¿no es ese lugar abismal el sitio terrible del Infierno, la morada de Satán y la fuente de todo lo malo?

¿Es esa la razón por la cual nos sentimos obligados a separar nuestro yo reflexivo de nuestro cuerpo material y a hacer el esfuerzo de distanciarnos de la densidad de la tierra? ¿No está la civilización, tanto en sus variantes religiosas como seculares, presa de una vieja aversión topológica asentada en

lo profundo de nuestros lenguajes y aferrada a nuestros músculos? Una dicotomía común, heredada, entre un Bien absoluto que nos habla desde las alturas y un Mal perfecto que nos tira hacia abajo…

Cada vez que la salvaje diversidad de lo real se distorsiona en una oposición simple entre lo que es bueno y lo que es malo, cada vez que la multiplicidad heterogénea de la vida se polariza en una batalla entre el Bien y el Mal, la tierra está destinada a sufrir en nuestras manos. Cuando se despoja conceptualmente a lo sagrado de sus múltiples sombras y se lo idealiza como pura luz, o Bondad, sin ninguna mancha de oscuridad, entonces esas sombras que quitamos parecen juntarse en una penumbra concentrada e implacable: la Maldad. La luz inmaculada solo puede estar ubicada por encima y más allá de este mundo ambiguo con sus bosques oscuros y sus pantanos, sus ciclos de crecimiento y decadencia. Mientras tanto, la oscuridad completa debe estar en un reino inaccesible a la luz, y por eso se supone que vive en el inframundo, en el centro de la tierra. Y la naturaleza terrestre, con toda su abundancia, empieza a parecer un lugar manchado, bajo la influencia fatal de lo que está debajo. Por supuesto, este mundo está iluminado por el resplandor del sol, por esa luz que hace surgir nuevos brotes del suelo y llama a ascender a nuestros espíritus. Pero el peso y la densidad de nuestros cuerpos materiales nos hacen vulnerables al tirón de lo que está abajo. Nuestra densa cualidad física nos ata al suelo, nos atrae hacia abajo, hacia el lugar del temor puro, donde no hay luz, el centro denso de este mundo. Mientras estamos vivos, no hay forma de escapar a ese arrastre descendente. No es de extrañar que una civilización imbuida en la polarización del Bien versus el Mal haya sembrado el caos en el resto de la naturaleza. No es de extrañar que tantas criaturas estén mermando y desapareciendo, que sus hogares hayan sido devastados por toxinas, sus selvas transformadas en tocones...

¿Esto era inevitable? Las historias orales acerca del viaje nocturno del sol por el suelo demuestran que la oposición simple entre una luz infinita y una oscuridad concentrada –entre una bondad perfecta y una malevolencia pura– no es instintiva al animal humano y que en realidad es de cosecha muy reciente en relación con la enorme profundidad de nuestro linaje indígena. Al contrario, las historias sugieren que hay una identidad secreta entre el sol que resplandece en las alturas, cuyo rostro no nos atrevemos a mirar directamente, y el poder salvaje que reside en el centro de la tierra. Como hemos visto, los cuentos toman su fuerza evocativa del modo en que nuestros sentidos desnudos, animales, han experimentado desde siempre el fuego solar. Nuestro cuerpo observa la trayectoria del sol, que hace un arco en el cielo y se desliza hacia la tierra occidental al anochecer; y lo observa salir desde las tierras del este cada amanecer con una conmoción de color y una fanfarria de cantos de aves. ¡Qué simple es, por lo tanto, que nuestra imaginación sensorial llegue a la conclusión de que por la noche el sol viaja por el suelo y se toma su descanso en el centro de la tierra! ¡Qué sencilla y obvia es la intuición primordial de que el sol habita y duerme en el centro de la tierra!

Sin embargo, para nuestro entendimiento contemporáneo de las cosas, esa intuición pareciera ser antitética. En particular, parece absurda a la luz de las bases copernicanas de la ciencia moderna. Pero no es absurda. Aunque esté formulado en forma de narración, en un modo de hablar muy diferente del frío desapego que promueven nuestras ciencias, el sol interior conserva un significado que resuena en especial con los descubrimientos de la actualidad. Consideren lo siguiente: según nuestro conocimiento actual, la masa del sol –reconocido hoy como nuestra estrella local, una bola enorme de gas ardiente, de alrededor de un millón de veces el tamaño de la tierra– mantiene a nuestro planeta en una órbita distante a su alrededor mediante el poder de la atracción gravitacional. Pero, aunque el sol ejerce su fuerza de gravedad sobre la totalidad del planeta, esa fuerza no se siente por igual en todas partes de la tierra, porque la masa del sol centra su agarre en el *centro de gravedad* del planeta. Y ese centro está ubicado dentro del núcleo candente de la tierra, muy por debajo del suelo que pisamos. La masa del sol, en otras palabras, sujeta a la tierra con más fuerza en su centro; el resto del planeta gira como un trompo bamboleante en torno a ese centro estable.

Por eso, mientras que el resplandor extravagante del sol nos llega a diario desde arriba, filtrándose a través de la atmósfera de la tierra, la influencia más incesante del sol sobre nuestro mundo y nuestras vidas nos llega desde abajo. Es una influencia tan visceral y directa que casi no podemos hacerla consciente. Es una conexión tan constante de día como de noche, una relación que no varía cuando la frescura de la mañana da lugar al calor del mediodía, o cuando las sombras alargadas del crepúsculo silencian el resplandor de la tarde. Luego de los descubrimientos de Newton acerca de la *atracción mutua* (o eros) universal que hoy llamamos gravedad, sabemos que nuestro compromiso material más directo con el sol es a través del centro gravitacional de nuestro planeta. Para nuestros cuerpos animales, hechos de músculos, esa estrella abrasadora se hace sentir no solo mientras se mueve por el cielo diurno sino de modo más profundo y constante a través del corazón mismo de la tierra.

Contar un cuento que sugiere que el sol que se eleva exaltado por los cielos habita también en lo profundo de la tierra, que ese mismo fuego redondo que ilumina nuestros días tiene su hogar secreto muy por debajo del suelo sobre el cual dormimos, está muy lejos de ser una ficción obsoleta. Por el contrario, el cuento es un modo simple y elegante de traducir un conocimiento fundante de la ciencia moderna a la inmediatez corpórea de la experiencia sentida. Al perfeccionar y contar historias como esta empezamos a *completar* la revolución copernicana: bajamos, por fin, sus descubrimientos aquí a la tierra.

Si los descubrimientos de Copérnico, Kepler y Galileo sacaron a la tierra del centro del universo, también abrieron una grieta profunda entre nuestro cuerpo sensible y nuestra mente pensante, entre nuestra experiencia directa y sensorial del mundo, en la que el sol se mueve por el cielo de una tierra estable, y nuestra nueva comprensión intelectual del mundo, en la que el sol está

estable mientras que es la tierra la que se mueve. Si el sol realmente está quieto, entonces nada de lo que nos decían nuestros sentidos era confiable. A medida que se arraigaron los conocimientos copernicanos y newtonianos, cada vez más se ridiculizaba la percepción sensorial como engañosa; solo lo que podía medirse y analizarse de forma matemática se tomaba por verdadero. El distanciamiento cultural de la experiencia corporal, cada vez más difundido, permitió una nueva audacia en las investigaciones humanas, y potenció así una enorme cantidad de descubrimientos e innovaciones tecnológicas. Pero también nos dejó a la deriva, despojados de nuestra fuente más inmediata de contacto y relación con el terreno circundante. Al menospreciar nuestra experiencia sentida, sacrificamos mucho de nuestra empatía animal con la tierra animada y abandonamos el sustento implícito que siempre habíamos obtenido de esa empatía. Mientras acumulábamos verdades analíticas y desplegábamos nuestras tecnologías, nos volvimos cada vez más insensibles a las necesidades de la tierra viva, nos habituamos de una manera extraña al sufrimiento de otros animales y al destino del mundo más que humano.

Los capítulos anteriores han tratado de delinear algunas de las dimensiones de nuestro olvido perceptual, explorando una serie de maneras para recuperar la sintonía sin abandonar el rigor intelectual. Las sensaciones corporales, los sentimientos, nuestra propensión animal a mezclarnos con el medio y dejarnos alterar por él, nuestro asombro por el canto de las aves y nuestra susceptibilidad ante la luna: ninguna de esas cosas es incompatible con el pensamiento claro. Nuestros sentidos animales no son engañosos ni poco confiables: son nuestro acceso al cosmos. La percepción corporal permite nuestra entrada más íntima al orden primario de la realidad, que solo puede menospreciarse o desestimarse en detrimento de nosotros mismos. Lejos de ofrecer una visión poco confiable de las cosas, nuestros sentidos revelan una realidad siempre cambiante que no está sujeta a ningún relato terminado, un campo enigmático y envolvente de relaciones del que solo podemos ser aprendices. Ese orden ambiguo no puede ser sustituido sin más por la razón y la práctica esmerada de nuestras ciencias, ya que provee la sustancia experimental sin la cual la razón pierde su rumbo. Dado que es la sustancia misma de lo real, no puede ser suplantado, pero sí puede ser aumentado, elaborado, clarificado y complejizado por las ciencias. Y nuestra participación dentro de él puede pulirse y profundizarse mediante los descubrimientos científicos.

Uno de esos descubrimientos fue, hace unos doscientos años, el reconocimiento por parte del astrónomo William Herschel de que, al contrario de lo que afirmaba Copérnico, el sol mismo no estaba fijo sino que se movía y arrastraba consigo a la Tierra y a los otros planetas mientras giraba en torno al centro de la Vía Láctea. Descubrimientos posteriores han confirmado que ese mismo centro galáctico –como el centro de cualquier otra galaxia– se mueve a su vez por el espacio. Sin embargo, cuando decimos que algo está en movimiento, en general nos referimos a que se mueve en relación con algún

punto estable, con un suelo o medio inmóvil. En un cosmos donde cada presencia está en movimiento, ¿qué elegimos como punto fijo? ¿Designamos nuestro propio sol como referencia estable? ¿O tal vez el centro de algún otro sistema solar? ¿Elegimos el centro de nuestra galaxia o el centro gravitacional del gran cúmulo de galaxias en el que reside nuestra Vía Láctea? Pero ese centro también se mueve en relación con otros cúmulos de galaxias. En realidad, cualquier cúmulo o galaxia o estrella puede elegirse como referencia estable, en relación con la cual todos los otros cuerpos se ven en movimiento, lento o rápido. En un pluriverso tan ilimitado y vertiginoso como el nuestro, rebosante de innumerables galaxias, cada esfera representa un centro alrededor del cual todo el resto se organiza. ¿Por qué no, entonces, nuestra propia esfera, nuestra Tierra salvaje y floreciente?

Todo lo que entendemos los animales del movimiento y la quietud lo adquirimos primero de nuestra experiencia corporal de estar en movimiento o en reposo en relación con el suelo de esta Tierra; lo aprendimos gateando o caminando sobre ella, y acurrucándonos a dormir en su amplia extensión. Si nos dicen, por ejemplo, que alguna locación en el centro de la Vía Láctea está en reposo mientras que nuestra galaxia gira a su alrededor, solo podremos conceptualizar ese centro si transferimos nuestra experiencia sentida y corporal del suelo estable a ese supuesto lugar de quietud. Sin una referencia asociativa, la presunta estabilidad de ese centro no tiene ningún sentido para nosotros. No podemos sentir el reposo o la quietud relativos de ninguna locación cósmica sin asimilar primero el suelo de la Tierra (el marco de referencia inexorable de nuestro cuerpo) a esa otra locación.

Incluso si elegimos decir, con Copérnico, que no es la Tierra sino el sol el que en realidad está quieto, no podemos evitar acercarnos a ese sol estable a través del suelo terrenal y permanente que está debajo de nuestros pies.

Esta noche es el solsticio de invierno, el momento más oscuro del año. El libro está terminado. Demasiadas especies se han extinguido durante su redacción, demasiados bosques han sido talados y demasiados humedales tapados; tanta belleza ha huido del mundo... La vida se ha vuelto barata; los humanos vivimos cada vez más amontonados, y nos seguimos golpeando de formas cada vez más creativas: coches bomba que hacen explotar cuerpos y misiles lanzados desde drones no tripulados que destruyen familias, queman la tierra y la bañan de sangre. Un entumecimiento confuso y anestesiado se extiende veloz por nuestra especie.

Hay quienes, sin embargo, no le temen al dolor; se hunden en las profundidades de la tristeza y extraen el elixir necesario para frenar el entumecimiento. Cuando se encuentran unos con otros, cuando apoyan la frente contra la corteza de un árbol centenario o las palmas en las manos de un niño que ha experimentado una pérdida prematura o desgarradora, sus ojos se llenan de lágrimas que caen al suelo. El suelo necesita esa agua. La pena es un

portal, y nuestras lágrimas una especie de llave para abrir un lugar de asombro que ha estado cerrado. De pronto empezamos a notar el sostén que ofrece la resonancia entre la percusión de nuestro corazón y el pulso que sube desde el suelo.

Las estrellas brillan en la oscuridad del solsticio, su luz tenue se refleja en los destellos de la nieve vieja. Muy por debajo de estos campos cubiertos, en las profundidades del lecho de roca, dormita a intervalos un poder brillante, como un oso en su cueva. El resplandor que lleva durante el día ahora es tenue y humea: es un fuego lento que crepita en su hogar en el corazón de la Tierraire. Ese poder duerme y sueña. Los sueños se agitan, titilan y bullen, se acurrucan sobre sí mismos y a veces, enardecidos, queman las paredes y echan chispas. Algunas chispas se incrustan como semillas en la oscuridad envolvente, otras parpadean y se desvanecen. Mientras tanto, el poder duerme, late como un músculo, y su vigor se irradia en oleadas que atraviesan la viscosidad del metal fundido y la lenta solidez de la roca (disparando enormes corrientes de convección que cruzan las profundidades y mueven los continentes allá arriba a lo lejos); se filtra hacia afuera como un magma, o se propaga hacia arriba por la densidad del basalto y el granito, y sube luego a través de los matorrales de feldespato y cuarcita y las capas estratificadas cercanas a la superficie, se impulsa por los tallos de los dientes de león y los troncos de las sequoias, por las colas de los gatos y los arces azucareros, por las columnas erguidas de los primates de piel suave, y, por fin, se vierte en la biósfera abierta a través de las flores y los brotes de las hojas, la habilidad de nuestros dedos, el brillo en los ojos del amante y la música aflautada que brota ahora mismo del pico de un mirlo...

Agradecimientos

Una gran reverencia de agradecimiento le corresponde a Carmen Harris, mi aliada gentil e intrépida compañera en toda clase de aventuras desquiciadas. El espíritu curioso y creativo de Carmen dio vida a muchas de las cuestiones que atraviesan este libro, y su lectura atenta de mis palabras me dio el poder de oírlas de maneras nuevas. Ella es ágil y amada; álamo, caracola y relámpago acurrucados en un solo ser.

Mis dos hijos, Hannah Cecilia Night y Leander Night Rivers, han tenido especial paciencia conmigo mientras batallaba con esta obra. Su capacidad para la alegría y su placer en compartirla, su fascinación extasiada al oír un cuento bien contado, su entusiasmo por acompañar a su papá en una caminata más por el bosque… por todo esto y mucho más, por ser quienes son, les agradezco desde lo más profundo de mi corazón.

También agradezco la inteligencia conmovedora de los tres colegas inquietos con quienes fundé Alliance for Wild Ethics: Stephan Harding, Per Ingvar Haukeland y Per Espen Stoknes. Este libro se ha enriquecido inmensamente con la oportunidad de enseñar juntos y con nuestras varias reuniones en el campo; con la ocasión de aunar nuestras intuiciones y de probar nuestras ideas en interacción con las montañas atónitas.

Grietje Laga fue mi compañera durante la fase inicial de este proyecto y sigue siendo una colega y amiga cercana.

Por su lectura atenta de varios capítulos y su agudo comentario de las ideas que allí aparecen, estoy en deuda con el teórico de sistemas Stuart Cowan, así como también con Geneen Haugen, Ann Hunkins, Stephanie Mills y mi genial y brillante amigo Ben Gillock. El mitólogo Sean Kane (a quien le robé la frase «lo real en su maravilla») fue un lector increíblemente atento y despiadado. Algunos diálogos cálidos con el físico Brian Swimme ayudaron a dar forma a ciertas reflexiones, al igual que las conversaciones que tuve con muchas almas luminosas, entre ellas Jay Griffths, Kalevi Kull, Wendell Berry, David Cayley, Patrick Curry, Donna House, Omar Zubaedi, Greg Glazner, Eva Simms, Tom Jay, Will Adams, Niel Thiese, Morten Tonnessen, Stefan Laeng-Gilliatt, Maya Ward, Jan van Boekel, Deborah Bird Rose, Ed Casey, Bill Plotkin, Keren Abrams, Steve Talbott, Craig Holdrege, Eileen Crist, el difunto y muy añorado Brian Goodwin, Peter Adams, Chris Wells, Jennifer Sahn, Jon Young, Peter Manchester y Arthur Zajonc.

La Fundación Levinson y la notable Fundación Lannan brindaron apoyos generosos en momentos cruciales; tienen mi profunda gratitud.

Dan Frank es un editor inteligente y un tipo encantador, que persigue y

engatusa a muchos grandes escritores para que publiquen. También estoy enormemente agradecido por la paciencia y el cuidado de Jillian Verrillo en Pantheon, y por el oficio diligente de mi agente, Joe Spieler.

Hago extensivo mi agradecimiento a las herbalistas Peggy Creelman y Suzanne Barry por su apoyo habilidoso en mi larga lucha contra la enfermedad de Lyme.

Algunas de las exploraciones de este libro tomaron su ímpetu inicial de las investigaciones llevadas a cabo en el siglo xx por el filósofo y fenomenólogo francés Maurice Merleau-Ponty; estoy en deuda con su pensamiento ético y comprometido.

Mientras escribía estas páginas, dos viejos y sabios amigos volvieron a sumergirse en la vida más amplia del planeta. El teólogo convertido en geólogo Thomas Berry alimentó durante mucho tiempo mi vida con su asombro radical por el suelo terrestre de nuestra experiencia. Arne Naess, filósofo de las montañas, contagiaba su claridad juguetona y prodigiosa, y su alianza firme con lo importante, a todo lo que lo rodeaba. Aunque muy diferentes entre sí, estos dos mayores estaban abiertos de manera excepcional a la ambigüedad oscura de la existencia terrestre, y ambos trataron de encarnar esa riqueza en un modo de vivir y de pensar bajo la influencia elemental de lo que excede a nuestra especie. Como muchos otros mayores que siguen entre nosotros, esas dos criaturas fueron una bendición para nuestra biósfera, esparcieron las semillas de una cultura salvaje más despierta a nuestra implicación en el cosmos más que humano.

Por último, la amabilidad y destreza de mis padres, Blanche Abram e Irving Abram, el calor constante de su amistad y la comunidad cordial de personas vitales que se reúnen a su alrededor, ha sido siempre la piedra angular de mi vida; mi gratitud hacia ellos es imborrable. Hay muchos héroes y heroínas anónimos en este momento roto de nuestra historia colectiva y muchas personas valientes que, aun sin saberlo, mantienen unido al mundo con su amor resuelto o su alegría contagiosa. A ustedes: aunque no sepa sus nombres, siento ahí afuera su presencia.

Una nota sobre las fuentes

El poema de Robert Bringhurst es «A Quadratic Equation» y se lo encuentra en Robert Bringhurst, *Selected Poems* (Kentville, Nova Scotia, Gaspereau Press, 2007).

La cita de John Muir de la página 109 se extrajo de una entrada del diario de Muir con fecha de 1913, el año anterior a su muerte. Véase Linne Marsh Wolfe, ed., *John of the Mountians: The Unpublished Journals of John Muir* (Boston, Houghton Mifflin, 1938, p. 427).

Las palabras de Gertrude Stein de la página 167 corresponden a su conferencia de 1936 «An American and France». Véase Gertrude Stein, *The Making of Americans: Being a History of a Family's Progress* (Champaign, Ill., Dalkey Archive Press, 1995, p. xvi).

Las palabras del indígena dakelh de página 317 están citadas en Diamond Jenness, *The Carrier Indians of the Bulkley River, Bureau of American Ethnology Bulletin* 133 (Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1943, p. 540).

ÍNDICE

Nota al lector

Introducción. Entre el cuerpo y la tierra viva

Sombra (Ecología profunda I)
Casa (Materialidad I)
Madera y piedra (Materialidad II)
Reciprocidad (Conocimiento I: ciencia y experiencia)
Profundidad (Ecología profunda II)
Mente (Conocimiento II: la ecología de la conciencia)
Estado de ánimo (Ecología profunda III)
El habla de las cosas (Lenguaje I)
El discurso de los pájaros (Lenguaje II)
Prestidigitación (Magia I)
Metamorfosis (Magia II)
Lo real en su maravilla (Lenguaje III)

Conclusión. En el corazón del corazón del mundo

Agradecimientos
Una nota sobre las fuentes
Sobre el autor
Créditos

Sobre el autor

David Abram es un ecologista cultural y filósofo que dicta conferencias y clases por todo el mundo. Su libro anterior, *La magia de los sentidos* (Kairós, 1999), se ha convertido en un clásico de la literatura ambiental. El trabajo de Abram ayudó a catalizar el surgimiento de varias disciplinas nuevas, incluido el floreciente campo de la ecopsicología. Ganador del premio literario Lannan de no ficción, Abram ha sido nombrado por *Utne Reader* y *British Journal Resurgence* como uno de los cien visionarios que están transformando la cultura contemporánea. Sus escritos sobre las causas y consecuencias de la crisis climática han sido publicados en numerosas revistas y antologías. Su quehacer filosófico se ha nutrido tanto de la tradición filosófica de la fenomenología europea (en particular, de Maurice Merleau-Ponty) como de su trabajo de campo con los pueblos indígenas del sureste de Asia y las Américas. Es fundador y director creativo de la Alianza por una Ética Salvaje. David Abram vive con sus dos hijos en las faldas de las Montañas Rocosas del sur.

Abram, David
Devenir animal : una cosmología terrestre / David Abram. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2021.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online Traducción de: Virginia Higa.
ISBN 978-987-4063-95-3

1. Ecología. 2. Medio Ambiente. 3. Filosofía Contemporánea. I. Higa, Virginia, trad. II. Título. CDD 577.01

Título original: *Becoming Animal. An Earthly Cosmology*

© David Abram, 2010
© Virginia Higa, 2021, de la traducción © Editorial Sigilo, 2021

Revisión de la traducción: Renata Prati Dibujo de portada: Daniel Barreto Diseño de portada: Dan Waisman, andastudio Armado de ebook: Tomás Caramella
Primera edición: octubre de 2021
Primera edición en ebook: enero de 2022

ISBN 978-987-4063-95-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL
Pedro del Castillo 549 8° C
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina sigilo@sigilo.com.ar www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.

Madrid
info@sigilo.es
www.sigilo.es

Verdad, misterio, locura y maravilla